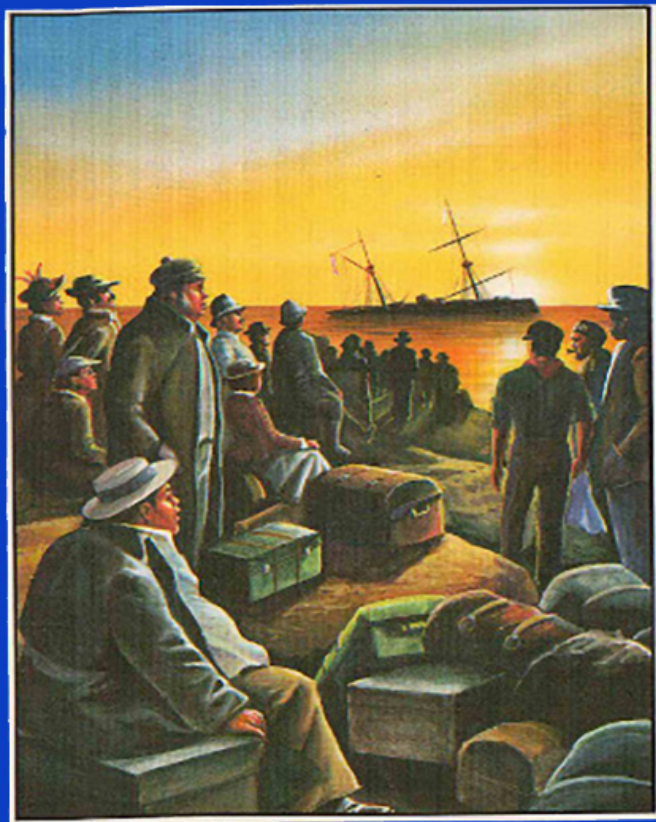


Julio Verne

Agencia
Thompson y Cía.



ae

Thompson es un empresario que inicia una agencia de viajes turísticos en las costas ibéricas. Sufre una lucha de precios con la compañía rival; sin embargo, logra embarcar a un grupo de curiosas personas en su viaje turístico. Entre ellas, destacan la linda estadounidense Alice Lindsay, que viaja junto a su hermana Dolly, Jack, hermano del exesposo de Alice, y el misterioso Saunders. Durante el viaje, Jack trata de conquistar a su cuñada, ya que desea el dinero que le dejó en herencia su hermano. Sin embargo, las peripecias del viaje hacen que Roberto, el traductor y cicerón del viaje, se enamore de ella y se cree una fuerte rivalidad entre Jack y él, hasta al punto de que Jack desee la muerte de uno y de la otra. La nave alquilada por el avaro Thompson, el *Seamew*, resulta ser un viejo cascarón que no logra soportar todo el camino, lo que lo lleva a encallar en las costas africanas, y eso obliga a los turistas a vérselas con caníbales y ser atacados por bandidos, situación que se empeora con la aparente muerte del traductor, el único que parece tener sangre fría ante tales apuros.



Jules Verne

Agencia Thompson y Cía.

Viajes extraordinarios - 57

ePub r1.0

Titivillus 02.07.16

Título original: *L'agence Thompson and Co*
Jules Verne, 1907

Traducción: Sáenz de Jubera

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

AGUANTANDO EL CHAPARRÓN



Dejando vagar su mirada por los brumosos horizontes del ensueño, Roberto Morgand hacía más de cinco minutos que permanecía inmóvil frente a aquella larga pared completamente cubierta de anuncios y carteles, en una de las más tristes calles de Londres.

Llovía torrencialmente. El agua subía desde el arroyo e invadía la acera, minando la base del abstraído personaje cuya cabeza se hallaba asimismo gravemente amenazada.

La mano de éste, debido a su ensimismamiento, había dejado que el protector paraguas se deslizara con suavidad, y el agua de la lluvia caía directamente del sombrero al traje, convertido en esponja, antes de ir a confundirse con la que corría tumultuosamente por el arroyo.

No se daba cuenta Roberto Morgand de esta irregular disposición de las cosas, si tenía consciencia de la ducha helada que caía sobre sus hombros. En vano sus miradas se fijaban en las botas; tan grande era su preocupación, que no notaba cómo lentamente se transformaban en dos pequeños arrecifes, en los que rompían los húmedos embates del arroyo.

Toda su atención hallábase monopolizada por el misterioso trabajo a que entregábase su mano izquierda; sumergida en un bolsillo del pantalón, aquella mano agitada, sopesaba, dejaba y volvía a coger algunas monedas, que totalizaban un valor de 33

francos con 45 céntimos, tal como había podido asegurarse después de haberlas contado repetidas veces.

De nacionalidad francesa, habiendo ido a parar seis meses antes a Londres, después de penosa y súbita perturbación de su existencia, Roberto Morgand había perdido aquella misma mañana la plaza de preceptor que le permitiera subsistir hasta entonces. Después de haber comprobado de una manera harto rápida el estado de su economía, había salido de su domicilio, caminando sin rumbo, cruzando plazas y calles en busca de una idea, de un objetivo y así continuó hasta el instante en que le vemos detenido inconscientemente en aquel lugar.

Ante él surgía el terrible problema: ¿qué hacer, solo, sin amigos, en aquella vasta ciudad de Londres, con 33 francos y 45 céntimos por todo capital?

Tan difícil era el problema que aún no le había hallado solución. Y, no obstante, no parecía Roberto Morgand un hombre dispuesto a dejarse descorazonar fácilmente.

De tez blanca, su frente era despejada; sus largos y retorcidos bigotes separaban de una boca de afectuosa expresión una nariz enérgica modelada en suave curvatura; sus ojos, de un azul oscuro, denotaban una mirada bondadosa que sólo conocía un camino, el más corto.

El resto de su persona no desmentía de la nobleza de su rostro: anchas y elegantes espaldas, pecho robusto, miembros musculosos, extremidades finas y cuidadas, todo denunciaba al atleta hecho a la práctica de los deportes.

Al verle, no podía menos de exclamarse: «He ahí un bravo muchacho».

Roberto había demostrado que no se dejaba desazonar por el brutal choque con el destino, pero el mejor y más firme caballero tiene el derecho de perder por un momento los estribos. Roberto, sirviéndonos de estos términos de equitación, había perdido los estribos y vacilado en la silla, y procuraba volver a recobrar aquéllos y afirmarse en ésta, incierto acerca del partido que hubiera de adoptar.

Habiéndose planteado por centésima vez el problema, levantó la vista al cielo, como si en él quisiera hallar la solución. Sólo entonces se apercibió de la lluvia torrencial, y descubrió que sus

obsesionantes pensamientos le habían inmovilizado en medio de un charco de agua frente a aquella negra pared cubierta de carteles multicolores.

Uno de estos carteles, de tintas discretas, parecía reclamar especialmente su atención.

Maquinalmente púsose Roberto a recorrer con la vista aquel cartel, y una vez terminada su lectura, volvió a leerlo nuevamente, y hasta lo releyó por tercera vez, sin que a pesar de ello hubiera conseguido hacerse una clara idea de su contenido.

Sin embargo, una nueva lectura le produjo un sobresalto; una breve línea impresa al pie de la hoja despertó su interés.

He aquí lo que decía aquel cartel:

AGENCIA BAKER amp; C.^o, LIMITED

69 - Newgate Street - 69

LONDRES

GRANDIOSA EXCURSIÓN

a los

TRES ARCHIPIÉLAGOS

AZORES— MADEIRA —CANARIAS

con el magnífico yate a vapor The Traveller

DE 2500 TONELADAS Y 3000 CABALLOS.

Salida de Londres: el 10 de mayo, a las siete de la tarde.

Regreso a Londres: el 14 de junio a mediodía.

Los señores viajeros no tendrán que hacer ningún gasto

aparte del precio estipulado.

GUÍAS Y CARRUAJES PARA EXCURSIONES

Estancia en tierra en hoteles de primera categoría.

Precio del viaje comprendidos todos los gastos:

78 libras esterlinas.

Para toda clase de informaciones dirigirse a las oficinas de la Agencia.

Se desea un cicerone-intérprete.

Roberto se acercó al cartel y aseguróse de haber leído correctamente. En efecto, sí, se buscaba, se requería un cicerone-intérprete.

En el acto y en su fuero interno resolvió que él sería aquel intérprete..., por supuesto, si la Agencia Baker and C.^o le aceptaba.

¿No podía acontecer que su figura no pareciera a propósito...? Aparte de que la plaza podía estar ya ocupada.

No era inverosímil que ocurriera lo primero y en cuanto a lo segundo, el aspecto del cartel indicaba haber sido colocado aquella misma mañana, o, todo lo más, la víspera por la tarde. No había, pues, que perder tiempo. Un mes de tranquilidad, dándole la seguridad de hallar de nuevo su perdida moral; la perspectiva de ahorrar una buena cantidad —porque no dudaba que a bordo le mantendrían gratuitamente—, y, a mayor abundamiento, en agradable e interesante viaje, todo ello constituía algo que un capitalista como Roberto no podía despreciar.

Encaminóse, por tanto, hacia Newgate Street. Eran las once en punto cuando abrió la puerta del número 69.

El vestíbulo y los pasillos que recorrió precedido de un empleado, le produjeron una impresión favorable.

Tapices visiblemente desteñidos, colgaduras presentables, pero que habían perdido su frescura... Agencia seria, con toda seguridad; empresa que no había nacido la víspera.

Roberto fue introducido en un confortable despacho, en el que, tras una amplia mesa, un caballero se levantó para recibirle.

—¿Mr. Baker? —preguntó Roberto.

—Mr. Baker se halla ausente, yo le sustituyo —respondió el caballero, al mismo tiempo que invitaba a Roberto a que tomara asiento.

—Caballero —dijo éste—, por el cartel en que anuncian su excursión he sabido que ustedes tienen necesidad de un intérprete; y he venido a solicitar esa plaza.

El subdirector examinó con atención a su visitante.

—¿Qué idiomas domina usted? —le preguntó, tras un instante de silencio.

—El francés, el inglés, el español y el portugués.

—¿Y... bien?

—Soy francés; por lo que hace al inglés... puede juzgar usted mismo... Lo mismo hablo el español y el portugués.

—Muy bien; pero, como es lógico, es preciso además hallarse muy bien informado acerca de los países que abarca nuestro itinerario. El intérprete debe al propio tiempo ser un cicerone.

Roberto vaciló un segundo.

—Así lo comprendo —respondió.

—Pasemos a la cuestión de honorarios —continuó el subdirector—. Nosotros ofrecemos en total trescientos francos por el viaje; manutención, alojamiento y gastos pagados.

—Perfectamente —declaró Roberto.

—En ese caso, si puede usted ofrecernos algunas referencias...

—Señor, sólo llevo muy poco tiempo en Londres. No obstante, he aquí una carta de Lord Murphy que les instruirá acerca de mí y les explicará a la vez la causa de hallarme sin empleo —respondió Roberto, al mismo tiempo que alargaba a su interlocutor la carta que había recibido aquella misma mañana.

La lectura fue detenida. Hombre eminentemente puntual y serio, el subdirector pesó una tras otra cada una de las frases, cada una de las palabras, como para extraerles todo el jugo. Sin embargo, la respuesta fue clara y terminante.

—¿Cuál es su domicilio?

—Cannon Street, 25.

—Hablaré de usted a *Mr. Baker* —concluyó diciendo el subdirector, tomando nota de las señas—. Si los informes que voy a tomar concuerdan con lo expuesto por usted, puede considerarse ya como perteneciente a la agencia.

—¿Entonces, señor, estamos de acuerdo? —insistió Roberto, satisfecho.

—De acuerdo —respondió el inglés, levantándose.

En vano intentó Roberto proferir algunas frases de agradecimiento. Apenas pudo bosquejar un saludo de despedida, cuando viose ya en la calle aturdido y lleno de sorpresa ante lo fácil

y repentino de su buena fortuna.

CAPÍTULO II

UNA ADJUDICACIÓN VERDADERAMENTE PÚBLICA



El primer cuidado de Roberto al día siguiente, 26 de abril, por la mañana, fue el de encaminarse a ver de nuevo el cartel de que el día anterior se había servido la Providencia. Verdaderamente, debía en justicia esta peregrinación.

Fácilmente dio con la calle, con la larga pared negra y el sitio exacto en que había aguantado el chaparrón; pero no le fue tan fácil descubrir nuevamente el cartel. A pesar de que formato no había cambiado, los colores eran completamente distintos. El fondo grisáceo había sido trocado en un azul rabioso, y las negras letras en un escarlata chillón. Sin duda lo había renovado la agencia Baker, al ocupar Roberto la plaza de intérprete y hacer por consiguiente innecesario el pie del anterior cartel. Quiso éste cerciorarse dirigiendo una rápida mirada al final de la hoja y no pudo menos que quedarse sorprendido. ¡En lugar de solicitar un intérprete, el cartel anunciaba que un cicerone-intérprete que dominaba todos los idiomas había sido agregado a la excursión!

—¡Todos los idiomas! —exclamó Roberto—. ¡Pero yo no dije nada de eso!

Sin embargo, pronto halló la explicación del aparente contrasentido. Al alzar la vista, observó que la razón social que encabezaba el cuartel no era la agencia Baker.

Agencia Thompson and Co. leyó Roberto admirado, y comprendió que la nueva noticia relativa al intérprete no le

concernía en lo más mínimo.

No tuvo que esforzarse mucho para descifrar el enigma, que, si por un instante al menos se había presentado ante él, era únicamente debido a que los colores chillones elegidos por aquel Thompson atraían las miradas de una manera irresistible, a expensas de los carteles que le rodeaban. Al lado del nuevo cartel, tocándolo, incluso, aparecía el anuncio de la agencia Baker.

—¡Bueno! —díjose Roberto, releyendo el cartel—. Pero ¿cómo no me percaté ayer de esto? Y el caso es que, si hay dos carteles, debe, por lo tanto, haber dos viajes.

Y, en efecto, así pudo constatarlo. Salvo la razón social, el nombre del navío y el del capitán, ambos carteles eran en todo semejantes el uno al otro. El magnífico yate a vapor *The Seamew* remplazaba al magnífico yate a vapor *The Traveller*, y el bravo capitán Pip venía a suceder al bravo capitán Mathew; he ahí toda la diferencia. En cuanto al resto del texto, plagiábanse palabra por palabra.

Tratábase, por lo tanto, de dos viajes, organizados por dos compañías distintas.

«He ahí una cosa bien extraña», pensó Roberto, vagamente inquieto.

Y su inquietud vino en aumento cuando advirtió la diferencia de precios existente entre las dos ofertas. Al paso que la Agencia Baker and S.^o exigía 78 libras esterlinas a sus pasajeros, la Agencia Thompson and C.^o contentábase con sólo 76. Roberto, que empezaba a preocuparse ya de los intereses de sus patronos, preguntó si aquella pequeña diferencia no haría fracasar la proyectada excursión de la agencia Baker.

Dominábale de tal manera esta preocupación, que por la tarde volvió a pasar por delante de los carteles gemelos.

Lo que vio vino a tranquilizarle. Baker aceptaba la lucha.

Su discreto cartel había sido sustituido por uno nuevo más chillón si cabe que el de su contrincante. Referente al precio, rebasaba la oferta de su competidor al ofrecer por 75 libras el viaje a los tres archipiélagos.

Roberto se acostó algo más tranquilo, pero aún le inquietaba una posible contraoferta por parte de la casa Thompson.

A la mañana siguiente vio confirmados sus temores. Desde las

ocho de la mañana una lira blanca había venido a partir en dos el cartel Thompson, y en aquella tira se leía:

Precio del recorrido, incluidos todos los gastos: 74 libras.

No obstante, esta nueva rebaja era menos inquietante, toda vez que Baker había aceptado la lucha. Indudablemente que continuaría defendiéndose. Así pudo comprobarlo Roberto, que vigilaba los carteles anunciadores y vio como en el transcurso de aquel día las tiras blancas iban sucediéndose unas a otras.

A las diez y media la agencia Baker bajó el precio hasta 73 libras; a las doce y cuarto sólo reclamaba Thompson 72; a las dos menos veinte afirmaba Baker que una suma de 71 libras era, con mucho, suficiente, y a las tres en punto había declarado Thompson que su agencia tenía bastante con 70.

Fácil es imaginar la diversión que causó a los transeúntes esta pugna entre las dos agencias. La cual continuó sin interrupción durante el resto del día y terminó con la victoria momentánea de la agencia Baker, cuyas pretensiones no excedían ya de 67 libras.

Los periódicos de la mañana se ocuparon de estos incidentes, y los juzgaron de muy distinta manera. El *Times*, entre otros, vituperaba a la agencia Thompson por haber declarado aquella guerra propia de salvajes. El *Pall Mall Gazette*, por el contrario, seguido del *Daily Chronicle*, la aprobaba por entero: ¿no se beneficiaría al fin y al cabo el público con aquella rebaja de las tarifas, motivada por la competencia?

Comoquiera que fuese, semejante publicidad no dejaría de ser provechosa para aquella de las dos agencias que resultara vencedora, y así se evidenció en la mañana del 28. Los carteles se hallaron este día rodeados de grupos compactos, en los que se hacían los más arriesgados pronósticos y se gastaban bromas de todo género.

La lucha arreció. A la sazón no se dejaba pasar una hora entre las dos respuestas, y el espesor de las tiras superpuestas alcanzaba notables proporciones.

Al mediodía la agencia Baker pudo almorzar tranquila en la posición conquistada. El viaje entonces había llegado a ser posible, a su juicio, mediante un desembolso de 61 libras esterlinas.

—¡Eh, oiga usted! —gritó un muchacho al empleado que había puesto la última tira—. Yo quiero un billete para cuando se haya llegado a una guinea. Tome usted nota de mis señas: 175, Whitechapel, Toby Laugehr... Esquire —añadió, hinchando los carrillos.

Una carcajada cortó la ocurrencia del muchacho. Y, sin embargo, no faltaban precedentes que autorizaran a contar con una semejante rebaja. ¿No constituiría, por ejemplo, un buen precedente la encarnizada guerra de los ferrocarriles americanos, el *Lake-Shore* y el *Nickel-Plate*, y, sobre todo, la competencia que se estableció entre los *Trunk Lines*, durante la cual llegaron las compañías a dar por un solo dólar, los 1700 kilómetros que separan Nueva York de San Luis?

Si la agencia Baker había podido almorzar tranquila sobre sus posiciones, la agencia Thompson pudo dormir sobre las suyas; pero ¡a qué precio! A la sazón podía efectuar el viaje todo el que poseyese 56 libras esterlinas.

Cuando se puso en conocimiento del público este precio apenas si serían las cinco de la tarde. Baker tenía, pues, tiempo para contestar. No lo hizo, sin embargo. Sin duda se replegaba para asestar el golpe decisivo.

Ésta fue al menos la impresión de Roberto que empezaba a apasionarse por la enconada pugna.

Los acontecimientos le dieron la razón. A la mañana siguiente hallóse ante los carteles en el momento en que el empleado de la agencia Baker pegaba una última tira de papel. La agencia Baker rebajaba de una sola vez seis libras esterlinas; el precio del viaje quedaba reducido a 50. ¿Podía Thompson, de una manera razonable, rebajar algún chelín más?

Transcurrió el día entero sin que la agencia Thompson diera señales de vida, y Roberto opinó que la batalla había sido ganada.

Sin embargo, grande fue su desilusión en la mañana del día 30. Durante la noche habían sido arrancados los carteles Thompson. Otros nuevos vinieron a remplazados, mucho más estridentes y chillones que los anteriores. Y sobre aquellos nuevos cartelones se podía leer en enormes caracteres.

Precio del viaje comprendidos todos los gastos: 40

libras esterlinas.

Si Baker había abrigado la esperanza de asombrar a Thompson, éste había querido aplastar a Baker. ¡Y, en verdad, habíalo conseguido con creces!

¡Cuarenta libras por un viaje de treinta y siete días! Constituía esta cifra un mínimo que parecía imposible rebasar. Y éste debió de ser el parecer de la agencia Baker, ya que dejó transcurrir el día entero sin responder al ataque.

Roberto, no obstante, abrigaba alguna esperanza. Creía en que alguna maniobra de última hora salvaría el prestigio de su agencia; pero una carta recibida aquella misma tarde disipó toda duda. Se le citaba para el día siguiente a las nueve de la mañana en la agencia Baker.

Se presentó con toda puntualidad y fue introducido rápidamente a presencia del subdirector.

—He recibido esta carta... —comenzó Roberto.

—¡Perfectamente, perfectamente! —interrumpióle el subdirector, a quien no gustaban las palabras inútiles—. Queríamos solamente informar a usted que hemos renunciado al viaje a los tres archipiélagos.

—¡Ah! —exclamó Roberto, admirado de la calma con que se le anunciaba esta noticia.

—Sí; y si usted ha visto alguno de los carteles...

—Los he visto —replicó Roberto.

—En ese caso comprenderá que nos es completamente imposible persistir en la pugna emprendida. Al precio de cuarenta libras esterlinas, el viaje tiene que resultar un fraude, un engaño para la agencia o para los viajeros o para ambos a la vez. Para atreverse a proponerlo en semejantes condiciones se necesita ser un farsante o un necio. ¡No hay término medio!

—¿Y... la agencia Thompson? —insinuó Roberto.

—La agencia Thompson —afirmó el subdirector en un tono que no admitía réplica— está dirigida por un farsante o por un necio.

Roberto no pudo menos de sonreírse.

—Con todo —objetó—, ¿y vuestros viajeros?

—Se les ha devuelto por correo los depósitos efectuados, más una cantidad igual, a título de justa indemnización; y precisamente

para concretar sobre el importe de la de usted es por lo que hube de rogarle que pasara hoy por aquí.

Pero Roberto no aceptó indemnización alguna. Otra cosa hubiera sido el que hubiese efectuado el trabajo; especular con las dificultades con que había tropezado la sociedad que le admitiera, era cosa que no entraba en sus principios.

—¡Muy bien! —dijo su interlocutor sin insistir nuevamente—. Por lo demás, puedo en cambio darle a usted un buen consejo.

—¿Y es?

—Sencillamente, que se presente usted en la agencia Thompson para ocupar en ella la plaza a que aquí estaba destinado, y le autorizo para que se presente de nuestra parte.

—Demasiado tarde —replicó Roberto—; la plaza está ya cubierta.

—¡Bah! ¿Ya? —interrogó el subdirector—. ¿Y cómo lo ha sabido usted?

—Por los carteles. La agencia Thompson ha llegado a anunciar que posee un intérprete con el que en manera alguna podría yo rivalizar.

—Entonces, ¿sólo es por los carteles...?

—En efecto, sólo por ellos.

—En ese caso —concluyó diciendo el subdirector, levantándose —, intente usted la prueba, créame.

Roberto se halló en la calle completamente desorientado. Acababa de perder aquella colocación apenas otorgada. Preso de la irresolución vagó al azar; pero la Providencia parecía velar por él, puesto que, sin advertirlo, se encontró delante de la agencia Thompson.

Con gesto mezcla de duda y de apatía empujó la puerta y se halló en un amplio vestíbulo, lujosamente amueblado. A un lado veíase un mostrador con diversas ventanillas, una sola de las cuales permanecía abierta y a través de la misma podía verse un empleado absorto en el trabajo. Un hombre se paseaba por el vestíbulo, leía un folleto, y se movía a grandes pasos. En la mano derecha tenía un lápiz y sus dedos ostentaban tres sortijas y en la izquierda, que sostenía un papel, ostentaba cuatro. De mediana estatura, más bien grueso, aquel personaje movíase con vivacidad, agitando una cadena de oro cuyos numerosos eslabones tintineaban sobre su

abultado vientre. Doblábase a veces su cabeza sobre el papel, elevábase otras hacia el techo, como para buscar en él inspiración: sus gestos todos eran verdaderamente ampulosos.

Era sin disputa de esas personas siempre agitadas, siempre en movimiento, y para las cuales no es normal la existencia más que cuando se halla salpicada de continuo por emociones nuevas y que se suceden con rapidez, producidas por dificultades inextricables.

Lo más sorprendente, sin duda, era que fuese inglés. Al observar su buen aspecto, su color bastante moreno, sus bigotes de un negro de carbón, el aire general de su persona, continuamente en movimiento, hubiérase jurado que era uno de esos italianos que llevan siempre el «excelencia» en los labios. Los pormenores hubieran confirmado esta impresión del conjunto. Sus frecuentes carcajadas, lo remangado de su nariz, su frente oculta por la crespita y rizada cabellera... Todo indicaba en él una sutileza algo vulgar.

Al descubrir a Roberto, interrumpió el paseante su marcha y precipitose a su encuentro, saludó con gran derroche de amabilidad y preguntó:

—¿Tendríamos, caballero, el placer de poder serle útil en algo?

Roberto no tuvo tiempo de articular palabra. Aquel personaje prosiguió:

—¿Trátase, sin duda, de nuestra excursión a los tres archipiélagos?

—En efecto —dijo Roberto—; pero...

De nuevo se vio interrumpido.

—¡Magnífico viaje; viaje admirable, caballero! —exclamó su interlocutor—. Y viaje, yo me atrevo a afirmarlo, viaje que nosotros hemos reducido al último extremo de lo económico. Tome usted, caballero, tenga la bondad de mirar este mapa. Vea usted el recorrido que hay que efectuar. Pues bien: nosotros ofrecemos todo esto, ¿por cuánto? ¿Por doscientas libras? ¿Por ciento cincuenta? ¿Por cien...? No, señor, no; lo ofrecemos por la módica, por la insignificante, por la ridícula suma de cuarenta libras, en las que se incluyen los gastos. ¡Alimentación de primera clase; yate y camarotes confortables, carruajes y guías para excursiones, estancias en tierra en hoteles de primer orden...!

Vanamente intentó Roberto detener aquella perorata. Es como tratar de detener un expreso a todo vapor.

—Sí... Sí...; usted conoce todos esos pormenores por los carteles anunciadores. Entonces también sabrá usted la lucha que hemos tenido que sostener para conseguirlo. ¡Lucha gloriosa, caballero; yo me atrevo a afirmarlo!

Durante horas hubiera podido continuar fluyendo así aquella elocuencia.

—¿*Mr.* Thompson, por favor? —cortó impaciente Roberto, tratando de poner fin a aquel torrente de palabras.

—Yo mismo..., y estoy a sus órdenes.

—El motivo de mi visita, *Mr.* Thompson, es el de asegurarme de que efectivamente su agencia cuenta ya con un intérprete.

—¡Cómo! —gritó estupefacto Thompson—. ¿Duda usted de ello? ¿Cree que sería posible un viaje semejante sin intérprete? Contamos, en efecto, con un intérprete, un admirable intérprete, que domina todos los idiomas, sin ninguna excepción.

—Entonces —dijo Roberto—, ruego dispense la molestia causada...

—¿Cómo...? —preguntó Thompson, totalmente desconcertado.

—Mi deseo era el de solicitar ese empleo...; pero toda vez que la plaza se halla ocupada...

Después de haber pronunciado estas palabras, Roberto se dirigió hacia la puerta al mismo tiempo que saludaba cortésmente.

No llegó a atravesarla. Thompson se había precipitado tras él, al propio tiempo que decía:

—¡Ah, ah, era para eso...! ¡Haberlo dicho antes...! ¡Diablos de hombre...! Veamos, veamos; sígame, por favor.

—¿Para qué? —replicó Roberto.

—¡Vamos, hombre; venga usted, venga!

Roberto se dejó conducir al primer piso, a un modesto despacho cuyo mobiliario contrastaba de un modo singular con el de la planta baja. Una mesa desprovista de su barniz por el uso y seis sillas de paja constituían todo el mueblaje de la estancia.

Thompson tomó asiento invitando a Roberto a hacer lo mismo con un amable gesto.

—Ahora que estamos solos —dijo aquél—, he de confesarle, sin tapujos, que no tenemos intérprete.

—Pero si aún no hace cinco minutos... —replicó Roberto.

—¡Oh, oh! —contestó Thompson—. ¡Hace cinco minutos yo le

tomaba por un cliente!

Y se echó a reír estrepitosamente, mientras Roberto, por su parte, no pudo menos que sonreírse.

Thompson continuó:

—La plaza está libre; pero antes de continuar le agradecería que diera algunas referencias.

—Creo que será suficiente —respondió Roberto— el hacerle saber que yo pertenecía a la agencia Baker no hace todavía una hora.

—¿Viene usted de la casa Baker? —exclamó Thompson.

Roberto relató todo lo ocurrido.

Thompson estaba radiante; no cabía en sí de gozo. ¡Quitarle a la agencia rival hasta el propio intérprete... eso era el colmo! Y reía a carcajadas, se golpeaba las piernas, se levantaba, se sentaba, volvía a levantar, mientras profería exclamaciones.

—¡Soberbio, extraordinario, magnífico, preciosísimo...!

Y, luego de calmarse, continuó:

—Desde el momento en que eso es así, el asunto está concluido, mi querido señor; pero dígame: ¿a qué se dedicaba usted antes de entrar en casa Baker?

—Era profesor de francés, mi lengua nativa.

—¡Bien! —dijo Thompson con muestras de aprobación—. ¿Qué otros idiomas posee?

—¡Caramba! —respondió Roberto riendo—. No los domino todos como su famoso intérprete. Pero además del inglés, según puede usted apreciar, poseo el español y el portugués.

—¡Magnífico! —exclamó Thompson, que sólo hablaba inglés, y aún no muy bien del todo.

—Si eso es suficiente, mejor —dijo Roberto.

Thompson tomó nuevamente la palabra.

—Hablemos ahora de los honorarios. ¿Sería indiscreto preguntar el sueldo ofrecido por la agencia Baker?

—Se me había asegurado unos honorarios de trescientos francos por el viaje, libres de todo gasto —respondió Roberto.

Thompson pareció de pronto distraído.

—Sí, sí —murmuró—, trescientos francos; no es demasiado, no. Se alzó del asiento.

—No —dijo con energía—, no es demasiado, en efecto.

Volvió a sentarse y se abismó en la contemplación de una de sus sortijas.

—Con todo, para nosotros, que hemos llevado el coste del viaje a los últimos límites de lo económico, compéndalo; para nosotros ese sueldo sería tal vez un poco elevado.

—¿Habrás, por consiguiente, de rebajarse algo? —preguntó Roberto.

—Sí... tal vez... —suspiró Thompson—. Tal vez sería necesaria una rebaja... una pequeña rebaja. ¡Mi querido señor! —añadió con voz persuasiva—. Yo me remito a usted mismo. Usted ha asistido a la lucha a que esos condenados Baker nos han empujado...

—Bien, bien —interrumpió Roberto—, ¿de modo que...?

—De modo que nosotros hemos llegado a rebajar hasta un cincuenta por ciento sobre los precios estipulados al principio. ¿No es ello cierto, caballero? Por consiguiente, para poder mantener esta rebaja, preciso es que nuestros colaboradores nos ayuden, que sigan nuestro ejemplo...

—Y que reduzcan sus pretensiones en un cincuenta por ciento —concluyó Roberto, con evidentes muestras de disgusto.

A estas muestras de desagrado contestó Thompson con su desbordante elocuencia. Había que saber sacrificarse a los generales intereses. ¡Reducir a casi nada los viajes, tan costosos de ordinario! ¡Hacer accesibles a los humildes los placeres reservados otro tiempo a los privilegiados! ¡Qué diablo! Era una cuestión de humanidad, ante la cual no podía permanecer indiferente un corazón bien nacido.

Después de breve reflexión Roberto aceptó. Aun habiendo disminuido sus emolumentos, no por eso era menos agradable el viaje y dada su precaria situación no podía mostrarse excesivamente exigente. Sólo era de temer la posible competencia de otras agencias. Y entonces, ¿a qué extremo llegarían a descender los honorarios del cicerone-intérprete?

CAPÍTULO III

EN LA BRUMA



fortunadamente, amaneció el 10 de mayo sin que los temores de Roberto se confirmaran.

Roberto embarcó de buena mañana para hallarse temprano en su puesto; pero, una vez a bordo, comprendió que se había excedido en su celo profesional. Ningún viajero habíase presentado aún.

Habiendo dejado su reducido equipaje en el camarote que se le había asignado, el 17, se dispuso a recorrer la nave.

Un hombre cubierto con una gorra galonada, el capitán Pip indudablemente, se paseaba de estribor a babor sobre el puente, mordiendo a la vez su bigote gris y un cigarro. Pequeño de estatura, las piernas torcidas, el aspecto rudo y simpático, era un acabado modelo del *lupus maritimus*, o, cuando menos, de una de las numerosas variedades de esta especie de la fauna humana.

En el puente dos marineros preparaban las jarcias para cuando fuera menester aparejar. Terminado este trabajo, descendió el capitán del puente y desapareció en su camarote. Pronto le imitó el segundo de a bordo, en tanto que la tripulación se deslizaba por la escotilla de proa. Sólo un teniente, el que había acogido a Roberto a su llegada, permaneció cerca del portalón. El silencio más absoluto reinaba a bordo del desierto navío.

Roberto, continuando su recorrido, observó la disposición de los diversos compartimentos del buque; en la proa la tripulación y la cocina, y debajo una cala para anclas, cadenas y cuerdas diversas;

en el centro, las máquinas, hallándose la popa reservada para los pasajeros.

En el entrepuente, entre las máquinas y el coronamiento, se hallaban los camarotes en número de setenta, uno de ellos destinado a Roberto.

Debajo de los camarotes se encontraba la despensa. Encima, entre el puente propiamente dicho y el falso puente superior, llamado *spardek*, el salón-comedor, muy amplio y decorado con gran lujo. Una gran mesa, atravesada por el palo de mesana, lo ocupaba casi por completo.

Este salón recibía la luz por numerosas ventanas que daban al corredor que lo rodeaba, y terminaba en un pasillo, al que venían a parar las escaleras de los camarotes. La rama transversal de ese pasillo, en forma de cruz, daba de una a otra parte al corredor exterior. En cuanto a la rama longitudinal, antes de llegar al puente separaba varias estancias, teniendo a estribor el vasto camarote del capitán y a babor los más reducidos del segundo y del teniente. Una vez terminada su inspección, subió Roberto a cubierta en el momento que en un lejano reloj daban las cinco.

El aspecto del tiempo habíase modificado radicalmente. Una bruma amenazadora, aunque todavía ligera, oscurecía la atmósfera. Sobre el muelle los perfiles de las casas empezaban a difuminarse; los gestos y actitudes de la multitud de cargadores y operarios eran vagos e indecisos, y en el navío mismo los dos mástiles iban a perderse en inciertas alturas.

El silencio continuaba imperando en el buque; tan sólo la chimenea, lanzando un humo espeso y negro, daba indicios del trabajo que se realizaba en el interior.

Cansado de pasear por la cubierta, Roberto se sentó en un banco, en la parte anterior del *spardek*, y esperó. Al poco tiempo llegó Thompson a bordo. Dirigió una amistosa señal de bienvenida a Roberto y comenzó a dar grandes pasos, lanzando continuamente inquietas miradas al cielo.

En efecto, la bruma se espesaba cada vez más, hasta el punto de hacer dudosa la partida. A la sazón no se descubrían ya los tinglados de los muelles. Por el lado del agua, los mástiles de los buques más próximos trazaban sobre la niebla líneas indecisas, y las aguas del Támesis se deslizaban silenciosas e invisibles, veladas por

grisáceos vapores. El ambiente iba impregnándose de humedad.

Pronto advirtió Roberto que estaba mojado, a tal extremo que se proveyó de un impermeable y continuó en su puesto de observación.

Hacia las seis, cuatro camareros hicieron su aparición, saliendo cual vagas formas del pasillo central; detuviéronse delante de la cámara del segundo y aguardaron la llegada de todos aquéllos a quienes debían atender.

A las seis y media se presentó el primer inscrito. Así al menos lo creyó Roberto al ver a Thompson lanzarse y desaparecer, súbitamente escamoteado por la niebla. Agitáronse en seguida los camarotes. Alzóse un ruido de voces, y algunas formas vagas pasaron al pie del *spardek*.

Como si aquello hubiera sido una señal, empezaron a llegar numerosos pasajeros, y Thompson realizó continuos viajes desde el portalón a los pasillos de los camarotes. No era fácil distinguir a los recién llegados. ¿Eran hombres, mujeres, niños? Pasaban, desaparecían, semejando inciertos fantasmas cuyas fisonomías no podía Roberto descubrir.

Pero ¿debería él mismo hallarse al lado de Thompson en aquellos momentos, prestarle su ayuda y dar, desde ese momento, principio a su misión de intérprete? No se encontraba con valor suficiente para ello. Súbitamente habíale invadido una indefinible tristeza y un profundo malestar. No se habría podido decir cuál era la causa. Sin duda era aquella bruma densa y fría que le atenazaba. Y continuaba inmóvil, perdido en su soledad, al paso que desde el puente, desde los muelles, desde toda la ciudad llegaba hasta él, como en un ensueño, el incesante movimiento, la agitación continua de la vida universal, de la vida de seres invisibles, con los cuales no tenía entonces, ni tendría jamás, nada de común.

El buque, no obstante, había despertado. Las luces del salón irradiaban en la niebla. El puente se llenaba de ruido. Algunas personas preguntaban por su camarote, y no se las veía; apenas si lograban distinguirse los marineros que cruzaban de un lado a otro.

A las siete alguien pidió gritando un *grog*. Instantes después, y en un momento de silencio, se oyó claramente en el *spardek* una voz seca y altiva:

—¡Creo, no obstante, haberos rogado que me prestaseis

atención!

Roberto se inclinó. Una sombra larga y estrecha, y en pos de ella otras dos, apenas visibles, dos mujeres tal vez.

En aquel momento se hizo un claro en la bruma. Roberto no pudo con toda certeza reconocer a tres mujeres y un hombre, avanzando rápidos, con la escolta de Thompson y cuatro marineros cargados de bultos y equipajes.

Pronto fueron absorbidos otra vez por la bruma.

La mitad del cuerpo fuera de la barandilla, Roberto permanecía con los ojos muy abiertos y fijos en aquella sombra. ¡Nadie, ni una sola de aquellas personas para la que él fuera y significara alguna cosa!

Y mañana, ¿qué sería él para todas aquellas gentes? Una especie de factótum; uno de tantos que ajusta y estipula el precio con el cochero y no paga el carruaje; uno que retiene la habitación y no la ocupa; uno que discute con el dueño del hotel y entabla reclamaciones por las comidas de otros.

En aquellos momentos lamentó amargamente su decisión, mientras le invadía nuevamente una gran pesadumbre.

Se avecinaba la noche, oscureciendo aún más el ambiente ya de por sí oscuro debido a la niebla. Las luces de posición de los buques anclados permanecían invisibles; invisibles también las luces del puerto de Londres.

De repente se oyó en la sombra una voz:

—¡Abel!

Una segunda llamó a su vez, y otras dos repitieron sucesivamente:

—¡Abel...! ¡Abel...! ¡Abel!

Siguió un murmullo. Las cuatro voces se unieron en exclamaciones de angustia, en gritos de ansiedad.

Un hombre grueso pasó corriendo, rozando a Roberto. El hombre gritaba siempre.

—¡Abel...! ¡Abel!

Y el tono desolado era al propio tiempo tan cómico que Roberto no pudo contener una sonrisa.

Por lo demás todo llegó a calmarse. Un grito de muchacho, dos sollozos convulsivos y la voz del hombre gordo, que gritó:

—¡Helo aquí, helo aquí...!; ya lo tengo...

Comenzó de nuevo, aunque atenuado, el ir y venir confuso y general; la ola de viajeros comienza a calmarse... Ya cesa del todo. El último, Thompson, apareció un momento a la luz del pasillo para desaparecer en el acto tras la puerta del salón. Roberto continuaba en su puesto; nadie le buscaba, nadie preguntaba por él, nadie se ocupaba de él.

A las siete y media los marineros subieron a las primeras escalas de la gavia en el palo mayor; se habían fijado ya las luces de posición, verde a estribor y rojo a babor. Todo se hallaba listo para la partida, si la bruma al persistir no la hacía del todo imposible.

Afortunadamente, a las ocho menos diez minutos una fuerte brisa sopló en cortas ráfagas. La niebla se condensó; una lluvia fina y helada disolvió la bruma; en un instante la atmósfera se volvió diáfana; surgieron las luces de posición, tenues, pero visibles.

No tardó en subir al puente el capitán Pip. Su voz potente se destacó en la noche silenciosa:

—¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Preparados para la maniobra!

Se oyó el característico ruido de muchos pies agitándose rápidamente. Los marineros corrían hacia sus puestos. Dos de ellos fueron a colocarse casi debajo de Roberto, prontos a largar, a la primera señal, una amarra que allí estaba sujeta. Nuevamente resonó la voz del capitán:

—¿Lista la máquina?

Una sacudida hizo retemblar la nave, la hélice entró en movimiento; luego llegó una respuesta, respuesta sorda, lejana:

—¡Dispuesta!

—¡Larguen estribor de proa! —gritó nuevamente el capitán.

—¡Larguen estribor de proa! —repitió, invisible, el segundo, en su puesto en las serviolas.

Una cuerda batió el agua con gran ruido. El capitán gritó:

—¡Atrás, una vuelta!

—¡Atrás, una vuelta! —se contestó desde las máquinas.

—¡Larguen estribor a popa...! ¡Avante!

La nave experimentó una sacudida. La máquina aumentó sus revoluciones.

Pero pronto se detuvo, y el bote rozó las bordas después de haber largado los cabos de las amarras que quedaban en tierra.

En seguida se reanudó la marcha.

—¡Icen el bote! —ordenó el segundo.

Un ruido confuso de poleas se extendió por el puente al mismo tiempo que los ecos de una canción, con la cual armonizaban sus esfuerzos los marineros:

Il a deux fi-ill'; rien n'est plus beau!

Goth by falloe! Goth boy falloe!

Il a deux fi-ill'; rien n'est plus beau!

Hurra! Pour Mexico-o-o-o!

—¡Un poco más de prisa! —dijo el capitán.

Pronto se pasaron los últimos buques anclados en la ribera. El camino estaba ya libre.

—¡Avante, a toda presión! —gritó el capitán.

—¡Avante, a toda presión! —repitió el eco de las profundidades.

La hélice batió el agua turbulentamente; el buque se deslizó dejando atrás una estela de ondas espumosas; se había iniciado la travesía.

Roberto apoyó entonces la cabeza sobre su brazo extendido. La lluvia continuaba cayendo, pero él no le prestaba atención perdido en los recuerdos que acudían a su mente.

Revivía todo el pasado. Su madre, apenas entrevista; el colegio donde tan dichoso fuera; su padre, tan bondadoso. Después, la catástrofe que tan hondamente había perturbado su existencia... ¿Quién hubiera podido vaticinarle en otro tiempo, que un día se vería solo, sin recursos, sin amigos, transformado en intérprete, saliendo para un viaje cuyos resultados tal vez presagiaba aquella lúgubre partida en medio de la bruma, bajo aquella lluvia helada?

Un gran tumulto le hizo volver en sí y erguirse rápidamente. Se oían gritos, voces, juramentos... Resonaron recias pisadas sobre el puente...; luego se oyó un desagradable frotamiento de hierro contra hierro... y una masa enorme apareció a babor para perderse velozmente en la noche.

Por las ventanas asomaron caras asustadas; los pasajeros aterrados invadieron el puente; pero la voz del capitán se alzó tranquilizadora. Aquello había sido un simple incidente; no había ocurrido nada.

«Por esta vez», dijo Roberto, subiendo de nuevo al *spardek*, mientras el puente volvía a quedarse desierto.

El tiempo se modificó nuevamente. Cesó la lluvia; disipóse la niebla; surgieron las constelaciones del firmamento e incluso llegaron a hacerse perceptibles las bajas orillas del río.

Roberto consultó su reloj. Eran las nueve y cuarto.

Hacía tiempo que se habían perdido en la lontananza las luces de Greenwich; por babor, todavía eran visibles las de Woolwich, en el horizonte asomaban las de Stonemess, que pronto fueron dejadas atrás, cediendo el puesto al faro de Broadness. A las diez se pasó frente al faro de Tilburness, y veinte minutos después se dobló la punta Coalhouse.

Roberto se percató entonces de que no estaba solo en el *spardek*; a pesar de la oscuridad se distinguía el pequeño resplandor de un cigarrillo a unos diez pasos de él. Indiferente, continuó su paseo, y luego maquinalmente se acercó a la claraboya iluminada del gran salón.

Todo ruido habíase extinguido en el interior. Los viajeros habían marchado en busca de sus respectivos camarotes. El gran salón estaba vacío.

Tan sólo una pasajera, medio acostada sobre un diván, leía atentamente. Roberto pudo examinarla a su sabor a través de la claraboya; observó sus rasgos delicados, sus blondos cabellos, sus ojos negros. Era fina, delgada y esbelta, el pie menudo salía de una falda elegante. Con razón, pues, juzgó encantadora a aquella pasajera, y durante algunos instantes no cesó de contemplarla absorto.

Pero el pasajero que fumaba en el *spardek* hizo un movimiento, tosió, pisó con fuerza. Roberto, avergonzado de su indiscreción, se alejó de la claraboya.

Continuaban desfilando las luces. A lo lejos oscilaban en la sombra los faros del Nove y del Great-Nove, centinelas perdidos del océano.

Roberto decidió retirarse a descansar. Descendió por la escalera de los camarotes y se encontró en los pasillos; caminaba maquinalmente absorto en sus últimas impresiones.

¿En qué soñaba? ¿Proseguía el triste y desconsolador monólogo de poco antes? ¿No pensaba más bien en el gracioso cuadro que

acababa de admirar? ¡Pasan, con frecuencia, tan de prisa las tristezas de un hombre de veintiocho años!

Cuando puso la mano sobre la puerta de su camarote, volvió a la realidad. Entonces pudo advertir que no estaba solo.

Otras dos puertas se abrían al mismo tiempo. En el camarote vecino del suyo entraba una mujer, y un pasajero en el siguiente. Los dos viajeros cambiaron un saludo familiar; volvióse después la vecina de Roberto, lanzándole una rápida mirada curiosa, y antes de que hubiera desaparecido reconoció Roberto a la agraciada joven del gran salón.

A su vez empujó la puerta.

Al cerrarla, el barco se alzó gimiendo, cayendo después en un lago de espuma, y al tiempo de llegar la primera ola silbó en el puente al primer aliento del mar.

CAPÍTULO IV

PRIMER CONTACTO



Al amanecer del día siguiente no se divisaba ya la costa. El tiempo era magnífico y el *Seamew* se balanceaba alegremente, cortando las olas que empujaba contra él una fresca brisa que soplaba del Noroeste.

Cuando el timonel señaló el cuarto de las seis, el capitán Pip abandonó el puente, donde había permanecido durante toda la noche, y entregó el mando a su segundo.

—Proa al Oeste, *Mr. Flyship* —dijo.

—Bien, capitán —respondió el segundo mientras ordenaba al propio tiempo a la marinería que procediera a la limpieza del puente.

El capitán no penetró directamente en su cámara, sino que antes inició un recorrido por todo el buque, paseando por todas partes su mirada tranquila y segura.

Llegó hasta la proa, e inclinándose, miró al navío cortar las olas; volvió hacia popa, examinándolo todo detenidamente; desde allí se dirigió hacia las máquinas, y con gran cuidado estuvo escuchando el ruido de las bielas y los pistones.

En aquel momento el primer mecánico, *Mr. Bishop*, subía al puente con objeto de aspirar las frescas brisas matinales. Estrecháronse la mano ambos oficiales. Después permanecieron frente a frente silenciosos, en tanto que el capitán lanzaba una mirada interrogadora hacia las profundidades, desde donde subía el

sordo ruido de las máquinas. Bishop comprendió esta muda interrogación.

—Sí, mi capitán, en efecto —dijo con un profundo suspiro.

No se explicó más. Pero sin duda el capitán se hallaba suficientemente informado, porque no insistió, contentándose con mover a uno y otro lado la cabeza con visible descontento. Ambos oficiales, después de este breve intercambio de impresiones, continuaron unidos la inspección iniciada por el capitán.

Aún duraba ésta, cuando Thompson subió a su vez a cubierta. Mientras que avanzaba por un lado, Roberto lo hacía por el otro.

—¡Ah, ah! —gritaba alborozado Thompson—; he aquí a *Mr. Morgand*. ¿Ha pasado buena noche profesor? ¿Se encuentra satisfecho de su excelente camarote...? Hermoso tiempo, ¿no es cierto, profesor?

Roberto había vuelto la cabeza instintivamente, esperando ver detrás de él a algún pasajero. Evidentemente, aquel título de profesor no se dirigía a su modesta persona.

Pero no tuvo tiempo de explicarse sobre el particular. Thompson se interrumpió bruscamente, se precipitó a las escaleras y desapareció de cubierta.

Roberto no pudo descubrir la razón de aquella fuga. Salvo dos pasajeros que acababan de subir, la cubierta estaba desierta. ¿Era acaso la vista de aquellos pasajeros lo que había hecho huir a Thompson? Su aspecto, sin embargo, nada tenía de terrorífico...; de terrorífico, no; pero, la verdad, el aire de aquellos dos personajes sí tenía algo de singular y original.

Si por lo general un turista francés puede pasar desapercibido en los países que visita, no ocurre lo mismo con un turista inglés. De ordinario los naturales de la Gran Bretaña muestran signos demasiado característicos para que sea posible equivocarse sobre su nacionalidad.

Uno de aquellos dos pasajeros que acaban de llegar y se adelantaban a la sazón hacia Roberto, ofrecía un notable ejemplo de la exactitud de esta observación. Imposible el ser más británico; hasta hubiera sido un gran inglés si lo elevado de la estatura bastase para merecer este calificativo. Delgado, además, a proporción, para restablecer sin duda el equilibrio y no rebasar el peso normal a que tiene derecho un hombre bien constituido.

Este largo cuerpo se apoyaba sobre unas piernas no menos largas, terminadas a su vez en unos largos pies, pisando fuerte sobre el suelo, del cual parecían querer tomar posesión exclusiva a cada paso. ¿Acaso no es preciso que dondequiera que se encuentre, plante un inglés del modo que sea la bandera de su país?

Por su aspecto general, este pasajero se asemejaba mucho a un viejo árbol. Los nudos serían las articulaciones rugosas, que chocaban y sonaban al menor movimiento, como engranajes de una máquina mal engrasada.

En su rostro se descubría, en primer término, una larga y desmedrada nariz de extremidad puntiaguda. A cada lado de esta temible cresta dos menudas brasas ardían en el sitio ordinario de los ojos, y debajo, una pequeña hendedura, que sólo el conocimiento de las leyes naturales permitía reconocer como una boca, daba lugar a creer en alguna maldad. Finalmente una aureola de un hermoso tono rojo, comenzando en lo alto de la cabeza con unos cabellos cuidadosamente alisados y separados por una raya maravillosamente recta que se continuaba por las puntas de un par de nebulosas patillas, servía de marco al cuadro. Raya y patillas denotaban la característica inflexibilidad británica.

Aquélla fisonomía hacía pensar que si Dios forma a los hombres con sus manos, había evidentemente modelado aquel ser a puñetazos. Y el resultado de ello, aquella extraña mezcla de sutileza, de malicia, de inflexibilidad, no hubiera sido del todo afortunado, si la luz de un alma igual y tranquila no hubiera sido extendida sobre aquellos trazos monstruosos como un terreno de origen volcánico.

Porque aquel original *gentleman* era la personificación de la calma misma. Jamás se arrebatava, jamás se excitaba, jamás alzaba la voz, su voz, que no tenía más que una sola nota, y, como el bajo persistente de ciertos trozos de música, todo lo reducía al tono debido en una discusión pronta a desbordarse.

Aquel pasajero iba acompañado. Conducía, llevaba más bien a remolque a una especie de fortaleza ambulante, a un hombre tan alto como él, pero mucho más grueso, un coloso de aspecto fuerte, dulce y afable.

Los dos pasajeros abordaron a Roberto Morgand.

—¿Es el profesor Roberto Morgand a quien tenemos el gusto de

dirigirnos? —preguntó el primero con una voz tan armoniosa como si estuviera masticando guijarros.

—Efectivamente —respondió de un modo maquinal Roberto.

—¿Cicerone-intérprete a bordo de este yate?

—Así es.

—Muy bien, señor profesor —afirmó el *gentleman* con una frialdad glacial, al propio tiempo que acariciaba las puntas de sus patillas de tan hermoso tono rojo—. Yo soy *Mr. Saunders*, pasajero.

Roberto saludó levemente.

—Ahora que todo está en regla, permítame usted, profesor, que le presente a *Mr. Van Piperboom*, de Rotterdam, cuya presencia me ha parecido observar que perturbaba de una singular manera a vuestro administrador *Mr. Thompson*.

Al escuchar su nombre *Mr. Van Piperboom* efectuó una graciosa reverencia.

Roberto miró a su interlocutor no sin cierta extrañeza. Thompson, en efecto, se había puesto a salvo; pero ¿por qué había de perturbarse ante uno de sus pasajeros? ¿Por qué juzgaba *Mr. Saunders* pertinente el hacer al empleado de Thompson una tan particular reflexión?

Saunders no dio sus razones y continuó gravemente:

—*Mr. Van Piperboom* no conoce absolutamente otro idioma que el holandés, y en vano busca un intérprete, según he podido comprobar por esta tarjeta que él ha tenido la prudente precaución de procurarse.

Y Saunders exhibió una tarjeta de visita a Roberto, en la que se leía:

VAN PIPERBOOM desea un intérprete ROTTERDAM

Creyó, sin duda, el holandés que debía apoyar la petición formulada en la tarjeta, porque, con una voz aflautada que contrastaba extraordinariamente con sus dimensiones, dijo:

—*Inderdaad, mynheer, ik ken geen woord engelsch...*

—*Mr. Piperboom* está mal informado, señor —interrumpió Roberto—; no conozco el holandés mejor de lo que pueda usted conocerlo.

El grueso pasajero continuaba, diciendo:

—... *Ach zal ik dekwils uw raad inwinnen op die reis.*

Y subrayó su frase con un amable saludo y una afectuosa sonrisa.

—¡Cómo! ¿No conoce usted el holandés...? Entonces no se refería a usted este folleto —exclamó Saunders sacando de las profundidades de su bolsillo un papel que alargó a Roberto.

Tomó Roberto el papel que se le exhibía. En aquella hoja se detallaban las indicaciones del famoso cartel, y en la parte inferior de la primera cara pudo leer:

«Un profesor de la Universidad de Francia, que posee todos los idiomas, ha tenido a bien consentir en ponerse al servicio de los señores pasajeros en calidad de cicerone intérprete».

Roberto leyó estupefacto la hoja y alzó los ojos sobre Saunders, los paseó en torno de sí, como si hubiera esperado hallar sobre el puente la explicación de un hecho que escapaba a su comprensión. Entonces vio a Thompson inclinado sobre la claraboya de las máquinas como si escuchara con gran atención el regular funcionamiento de bielas y pistones.

Abandonando a Saunders y a Piperboom, corrió Roberto hacia él, y con viveza le tendió el folleto.

Pero Thompson se hallaba preparado para aquel ataque; lo estaba esperando. Thompson siempre estaba dispuesto y preparado para cualquier contingencia.

Bajó el brazo levantado de Roberto y amistosamente, sin brusquedad, suave y atento, cogióse al disgustado intérprete. Se hubiera jurado que se trataba de dos camaradas que comentaban tranquilamente el estado del tiempo. Pero Roberto no era tan fácil de dominar con frases más o menos amables.

—¿Podría explicarme, *Mr.* Thompson, las afirmaciones contenidas en su programa? —gritó brutalmente—. ¿Acaso he afirmado yo alguna vez que hablase todos los idiomas?

Thompson sonreía sin perder un momento la calma.

—¡Ta, ta, ta! —susurró—. Son los negocios, mi querido señor.

—Los negocios nunca podrán justificar una falsedad —replicó secamente Roberto.

Thompson hizo un desdeñoso movimiento de hombros... ¡Qué podría importar una pequeña mentira cuando se trataba de la propaganda!

—¡Veamos, veamos, mi querido profesor! —respondió en tono

conciliador—. ¿De qué se queja usted? Después de todo, es perfectamente exacto, yo me atrevo a afirmarlo, cuanto en esta nota se dice. ¿Acaso no es usted francés? ¿No es usted profesor? ¿No ha hecho sus estudios en la Universidad de Francia?, ¿y no es de ella de dónde proceden sus títulos y diplomas?

Thompson saboreaba la fuerza de sus deducciones. Se escuchaba; se persuadía a sí mismo de la verdad de sus argumentaciones.

Roberto no se hallaba con el suficiente humor para emprender una enojosa discusión que sería al mismo tiempo completamente inútil.

—Sí, sí; tiene usted razón —respondió irónicamente—. Y asimismo domino todos los idiomas. Es cosa entendida.

—Y bien, ¿qué...? ¿Todos los idiomas? —replicó Thompson—. Todos los idiomas, sí, señor; todos los idiomas... «útiles», ¿comprende usted...? La palabra «útiles» ha sido olvidada; positivamente olvidada. He ahí un gran negocio, yo me atrevo a afirmarlo.

Roberto señaló con un gesto a Piperboom que en compañía de Saunders asistía a esta escena. Aquel argumento no tenía réplica.

Pero Thompson no lo creía así, porque se limitó a hacer un despectivo gesto y luego se alejó, dejando plantado a su interlocutor.

Roberto se hubiera lanzado en pos de Thompson si no fuera porque en aquel momento otro pasajero, que acababa de salir de su camarote, se dirigía a él.

Rubio, de aventajada estatura, de una elegancia discreta, aquel pasajero parecía llevar empero un sello de *no inglés* que Roberto no podía dejar de advertir. Así fue que, con grande y viva satisfacción, pero sin sorpresa alguna, se oyó interpelar en su lengua materna.

—Señor profesor —dijo el recién llegado, con una especie de buen humor comunicativo—, se me ha indicado que usted es el intérprete de a bordo.

—En efecto, señor.

—Como sea que habré de necesitar de su ayuda cuando nos hallemos en las islas españolas, deseo, en calidad de compatriota, ponerme bajo su asesoramiento. Por ello, permítame que me presente a mí mismo. Soy Roger de Sorgues, teniente del cuarto de

Cazadores, con permiso por enfermedad. En la actualidad, convaleciente.

—El intérprete Roberto Morgand a sus órdenes, mi teniente.

Despidiéronse los dos franceses cordialmente. Mientras su compatriota se dirigía a proa, Roberto se dirigió hacia Saunders y el grueso holandés. No los encontró; Saunders había desaparecido, y con él el afable Piperboom.

Saunders, en efecto, se había alejado y habiéndose desembarazado de su voluminoso compañero giraba en torno del capitán Pip, cuyos gestos y actitudes dábanle alguna inquietud, cosa que le intrigaba en extremo.

El capitán Pip, al cual, fuerza es reconocerlo, no faltaban los tics más singulares, tenía un hábito particularmente extraño.

Si una emoción cualquiera le agitaba, triste o alegre, y se veía en la necesidad de exteriorizarla, sólo lo hacía previo un intenso monólogo interior. Sólo después de este monólogo buscaba al confidente de sus expansiones, y el capitán Pip hallaba pronto a este confidente; encontrábase siempre a unos veinte centímetros detrás de los talones de su dueño.

Aquel amigo fiel, que era un buen ejemplar de mastín, atendía por *Artimón*. Siempre que el capitán experimentaba alguna satisfacción o algún contratiempo, llamaba a *Artimón* y confiaba a su probada discreción las reflexiones que el acontecimiento le sugería.

Aquella mañana hallábase sin duda el capitán deseoso de hacer alguna confidencia. Tan pronto como se separó de *Mr. Bishop*, se detuvo al pie del palo de mesana, y llamó:

—¡*Artimón*!

Perfectamente acostumbrado a la maniobra, el perro, había corrido presuroso a colocarse ante él. Después, sentándose tranquilamente sobre sus patas traseras, alzó hasta su dueño dos ojos inteligentes, dando muestras de la más viva atención.

Pero el capitán Pip no se expansionó en seguida; aún no se hallaba madura la confidencia; durante algún tiempo permaneció inmóvil, mudo, las cejas fruncidas, dejando a *Artimón* en una indecisión penosa.

En todo caso tratábase, indudablemente, de un disgusto, no de un placer; de alguna desagradable preocupación era, sin disputa, de

lo que deseaba vaciar su corazón. El alma hermana no podía equivocarse ante el erizado bigote de su amigo y la fulgurante mirada de sus ojos, en los cuales la cólera hacía divergir de un modo notable las pupilas.

El capitán, paseó durante largo tiempo una inquisitiva mirada desde las serviolas al coronamiento, y desde el coronamiento a las serviolas. Después de lo cual, y habiendo arrojado con violencia un salivazo al mar, golpeó el suelo con el pie, y mirando cara a cara a *Artimón*, dijo con voz de enojo:

—¡En fin, esto anda muy mal, caballero! *Artimón* bajó la cabeza con un aspecto completamente desolado.

—¿Y si se nos viene encima una racha de mal tiempo, eh, *Master*?

El capitán hizo una pequeña pausa y concluyó con gran énfasis:

—¡Sería ésta una peripecia, caballero!

Jamás eran muy largas las confidencias de su dueño. *Artimón* creyó que con lo dicho sería bastante. Pero la voz del capitán le contuvo de hacer cualquier movimiento.

Reíase él ahora despectivamente, mientras recitaba frases del prospecto.

—«Magnífico yate...». ¡Ah, ah, ah!, «De dos mil quinientas toneladas...». ¡De dos mil quinientas!, ¿eh?

Entonces se oyó una voz cavernosa a dos pasos de él:

—¡Bordelesas, capitán!

El capitán no hizo caso de aquella interrupción.

—¡«Y tres mil caballos»! —continuó diciendo—. ¡Qué perverso aplomo, caballero!

—*Poneys*, capitán, tres mil pequeños *Poneys* —pronunció la misma voz.

El capitán se dignó esta vez prestar atención. Lanzó una irritada mirada al audaz interruptor, se alejó apresuradamente, en tanto que el pasivo confidente, vuelto a su papel de perro, se ponía en su seguimiento.

Saunders, que éste era el impertinente comentarista, viendo como se alejaba el capitán, entregóse a una alegría que, no por dejar de traducirse del modo ordinario, debía ser menos violenta, a juzgar por las sacudidas que imprimía a sus articulaciones.

Después del primer almuerzo, el *spardek* comenzó a llenarse de

pasajeros; algunos paseaban, mientras que otros se reunían en grupos para comentar las incidencias del recién iniciado viaje.

Uno de estos grupos atrajo pronto la atención de Roberto. Componíanle tres personas, dos de las cuales eran señoras, y estaban sentadas lejos de él en la parte anterior del *spardek*. En una de ellas, que leía el último número del *Times*, reconoció a la dulce visión de la víspera, su vecina de camarote.

No parecía ser soltera y tendría unos veintidós a veintitrés años de edad. Había acertado al juzgarla encantadora; la luz del sol se mostraba con ella tan halagüeña como la luz artificial.

Su compañera era una muchacha de diez y nueve años de edad, y a juzgar por el extraordinario parecido debía de ser su hermana.

En cuanto al caballero que completaba el grupo no parecía precisamente simpático. Pequeño, delgado, bigotes lacios, nariz afilada, unos ojos escudriñadores, todo, todo desagradaba a Roberto.

«Al fin y al cabo, ¿qué me incumbe?», díjose para sus adentros.

No pudo, sin embargo, apartar en seguida su atención. Una involuntaria asociación de ideas, hízole recordar la vista de aquel antipático personaje, al impaciente fumador de la víspera.

«Algún marido celoso», pensó Roberto, alzando los hombros.

Precisamente en aquel instante sopló una breve racha de viento que arrebató el periódico de la bella lectora, y lo hubiera precipitado al mar si la oportuna intervención de Roberto, cazándolo al vuelo, no lo hubiese impedido. Se apresuró éste a devolverlo a su encantadora vecina que le premió con una graciosa sonrisa.

Retirábase Roberto después de prestar este pequeño servicio, cuando Thompson se precipitó a su encuentro.

—¡Bravo, señor profesor, bravo! —exclamó—. *Mr. Lindsay, Miss Clark, Mr. Lindsay*, permítanme ustedes que les presente a *Mr. Roberto Morgand*, profesor de la Universidad de Francia, que ha tenido la amabilidad de consentir en desempeñar el papel de intérprete; lo cual les probará una vez más, si esta prueba pudiera ser necesaria, que la agencia no retrocede ante ningún sacrificio para asegurar la satisfacción de sus pasajeros.

Thompson estaba magnífico mientras recitaba su tirada. En cuanto a Roberto, sentíase, por el contrario, sumamente

embarazado. Con su silencio se hacía cómplice de la falsedad. Pero, por otra parte, ¿por qué dar un escándalo? Thompson, después de todo, le prestaba un servicio. Seguramente se concederían más atenciones a un profesor que no a un simple intérprete.

Dejando para más adelante resolver esta enojosa cuestión, limitóse a despedirse haciendo un ligero y correcto saludo.

—Ese caballero es muy distinguido —dijo a Thompson *Mr. Lindsay*, siguiendo a Roberto con la mirada.

Respondió Thompson mediante una mímica expresiva, de manera a propósito para hacer comprender hasta qué punto era un personaje importante el intérprete del *Seamew*.

—Además le estoy muy reconocida —repuso *Mr. Lindsay*— por haber recuperado mi periódico, puesto que trae una noticia que concierne a uno de nuestros compañeros, y por consiguiente a todos nosotros. Juzgue usted —añadió, leyendo en voz alta:

«Hoy, 11 de mayo, tendrá lugar la partida del *Seamew*, yate fletado por la Agencia Thompson and C.^o para el viaje turístico por ella organizado. Tenemos noticias de que *Mr. E. T.*, del “Club de los Suicidas”, se halla en la lista de pasajeros. Creemos que muy pronto tendremos ocasión de dar cuenta de un original suceso».

—¿Eh? —dijo Thompson—. ¿Me permite usted, mi querida *Mr. Lindsay*?

Y cogiendo el diario de manos de la dama, releyó el pasaje con más atención.

—¡Vaya, esto es demasiado! —exclamó al fin—. ¿Qué es lo que viene a hacer aquí este original individuo...? Pero, en primer lugar, ¿quién puede ser?

Thompson consultó rápidamente la lista de pasajeros.

—El único —concluyó diciendo— que responde a las iniciales E. T. es *Mr. Edward Tigg*, que...; pero... miren ustedes; allí lo tienen recostado sobre los obenques de mesana, completamente solo y la mirada fija en el mar. No puede ser nadie más que él... Sí, ciertamente es él...; yo no me había fijado..., y, sin embargo, tiene un aspecto bastante siniestro.

Thompson al decir esto señalaba a un caballero de unos

cuarenta años, moreno, de cabellos rizados, con barba puntiaguda y con excelente aspecto de salud.

—Pero —preguntó entonces *Miss Clark*— ¿qué es eso del «Club de los Suicidas»?

—Usted, *Miss Clark*, en su calidad de americana, no puede, en efecto, tener noticia de ello. El «Club de los Suicidas» es una institución eminentemente británica, yo me atrevo a afirmarlo —respondió Thompson con evidente amor propio—. Los socios de este club son personas cansadas de la vida. Sus miembros, por diversas circunstancias se hallan todos al borde del suicidio. Sus conversaciones giran siempre sobre este asunto, y todo su tiempo lo emplean en hallar maneras originales de poner fin a su vida. Es indudable que ese *Mr. Tigg* espera encontrar una muerte singular merced a las incidencias que pueda depararnos nuestro viaje.

—¡Pobre hombre! —dijeron a un tiempo ambas hermanas mientras observaban al desesperado.

—¡Ah, pero no; ya procuraré poner remedio a todo esto! —exclamó Thompson, que no se encontraba nada conmovido—. Un suicidio aquí no sería una cosa agradable, yo me atrevo a afirmarlo... Permítame que la deje, *Mr. Lindsay*; quiero extender la noticia para que todo el mundo vigile a ese interesante personaje.

—¡Qué hombre tan amable es ese *Mr. Thompson*! —dijo Dolly riendo, una vez aquél se hubo alejado—: No puede pronunciar nuestro nombre sin anteponer algún lisonjero epíteto. La linda *Miss Clark* por aquí; la deliciosa *Mr. Lindsay*, por allá Nunca se cansa.

—¡No seas locuela! —riñó Alice con indulgente severidad.

—¡Mamá gruñona! —replicó Dolly sonriendo.

Todos los pasajeros habían entretanto salido a cubierta. Deseoso de conocer dentro de lo que fuera posible a sus compañeros de viaje, Roberto habíase retirado a un rincón, y sin cesar de consultar la lista de pasajeros observaba el espectáculo.

La lista de pasajeros enumeraba en primer término al estado mayor, la tripulación y en general el personal del *Seamew*. Roberto observo que su nombre figuraba en un lugar muy destacado.

A tal señor, tal honor. Thompson abría la marcha con el pomposo título de administrador general. Seguía el capitán Pip; luego *Mr. Bishop*, primer maquinista. Inmediatamente después de *Mr. Bishop* señalábase la presencia del profesor *Mr. Roberto*

Morgand. Decididamente el administrador general tenía en muy buena consideración a su intérprete.

A las altas autoridades de a bordo seguía todo el personal de marineros y camareros. De desearlo, hubiera Roberto podido leer los nombres del segundo *Mr. Flyship*; del teniente, *Mr. Brown*; del contramaestre, *Mr. Sky*, y de sus quince marineros y ayudantes; del segundo maquinista y sus seis fogoneros; de los seis camareros y las cuatro doncellas; de los dos jefes de sala y por último de los dos negros, a quienes un bromista había apodado ya; *Mr. Bistec* y *Mr. Panecillo*, debido a la gordura del uno y la delgadez del otro.

Pero Roberto sólo se interesaba por los pasajeros que según la lista sumaban un total de sesenta y tres. Se entretuvo en reconstituir las familias y en dar nombres a aquellos rostros que desfilaban ante él.

Tarea difícil, si Thompson, cambiando los papeles y convirtiéndose en cicerone de su intérprete, no hubiera acudido en su ayuda.

—Ya veo qué es lo que le preocupa —le dijo sentándose a su lado—. ¿Quiere usted que le ayude? Bueno será que conozca algunos interesantes detalles sobre los pasajeros del *Seamew*, Inútil hablarle de la familia Lindsay, a quien tuve el gusto de presentarle esta mañana. Conoce usted a *Mr. Alice Lindsay*, una americana riquísima; a *Miss Dolly Clark*, su hermana, y a *Mr. Jack Lindsay*, su cuñado.

—¿Su cuñado, dice usted? —interrumpió Roberto—. ¿No está, pues, casada *Mr. Lindsay*?

—No, es viuda —respondió Thompson.

Roberto no hubiera podido explicar por qué esta respuesta le produjo íntima satisfacción.

—Mire, pues —agregó Thompson—, aquella anciana dama que ve usted a diez pasos de nosotros, es *Lady Heilbuth*, persona excéntrica que no viaja jamás sin una docena de gatos y perros; cerca de ella, su doncella, erguida y rígida, sosteniendo entre sus brazos el perrillo actualmente favorito. Algo más lejos una joven pareja a quienes conozco poco; pero no se necesita ser un adivino para conjeturar que se trata de unos recién casados en su viaje de bodas. Aquel caballero grueso que anda atropellando siempre a todo el mundo, se llama Johnson; es un famoso bebedor, yo me

atrevo a afirmarlo. Vea ahora hacia este otro lado aquel señor que parece emerger de un amplio sobretodo; es el reverendo Cooley, un estimable *clergyman*^[1].

—¿Y aquel otro señor tan estirado que se pasea con su mujer y su hija?

—¡Ah! —dijo Thompson con grandilocuencia—. Ese señor es el muy noble *Sir* George Hamilton, y ellas la muy noble *Lady* Evangelina Hamilton y la muy noble *Miss* Margaret Hamilton. ¡Y qué imbuidos están los tres de su elevada condición! ¡Cómo se pasean silenciosamente, gravemente, solitariamente! ¿Quién, salvo tal vez *Lady* Heilbuth, sería digno aquí de ser admitido a su muy noble intimidad?

Roberto se admiró de que Thompson, adulador y lisonjero, supiera manejar la sátira con ingenio y agudeza. Este levantóse después de su descripción; no gustaba de hacer una misma cosa durante largo tiempo.

—Nadie importante veo a quien señalarle, mi querido profesor —dijo—. Conoce usted a los demás. Permítame que vuelva a mis asuntos.

—¿Y ese obeso caballero —preguntó, no obstante, Roberto—, que parece buscar alguna cosa, escoltado por tres señoras y un muchacho?

—Aquél —comenzó diciendo Thompson—; pero ¡oh!, dejo a usted el placer de trabar conocimiento con él, porque, si no me equivoco, es a usted a quien anda ahora buscando.

Efectivamente, el personaje en cuestión se dirigía en línea recta hacia Roberto. Abordó cortésmente, en tanto que Thompson esquivaba el encuentro.

—¡Al fin, mi querido señor! —gritó, mientras se secaba la sudorosa frente—. Mucho me ha costado encontrarle a usted... «¿*Mr.* Morgand?», he ido preguntando a todo el mundo; «No le conozco», me respondían invariablemente..., puede usted creerlo.

Roberto se sorprendió algo ante la singular manera de entrar en materia. No se incomodó, sin embargo, y no sin cierta frialdad preguntó:

—¿Con quién tengo el placer de hablar, caballero?

No eran, en verdad, muy tentadoras las relaciones que se entablaban con aquel hombre grasiento y ordinario, trasudando por

todos sus poros la necesidad y el engreimiento; lo mismo, poco más o menos, que su familia, compuesta, sin contar al muchacho, de una dama más que madura y de dos señoritas enjutas y feas que debían de frisar en la treintena.

—¡Perfectamente, perfectamente, caballero! —respondió el obeso personaje.

No obstante, antes de responder a pregunta tan natural, púsose a buscar asiento para él y los suyos. Una vez la familia entera se instaló con toda comodidad, invitó a Roberto a que hiciera lo propio.

Roberto obedeció, deferente, a la afectuosa invitación.

—Se está mejor sentado, ¿no es verdad? —exclamó el gordiflón, riendo con ordinariez—. ¡Ah, ah...! ¿Se preguntará usted quién soy...? ¡*Mr. Blockhead*, bien conocido en su barrio, caballero! Todo el mundo se lo dirá. ¡La tienda *Blockhead*, de Trafalgar Street! Franco como el oro, caballero, franco como el oro.

Roberto hizo un gesto evasivo de adhesión.

—Ahora tal vez usted se preguntará cómo es que un servidor, *Blockhead*, tendero honorario, me hallo embarcado en este buque. Yo le contestaré que hasta el día de ayer no había visto nunca el mar... Esto es singular, esto es raro, ¿eh...? ¡Qué quiere usted, mi querido señor; en el comercio es menester trabajar mucho sin descanso, si no quiere acabar uno en la casa de Caridad...! Me dirá usted: pero ¿y los domingos...? Para terminar: durante treinta años nosotros no hemos puesto el pie fuera de la población. Hasta que, por fin, habiendo llegado a una posición desahogada, nos hemos retirado de los negocios.

—¿Y ha querido usted recuperar el tiempo perdido? —preguntó Roberto, afectando tomar interés en la conversación.

—No está del todo en lo cierto. En primer término, nosotros hemos querido descansar... Después, más tarde, hemos empezado a aburrirnos... Nos faltaba todo; los clientes a quien atender, las facturas que cobrar, los pagos, las liquidaciones...

—Yo le decía con frecuencia a *Mr. Blockhead*: «*Mr. Blockhead*, nosotros deberíamos emprender un viajecito...». Pero ella no me hacía caso a causa de los gastos; usted me comprende, ¿no...? Mas al fin, hace ya unos diez días, pude ver un cartel de la agencia Thompson. Ese día, precisamente, era el trigésimo primero

aniversario de mi boda con Georgina... (*Mr. Blockhead* se llama Georgina de nombre, caballero)... Entonces tomé los billetes sin decir una palabra... ¡Y qué bien ha resultado todo...! Éstas son mis hijas... ¡Saluda, Bess! ¡Saluda, Mary...! *Mr. Blockhead* ha gruñido y refunfuñado un poco; pero cuando supo que sólo había pagado medio billete por Abel... (Abel es mi hijo, caballero...). ¡Saluda, Abel! La cortesía es lo que distingue siempre al *gentleman*... Sí, señor, medio billete. Abel no tendrá diez años hasta el dos de junio... Es ésta una buena jugada, ¿eh?

—¿Y se halla usted satisfecho de su decisión? —preguntó Roberto, por decir algo.

—¿Satisfecho? —exclamó Blockhead—. ¡Encantado, caballero, encantado...! ¡El mar...! ¡El barco...! ¡Los camarotes...! Todo esto es extraordinario, verdaderamente extraordinario... Tal como lo digo lo pienso, caballero, puede usted creerlo... Franco como el oro; Blockhead es sincero y franco como el oro, caballero.

Roberto volvió a dibujar su gesto de adhesión.

—¡Ah!, ¡pero no es todo! —continuó el infatigable parlanchín—. Cuando he sabido que iba a viajar con un profesor francés, el corazón me ha dado un vuelco... ¡Yo no había visto nunca un profesor francés, nunca!

Roberto, transformado en fenómeno por obra y gracia de aquel lenguaraz, bosquejó un gesto equívoco.

—Luego, he pensado matar dos pájaros de un tiro. Creo que a usted no le costaría mucho trabajo dar a mi hijo algunas lecciones de francés, ¿no es así? Por lo demás, él tiene ya algunos conocimientos.

—¡Ah! ¿Su hijo de usted tiene ya...?

—Sí, señor... Sólo sabe una frase; pero, eso sí, la sabe muy bien... Abel, di tu frase a *Monsieur*.

—*Ce que les épiciers honoraires sont rigolos c'est rien de le diré!*^[2]
—pronunció el muchacho con un acento muy francés y hasta correcto.

Roberto no pudo evitar una sonora carcajada, con gran escándalo de Blockhead y familia.

—Nada hay de risible en ello —dijo aquél algo picado—. No es posible que Abel pronuncie mal. Ha sido un pintor francés, un verdadero pintor, el que le ha enseñado esa frase.

Cortando este divertido incidente se excusó Roberto de no poder aceptar la oferta que se le había hecho, en atención a que sus funciones no le dejaban ni tiempo ni libertad para ello, e iba a desembarazarse de aquella fastidiosa familia, cuando la casualidad vino en su ayuda.

Desde hacía unos instantes Van Piperboom, de Rotterdam, iba y venía por el *spardek* continuando la infatigable búsqueda del anhelado intérprete.

Iba abordando a todos y cada uno de los pasajeros, y los interpelaba uno tras otro sin obtener más respuesta que un gesto de angustiosa impotencia; a cada tentativa fallida, Piperboom se desesperaba todavía más.

Algunas palabras pronunciadas allí cerca por el infortunado holandés llegaron hasta el oído de Blockhead y le hicieron prestar mayor atención.

—¿Quién es ese caballero —preguntó a Roberto— y cuál es el idioma en que habla?

—Es —respondió maquinalmente éste— un holandés cuya situación nada tiene de agradable.

Al oír la nacionalidad del personaje en cuestión, Blockhead se había levantado.

—¡Abel, seguidme! —ordenó brevemente.

Y se alejó con rapidez, escoltado por su numerosa familia a una respetuosa distancia.

Piperboom descubrió entonces a aquella familia que avanzaba hacia él y se dirigió a su encuentro. ¿Hallaría, por fin, el tan deseado intérprete?

—*Mynheer, kunt u my dent tolk van het schip wyzen?* —preguntó a Blockhead.

—Caballero —respondió solemnemente Blockhead, yo no había visto jamás a ningún holandés. Considérome feliz y me siento orgulloso de que mi hijo pueda contemplar a un hijo de ese pueblo, célebre por sus quesos.

Piperboom expresó una desolada sorpresa. A su vez le llegaba el turno de no comprender. Insistió:

—*Ik versta u niet mynheer. Ik vraag u of gy denttolk van het schip wilt...*

—... *Wyzen* —concluyó Blockhead, en un tono conciliador.

Al oír aquella palabra, el semblante de Piperboom se iluminó... ¡al fin!

Pero Blockhead continuaba:

—Esto probablemente pertenece al holandés. Estoy extraordinariamente satisfecho de haber tenido ocasión de oírlo. He aquí las ocasiones que nos deparan los grandes viajes —añadió, volviéndose hacia su familia, que se hallaba pendiente de sus labios.

Piperboom había vuelto a ponerse sombrío. Evidentemente aquel individuo no le entendía mejor que los demás. Pero de repente un gruñido se escapó de sus labios. Acababa de descubrir a Thompson abajo en la cubierta. A Thompson le conocía, le había visto cuando cometió la necedad de tomar su billete. Allí encontraría lo que andaba buscando, y si no... Entonces...

Thompson hubiera podido evitarle, como hiciera aquella misma mañana; sin embargo, esperó a pie firme al enemigo. Se imponía una explicación, después de todo. Más valía acabar cuanto antes.

Abordóle Piperboom con extremada cortesía, y balbució su inevitable frase:

—*Mynheer, kunt u my dent talk...?*

Thompson le cortó con un expresivo gesto de que no comprendía.

Piperboom volvió obstinadamente a dar principio a su discurso en un tono más elevado. Thompson, frío y glacial, repitió el mismo gesto.

Piperboom empezó nuevamente su frase en un tono tan elevado de voz, que todos los pasajeros se volvieron hacia aquella dirección. Hasta el propio *Mr. Flyship*, que se hallaba en su puesto, pareció interesarse en aquel incidente. Sólo Thompson permaneció impassible. Tranquilo y altivo, repitió, con un aspecto de resignación, el mismo gesto de incompreensión...

Entonces, ante aquella impassibilidad, Piperboom estalló. Empezó a gritar; se ahogaba, tratando de producir sonidos articulados, subrayados con vehementes gestos de indignación. Por último, arrojó a los pies de Thompson el famoso programa, arrugado por su furiosa mano; aquel programa que, probablemente, le había traducido un amigo, y en cuya confianza había él embarcado.

Thompson, como siempre, se mostró a la altura de las

circunstancias.

Con digno gesto recogió el arrugado programa. Lo alisó y lo plegó cuidadosamente, guardándolo en su bolsillo. Sólo cuando hubo terminado de realizar aquellas operaciones, se dignó fijar su atención en Piperboom, en cuyo semblante alterado se leía una terrible cólera.

Pero Thompson no tembló.

—Caballero —díjole en un tono glacial—, aun cuando parlotee usted una jerga incomprensible, creo adivinar su pensamiento. Usted se remite a este folleto. Usted le reprocha alguna cosa. ¿Es esto una razón para ponerse en semejante estado? Permítame que le diga, caballero, que tales maneras no son propias de un *gentleman*.

Nada objetó el holandés. Hacía esfuerzos sobrehumanos para intentar comprender. Pero la angustia que se reflejaba en su rostro decía claramente que iba perdiendo la esperanza de lograrlo alguna vez.

Thompson, observando el abatimiento de su adversario, avanzó audazmente dos pasos hacia él, mientras Piperboom retrocedió otros dos.

—¿Y qué es, caballero, lo que tiene usted que reprochar a ese programa? —repitió, aumentando el diapasón de su voz—. ¿Está usted descontento de su camarote? ¿Se queja usted de la mesa...? ¡Hable usted...! ¡Vamos, hombre, hable usted...! ¡No...! ¿No es nada de eso...? Entonces, ¿de dónde procede su cólera...? ¡Sencillamente, por lo visto, de que no encuentra usted intérprete!

Thompson pronunció estas últimas palabras despreciativamente, sin disimulo alguno. Con gestos apasionados y palabras violentas iba rechazando a su interlocutor; éste se retiraba visiblemente dominado por aquella arrogante y fiera actitud... Abatido, escuchaba sin saber qué hacer ni qué decir.

Los pasajeros iban formando círculo alrededor de los dos contendientes. Algunas sonrisas se dibujaban y retozaban en sus labios.

—Pero ¿es esto culpa mía? —exclamó Thompson, tomando al cielo por testigo...— ¿Qué...? ¿Cómo...? Que el programa, dice usted, anuncia un intérprete de todos los idiomas... Sí, sí; esto es; ahí está escrito con todas sus letras... ¡Y bien...! ¿Tiene alguno que quejarse por este motivo?

Y Thompson miró en torno suyo con aire triunfal.

—¡No...! ¡Nadie se queja...! ¡Nadie más que usted...! ¡Sí, señor, sí...! ¡Todos los idiomas, todos... menos, naturalmente, el holandés...! ¡El holandés...! ¡Bah, eso no es un idioma...! Eso es un dialecto, un *patois* cuanto más, caballero..., yo me atrevo a afirmarlo... ¡Cuándo un holandés quiere ser comprendido, sépalo usted de una vez para siempre, señor mío; cuando un holandés quiere ser comprendido..., no le resta más que quedarse en su casa!

Una estrepitosa aunque poco caritativa carcajada corrió por entre los pasajeros, llegó hasta los oficiales, se extendió por la tripulación y descendió hasta el fondo de la cala. Durante diez minutos una alegría irresistible sacudió el buque entero.

Thompson, dejando allí a su contrincante completamente derrotado, subió al *spardek* y se paseó por entre los pasajeros, alzando la frente con aire de triunfo.

Cuando al mediodía la campana anunció el almuerzo aún resonaban los ecos de las risas. Thompson recordó entonces a Tigg, a quien había olvidado debido al incidente con Piperboom. Si quería verle renunciar a sus ideas de suicidio, debía conducirse de tal modo que aquél se hallara siempre satisfecho por completo, y el cuidado del momento era colocar a Tigg bien en la mesa.

Pero la historia de Tigg daba ya sus frutos y lo que vio Thompson le tranquilizó. Almas caritativas se interesaban ya por el desesperado. Tigg penetró en el salón acompañado por las dos hermanas Blockhead, y entre ambas se sentó a la mesa. ¡Era de ver el extraordinario celo que desplegaban las dos hermanas para hacer que Tigg tomara gusto a la vida y al... matrimonio!

Thompson presidía la mesa con el capitán Pip sentado frente a él. A sus respectivos lados *Lady Heilbuth*, *Lady Hamilton* y dos señoras distinguidas. Los demás pasajeros se habían colocado a su capricho y según sus simpatías. Roberto, discretamente relegado al extremo de la mesa, se halló casualmente entre Roger de Sorgues y Saunders, no lejos de la familia Lindsay. No le pesó aquella casualidad.

La comida comenzó en silencio, pero, a medida que iba avanzando, se iniciaron pequeñas pláticas que terminaron en una conversación general.

Al llegar a los postres Thompson se creyó en la obligación de

colocar un buen discurso.

—Yo apelo a cuantos me escuchan —dijo, en la embriaguez del triunfo—: ¿no es verdaderamente grato el viajar de este modo? ¿Quién de todos nosotros no cambiaría todos los comedores terrestres por este comedor flotante?

Aquel preámbulo mereció la unánime aprobación de los presentes. Thompson prosiguió:

—Comparad, señores, nuestra situación con la del viajero aislado. Entregado a sus solos recursos, condenado a un eterno monólogo, se encuentra en las más desagradables situaciones. Por el contrario, nosotros disfrutamos del placer que proporciona una instalación lujosa; cada uno de nosotros halla en sus compañeros una sociedad selecta y amable. ¿A qué, decidme, a qué debemos la posibilidad de poder llevar a cabo por un precio insignificante una incomparable excursión, si no a esta admirable organización de los viajes económicos, a esa forma de cooperación, que pone al alcance de todos sus incomparables beneficios?

Fatigado de este largo período, Thompson tomó aliento, e iba a continuar con nuevas consideraciones, cuando un brusco incidente cambió el curso de las cosas.

Hacia ya algunos instantes que el joven Abel Blockhead palidecía a ojos vistas. En su rostro se dibujaba claramente el malestar que le dominaba a causa del mareo, cambió el color de su tez repetidas veces y por último, incapaz de poder contener por más tiempo los espasmódicos movimientos de su estómago, vomitó con fuerza.

—Una fuerte dosis de ipecaguana no hubiera producido mejores resultados —fue el cínico comentario de Saunders, en medio del silencio general.

Aquel incidente fue una ducha de agua fría, y para la familia Blockhead la señal de batirse en retirada; las dos hijas se levantaron y se fueron con gran apresuramiento, abandonando a Tigg a su suerte. La madre, llevando en brazos a su infortunado retoño, se precipitó en su seguimiento, y la acompañó inmediatamente *Mr. Absyrthus Blockhead*, que comprimía su alterado estómago.

Cuando los camareros hubieron reparado el desorden, Thompson intentó continuar su entusiástico discurso, pero ya nadie se encontraba en disposición de escucharle. A cada instante se

levantaba uno de los comensales y salía rápidamente a cubierta, buscando en la brisa marina un problemático remedio a su profundo malestar.

Pronto quedaron los comensales reducidos a las dos terceras partes; sólo los más fuertes y sólidos permanecieron en sus puestos.

Entre estos últimos estaban los Hamilton. Nada hubiera podido turbar su gravedad; comían con aspecto digno, con un desinterés y un olvido absoluto de los demás comensales.

Por el contrario. *Lady* Heilbuth había sido de las primeras en sucumbir. Su doncella la había seguido, llevando en brazos al falderillo favorito, que también daba muestras de malestar.

Entre los supervivientes de la catástrofe figuraba asimismo Elías Johnson. Al igual que los Hamilton, tampoco él se ocupaba para nada del resto del mundo. Pero el desdén no tomaba parte alguna en su indiferencia. Comía, bebía, sobre todo. Los vasos colocados ante él se llenaban, se vaciaban como por milagro, con gran escándalo de su vecino, el *clergyman* Cooley. Johnson no se inquietaba apenas por ello y satisfacía sin vergüenza ni rubor su pasión.

Si Johnson bebía. Van Piperboom de Rotterdam comía. A cada vaso bebido por Johnson, engullía Piperboom un enorme trozo. Completamente aplacado y olvidados sus furores, mostraba a la sazón una faz risueña, tranquila y reposada. Era evidente que había tomado ya su partido, y, desechando para lo sucesivo todo cuidado, se limitaba sencillamente a comer y alimentarse de un modo verdaderamente formidable.

Una docena de pasajeros, entre los que se encontraban Roberto, Saunders, los Lindsay y Roger, ocupaban con aquéllos la vasta mesa que continuaban presidiendo Thompson y el capitán Pip.

Público poco numeroso, pero no por eso despreciable.

En el preciso momento en que Thompson se preparaba a abrir la boca, una voz agria y dura se alzó en medio del silencio general.

—¡Camarero! —dijo Saunders empujando desdeñosamente su plato—. ¿No podrían servirme un par de huevos fritos? Nada sorprende que tengamos tantos enfermos. ¡No resistiría a semejantes alimentos ni el estómago de un lobo de mar!

Juicio, en verdad, demasiado severo. La comida, aunque mediocre, había sido, en conjunto, aceptable. Pero ¿qué le

importaba eso al sistemático descontento?

El carácter de Saunders respondía, decididamente, a las promesas y augurios de su aspecto; como las apariencias hacían sospechar, se hallaría en él un firme censor. ¡Agradable naturaleza...! A menos, sin embargo —pero ¿por qué motivo?—, a menos de que no tuviese alguna razón oculta para querer mal a Thompson, y que deliberadamente buscara las ocasiones de ser agresivo y de sembrar la cizaña y la discordia entre el administrador general y sus administrados.

Una risa ahogada corrió por entre los asistentes. Sólo Thompson dejó de reír. Y si a su vez se puso verde, ¿no era, a buen seguro, el mareo el responsable de ello!

CAPÍTULO V

AL LARGO



Poco a poco fue tomando su curso normal y regular la vida de a bordo. A las ocho se avisaba para el té, y después la campana llamaba a los pasajeros al almuerzo, y más tarde a la cena.

Según se ve, Thompson había adoptado las costumbres francesas. So pretexto de que las numerosas comidas inglesas serían imposibles durante las excursiones proyectadas, las había suprimido a bordo del navío. A ninguna de ellas había perdonado, ni aun siquiera al *five o'clock*, tan caro a los estómagos británicos. Muy seriamente pregonaba la gran utilidad y conveniencia de aquella revolución gastronómica, y pretendía habituar de ese modo a sus compañeros de viaje al género de vida que había de serles preciso adoptar cuando tuvieran que recorrer las islas. Precaución verdaderamente humana, que tiene el doble mérito de ser al propio tiempo económica. Vida en realidad monótona, es cierto, la vida de a bordo, pero no vida fastidiosa. El mar siempre es un espectáculo ciertamente hermoso, eternamente sugestivo y eternamente cambiante. Vislúmbranse otros buques y asoman en las lejanías tierras que rompen el geométrico horizonte.

Bajo este último aspecto, cierto es, no tenían mucha suerte los huéspedes del *Seamew*. Sólo el primer día una tierra lejana había indicado, hacia el sur, la costa francesa de Cherburgo. Después ningún punto sólido se había destacado en el inmenso disco líquido, cuyo movedizo centro lo constituía el buque.

Los pasajeros parecían irse acomodando a aquella existencia. En conversaciones y paseos pasábanse las horas no abandonando apenas el *spardek*, a la vez salón y plaza pública.

Bien entendido que entre éstos sólo figuraban los pasajeros sanos, cuyo número no se había aumentado por desgracia, desde que el auditorio de Thompson se viera tan diezmado por el mareo.

El buque, sin embargo, no había tenido que luchar hasta entonces con ninguna dificultad real. El tiempo, en boca de un marino, habría merecido siempre el epíteto de bello. Pero un humilde *terrestre* tiene el derecho de mostrarse un poco más exigente. No faltaban los *terrestres* a bordo del *Seamew*, y no se recataban para maldecir aquel viento demasiado fresco que hacía que el mar, ya que no malo, estuviera, cuando menos, revuelto y agitado.

Justo es, con todo, reconocer que el barco no parecía haber tomado en serio aquella agitación del mar; que la ola viniera por la proa, o de costado, la nave se portaba con honradez y bondad. En muchas ocasiones había podido comprobarlo el capitán Pip, y el alma hermana, en la posición reglamentaria, había recibido la confidencia de su satisfacción, como antes recibiera la de su inquietud y desasosiego.

Sin embargo, las cualidades náuticas del *Seamew* no podían impedir que hubiese enfermos y el señor administrador general no podía hacer gala de sus talentos de organizador más que ante un público muy reducido.

Entre los intrépidos figuraba siempre Saunders. Iba de un lado a otro, bien acogido siempre por sus compañeros, a quienes divertía mucho su numen feroz. Cada vez que se cruzaban Thompson y él, cambiaban alguna de esas miradas que equivalen a puñaladas. El administrador general no había echado en olvido la bochornosa observación del primer día y conservaba de ella un amargo rencor. Saunders, por su parte, nada hacía para disipar su enojo; antes al contrario, aprovechaba todas las ocasiones de ser desagradable. El desdichado administrador general había llegado incluso a pensar en el medio mejor de deshacerse de aquel odioso pasajero a la primera oportunidad.

Saunders hallábase ligado de un modo especial a la familia Hamilton; para lograr vencer su pasivo desdén había constituido un

precioso talismán la homogeneidad de sus gustos y aficiones. Sin ningún motivo ni razón, mostrábase, en efecto, Hamilton tan desagradable como Saunders. En todas sus reclamaciones tenía Saunders en él un segundo. Hamilton era su eterno eco. Thompson tenía continuamente encima a aquellos dos perpetuos descontentos, que se habían convertido en su tormento.

El terceto Hamilton, transformado en cuarteto por la adición de Saunders, no había tardado mucho en convertirse en quinteto. Tigg era aquel feliz privilegiado, habiendo sido recibido con gran locuacidad por el *baronet*. Para él, el padre, la madre y la hija habíanse despojado de su inflexible tiesura. Es de suponer que los Hamilton no habían obrado a la ligera, que habían recogido informaciones; ¡y la existencia de Miss Margaret permitía bastantes hipótesis!

Sea de ello lo que quiera, Tigg, guardado y vigilado de aquel modo, no corría riesgo alguno. Bess y Mary Blockhead se habían visto remplazadas... ¡Ah, si ellas se hubieran encontrado allí! Pero las señoritas Blockhead no habían reaparecido, como tampoco su padre, su madre y su hermano. Aquella interesante familia continuaba sufriendo todas las torturas del mareo.

Dos de los pasajeros sanos formaban simétricamente el contraste de Saunders y de Hamilton. No reclamaban nunca; parecían enteramente satisfechos.

Van Piperboom, de Rotterdam, era uno de esos dos afortunados. El prudente holandés, renunciando a correr en pos de lo irrealizable, se había creado una vida puramente animal. De tarde en tarde, por una especie de compromiso de honor, soltaba todavía la famosa frase, que la mayor parte de los pasajeros comenzaban a recordar de memoria. Durante el resto del tiempo comía, digería, fumaba, dormía... enormemente; su vida se hallaba contenida entera en esos cuatro verbos.

Johnson hacía *pendant* a ese filósofo. Dos o tres veces al día se le veía aparecer por el puente. Durante algunos minutos, recorralo brutalmente, rezongando, escupiendo, jurando, rodando como una barrica, pues sus gustos y actitudes habían acabado por darle esa apariencia. Volvíase después al aparador y pronto se le oía pedir a gritos algún cóctel o algún *grog*. Si no era agradable, no era tampoco, cuando menos, angustioso.

En medio de todo este mundo llevaba Roberto una existencia apacible y tranquila. De tiempo en tiempo cambiaba algunas palabras con Saunders, y a veces también con Roger de Sorgues, que parecía hallarse en las más excelentes disposiciones para con su compatriota. Pero éste, si bien había vacilado hasta entonces en destruir la fraudulenta leyenda inventada por Thompson, creía, no obstante, que no debía aprovecharse demasiado de ella; permanecía, pues, encerrado en una prudente reserva y no se entregaba.

La casualidad no había vuelto a ponerle en contacto con la familia Lindsay. Mañana y tarde cambiábase entre ellos un saludo. Nada más. Sin embargo, a despecho de la insignificancia de sus relaciones, Roberto se interesaba, a pesar suyo, por aquella familia y experimentaba algo así como una especie de celos cuando Roger de Sorgues, presentado por Thompson y ayudado por la obligada relación de a bordo, departía algunos días íntimamente con las pasajeras americanas.

Sus miradas, por regla general, se dirigían del lado de la familia Lindsay. Pronto advertía aquella indirecta contemplación y apartaba en seguida los ojos, pero para volverlos treinta segundos después hacia el grupo que le hipnotizaba.

A fuerza de ocuparse de ellos, llegaba a ser, a pesar de ellas y hasta a pesar suyo, el amigo de las dos hermanas. Vivía desde lejos con la risueña Dolly y con Alice, sobre todo con Alice, cuya alma encantadora y seria penetraba y descubría él, bajo la envoltura de su hechicero rostro.

Pero si en las compañeras de Jack Lindsay se ocupaba instintivamente, éste último era para Roberto objeto de un atento estudio. No se había modificado su primera desagradable impresión; muy al contrario, de día en día se sentía inclinado a un juicio más severo. Admirábase él y se sorprendía de aquel viaje emprendido por Alice y Dolly en compañía de un personaje semejante. ¿Cómo era que lo que él veía pasaba a ellas desapercibido?

Más sorprendido todavía habría quedado Roberto si hubiera tenido conocimiento de las condiciones en que aquel viaje se decidiera.

Hermanos gemelos, Jack y William Lindsay tenían veinte años cuando murió su padre, dejándoles una considerable fortuna. Pero

aun cuando, parecidos por la edad, ambos hermanos poseían caracteres sumamente dispares. Al paso que Williams continuaba los trabajos de su padre y aumentaba su herencia en proporciones enormes, Jack, por el contrario, disipaba la suya. En menos de cuatro años la había devorado totalmente.

Reducido entonces a los últimos recursos, había acudido a los peores expedientes; hablábase de procedimientos fulleros en el juego, de combinaciones irregulares en las reuniones deportivas, de sospechosas operaciones de bolsa. Si no totalmente desbancado, hallábase, cuando menos, sumamente comprometido, y las familias honestas habíanle puesto en entredicho.

Tal era la situación cuando a los veintiséis años Williams encontró, se enamoró y se casó con *Miss Alice Clark*. Huérfana, inmensamente rica también por su parte, contaba entonces dieciocho años de edad.

Williams, por desdicha, estaba condenado por el destino. Seis meses después de su matrimonio se le encontró moribundo en su hotel. Un accidente de caza trocaba ruda y brutalmente en viuda a aquella jovencita apenas mujer.

Antes de morir, Williams pudo arreglar sus asuntos. Conocía a su hermano y por su expresa voluntad la fortuna pasó a poder de su esposa, a quien dio verbalmente el encargo de pasar una considerable pensión al derrochador Jack.

Aquello fue para éste el último golpe. Maldecía, echaba pestes contra su hermano. De irritado contra su suerte se convirtió en malvado.

La reflexión vino a calmarle. Resolvió emprender un sitio en toda regla, aprovecharse de la inexperiencia de su joven cuñada, casarse con ella y conquistar la fortuna a la que creía tener derecho.

De conformidad con este plan, cambió en el acto su género de vida y dejó de ser causa perpetua de escándalo.

Cinco años, no obstante, habían transcurrido y la frialdad de Alice había sido siempre un obstáculo a sus planes, imposible de franquear. Creyó tropezar con una ocasión favorable cuando, aprovechándose de la libertad americana resolvió Alice hacer con su hermana un viaje por Europa, por lo cual, y bajo la influencia de un anuncio leído por casualidad —anuncio que derivó en súbito capricho—, debía en seguida unirse a la excursión de la agencia

Thompson. Audaz y osado, propúsose a sí mismo Jack como compañero de viaje. No sin repugnancia aceptó Alice su oferta; creyóse, sin embargo, obligada a ello. Desde hacía largo tiempo parecía haberse enmendado Jack; su existencia, a la sazón, aparentaba ser más normal y decorosa. Tal vez era llegado el momento de volverle a la familia.

Habría, con todo, rechazado si hubiera conocido los tenebrosos proyectos de su cuñado; si hubiera podido leer en su interior y convencerse así de que Jack continuaba siendo el mismo o peor aún; que era un hombre, en fin, dispuesto a no retroceder un ápice por nada del mundo, ni aun ante el crimen, cuando se trataba de conquistar la fortuna.

Por añadidura, Jack, desde la salida de Nueva York, siempre taciturno, concedía a ambas hermanas su presencia material, pero ocultaba su pensamiento, esperando los sucesos. Su humor llegó a ser más sombrío cuando Roger de Sorgues fue presentado a las pasajeras americanas, y fue perfectamente acogido por su jovial distinción. Tranquilizose, sin embargo, al observar que Roger se ocupaba de Dolly infinitamente más que de su hermana.

En cuanto a los demás huéspedes del *Seamew*, Roberto apenas si pensaba en ellos; casi ni siquiera conocía su existencia, y éstos desdeñosamente parecían desconocer la de Roberto.

Alice era menos indiferente. Sus miradas habían notado el evidente desacuerdo entre la posición subalterna del intérprete y su apariencia exterior, así como la cortés frialdad con que acogía las atenciones de ciertos pasajeros y especialmente las de Roger de Sorgues.

—¿Qué piensa usted de su compatriota? —preguntó un día a este último, que en aquel momento acababa precisamente de dirigir a Roberto algunas frases, acogidas como de costumbre.

—Es un ser altivo, que sabe mantenerse en su puesto —contestó Roger, sin tratar de disimular la evidente simpatía que le inspiraba su discreto compatriota.

—Preciso es que se encuentre muy por encima de él para en él mantenerse con tan firme dignidad —dijo Alice con sencillez.

Forzoso sería, no obstante, a Roberto renunciar a aquella reserva, ya que se hallaba próximo el momento de entrar verdaderamente en funciones. La quietud y tranquilidad presentes

eran de naturaleza muy a propósito para hacerle olvidar su posición real. Pero el menor incidente le volvería necesariamente a ella, y ese incidente debía producirse aun antes de que el *Seamew* hubiese tocado tierra por vez primera.

Desde que se había dejado la Mancha habíase seguido una dirección oeste-sudoeste, un poco menos meridional de lo que hubiera sido preciso para alcanzar el grupo principal de las Azores.

El capitán Pip, en efecto, había puesto la proa sobre las islas más occidentales con objeto de asegurar su vista a los pasajeros. Según iban las cosas, no parecía que debiesen sacar mucho provecho de esa delicada atención de Thompson.

Algunas frases oídas a este respecto por Roger excitaron su curiosidad.

—¿Podría usted decirme, señor profesor —preguntó a Roberto cuatro días después de la partida—, cuáles son las primeras islas que el *Seamew* debe encontrar ante sí?

Roberto permaneció indeciso. Ignoraba por completo aquel pormenor.

—Bueno —dijo Roger—, el capitán nos lo dirá. Las Azores pertenecen a los portugueses, ¿no es así? —preguntó todavía, tras un corto silencio.

—Yo —balbució Roberto—... también lo creo así.

—Habré de advertir a usted, señor profesor, que me encuentro en la más completa ignorancia acerca de todo cuanto concierne a ese archipiélago —le replicó Roger—. ¿Cree usted que hallaremos en él algo interesante?

—Seguramente —afirmó Roberto.

—¿De qué género? —insistió Roger—. ¿Curiosidades naturales, quizá?

—Sí, naturales, desde luego —dijo Roberto con apresuramiento.

—¿Y algún edificio, también?

—Y edificios, claro.

Roger miró algo sorprendido a su interlocutor. Una maliciosa sonrisa asomó a sus labios. En seguida reanudó sus preguntas.

—Una palabra más, señor profesor. El programa sólo anuncia desembarque en tres islas: Fayal, Tercera y San Miguel. ¿No hay más en el archipiélago? *Mr. Lindsay* tenía interés en saberlo, y yo no he podido decírselo.

Roberto se hallaba en un verdadero suplicio. Dábase cuenta, aunque tarde, de que desconocía en absoluto, por su parte, cuanto tenía precisión de enseñar a los demás.

—El archipiélago tiene cinco islas —afirmó con audacia.

—Mil gracias, señor profesor —dijo por fin Roger, con un ribete de ironía, despidiéndose de su compatriota.

En cuanto quedó solo, precipitose éste a su camarote. Antes de salir de Londres había tenido cuidado de procurarse una colección de libros a propósito para informarle acerca de los países comprendidos en el itinerario. ¿Por qué había olvidado aquellos libros con tanta negligencia?

Recurrió al *Baedeker* de las Azores. ¡Ay! Había cometido un grave error no atribuyendo más que cinco islas al archipiélago; allí se señalaban nueve, nada menos. Quedose Roberto muy disgustado y fuertemente avergonzado, aun cuando nadie podía contemplar su vergüenza. Apresuróse entonces a recuperar el tiempo perdido. En lo sucesivo permanecía durante todo el día leyendo en sus libros, y su lámpara estaba encendida hasta hora muy avanzaba de la noche. Roger pudo cerciorarse de estos hechos y se divirtió extraordinariamente.

—¡Potasa, mi querido amigo, potasa! —dijose muy alegre—. En cuanto a ser profesor... ¡lo mismo que yo abuelo!

En la mañana del séptimo día, es decir el 17 de mayo, a las ocho, Saunders y Hamilton se acercaron a Thompson, y el primero le hizo observar con un tono seco que, según los términos del programa, el *Seamew* hubiera debido arribar la noche antes a Horta, capital de la isla de Fayal. Excusóse Thompson como mejor supo y pudo, echando toda la culpa al estado del mar. ¿Podía él haber previsto que se hubiera tenido que luchar contra un mar encrespado y un fuerte viento?

No se tomaron los dos pasajeros la molestia de discutir. Habían hecho constar la irregularidad, y eso era por el momento lo suficiente. Retiráronse, pues, con un aire digno, y el *baronet* desahogó su bilis en el seno de su familia.

Es de creer, por otra parte, que el buque y los elementos mismos experimentaron alguna emoción ante el descontento de un viajero tan considerable. El viento, que desde primeras horas del día había manifestado cierta tendencia a amainar, fue decreciendo

progresivamente. Por un efecto natural, el oleaje disminuía al propio tiempo. El buque caminaba con mayor rapidez y disminuía su balanceo. Pronto el viento no fue más que una brisa ligera y los pasajeros del *Seamew* pudieron creer que volvían a encontrarse sobre el tranquilo Támesis.

Pronto se dejó sentir el resultado de aquella calma. Los infelices pasajeros a quienes no se había vuelto a ver desde hacía seis días, subieron unos tras otros sobre cubierta. Sucesivamente fueron apareciendo con las caras pálidas, las facciones alteradas, trocados, en suma, en verdaderas ruinas.

Indiferente a aquella resurrección, Roberto, apoyado en la barandilla, hundía sus miradas en el horizonte, buscando en vano la tierra próxima.

—Perdone usted, señor profesor —dijo de pronto una voz a sus espaldas—, ¿no nos hallamos por ventura ahora en el sitio ocupado en otro tiempo por un continente desaparecido, la Atlántida?

Roberto, al dar la vuelta, se halló frente a frente de Roger de Sorgues, que le acababa de dirigir la palabra; de Alice Lindsay, y de Dolly. Si Roger había contado con poner a su compatriota en un aprieto con aquella repentina pregunta, se equivocó plenamente. Roberto ahora estaba ya preparado.

—En efecto, caballero —dijo.

—¿Ha existido, pues, realmente ese continente? —preguntó Alice a su vez.

—¡Quién sabe! —respondió Roberto—. Verdad o leyenda, una gran incertidumbre pesa sobre la existencia del mismo.

—Pero, al fin —respondió Alice—, ¿hay algunos testimonios en sentido positivo?

—Muchos —dijo Roberto, que se creyó en el deber de recitar cuanto había leído en su «Guía»—. Sin hablar de la Merópide, de la cual Midas, según Teopompo de Chio, había tenido conocimiento por el viejo y pobre Sileno, queda, cuando menos, la narración del divino Platón. Con Platón, la tradición se hace documento escrito y la leyenda, historia. Gracias a él la cadena de los recuerdos conserva todos sus eslabones. Va ligándose de anillo en anillo, de siglo en siglo, y se remonta hasta la noche tenebrosa de los tiempos. Los hechos historiados por Platón habían sido recogidos de Critias, el cual a su vez habíalos oído, a los siete años de edad, de labios de su

bisabuelo Drópidas, a la sazón nonagenario. En cuanto a Drópidas, no hacía sino repetir lo que en muchas ocasiones había oído contar a su íntimo amigo Solón, uno de los siete sabios de Grecia y legislador de Atenas. Háblele referido Solón que, recibido por los sacerdotes de la isla egipcia de Sais, fundada ocho mil años antes, había sabido por ellos que sus monumentos relataban las enconadas guerras sostenidas antaño por los habitantes de una antigua ciudad de Grecia, fundada mil años antes que la misma Sais, contra innumerables pueblos llegados de una isla inmensa situada más allá de las columnas de Hércules. Si esa tradición es exacta, resultaba, por consiguiente, que de ocho a diez mil años antes de Jesucristo respiraba aún y vivía aquella raza perdida de los atlantes, y aquí mismo era donde se extendía su patria.

—¿Cómo —objetó Alice, tras un instante de silencio—, cómo pudo desaparecer aquél tan vasto continente?

Roberto hizo un gesto evasivo.

—¿Y de ese continente, nada ni una piedra siquiera ha subsistido?

—Sí —respondió Roberto—. Algunos picos, algunas montañas, algunos volcanes podrían ser los reveladores de su existencia. Las Azores, las Madeira, las Canarias, las islas de Cabo Verde no serían otra cosa. El resto ha sido sumergido, engullido por el mar. Sobre las llanuras, antes laboradas, el buque ha venido a sustituir al arado. Todo, salvo las más orgullosas cimas, se ha hundido en insondables abismos; todo ha desaparecido bajo las olas: ciudades, edificios, seres humanos, ninguno de los cuales ha vuelto a contar a sus hermanos la espantosa catástrofe.

Esto último no figuraba ya en la «Guía». Roberto lo había puesto de su propia cosecha. Él, atrevido, se permitía colaborar.

El resultado, por otra parte, había sido afortunado; sus oyentes parecían conmovidos. Si el desastre era antiguo, con una antigüedad de diez mil años, era también verdaderamente espantoso, tan espantoso, que los anales del mundo no contenían otro semejante. Con las miradas perdidas en el horizonte, pensaban ellos en los secretos ocultos en el fondo de aquel océano. Allí, en el abismo, habíanse cosechado mieses, habían brotado flores, el sol había irradiado sobre sus valles, cubiertos ahora de una sombra eterna; allí habían lanzado los pájaros sus alegres y variados trinos,

habían vivido los hombres, las mujeres habían amado cuando jóvenes, y cuando madres llorado. Y sobre todo aquel misterio de vida, de pasión, de dolor, se extendía ahora, como sobre una tumba inmensa, el impenetrable sudario del mar.

—Perdón, caballero —dijo de pronto una voz—, sólo he podido oír el final de lo que acaba usted de decir. Si no he comprendido mal, un espantoso y terrible accidente ha tenido lugar aquí, en este sitio. Una tierra importante parece haber sido destruida por el mar. Y bien, caballero... ¡es verdaderamente extraordinario que los periódicos no hayan contado nada acerca de ello!

Volviéndose con alguna contrariedad y curiosos, los interlocutores se encontraron con el amable Blockhead, acompañado de su familia. ¡Oh, cuán pálidas estaban sus fisonomías...! ¡Cómo había adelgazado aquella interesante familia!

Roger se encargó de la respuesta.

—¡Cómo! ¿Pero no ha visto usted en los periódicos el relato de ese accidente? Yo puedo, sin embargo, asegurarle que ha sido objeto de muchos y muy apasionados debates.

La campana que sonó entonces, llamando al almuerzo, cortó la contestación de Blockhead.

—¡He ahí una señal que no me encanta escuchar! —dijo.

Y con extraordinaria rapidez lanzóse al comedor, seguido de *Mr. Georgina* y de su hijo *Abel*. ¡Extraño y sorprendente fenómeno! *Miss Bess* y *Miss Mary* no le acompañaron con aquel apresuramiento que era muy natural después de tan prolongado ayuno. No; ambas, con un mismo movimiento, se habían lanzado hacia atrás. Un instante después vióselas regresar escoltando a *Tigg*, por fin reconquistado. A algunos pasos, los *Hamilton* avanzaban a su vez, con los ojos airados y apretados los labios.

De tal guisa, *Tigg* semejaba un moderno París al que tres diosas de nuevo estilo se hubieran disputado. Según el proverbio que afirma que en país de ciego el tuerto es rey, *Miss Margaret* sería en verdad la *Venus* de aquel trío celeste. La activa *Mary* hubiera desempeñado entonces el papel de *Juno*, permaneciendo el de *Minerva* reservado para *Miss Bess*, a causa de su aspecto belicoso... Era evidente que en aquel momento, contra la tradición generalmente aceptada, *Minerva* y *Juno* triunfaba. *Venus* estaba verde de ira y de rabia.

Por primera vez después de mucho tiempo, la mesa estaba llena de bote en bote. Thompson experimentó diversos y encontrados sentimientos al notar aquella abundancia de comensales.

Hacia el fin del almuerzo, Blockhead, a través de la mesa, dirigióle directamente la palabra:

—Mi querido señor —dijo—, he sabido hace un momento que estos parajes habían sido teatro de un espantoso accidente; parece que quedó sumergida toda una comarca entera. Creo, por consiguiente, oportuno el proponer a usted que se abra entre nosotros una suscripción para las víctimas de la terrible catástrofe. Yo me inscribiré con mucho gusto por una libra.

Thompson pareció no comprender.

—¿A qué catástrofe se refiere usted, mi querido señor? ¡Al diablo si yo he oído decir jamás nada acerca del particular!

—Sin embargo, yo no invento nada —insistió Blockhead—. De labios del señor profesor he oído yo esta noticia, y ese otro caballero francés que está junto a él me ha afirmado que los periódicos habían hablado de ello.

—¡Perfectamente! —exclamó Roger, viendo que se trataba de él—. Pero... no es precisamente hoy cuando la cosa ha tenido lugar. Hace de esto algunos años. Era... ¡Espere un momento...! ¿Hace diez años...? No, no; es más viejo que eso... Era... ¡Ah, ya recuerdo...! Hará exactamente ocho mil cuatrocientos años para San Juan, la Atlántida desapareció bajo las olas. Yo lo he leído, ¡palabra de honor! ¡Lo he leído en las gacetillas de la primera Atenas!

La mesa entera rompió en una estrepitosa carcajada. En cuanto a Blockhead, habíase quedado sin habla. Tal vez iba a enfadarse, porque la broma resultaba un poco pesada, cuando de pronto una voz que bajaba del puente extinguió a la vez las risas y la cólera.

—¡Tierra por babor, a proa! —gritó un marinero.

En un momento el comedor se quedó vacío. Sólo el capitán Pip permaneció en su puesto, terminando tranquilamente el almuerzo.

—¿Es que acaso no han visto nunca la tierra? —preguntó a su fiel confidente, que se hallaba tumbado a su lado.

Los pasajeros habían subido al *spardek* y con las miradas dirigidas hacia el Suroeste, trataban de descubrir la anunciada tierra.

Sólo un cuarto de hora más tarde, para sus ojos inexpertos comenzó a dibujarse una mancha en el lejano horizonte.

—A juzgar por la dirección que hemos seguido —dijo Roberto a sus vecinos más próximos, aquello debe ser Corvo, es decir, la isla más septentrional y la más occidental del archipiélago.

El archipiélago de las Azores se divide en tres grupos bien destacados. Uno, el central, comprende cinco islas: Fayal, Tercera, San Jorge, Pico y Graciosa; otro al Noroeste, con dos islas: Corvo y Flores; otro al Sudeste, formado igualmente por dos islas: San Miguel y *Santa María*, más un conjunto de arrecifes denominados Los Desiertos. Situada a 1500 kilómetros del continente la más próxima, aquellas islas, de muy distintas dimensiones, y ocupando más de cien leguas marinas, apenas suman entre todas ellas 2400 kilómetros cuadrados de tierra firme y
170 000

habitantes. Es decir, que se hallan separadas por grandes brazos de mar, y que la vista puede muy difícilmente ir de una a otra.

El descubrimiento de este archipiélago es atribuido, como de costumbre, a diversos pueblos. Sean cuales fueren aquellas querellas de vanidad, lo cierto es que aquellas islas recibieron su nombre de los colonos portugueses que allí se establecieron de 1427 a 1460, a causa de una especie de ave, muy abundante entonces, y al que los primeros ocupantes tomaron equivocadamente por milanos o azores.

A ruegos de Thompson, dio Roberto los anteriores informes generales. Obtuvo un éxito en verdad halagüeño, pues, apenas hubo despegado los labios, la mayor parte de pasajeros se agruparon a su alrededor, ansiosos de escuchar al profesor francés; aquéllos atraieron a otros, siendo pronto Roberto el centro de un verdadero círculo.

Por lo tanto, no podía negarse él a aquella especie de conferencia improvisada. Aquello formaba parte de sus funciones. En la primera fila de los oyentes de Roberto, Blockhead, sin ningún rencor, había colocado a su interesante retoño.

—¡Escucha bien al señor profesor! —le decía—. ¡Presta atención!

Otro oyente, y éste por completo inesperado, era Van Piperboom, de Rotterdam. ¿Qué interés podía éste sentir por

discursos completamente ininteligibles para sus neerlandeses oídos? Misterio. En todo caso, él se encontraba allí, en primera fila también, con el oído atento y la boca abierta, sin perder una sola palabra. Que comprendiese o no, él quería evidentemente sacarle todo el jugo posible a su dinero.

Una hora más tarde la isla de Corvo dejó de ser una mancha y dibujóse ya fuertemente. Al propio tiempo, otra tierra aparecía en el horizonte.

—Flores —anunció Roberto.

El buque avanzaba con rapidez. Poco a poco los pormenores fueron apareciendo, precisándose, haciéndose más visibles, y pronto se pudo distinguir una costa elevada y abrupta a más de trescientos metros por encima del mar.

El aspecto de aquella cortadura era terrible y salvaje. A bordo del *Seamew* los corazones estaban apretados y casi no se quería creer a Roberto cuando éste aseguraba que aquella agreste isla contenía y permitía vivir a cerca de mil criaturas humanas. Salvo algunos valles un poco verdosos, el ojo humano encontraba por doquier los signos de la más espantosa devastación.

—He ahí la obra de los terremotos —anunció Roberto.

A esta frase un estremecimiento recorrió las filas de los pasajeros, y, arrollando a todo el mundo, Johnson, con la mirada airada, plantóse frente a frente del intérprete del *Seamew*.

—¿Qué ha dicho usted, caballero? —gritó—. ¿No ha hablado usted de terremotos? ¿Los hay por ventura en las Azores?

—Los ha habido, cuando menos —respondió Roberto.

—¿Ahora?

—Ahora —continuó Roberto—. Si bien han cesado completamente en Flores y en Corvo, no puede decirse otro tanto de las demás islas, sobre todo de San Jorge y de San Miguel.

Al oír esta respuesta pareció Johnson inflamado de cólera.

—¡Esto es una indignidad! —vociferó volviéndose hacia Thompson—. Se les advierte a las personas, ¡qué diablo! ¡Se imprime eso en el programa! Ahora bien, libre es usted de bajar a tierra y libres son todos los demás de hacer lo mismo, si son tan necios que le siguen... Pero, escuche usted bien lo que le digo; yo..., yo... no pondré en ella los pies.

Hecha con energía esta terminante declaración, alejóse Johnson

tan brutalmente como había llegado y pronto se oyó su voz tronar en el bar.

Media hora más tarde llegó el *Seamew* a la extremidad meridional de aquella isla desolada. En este punto la elevada costa descendía y sus orillas terminaban en una punta bastante baja que Roberto designó con el nombre de punta Peisqueiro. El capitán viró entonces dos cuartos al Oeste y se acercó francamente a Flores, a la que sólo una distancia de diez millas separaba de Corvo.

Flores parecía haberse agrandado de un modo singular, pudiendo entonces advertirse su configuración general. Distinguíase su cima, el Morro Grande, de 942 metros de altura, y su cinturón de montañas primero, y de colinas después, descendiendo gradualmente hasta el mar.

Mayor que su vecina, Flores mide quince millas de largo por nueve de ancho, o sea, aproximadamente, unos 148 kilómetros cuadrados, no siendo su población inferior a las 9000 almas.

Su aspecto es también más suave y atractivo. Las colinas próximas a la costa se hallan cubiertas de un espeso tapiz de verdura, cortado aquí y allá por bosques. Sobre las cimas, extensos prados resplandecen al sol. Más abajo se extienden los campos, encuadrados y sostenidos por muros de lava. Los pasajeros quedaron agradablemente sorprendidos ante aquella naturaleza fecunda y pródiga.

Cuando sólo una pequeña distancia separaba al buque de la punta Albernás, que forma la extremidad noroeste de la isla, el capitán Pip oblicuó directamente hacia el Este. El *Seamew* atravesó de este modo el canal que separa las islas gemelas, costearlo de cerca la riente Flores, en tanto que Corvo se desvanecía lentamente en el horizonte. El capitán puso sucesivamente proa al Sudeste y después al Sur. Hacia las cuatro de la tarde, el *Seamew* se encontraba frente a la capital, Santa Cruz, distinguiéndose perfectamente sus edificios iluminados vivamente por el sol. Modificóse nuevamente la marcha, y el navío, dejando a las dos primeras Azores, avanzó a todo vapor hacia Fayal.

De Santa Cruz a Horta, capital de Fayal, hay una distancia de 130 millas aproximadamente, o sea una travesía de unas once horas. Antes de las siete apenas eran visibles las cimas de Flores. Pronto se fundirían definitivamente en la noche.

Habiendo para la mañana siguiente un programa bastante cargado, el puente aquella tarde estuvo muy pronto desierto. Iba a abandonarlo a su vez Roberto, cuando Roger de Sorgues vino a cambiar con él algunas frases y a desearle amistosamente las buenas noches.

—¡A propósito! —dijo en el momento de separarse—. ¿Sería indiscreto el preguntarle a usted, mi querido compatriota, en qué liceo, en qué establecimiento de Francia es usted profesor?

Roberto, nada embarazado, se echó a reír.

—En la imaginación de *Mr. Thompson* —respondió con buen humor—. A él, a él exclusivamente debo yo este nombramiento, sin haberlo solicitado, puede usted creerlo.

Roger quedó solo, mirándole alejarse.

Pensó:

«No es profesor, claro está; intérprete ocasional, eso es evidente. Me intriga y me preocupa a mí este caballero».

El problema, con todo, le irritaba, y mientras se encerraba en el camarote murmuraba aún:

—Nadie me quitará de la cabeza que yo he visto esa persona en alguna parte. Pero ¿dónde, mil carabinas, dónde?

CAPÍTULO VI

LUNA DE MIEL



Cuando al día siguiente Roberto subió a las siete de la mañana sobre cubierta, el buque estaba inmóvil, amarrado al muelle en el puerto de Horta, capital de la isla de Fayal, Por todas partes la tierra limitaba el horizonte.

Al Oeste, flanqueada por los dos fuertes, la ciudad, de agradable aspecto, se alzaba formando anfiteatro, elevándose las unas sobre las otras las torres de las iglesias, y coronada por una eminencia que sostiene un vasto edificio, antaño convento de jesuitas.

Al Norte las miradas se hallaban detenidas por la Ponta Espalamaca, limitando uno de los lados de la rada; al Sur, por dos peñascos que la limitaban por el otro lado; el monte Queimado, sobre el que se apoya el dique que forma el puerto, y la Ponta da Guía, antiguo volcán, cuyo cráter apagado, la Chimenea del Infierno, había sido invadido por el mar, y sirve muchas veces de refugio a los pescadores cuando amenaza temporal.

Hacia el Nordeste la vista se extendía libremente hasta la punta occidental de la isla San Jorge, distante veinte millas.

Por el Este se encontraba la enorme masa de Pico. En este nombre se confunden isla y montaña, como se confunden también en la realidad. Sobre las olas surgían bruscamente las costas de la isla, y por una pronunciada pendiente, 2300 metros más arriba, se descubre la cima de la montaña.

Roberto no pudo descubrir esta cima. A unos 1200 metros una

bruma espesa detenía las miradas. Una incesante tormenta recorría aquella masa de vapores. Mientras que abajo, al nivel del suelo, los vientos alisios soplaban del Nordeste, allá en lo alto jirones de nubes se desgarraban a cada instante, separándose de la masa, siempre reformada y recompuesta, e iban a perderse en sentido contrario, arrasadas por los contraalisios del Sudoeste.

Por debajo de aquella impenetrable bruma, sobre la pendiente que descendía con regularidad hasta el mar, praderas, campos, árboles, circundaban numerosas quintas donde los habitantes pudientes de Fayal se libran de los calores y de los mosquitos del verano.

Admirando estaba Roberto aquel panorama, cuando la voz de Thompson vino a sacarle de su contemplación.

—¡Eh, buenos días, señor profesor! ¡Interesante, yo me atrevo a afirmarlo, interesante es este país! Si usted lo tiene a bien, señor profesor, yo tendré esta mañana necesidad de sus servicios. Los pasajeros, como usted sabe, deben desembarcar a las ocho, según está previsto en el programa, y antes es preciso hacer algunos preparativos.

Cortésmente solicitado de esta suerte, Roberto salió del buque en compañía de Thompson. Siguiendo la orilla del mar, ganaron ambos las primeras casas de Horta. Pronto se detuvo Thompson, mostrando con el dedo a su acompañante un vasto inmueble adornado con un rótulo en portugués, que Roberto tradujo en seguida.

—¡Un hotel! —dijo—. El «Hotel de la Virgen».

—Vaya por el «Hotel de la Virgen». Entremos, mi querido señor, y abordemos al hostelero.

Pero éste no sufría, al parecer, de plétora de viajeros. Aún no se había levantado; preciso hubo de ser esperar un cuarto de hora antes de verle aparecer a medio vestir y somnoliento todavía.

Roberto traducía preguntas y respuestas, y de este modo entablóse el siguiente diálogo entre el hostelero y Thompson.

—¿Puede usted darnos de almorzar?

—¡A esta hora!

—¡No, hombre, no, a las once!

—Seguramente. No merecía la pena el hacerme levantar por eso.

—Es que nosotros somos muchos.

—Dos. Ya lo veo.

—Sí, nosotros dos con otras sesenta y tres personas más.

—Diablo —dijo el hostelero tomando resueltamente su partido

—. Tendrá usted a las once sus sesenta y cinco almuerzos.

—¿A qué precio?

El hostelero reflexionó un instante.

—Tendrá usted —dijo al fin— huevos, jamón, pescado, pollo y postres por veintitrés mil reis, incluso el vino y el café.

Veintitrés mil reis, o sea unos dos francos por barba, era inverosímilmente barato. Pero no fue ésta sin duda la opinión de Thompson, toda vez que, por conducto de su intérprete, entabló un regateo desenfrenado. Por fin se llegó a un acuerdo. En el precio de diecisiete mil reis, o sea unos cien francos en moneda francesa.

Arreglado este punto comenzó otro regateo a propósito de los medios de transporte necesarios. El hostelero se encargó de poner al día siguiente por la mañana a disposición de los turistas sesenta y cinco monturas, caballos y asnos; estos últimos en mayoría. En cuanto a carruajes, no había ni que soñar en ello; ni uno tan sólo había en toda la isla.

Testigo y actor de esas discusiones, Roberto comprobaba, con una extrañeza mezclada de inquietud, que Thompson, fiándose en su buena estrella, no había hecho absolutamente ningún preparativo.

«¡He aquí lo que nos promete de agradable!» díjose para sí.

Thompson y Roberto se apresuraron a marchar al encuentro de los pasajeros que, desde hacía media hora por lo menos, debían estar aguardando a su eminente administrador.

Todos, en efecto, estaban allí, formando en el muelle un grupo compacto, y gesticulando. Todos menos uno. Según había declarado, Elías Johnson había quedado a bordo, manifestando, mediante una rigurosa abstención, su horror a los temblores de tierra.

Evidente de toda evidencia era el malhumor en el grupo de los pasajeros, pero se calmó por sí mismo a la vista de Thompson y Roberto, Sólo Saunders creyó deber protestar y aún lo hizo con una extrema discreción. Exhibió silenciosamente su reloj y desde lejos invitó con el dedo a Thompson a comprobar que el minuterero había rebasado notablemente las ocho y media. Aquello fue todo.

Thompson pareció no haber visto nada. Agitado, amable, enjugándose la frente, con marcados movimientos, a fin de dar una elevada idea de su incansable actividad, se acercó al grupo.

Poco a poco, bajo su dirección, la multitud de pasajeros se formó, se alineó, se puso en filas. Toda aquella batahola se transformó como por encanto en un regimiento con sus hombres perfectamente alineados.

Los ingleses, habituados a esta singular manera de viajar, plegábanse fácilmente a las exigencias de aquella formación militar. Parecíales esto del todo natural, y ellos mismos se habían juntado en dieciséis líneas de cuatro en fondo. Sólo Roger de Sorgues se admiró un poco y tuvo que reprimir una intempestiva risa.

Al frente, en primera fila, figuraba *Lady* Heilbuth, a cuyo lado iba *Sir* Hamilton; bien debido le era aquel honor. Y tal, sin duda, era la opinión particular del *baronet*, ya que reventaba visiblemente de satisfacción.

Las otras filas habíanse organizado al azar, o según las simpatías.

Roger logró, sin esfuerzo, figurar en la que formaba la familia Lindsay.

Thompson habíase exceptuado, naturalmente, de aquella combinación. Al lado de la tropa, en filas cerradas, rectificando una alineación defectuosa, refrenando veleidades personales de independencia, iba y venía, lo mismo que un capitán, o, valiéndonos de una comparación más exacta tal vez, como un cabo de vara vigilando una columna de presos.

A una señal la columna se puso en marcha. Pasó bordeando el mar, cruzó por delante del «Hotel de la Virgen» y el hostelero Dudo, por su parte, seguirla con una mirada satisfecha. Cien pasos más lejos y a una invitación de Roberto, oblicuó hacia la izquierda y penetró realmente en la ciudad de Horta.

¡Cuan menos interesante era la ciudad de Horta mirada de cerca que entrevista de lejos! Una sola calle que se bifurca en su extremidad, la compone casi exclusivamente. Empinada, estrecha, irregular, mal pavimentada, aquella calle no constituía en verdad un paseo agradable. A aquella hora del día, el sol, ya abrasador, la enfilaba de extremo a extremo, quemando las nuca y las espaldas, y pronto sus mordeduras hicieron estallar algunas quejas, que a

duras penas lograba reprimir la mirada severa de Thompson.

Las casas que bordeaban la calle de Horta no ofrecían bastante interés para que la complacencia del espíritu hiciera olvidar las molestias del cuerpo. Groseramente construidas sobre muros de lava de gran espesor, a fin de poder resistir mejor los temblores de tierra, no tenían nada de curiosas ni originales. En aquellas casas la planta baja estaba ordinariamente ocupada, ya por almacenes, ya por caballerizas o establos. Los pisos superiores, reservados a los habitantes, se llenaban, merced al calor y la vecindad de los establos, de los olores más desagradables y de los más innobles insectos.

Cada casa tiene un amplio balcón, desde el cual espían a los vecinos y a los transeúntes, critican los hechos y los movimientos de cuantos individuos pone el azar a su alcance, y tras su protector abrigo los burgueses indígenas pasan muchas horas. Pero a aquella hora temprana los balcones estaban cerrados, teniendo, como tenían, sus propietarios la costumbre de prolongar más allá de lo verosímil las horas consagradas al sueño.

Al paso de la colonia los escasos transeúntes se volvían con sorpresa y los comerciantes se asomaban al umbral de sus tiendas. ¿Qué significaba aquello? ¿Había sido invadida la isla como en tiempos del usurpador don Miguel? Obteníase un gran éxito. Tenía Thompson el derecho de mostrarse y estar orgulloso, y lo estaba.

Pero *Sir* Hamilton lo estaba todavía más. Al frente, tieso, erguido como un huso, con la vista fija más allá de quince pasos, todos los poros de su piel parecían gritar: «¡Yo!». Esta orgullosa actitud estuvo a punto de jugarle una mala pasada. Por no mirar a sus pies, tropezó con una desigualdad del piso y cayó cuan largo era. Un simple *gentleman* hubiera hecho otro tanto. Por desgracia, si bien los miembros de *Sir* Hamilton salieron incólumes de aquella aventura, no sucedió lo mismo con un accesorio de su *toilette*, absolutamente indispensable. *Sir* Hamilton había roto su lente. ¡Horrenda y cruel catástrofe! ¿Qué placer era posible en lo sucesivo para aquel miope, convertido ahora en ciego?

Celoso administrador, Thompson, por fortuna, lo había visto todo. Apresuróse a llamar la atención del *baronet* sobre el escaparate de una tienda, en el que se veían algunos miserables aparatos de óptica, y, por mediación de Roberto, concluyóse pronto

un contrato. Mediante la suma de dos mil reis —unos doce francos —, el comerciante se encargó de reparar la lente y tenerla lista a la mañana siguiente.

Al paso visitábanse iglesias y conventos, sin el mayor interés. De iglesias en conventos y de conventos en iglesias, llegábase por fin a la eminencia que domina la ciudad, y sudando, soplando, pero siempre en buen orden, detúvose la caravana hacia las diez al pie del antiguo convento de jesuitas, construido de cara al mar.

Deshízose en seguida la columna y a una señal de Thompson formóse un atento círculo en torno de Roberto.

—El antiguo convento de jesuitas —anunció Roberto adoptando el tono profesional del cicerone—. El más hermoso edificio alzado por ellos en las Azores. Puede visitársele, conforme advierte el programa. Creo, con todo, deber prevenir a ustedes que si ese monumento es notable por sus considerables proporciones, no ofrece, en realidad, ningún interés artístico.

Los turistas cansados de sus precedentes visitas, se declararon convencidos. Sólo Hamilton con el programa en la mano, exigió su ejecución completa y penetró, altivo, en el convento.

—Pasaremos, pues, al siguiente artículo del programa —dijo Roberto.

Y leyó: «Vista magnífica. Cinco minutos».

—Ante ustedes —explicó— está la isla de Pico. Al Norte, San Jorge. En la isla de Pico una aglomeración de quintas indica el poblado de Magdalena, donde los habitantes de Fayal van a pasar el verano.

Dicho esto, Roberto había llenado su misión; el círculo se deshizo y los turistas desfilaron y se esparcieron a su gusto, contemplando el panorama que tenían delante. De frente, el Pico alzaba su mole colosal, cuya cima iba a perderse siempre en un caos de vapores. Entre ambas islas, el canal estaba ahora bañado por el sol, y las aguas, encendidas, reflejaban las purpúreas riberas de San Jorge.

Cuando Hamilton, terminada su visita, regresó, la columna, ya ejercitada, se rehizo por sí sola rápidamente.

Poníase de nuevo en marcha, cuando el minucioso pasajero blandió de nuevo el inflexible reglamento. El programa decía: «Vista magnífica. Cinco minutos». Necesitaba, pues, esos cinco

minutos.

Hubo que sufrir las fantasías de aquel excéntrico, y en una irreprochable alineación, la columna entera, cara al Este, aguantó, no sin numerosos y justificados murmullos de protesta, cinco minutos de contemplación suplementaria. Durante todo ese tiempo Hamilton, engañado por su semiceguera, permaneció vuelto invariablemente hacia el Oeste. En esta dirección no veía otra cosa que el desnudo muro del antiguo convento de jesuitas, y esto, ni aun con la mejor buena voluntad, podía pasar por una «vista magnífica». Pero eso, al parecer, carecía de importancia. El *baronet* contemplo a conciencia el muro durante los cinco minutos reglamentarios.

Emprendieron por fin la marcha. Desde los primeros pasos el ojo vigilante de Thompson descubrió que una de las líneas había quedado reducida a la mitad. Dos pasajeros se habían eclipsado, los dos recién casados, según pudo reconocer tras un atento y detenido examen. Frunció Thompson el ceño; no gustaba de esas irregularidades. Pronto, sin embargo, reflexionó que aquella disminución de comensales iba a permitirle imponer al hostelero una equitativa rebaja.

Las once y media eran ya, cuando, fatigados, siempre en buen orden, los turistas hicieron su entrada en el «Hotel de la Virgen». El hostelero, rubicundo y servicial, se adelantó a recibirles gorro en mano.

Sentáronse en torno a la mesa. *Sir* Hamilton sentóse frente a Thompson, a quien nadie pensaba disputar la cabecera.

Mary y Bess Blockhead, gracias a una sabia maniobra, se colocaron lejos de su familia, pudiendo así dedicarse exclusivamente a la felicidad de Tigg, definitivamente cercado. Satisfecha la primera exigencia del hombre, tomó Thompson la palabra y solicitó la opinión de sus pasajeros sobre la ciudad de Horta.

Sentáronse en torno a la mesa. Satisfecha la primera exigencia del hambre, tomó Thompson la palabra y solicitó la opinión de sus pasajeros sobre la ciudad de Horta.

—¡Esto es magnífico! —gritó Blockhead—. ¡Sencillamente magnífico!

Pero pronto hubo de verse que nadie compartía esa apreciación

de Blockhead.

—¡Antipática ciudad! —dijo uno.

—¡Y sucia!

—¡Qué calles!

—¡Qué casas!

—¡Qué sol!

—¡Y qué piso!

Fácilmente se reconocía al *baronet* en esta exclamación.

—¡Y qué hotel! —dijo a su vez Saunders, con inflexiones de ironía en la voz—. Bien se ve que nos han prometido hoteles de primer orden.

Forzoso era reconocerlo. Los huevos, el jamón, los pollos, figuraban en efecto sobre la mesa, pero el servicio dejaba mucho que desear. No faltaban desgarrones en el mantel, los cubiertos eran de hierro, y no se cambiaban los platos, por lo demás de limpieza un poco dudosa.

Thompson sacudió la cabeza con un aire belicoso.

—¿Me veré precisado a hacer observar a *Mr.* Saunders —soltó con amargura— que las palabras «hoteles de primer orden» no tienen más que un valor absolutamente relativo? Una taberna de las afueras de Londres puede ser un comfortable hotel en Kamchatka...

—Y, en general —interrumpió Hamilton—, en todo país habitado por latinos; es decir, inferiores. ¡Ah, si estuviésemos en una colonia inglesa!

Pero el *baronet* no pudo completar su pensamiento.

Terminado el almuerzo todo el mundo abandonaba estrepitosamente la mesa. Thompson, que salió el último, tuvo la satisfacción de encontrar rehecha la columna. Cada uno había ido por sí mismo a ocupar el puesto que el azar o su voluntad le habían señalado aquella mañana. Ninguna protesta se había levantado: ¡tan fácilmente nace la idea de propiedad entre los hombres!

Por tercera vez, y entre un más numeroso concurso de población, la columna recorrió la calle que tan fatal había sido para el *baronet*. Al llegar al lugar de su accidente, dirigió una mirada oblicua hacia la tienda donde había hallado socorro. Precisamente entonces el óptico se hallaba a la puerta, como todos los demás tenderos, sus cofrades. También él había reconocido a sus clientes. Y hasta le dirigió una mirada en la que Hamilton creyó leer algo así

como una expresión de censura y menosprecio.

En lo alto de la calle se giró hacia la izquierda y se continuó subiendo por los flancos de la colina. Pronto se pasaron las últimas casas. Algunos centenares de metros más lejos el camino comenzaba a bordear un torrente de caprichosas curvas. Sus orillas deliciosas y cambiantes fueron, no obstante, desdeñadas por la mayor parte de aquellos turistas, demasiado alineados. No se tenía en cuenta sitio alguno que no figurara en el programa. Mejor dicho, no existía.

Tras una marcha de media milla, aproximadamente, el camino parecía cerrado de pronto por una enorme barrera de peñascos, de lo alto de los cuales el agua del torrente se precipitaba en forma de cascada. Sin alterar su admirable alineación, la columna, evolucionando a la derecha continuó subiendo la pendiente.

A pesar de ser la hora más cálida del día, la temperatura era soportable; en la senda que habían seguido abundaban los árboles. Cedros, castaños y otras especies difundían su sombra bienhechora.

Una hora duraba ya la excursión, cuando el horizonte se agrandó súbitamente. A una brusca vuelta del camino, éste desembocaba en una planicie, dominando un extenso valle, por el cual continuaba, agrandado, el barranco.

Thompson hizo una señal y los turistas formaron de nuevo el círculo en torno al cicerone. Decididamente, los soldados iban habituándose a las maniobras.

En lo que hace a Roberto, sin dejar de sentir vivamente todo el ridículo de aquel modo ultrabritánico de viajar, tuvo el buen acuerdo de no dejarlo entrever.

Dijo, pues, sin preámbulos y con un tono frío:

—Aquí está, señoras y caballeros el sitio donde se establecieron primeramente los flamencos que colonizaron esta isla antes que los portugueses. Observarán ustedes que los habitantes de este valle han conservado en gran cantidad los rasgos físicos, el hábito, el idioma y la industria de sus antepasados.

Roberto se detuvo bruscamente, como había empezado. Que los infortunados turistas no se hallasen en condiciones de observar cuanto se les mostraba, eso no era de su incumbencia. Por otra parte, el público parecía satisfecho. Se observaba, puesto que tal era el programa, de lejos, de muy lejos, y no se formuló reclamación alguna. A una señal de Thompson volvió a formarse la columna cual

un disciplinado regimiento, y los ojos se apartaron pasivamente del encantador paisaje.

Y lo era verdaderamente, aquel paisaje. Encerrado por colinas de suaves contornos, cruzado por arroyuelos que, reunidos, dan más abajo origen al torrente cuyo curso acababa de remontarse, el valle Flamenco se presenta saturado de una virgiliana dulzura. A los grandes prados, en que pastaban rebaños de bueyes, sucedían campos de trigo, de maíz y, caprichosamente desperdigadas, casas blanquísimas que brillaban a los rayos del sol.

—Una Suiza normanda —dijo Roger.

—Un reflejo de nuestro país —añadió melancólicamente Roberto, volviendo a ponerse en marcha.

Rodeando la ciudad de Horta por el Norte, la columna oblicuó un poco a la derecha y el valle Flamenco no tardó en perderse de vista. Después de los campos que traían a la mente las perspectivas de Normandía, se atravesaba a la sazón por los campos de cultivos del Marais; batatas, cebollas, patatas, las legumbres todas desfilaron, sin perjuicio de las frutas tales como calabazas, albaricoques y mil otras especies.

Pero había que apresurarse a abandonar aquello. El día avanzaba y no creyó Thompson deber llevar el reconocimiento hasta el extremo del cabo Espalamaca. Tomó por el primer camino que encontró a la derecha y comenzó a descender hacia la ciudad.

El camino se deslizaba por entre una ininterrumpida sucesión de quintas, rodeadas de magníficos jardines, terreno donde alternaban en gran número las especies más diversas.

Con las plantas exóticas se mezclaban las de Europa, a menudo de extraordinarias dimensiones. La palmera se alzaba por encima del roble, y al lado de la acacia, el banano y el naranjo. Los tilos sucedían a los eucaliptos y el cedro del Líbano a la araucaria del Brasil.

Eran las cuatro de la tarde. Bajo la majestuosa cúpula de los grandes árboles, los rayos oblicuos del sol poniente llegaban muy atenuados. Tras el país de Canaán venía el Paraíso terrenal.

Instintivamente los turistas habían acortado el paso. En la sombra luminosa de los árboles, acariciados por la tibia y suave brisa, bajaban sin fatigarse, en silencio, gozando del delicioso paseo.

De esta suerte se llegó al fuerte del Oeste, y luego se siguió el parapeto que lo une con el fuerte central. Serían apenas las cinco y media cuando los turistas llegaban al puerto, al atractivo de la gran calle de Horta. Deshízose entonces la columna. Prefirieron los unos volver a bordo, mientras que los otros se extendieron por la ciudad a la ventura.

Roberto tuvo que ir al «Hotel de la Virgen» a asegurarse de que todo se hallaría dispuesto para la mañana siguiente. Terminada su comisión volvía al *Seamew*, cuando se encontró con *Sir* Hamilton.

Estaba furioso.

—Caballero —dijo—, me sucede una cosa singular. El óptico a cuya casa me condujo usted esta mañana se niega en absoluto, no sé por qué, a hacer la reparación convenida. Como me es de todo punto imposible comprender una sola palabra de su condenada algarabía, yo ruego a usted que tenga la bondad de venir conmigo a pedirle una explicación.

—A sus órdenes —respondió Roberto.

Penetró en el almacén del recalcitrante tendero y entabló con él una larga y animada discusión, cómica también probablemente, ya que con gran trabajo refrenaba unas violentas ganas de reír. Cuando todo acabó volvióse Roberto hacia Hamilton:

—El señor Luis Monteiro, óptico, ha rehusado y rehusa trabajar en servicio de usted porque...

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque usted dejó de saludarle esta tarde.

—¡Cómo! —dijo Hamilton estupefacto.

—¡Cómo lo oye...! Cuando pasamos nosotros después del almuerzo, el señor Luis Monteiro estaba a la puerta. Le sonrió a usted, y usted por su parte le reconoció; le consta sin embargo, no se dignó bosquejar siquiera el menor saludo. Tal es, a sus ojos, el crimen de usted.

—¡Que se vaya al diablo! —gritó Hamilton indignado.

Apenas si escuchó a Roberto cuando éste le explicaba el inverosímil rigor del ceremonial en las Azores. Todo se hace allí con arreglo a un inflexible protocolo. Si el médico consiente en cuidaros, el panadero en suministraros pan, el zapatero calzado, es con la condición de que se les salude muy fina y cortésmente a cada encuentro y que se les honre con afectuosos presentes en épocas

determinadas.

Todo esto penetraba con mucha dificultad en el cerebro del *baronet*. No obstante, tuvo que someterse. Con su aprobación, Roberto apaciguó con muy razonables excusas al puntilloso Luis Monteiro, y la reparación del lente fue de nuevo prometida.

Hamilton y Roberto llegaron a bordo del *Seamew* en el preciso momento en que la campana llamaba a los retrasados para comer. La comida se hizo alegremente. Ninguno de los pasajeros dejó de declararse encantado de aquel comienzo del viaje. Si la ciudad de Horta había en cierto modo proporcionado una decepción, todos se hallaban de acuerdo en reconocer el esplendor de las cosas de la naturaleza. No; nadie olvidaría ni aquella evocación de Suiza en el valle Flamenco, ni la riqueza de la campiña en las proximidades de la punta Espalamaca, ni aquel retorno delicioso a lo largo del mar o bajo la sombra bienhechora de los grandes árboles.

En medio de la alegría general, Blockhead era quien más contento se mostraba. Muchas veces había manifestado con vehemencia a su vecino que jamás —¡jamás!— había visto nada tan hermoso.

En cuanto al partido de la oposición, hallábase reducido a la impotencia. La aplastante mayoría que secundaba al administrador general obligaba a Hamilton y a Saunders a guardar silencio.

Este último, particularmente, parecía hallarse de pésimo humor. ¿Era acaso de una tan perversa naturaleza que le molestaba la alegría ajena? ¿O quizá su amor propio estaba herido, y sobre esa herida la alegría general se vertía como plomo fundido? Así podía creerse, al advertir los duros epítetos que en voz baja dedicaba a sus compañeros, cuya satisfacción parecía augurar un brillante éxito al viaje emprendido. No pudo contenerse por más tiempo, y, abandonando la mesa, fue a pasear sus amargos pensamientos por el *spardek*.

El aire puro endulzó lentamente su corazón ulcerado. En sus menudos labios, semejantes a una cortadura, nació una sonrisa. Movi6 los hombros.

—¡Sí, sí! —murmuró—. ¡Ésta es la luna de miel! Y tendiéndose en una mecedora, contempló tranquilamente el cielo, en el cual, estaba de ello seguro, había de nacer a su hora una luna rojiza.

CAPÍTULO VII

EL CIELO SE NUBLA



penas asomaba el alba cuando un estrépito ensordecedor interrumpió el sueño de los pasajeros del *Seamew*. Retumbaba la máquina; resonaba la cubierta por la caída de pesados cuerpos. Los más empedernidos dormilones tuvieron que ceder. De buen o mal grado, los pasajeros, del primero al último, hicieron antes de las siete su aparición en el *spardek*, privado aquel día de su habitual limpieza.

A todo lo largo del buque hallábanse amarradas barcasas conduciendo sacos de carbón que la cabria iba subiendo y precipitando en seguida en la sentina.

—¡Esto es verdaderamente encantador! —dijo Saunders en voz alta, una vez que Thompson pasaba a su lado—. ¡Como si no se hubiera podido embarcar ese carbón dos horas después!

No dejó de hallar eco aquella justa observación.

—Es evidente —aprobó Hamilton con energía.

—Es evidente —repitió el pastor Cooley, más conciliador de ordinario, en medio de los murmullos de todos los pasajeros.

Thompson no vio nada, no oyó nada. Sonriente iba por entre los grupos y él, el primero, se reía de aquel contratiempo.

—Después de todo —decía—. ¿Hay algo mejor que madrugar?

¿Cómo no quedar desarmados ante aquella indestructible alegría?

El programa aquel día anunciaba una excursión a la *Caldeira o*

Chimenea, nombre habitual de los volcanes en las Azores. La partida se efectuó correctamente a las ocho. Sobre el muelle, una tropa de asnos y de conductores esperaba ya a los viajeros. Pese a las promesas del hostelero ningún caballo se encontraba allí, humillando con su presencia a sus degenerados primos. Sólo había asnos. Sesenta y cinco asnos y sesenta y cinco conductores, a razón de un hombre por animal. A la vista de aquel numeroso rebaño grandes protestas alzáronse de nuevo entre los turistas. ¡Viajar en burros! Muchos se negaron, desde luego, a ello con energía. Los unos, tales como el pastor, alegaron sus reumatismos; otros, como *Lady Heilbuth*, tenían en cuenta razones de pudor; otros, en fin, y *Sir Hamilton* particularmente, hablaron de su dignidad comprometida. Saunders, por su parte, no dio ninguna razón y no fue, sin embargo, el más tímido en sus recriminaciones. Tuvo Thompson que parlamentar ampliamente. Durante un cuarto de hora los gritos de las mujeres, los juramentos de los conductores, las demandas, llamamientos, interjecciones, se fundieron en una discordante armonía.

En el fondo, la mayoría se hallaba muy divertida. Encerrados durante siete días, puestos en formación el octavo, alegrábanse los turistas de aquel imprevisto paseo. Aquellos magistrados, oficiales, negociantes y rentistas componían el cargamento humano del *Seamew*, gentes graves por su condición y su edad, volvíanse jóvenes por un día. Y pronto, jóvenes o no, humildes o altaneros, montaron alegremente en los indiferentes y tranquilos asnos. Saunders, con un aire de frialdad más acentuado a medida que crecía el bullicio de sus compañeros, montó el último, sin pronunciar una palabra.

Tigg fue el primero.

En tanto que la discusión seguía su curso, Bess y Mary, sus dos ángeles custodios, no habían perdido el tiempo: habían examinado los sesenta y cinco asnos, pasado revista a las sillas y se habían asegurado, en fin, las tres monturas mejores y más confortablemente dispuestas.

De buen o mal grado tuvo Tigg que instalarse sobre uno de aquellos asnos, después de lo cual las señoritas Blockhead habían continuado rodeándole de sus tiernos cuidados. ¿Estaba bien? ¿No le faltaba nada? Sus blancas manos habían regulado la longitud de

los estribos y le habrían puesto las bridas en la mano, si el asno de las Azores hubiera llevado ese accesorio o algo que se le pareciera.

En las Azores, las riendas son remplazadas por un conductor. Armado de un largo aguijón, con el que le dirige, el conductor marcha al lado del animal. Que el asno marcha demasiado aprisa, o baja una cuesta muy empinada, pues el conductor le retiene sencillamente por el rabo.

—¡Cuestión de latitud! —dijo Roger, riendo—. Entre nosotros, en nuestro país, el freno no se halla del mismo lado: ¡he ahí todo!

Cuando todo el mundo estuvo dispuesto, advirtió Thompson que tres asnos se quedaron sin propietario. El enérgico y temeroso Johnson se encontraba, según sus promesas, entre los ausentes. En cuanto a los otros dos restantes, no eran ni podían ser otros que los dos recién casados, invisibles desde la víspera.

A las ocho y media la cabalgata —asnalgata sería más exacto— se puso en movimiento. A la cabeza «asnalgaba». Thompson, flanqueado por su lugarteniente Roberto, y tras ellos seguía el regimiento de dos en dos.

Subiendo la calle principal de Horta, aquella tropa de sesenta y dos caballeros escoltados por sesenta y dos peatones, tenía necesariamente que causar una revolución. Cuantos no permanecían entregados a las dulzuras matinales del lecho, aparecieron en las puertas y en las ventanas y entre ellos el ceremonioso Luís Monteiro. Aun cuando privado de la ayuda de su lente, el *baronet* pudo, no obstante, reconocer a su inflexible profesor de educación, y, con la muerte en el alma, hízole un magnífico saludo. El altivo Luis Monteiro devolvió aquel saludo, encorvándose hasta el suelo, y entró inmediatamente a su tienda. Sin duda aplacado ya, iba a proceder a la reparación prometida.

Pronto se llegó al lugar donde la calle principal se divide en dos ramas. La cabeza de la columna penetró por la de la derecha, cuando se alzó un grito, seguido al momento de ruegos y confusas exclamaciones. Todos se detuvieron, y Thompson, volviendo sobre sus pasos, acudió con rapidez al teatro del accidente.

En una de las últimas filas dos cuerpos rodaban sobre el desigual piso. Uno, el de un asno; otro, casi de igual corpulencia, el de Van Piperboom, de Rotterdam.

Éste, al menos, no se hallaba herido. Viole Thompson levantarse

tranquilamente y contemplar con aire triste y melancólico a su desdichada montura. El asno era, en verdad, un hermoso animal; pero todas las fuerzas tienen su límite. Y Van Piperboom había franqueado esos límites, y, ya a causa de la rotura de alguna vena, ya por cualquier otro motivo, el asno estaba muerto y bien muerto.

No sin grandes fatigas hubo constancia de la muerte del animal. Diez minutos transcurrieron entre la chacota de los turistas y las exclamaciones de los guías, antes de que la defunción del asno fuese oficialmente reconocida. Faltaba hallar una solución, pues ¿no iba a correr igual suerte cualquier otra cabalgadura que montase el de Rotterdam?

—¡Qué diablos! —gritó Thompson, impaciente—. No vamos a quedarnos aquí hasta la noche. ¡Si no basta con un asno, pónganse dos!

Al oír esta proposición, fielmente traducida por Roberto, el conductor se golpeó la frente y descendió la cuesta con rapidez. Al cabo de poco tiempo viósele regresar acompañado de tres de sus colegas y escoltando cuatro animales de refresco. Un extraño artilugio, hecho de dos fuertes varas que sostenían una resistente lona, dispuesta en forma de silla, reunía a los asnos de dos en dos. En medio del aplauso general, Piperboom fue izado tras largos esfuerzos sobre aquel improvisado asiento, y la caravana pudo proseguir entonces la marcha.

A ruegos de Thompson, preguntó Roberto cuál era la aplicación de los dos asnos aparejados que seguían a los otros. El guía interpelado midió con la mirada la inquietante mole de su viajero, y dijo:

—Son el relevo...

Por muy rápidamente que se hubiera realizado las anteriores operaciones, eran ya las nueve cuando la columna reemprendió la marcha. Thompson recomendó marcha rápida al guía que iba en cabeza. No había tiempo que perder si antes de la noche querían franquearse los dieciocho kilómetros que, entre ida y vuelta, separan Horta de la *Caldeira*. Pero el guía interpelado movió la cabeza de una manera poco satisfactoria, y los asnos no avanzaron más que antes. Como mejor pudo, Roberto trató de calmar al impaciente Thompson, explicándole que sería inútil intentar modificar la marcha, siempre igual de un asno de las Azores. Son

bestias muy tranquilas. En cambio, había la ventaja de la firmeza y seguridad de sus pasos en los difíciles caminos que pronto iba a ser preciso afrontar.

—Por el momento, en todo caso, el camino es bueno —dijo Thompson.

El camino, bastante estrecho, no presentaba en efecto ninguna dificultad particular. Después de haber atravesado al salir de Horta por hermosas plantaciones de naranjos, la columna se hallaba a la sazón en un extenso valle con los flancos cubiertos de campos, cultivados y de praderas salpicadas de hayas. La pendiente, suave y regular, ofrecía un apoyo sólido a los pies de los animales. Pero a medida que los turistas iban alejándose del mar modificábase el aspecto del paisaje y el camino, convertido en sendero, dio una vuelta a la izquierda y se elevó formando lazos y zigzags por el flanco del valle, muy estrecho allí.

Entonces fue cuando los asnos demostraron de cuanto eran capaces. Bien secundados por sus conductores, que les excitaban con la voz y con el aguijón, los valientes animales subieron durante hora y media, sin dar un mal paso, por aquel piso rocoso y resbaladizo.

En el curso de esta ascensión ocurrió que Piperboom se encontró en una situación muy crítica. Con aquellos bruscos virajes, su hamaca quedó más de una vez suspendida fuera del sendero practicado. Él, con todo, permaneció impassible, y, si acaso llegó a experimentar algún temor, la combustión de su pipa no se interrumpió ni perturbó un solo instante.

Llegados a la cima de aquel difícil sendero, desembocaron los turistas en un nuevo valle, mucho más ancho que el anterior y que se desarrollaba en una especie de meseta rodeada de colinas.

Cuando los viajeros lanzaron en torno suyo la primera mirada, pudieron creerse transportados a otro país. La pobreza remplazaba a la abundancia. De todos lados una tierra fértil que los indolentes habitantes abandonaban en barbecho.

Tan sólo algunos campos de altramuces o de batatas verdeaban de trecho en trecho, limitados por la desolación circundante. A grandes extensiones de hierbas silvestres sucedían bosques de mirtos, de robles, de cedros, que el sendero atravesaba o rodeaba. Algunas cabañas aparecían a largas distancias. Sólo una aldea,

atestada de cerdos y perros, por entre los que apenas quedaba paso, se halló hacia las once y media de la mañana.

Aparte de esto, reinaba la más espantosa soledad. Los escasos habitantes que se encontraban, mujeres en su mayor parte, pasaban graves y silenciosos, envueltos entre los pliegues de sus amplios mantos, y con la cara oculta bajo un enorme capuchón. Todo indicaba la miseria de aquellas islas, cuya vida, a causa de la carencia de comunicaciones, se halla concentrada en el litoral.

Bastante más de la una era ya cuando se llegó al punto extremo de la *Caldeira*, a 1021 metros de altitud. Extenuados, muertos de hambre, los viajeros se desahogaron en recriminaciones. Hamilton y Saunders no eran ya los únicos en quejarse del olvido y menosprecio en que se tenía el programa. Siendo los buenos caracteres consecuencia de tener buenos estómagos, no es de extrañar que las personas más tranquilas y pacientes se manifestasen entonces con las más encendidas protestas.

Pero pronto fueron olvidados aquellos agravios.

Acababan de llegar a la cima de la *Caldeira*. Por ingleses, es decir, por indiferentes que fuesen, no pudieron permanecer tales ante el sublime espectáculo que a sus ojos se ofrecía.

Bajo la inmensidad del cielo, en medio del mar, inflamado por un sol espléndido, la isla se desplegaba a sus pies. Toda ella aparecía claramente dibujada, con sus picos secundarios, sus contrafuertes, sus valles, sus arroyos, sus arrecifes bordeados de nivea espuma. Hacia el Nordeste surgía en las lejanías la cumbre de Graciosa. Más cerca y más al Este la larga isla de San Jorge parecía extenderse muellemente sobre las ondas como sobre un blanco lecho, y por encima de sus montañas y sus mesetas un vapor indeciso indicaba el lugar de Tercera en los confines del remoto horizonte. Al Norte, al Oeste y al Sur no había nada más que el espacio. Las miradas, siguiendo en esas direcciones una curva, se veían de pronto detenidas hacia el Este por la masa gigantesca de Pico.

Por un azar sumamente raro, el Pico, desembarazado de brumas, se alzaba hacía el cielo luminoso. Excedía en más de mil metros al humilde cinturón de montes que le rodeaba, y se erguía orgulloso y soberbio en la gloriosa paz de aquel hermoso día.

Tras cinco minutos de contemplación, se volvió a emprender la

marcha y doscientos metros más lejos apareció un espectáculo de otro género. Ante los turistas, alineados sobre la cresta, abríase, diseñado, un círculo regular de seis kilómetros, el antiguo cráter del volcán. En aquel punto hundíase el suelo, descendiendo de golpe todo lo que con tanta fatiga se había tenido que subir... En el fondo, bajo los rayos perpendiculares del sol, brillaba un pequeño lago.

El programa hablaba de un descenso al fondo del cráter apagado. Sin embargo, en razón a lo avanzado de la hora, atrevióse Thompson a proponer no hacer caso por aquella vez. Algunos, parece imposible, protestaron; pero los demás, en mucho mayor número, abogaron por un inmediato retorno.

Novedad verdaderamente impresionante. *Sir* Hamilton fue el más decidido partidario de despreciar la ley. Verdad es que su situación era lamentable en extremo. En vano había seguido la dirección que señalaba el dedo de Roberto; en vano se había vuelto concienzudamente hacia Pico, San Jorge, Graciosa y Tercera, hacia aquel lago, en fin, encerrado en las profundidades de la montaña. Privado de su imprescindible lente, *Sir* Hamilton nada vio de aquellas maravillas, y la admiración, para él menos que para ningún otro, no podía contrabalancear los sufrimientos del estómago. La mayoría se impuso como de costumbre, y la columna realizó en sentido inverso el camino antes recorrido. A las dos y cuarto los turistas llegaron a la aldea que habían ya atravesado. Allí era donde se debía almorzar; así lo había declarado Thompson.

Los más intrépidos se sintieron inquietos al penetrar en aquella aldea miserable que contaba apenas una docena de chozas.

No pudieron dejar de preguntarse cómo era posible que Thompson hubiera podido esperar nunca que allí se encontrase almuerzo para ciento veintisiete mandíbulas exasperadas por un prolongado ayuno. Púdose, además, comprobar que Thompson no se había procurado informar a aquel respecto y que contaba única y exclusivamente con su estrella para resolver tan arduo problema.

La caravana se había detenido en medio del sendero, que, ensanchado, formaba la calle del pueblo. Asnos, guías, turistas esperaban inmóviles, rodeados de una gran afluencia de cerdos y de perros, mezclados con chiquillos, cuyo número hacía honor a la fecundidad proverbial de las mujeres azorianas.

Después de haber paseado durante largo tiempo en torno suyo

una angustiosa mirada, Thompson tomó, por fin, su partido. Llamando a Roberto en su auxilio se dirigió hacia la choza mayor, en cuya puerta se hallaba apoyado un hombre de temible aspecto, contemplando el espectáculo, para él insólito, de la caravana británica. No sin grandes esfuerzos logró Roberto comprender el *patois* bárbaro de aquel individuo. Consiguiólo, no obstante, y Thompson pudo anunciar que el almuerzo se serviría una hora después.

A este anuncio violentos murmullos estallaron; aquello era ya demasiado; la paciencia tiene sus límites. Thompson tuvo que desplegar todo su genio: yendo de uno a otro, prodigó las amabilidades más delicadas, los cumplimientos más halagüeños. Suplicaba que se le diera crédito. Había él anunciado que el almuerzo estaría listo a las tres y media. Y lo estuvo.

Aquel individuo de marras se había alejado rápidamente. Pronto volvió acompañado de dos indígenas varones y de cinco o seis del sexo opuesto. Todos ellos conducían los animales que debían hacer el gasto del almuerzo, y entre los cuales figuraban una vaquilla con la cabeza adornada de graciosos cuernos, y cuya talla no rebasaba los ochenta centímetros, o sea aproximadamente la de un perro de buen tamaño.

—Es una vaca de Corvo —dijo Roberto—. En esa isla se da este género, de modelo perfecto pero de reducido tamaño.

El rebaño y sus conductores desaparecieron en el interior. Una hora más tarde pudo Thompson anunciar que el almuerzo estaba dispuesto.

Fue aquélla una muy singular comida.

Solamente algunos de los turistas habían logrado encontrar sitio en la casa. Los demás habíanse instalado lo mejor posible al aire libre, quien bajo el dintel de una puerta, quien sobre una piedra grande. Puestos de rodillas, cada uno sostenía una calabaza, que desempeñaba el papel del ausente plato. En cuanto a cucharas y tenedores, constituían un lujo que hubiera sido insensato esperar.

Viendo aquellos preparativos, Saunders estallaba de gozo. ¿Era posible que personas de aquella clase tolerasen la increíble desenvoltura con que les trataba Thompson? Seguramente tenían que surgir protestas, sobrevenir disgustos y aun dramas. Ante aquel pensamiento, Saunders sentíase de un excelente humor.

Y en realidad parecía que la cólera iba invadiendo a los pasajeros. Hablaban poco; evidentemente se tomaban muy mal aquellas libertades del administrador general.

También Roberto comprendía, tanto como Saunders, a qué dura prueba sometía Thompson, a causa de su imprevisión, la paciencia de sus suscriptores. ¡Qué comida para aquellos ricos burgueses habituados al lujo más refinado; para aquellas damas elegantes y educadas! Pero, al contrario de Saunders, lejos de alegrarse de semejante situación, esforzábese por reparar, en la medida de sus fuerzas, los errores cometidos por su superior.

Huroneando entre las cabañas del villorrio, descubrió una mesita casi útil y dos escabeles casi completos. Ayudado por Roger, trasladó a la sombra de un cedro aquel botín, que fue ofrecido a las señoras Lindsay. Continuando su requisa los dos jóvenes tuvieron otras agradables sorpresas: servilletas, alguna tosca vasija, dos cuchillos, tres cubiertos de estaño... ¡Casi un lujo! En pocos minutos, las pasajeras americanas tuvieron ante sí una mesa del más seductor aspecto.

Si los dos franceses hubieran deseado cobrar por aquel trabajo, hubiéranse juzgado pagados con creces con la mirada con que les gratificaron las dos hermanas. Indudablemente, habíanles salvado algo más que la vida al evitarles comer con los dedos.

Aquella movida caza había constituido un placer por sí misma. Arrastrado por la alegría, abandonó Roberto su habitual reserva. Reía y bromeaba; y, ante la invitación de Roger, no tuvo inconveniente en ocupar un sitio a la mesa, dispuesta merced a su ingenioso celo.

Comenzábase, no obstante, a servir el almuerzo, si es lícito emplear este eufemismo. Los improvisados cocineros habíanse transformado en pintorescos *maitres d'hôtel*. Habiendo transportado en medio de los grupos diseminados una gran marmita, llenaban las calabazas de una especie de estofado extraño, sumamente picante, para hacer tragar el vino agrio del país. Otros rústicos servidores disponían al lado de los convidados grandes rimeros de pan, propios para excitar el miedo en los más robustos estómagos, por sus colosales proporciones.

—País de pan éste —explicó Roberto respondiendo a una exclamación de Alice—. Ninguno de estos campesinos consume

menos de dos libras diarias. Uno de sus proverbios afirma que «con el pan todo hombre está sano».

Dudoso era que los estómagos europeos tuvieran una capacidad equivalente. Todos los viajeros hicieron una mueca al probar de hincar el diente en aquella grosera pasta hecha con harina de maíz.

Los Lindsay y sus compañeros ponían a mal tiempo buena cara, y se reían de aquel insólito almuerzo. La mesa, blanca gracias a las servilletas yuxtapuestas, daba a la aventura su carácter de fiesta campestre. Todos se divertían juvenilmente. Roberto olvidaba que era el intérprete del *Seamew*. Durante una hora fue un hombre como los demás, y se mostró tal cual era: encantador y lleno de atractivos. Por desgracia, mientras se descargaba inconscientemente del fardo de su posición, éste no le dejaba. Un insignificante pormenor iba a volverle a la realidad.

Al estofado había sucedido una ensalada. No era en verdad aquél el momento de andarse con remilgos. Sin embargo, a pesar del vinagre con que estaba pródigamente aliñada aquella execrable ensalada, hizo gritar a todos los convidados. Roberto, llamado por Thompson, tuvo que interrogar al campesino.

—Eso es el altramuz, excelencia —respondió éste.

—¡Bueno! Pero ese altramuz está coriáceo.

—¿Coriáceo?

—Sí, coriáceo, duro.

—No sé —dijo estúpidamente el indígena—. Yo no lo encuentro duro.

—¡Ah! ¿Usted no lo encuentra duro? ¿Y sin duda tampoco lo encuentra salado?

—¡Ah! ¡Como salado, está salado! Eso es por el agua del mar, excelencia. Habrá estado mucho tiempo en ella el altramuz.

—Bueno —dijo Roberto—. ¿Mas a qué poner este altramuz en agua del mar?

—Para quitarle el amargor, excelencia.

—Pues, siento decirle a usted, amigo mío, que el amargor le ha quedado.

—Entonces —dijo el campesino sin inmutarse— es que no ha estado en agua bastante tiempo.

Nada, evidentemente nada se podía sacar de aquel rústico. Lo mejor era resignarse en silencio. Los excursionistas se arrojaron

sobre el pan de maíz, del que, contra sus previsiones, más de un estómago británico hubiera deseado mayor cantidad.

Roberto hizo como los demás, pero su alegría le había abandonado. No volvió a ocupar su sitio a la mesa. Acabó solo su comida y volvió a encerrarse en su reserva, lamentando haberla dejado un momento.

Hacia las cuatro y media volvió a ponerse en marcha la caravana. Como el tiempo apremiaba, los asnos tenían que acelerar el paso, costárale lo que les costase. El descenso por el zigzagüeante sendero fue muy emocionante. Agarrados a las colas de sus bestias, los guías se dejaban arrastrar por la pendiente pronunciada y resbaladiza. Las mujeres, e incluso los hombres, lanzaban exclamaciones de inquietud. Sólo Piperboom continuó mostrando una faz serena. Después de haber engullido ingentes cantidades de altramuces sin dar señal alguna de malestar, dejábase mecer tranquilamente por sus dos asnos. Cómodamente instalado, no hacía caso alguno a las dificultades del camino, y, tranquilo, rodeábase de la eterna nube de humo...

En la calle de Horta, Hamilton, acompañado de Roberto, se apresuró a reclamar su lente, que le fue entregado con grandes muestras de cortesía, a las que se abstuvo de corresponder. Una vez satisfechos sus deseos, volvía inmediatamente a su natural insolencia.

Despedidos y pagados los guías, los viajeros todos se encontraron a las ocho, extenuados y hambrientos, en torno de la mesa del *Seamew*, y jamás tuvo tanto éxito la labor del cocinero.

Habiendo regresado unos momentos antes, los recién casados se encontraban también ante la mesa. ¿Dónde habían pasado aquellos dos días? Tal vez lo ignoraban ellos mismos. Seguramente que no habían visto nada, y aún entonces nada veían fuera de sí mismos.

No tenía Saunders iguales razones para estar distraído, y sus pensamientos le hacían sonreír. ¡Y qué diferencia entre aquella comida y la de la víspera! Ayer se conversaba alegremente y se era feliz. Hoy los pasajeros mostraban caras sombrías y comían en silencio. Decididamente, aquel almuerzo no había constituido el éxito que Thompson se atrevió a esperar. Saunders no pudo contener hasta el fin la expresión de su íntimo contentamiento. Era absolutamente preciso que Thompson recibiese alguna descarga:

—¡Camarero! —llamó con resonante voz—. Un poquito más de este plato, hágame el favor.

Después, dirigiéndose a través de la mesa al *baronet*:

—La alimentación de los hoteles de primer orden —añadió con irónico énfasis— tiene, cuando menos, la ventaja de hacer soportable la de a bordo.

Saltó Thompson sobre la silla, como si le hubiera picado un insecto... No replicó nada sin embargo. Y en realidad, ¿qué hubiera podido responder? La oposición tenía esta vez la opinión pública a su favor.

CAPÍTULO VIII

LA PASCUA DE PENTECOSTÉS



atigados por aquella excursión tan sumamente movida, los pasajeros del *Seamew* durmieron bastante tiempo la noche siguiente. Los primeros de entre ellos que a las nueve de la mañana del 20 de mayo subieron al *spardek*, pudieron notar que se hallaban ya lejos de Fayal.

Habiendo partido de Horta a las siete y media, para dirigirse a Tercera, el *Seamew* seguía un itinerario especial a fin de que los turistas pudieran observar las islas a las que no se debía arribar.

En el momento en que Roger, escoltando a las pasajeras americanas, apareció a su vez en el *spardek*, el buque, costearo la orilla meridional de Pico, se hallaba casi frente a la montaña que se hundía en el mar por una escala de montes decrecientes. Véase a Lagens, capital de la isla, dominada por un imponente convento de franciscanos, y rodeada de cabañas esparcidas aquí y allá, y cuyos techos cónicos, hechos de cañas entrelazadas, daban la ilusión de un campo cultivado.

Continuaba siendo áspera y brava la costa, pero lentamente iba suavizándose la campiña. Las alturas de que está formada la parte media de la isla iban descendiendo gradualmente y cubriéndose de magníficas praderas.

Hacia las diez y media cruzóse frente a la importante villa de Calnea. Media hora más tarde habíase doblado la extremidad oriental de Pico, y se descubría la isla San Jorge en el momento en

que la campana llamaba al almuerzo.

Durante toda la mañana había permanecido Roberto encerrado en su cámara. No dejó Roger de hacer notar su ausencia a *Mr. Lindsay*.

—Está descubriendo y empapándose de Tercera —dijo, riendo—. ¡Ah, es un cicerone bien singular el que nosotros tenemos!

Ante la mirada interrogadora de Alice mostróse más explícito. No significaba esa exclamación ninguna alusión desagradable; todo lo contrario. Pero, aparte de que la elegante y distinguida apostura de *Mr. Morgand* contrastaba de una manera muy extraña con la modestia de sus funciones, Roger se hallaba firmemente persuadido de la extraordinaria ignorancia en que se encontraba acerca de todo lo concerniente a su oficio. Estas consideraciones, en suma, no hacían sino confirmar la observación profunda que Alice había hecho respecto al intérprete del *Seamew*.

—Finalmente —concluyó diciendo Roger—, yo estoy completamente seguro de haberle encontrado antes en alguna parte. ¿Dónde...? No lo sé. Pero pronto llegaré a saberlo, y sabré al propio tiempo por qué ese joven, evidentemente del gran mundo, se halla cubierto con la piel de un profesor.

El resultado de aquella conversación fue excitar la curiosidad de Alice Lindsay. Así, cuando Roberto subió al puente después del almuerzo, dirigióle ella la palabra, tratando alegremente de ponerle en un aprieto.

El *Seamew* se hallaba a la sazón entre Pico y San Jorge. Acercábase a esta última isla, especie de dique de treinta millas de largo por cinco tan sólo de ancho, colocado en aquel sitio por un capricho de la naturaleza.

—¿Qué ciudad es ésa? —preguntó Alice a Roberto al cruzar el *Seamew* frente a una aglomeración de casas de varios pisos.

Pero Roberto tenía ya entonces su «Guía» en la punta de las uñas.

—Urzelina —respondió—. Ahí es donde en mil ochocientos ocho tuvo lugar la última y la más terrible erupción que haya habido en esos parajes. Esa erupción llenó de terror a los habitantes de Pico y de Fayal. Quince cráteres, enorme uno de ellos, habíanse abierto. Durante veinticinco días estuvieron vomitando fuego y lava. Hubiera la ciudad quedado totalmente destruida si el torrente de

lava no se hubiese desviado milagrosamente, abriéndose un camino hacia el mar.

—¿Y después?

Esta pregunta fue hecha por Johnson. Parecía que aquel problema volcánico le atraía por afinidades desconocidas, porque había llegado precisamente en el momento debido para oír la explicación de Roberto. En el acto había interrumpido su paseo y prestado oído atento. Volvióse Roberto hacia él.

—Después —dijo— no ha vuelto a haber erupción. Pero casi nunca transcurre un año sin que la isla experimente alguna sacudida. San Jorge es, por lo demás, de un origen más reciente que el resto del archipiélago, y es también, junto con la parte occidental de San Miguel, la más sujeta a ese género de accidentes.

—*All right!* —exclamó Johnson, con aspecto satisfecho, volviendo a emprender su marcha sin otra formalidad.

¿Por qué se mostraba contento? ¿Acaso porque la respuesta de Roberto justificaba su resolución de no bajar a tierra? Aquel ente original parecía felicitarse mucho por ello. La vida, entendida de esta manera, parecía ser por completo de su gusto, y desde la partida no había modificado en nada sus hábitos y costumbres. Por la mañana, a mediodía y por la tarde veíasele durante cinco minutos deambular por el puente, repartiendo codazos a diestro y siniestro, empujando, fumando, escupiendo y mascullando palabras inarticuladas, y después no volvía a oírse hablar más de él. En cuanto a las ocupaciones que absorbían el resto de sus horas, eran fácilmente adivinadas. Su tinte, más rojizo a mediodía que por la mañana, y por la tarde más que a mediodía, y subiendo visiblemente de punto de día en día, suministraba acerca del particular los informes más precisos.

A las dos de la tarde dobló el *Seamew* la punta Rosales, en la cual, y hacia el Norte, se perfila la extremidad de San Jorge. Advirtieron entonces los pasajeros la costa norte de esta última isla, bordeada de un espantoso derrumbadero de seiscientos metros de altura, a medida que iba afirmándose la moderada cima de Graciosa. Hacia las cuatro hallábase el *Seamew* a tres millas tan sólo de esta isla, que contrasta, por la suavidad de sus contornos, con las demás del archipiélago, cuando, a una señal del capitán Pip, evolucionó el buque, dirigiéndose rápidamente hacia Tercera, cuyas

elevadas orillas se dibujaban a unas veinticinco millas de distancia.

En aquel momento apareció Piperboom sobre cubierta, seguido de Thompson, congestionado. Hizo este último una señal a Roberto, quien, dejando en el acto a sus interlocutores, acudió al llamamiento del administrador general.

—¿Es total y absolutamente imposible, señor profesor —díjole aquél, mostrando al considerable holandés, rodeado, según costumbre, de una opaca nube de humo—, es imposible hacerse comprender por ese paquidermo?

Hizo Roberto un gesto de impotencia.

—¡He aquí una cosa insoportable! —gritó Thompson—. ¡Figúrese usted que este hombre se niega en absoluto a abonar los suplementos de gastos que ha hecho!

—¿Qué suplemento? —preguntó Roberto.

—¿Qué suplemento...? Pues un asno asesinado, más el alquiler de otros tres y de tres guías suplementarios. Sí; la cuenta es exacta.

—¿Y él se niega?

—En absoluto. Yo me he vuelto loco tratando de explicarle la cosa con palabras y ademanes... Lo mismo que si hablase a un elefante... Y ¡vea usted, vea usted si parece tener aspecto de conmovido!

Piperboom, en efecto, tranquilamente tumbado en una mecedora, habíase perdido en las dulces nubosidades del ensueño. Con las miradas dirigidas al cielo, aspirando en su pipa con la regularidad de un pistón, parecía haber arrojado definitivamente lejos de sí los vulgares cuidados de este mundo. Roberto comparó con irónica sonrisa la faz terrible de Thompson y la plácida fisonomía de su viajero.

—¡La rueda de la fortuna! —dijo, con un gesto significativo; y Thompson, de buen o mal grado, tuvo que contentarse con esta respuesta.

A las seis y media el *Seamew* se encontraba sólo a algunas millas de la costa occidental de Tercera. Desde hacía largo rato se advertía claramente la cima de su Chimenea, cuya altura es superior a mil metros. Por la parte de Mediodía, la pendiente parecía bastante suave, y se deslizaba hasta el mar. Pero por doquier se distinguían las señales de un reciente trastorno subterráneo. Hileras de lava se destacaban oscuramente sobre el verdor de los valles, elevándose

por doquier montículos cónicos de piedras que el viento y la lluvia iban lentamente deshaciendo.

A las siete se descubrió un promontorio escarpado, el monte Brasil, que parecía interrumpir el camino. Media hora más tarde, doblado aquel agreste cabo, las anclas tocaban el fondo de la rada y el capitán podía dar la orden conveniente a *Mr.* Bishop, que dejó en seguida disminuir, sin extinguirlos, los fuegos de su máquina.

Admirablemente situados en el centro de la rada de Angra, los pasajeros podían contemplar uno de los más admirables panoramas con que la Naturaleza trata de regocijar a sus hijos. A sus espaldas el vasto mar, en el que surgían cuatro islotes; las Fadres y las Cabras: a derecha e izquierda, negros y amenazadores promontorios, descendiendo de una y otra parte como para formar un lecho inmenso en el que la ciudad de Angra se extendía plácidamente flanqueada por sus fuertes al Norte y al Sur, elevábase en anfiteatro, mostrando a los mortecinos rayos del día sus blancas casas, sus campanarios y sus cúpulas. El aire era suave, el tiempo magnífico y una brisa perfumada soplaba de la tierra próxima. Apoyados en las barandillas del *spardek* admiraron aquel espectáculo, que sólo sus menores proporciones hacían que fuera inferior al que ofrece la bahía de Nápoles, hasta el momento en que la noche lo cubrió todo con sus sombras.

Insensible a las seducciones del paisaje, iba el capitán Pip a retirarse a su camarote, cuando uno de sus marineros condujo ante él a un extranjero que acababa de atracar al buque.

—Capitán —dijo este personaje—, habiendo tenido noticia de vuestra arribada al puerto de Angra, deseo unirme a sus pasajeros, si...

—Esas cuestiones, caballero —interrumpió el capitán—, no me conciernen. ¡Bistow! —añadió dirigiéndose a un marinero—. Conduzca usted ante *Mr.* Thompson a este señor.

Thompson en su camarote discutía con Roberto el programa para el día siguiente cuando fue introducido el extranjero.

—A la disposición de usted, señor mío —respondió a las primeras frases del recién llegado—. Aun cuando sean bastante limitadas las plazas de que disponemos, todavía nos es posible... ¿Conocerá usted, me figuro, las condiciones de este viaje?

—No, señor —respondió el extranjero.

Thompson reflexionó un instante. ¿No habría que reducir del precio total cierta suma representando el recorrido ya hecho? No lo creyó así, sin duda, toda vez que dijo, por fin, aunque con alguna vacilación:

—El precio, caballero, ha sido hasta aquí de cuarenta libras esterlinas...

—Muy bien. Como nosotros somos tres...

—¡Ah...! ¿Son ustedes tres?

—Sí, mis dos hermanos y yo. Lo cual, por consiguiente, forma un total de ciento veinte libras esterlinas, que aquí tiene usted.

Y sacando de su cartera un fajo de billetes lo depositó sobre la mesa.

—No había ninguna prisa —hizo observar cortésmente Thompson, quien después de haber contado y guardado los billetes creyó un deber entregar un recibo.

—¿Recibido del señor...? —preguntó con la pluma en alto.

—Don Higinio Rodríguez de Veiga —respondió el extranjero, mientras Thompson dejaba correr la pluma.

Roberto, durante todo este tiempo, observaba silenciosamente a aquel turista de última hora. Podría ser que aquel personaje fuera de alta alcurnia, pero no lo parecía, como suele decirse. Alto, de anchas espaldas, barba y pelo negros, muy moreno, no ofrecía en todo caso dudas acerca de su nacionalidad. Era portugués.

Habiendo recogido el recibo de manos de Thompson, don Higinio lo dobló cuidadosamente y lo colocó en el lugar de los billetes; permaneció después por un instante silencioso y como indeciso. Sin duda le quedaba alguna cosa importante que decir, a juzgar por la figura seria y grave del nuevo pasajero.

—Una palabra aún —dijo, por fin—. ¿Tendrá usted la bondad de decirme, caballero, cuándo piensa abandonar Tercera?

—Mañana —respondió Thompson.

—Pero... ¿a qué hora?

Hizo don Higinio esta pregunta con voz un poco nerviosa. Era indudable que concedía a la respuesta una importancia particular.

—Mañana, hacia las diez de la noche —respondió Thompson.

Don Higinio dio un suspiro de satisfacción, perdiendo en el acto algo de su gravedad.

—Probablemente tendrá usted la intención —replicó con mayor

amabilidad— de consagrar el día a visitar Angra.

—En efecto.

—Podría yo, en ese caso, ser a usted de alguna utilidad. Conozco en todos sus pormenores esta ciudad, que habito desde hace un mes aproximadamente, y me pongo a su disposición para servir de cicerone a mis nuevos compañeros.

Thompson dio las gracias.

—Acepto con reconocimiento —respondió—. Tanto más cuanto que la complacencia de usted dará algún descanso al profesor *Mr. Morgand*, que tengo el honor de presentarle.

Don Higinio y Roberto cambiaron un saludo.

—Estaré, por consiguiente, en el muelle mañana a las nueve de la mañana, y a sus órdenes —dijo el primero, despidiéndose seguidamente y volviendo a su embarcación.

Don Higinio Rodríguez de Veiga acudió puntualmente a la cita. Al desembarcar el domingo 21 de mayo, a la cabeza de sus pasajeros, Thompson lo encontró en el muelle. Bajo el ojo vigilante de su administrador general la columna púsose en marcha con una irreprochable alineación.

Fue don Higinio un auxiliar poderoso. Condujo a sus compañeros a través de Angra con una seguridad que no hubiera podido tener Roberto. Hízoles recorrer las calles de la ciudad, más amplias, más regulares y más numerosas que las de Horta. Llevóles a las iglesias, llenas a aquella hora de multitud de fieles.

Durante todo aquel tiempo el *baronet* no le abandonó ni un segundo.

El *baronet*, preciso es reconocerlo, hallábase solo desde su embarco en el *Seamew*. Si bien es cierto que *Mr. Saunders* le proporcionaba alguna distracción, no constituía para él una relación seria, no era, en suma, persona de su mundo y de su clase. Sin embargo, hasta entonces había tenido que contentarse con ello, ya que la lista de pasajeros no ofrecía cosa mejor. ¿*Lady Heilbuth*, tal vez...? Pero *Lady Heilbuth* sólo se ocupaba de sus gatos y sus perros; estos animales componían su familia; sólo ellos animaban su espíritu y llenaban su corazón. Una vez iniciado en las costumbres particulares de César, de Job, de Alejandro, de Black, de Punch, de Foolich, etc., el *baronet* puso el mayor cuidado en huir de la vieja pasajera, a quien un irrespetuoso francés hubiera sin duda

calificado de insoportable.

Sir Hamilton estaba, pues, al fin y al cabo, verdaderamente solo.

Ante las aristocráticas sílabas que formaban el nombre del nuevo pasajero, había comprendido que el cielo le otorgaba al fin un verdadero *gentleman*, y se había hecho presentar inmediatamente a él por Thompson. Después de lo cual el noble inglés y el noble portugués habían cambiado un cortés apretón de manos. ¡Cuán claramente se vio, en el abandono, en la espontaneidad que dieron a aquel gesto de cordial acogida, que ambos a la vez se sentían en un terreno común!

A partir de aquel instante, *Sir* Hamilton se había incrustado, incorporado al nuevo guía: ¡tenía por fin un amigo! En el almuerzo que tuvo lugar a bordo y que compartió don Higinio, le acaparó señalándole un puesto cerca de él. Don Higinio le dejaba hacer con una altiva indiferencia.

La mesa estaba completa, si se exceptúa al joven matrimonio, cuya ausencia en las escalas comenzaba ya a parecer natural.

Thompson tomó la palabra.

—Creo —dijo— ser el intérprete de todas las personas presentes dando las gracias a don Higinio de Veiga por las molestias que ha tenido la amabilidad de imponerse esta mañana.

Don Higinio hizo un cortés movimiento de protesta.

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor! —insistió Thompson—. Sin usted no hubiésemos visitado Angra ni tan rápidamente ni tan bien. Yo me pregunto qué podríamos hacer para llenar la tarde.

—¿Esta tarde? —dijo don Higinio—. Podemos emplearla perfectamente. ¿Olvida usted que hoy es el día de Pentecostés?

—¿El día de Pentecostés? —repitió Thompson.

—Sí —replicó don Higinio—; una de las mayores fiestas católicas, y que se celebra aquí de una manera particularmente solemne. Me he permitido hacerles reservar un sitio desde el cual podrán ver perfectamente la procesión, que es muy hermosa y en la que figura un crucifijo que me atrevo a señalar a su atención.

—¿Y qué tiene de particular ese crucifijo, mi querido don Higinio? —preguntó el *baronet*.

—Su riqueza —respondió don Higinio—. No tiene, a decir verdad, un gran interés artístico. Pero el valor de las piedras preciosas de que está literalmente cubierto es superior, según se

dice, a diez mil millones de reis, cantidades que, como ustedes saben, equivale a seis millones de francos.

Thompson se hallaba verdaderamente encantado de su nuevo recluta.

En cuanto a *Sir* Hamilton, se esponjaba y hacía la rueda como un pavo.

Don Higinio cumplía exactamente sus promesas.

Al dejar el *Seamew* creyó, no obstante, deber hacer una recomendación que preocupó desagradablemente a más de un pasajero.

—Mis queridos compañeros —dijo—, un buen consejo antes de ponernos en camino.

—¿Y es...? —sugirió Thompson.

—El de evitar el gentío tanto como sea posible.

—No será eso cosa fácil —objetó Thompson haciendo observar la gran aglomeración de gente que había en las calles.

—Lo reconozco —asintió don Higinio—. Hagan ustedes por lo menos cuanto puedan por evitar los contactos.

—Pero ¿por qué esta recomendación? —preguntó entonces Hamilton.

—¡Dios mío! Mi querido *baronet*, la razón no es tan fácil de decir. Es que los habitantes de esta isla no están demasiado limpios y aseados y se hallan por extremo sujetos a dos enfermedades cuyo resultado común es el de proporcionar insoportables picazones. Una de estas enfermedades tiene ya su nombre bastante feo, toda vez que se trata de la sarna. En cuanto a la otra... por ejemplo...

Habíase detenido don Higinio como sintiéndose incapaz de encontrar una perífrasis conveniente. Pero Thompson vino en su ayuda, se quitó el sombrero y se rascó enérgicamente la cabeza, mirando a don Higinio con aire interrogador.

—¡Precisamente! —dijo aquél, riéndose, mientras que los demás volvían la cabeza escandalizados por aquella cosa.

En pos de don Higinio se atravesaron calles apartadas, se siguió por callejuelas casi desiertas, ya que la multitud se había acogido a las grandes vías que debía recorrer una procesión. Algunos aparecían en aquellas callejuelas, astrosos y sucios, justificando ampliamente la observación que más de un turista hizo al verles.

—¡Qué aspecto de bandidos! —dijo Alice.

—En efecto —aprobo Thompson.

—¿Sabe usted qué gentes son éstas? —preguntó a don Higinio.

—Lo mismo que usted.

—¿No serán agentes de policía disfrazados? —insinuó Thompson.

—¡Preciso es convenir en que el disfraz sería excelente! —dijo burlonamente Dolly.

Pronto se iba a llegar. La columna desembocó en una extensa plaza donde hormigueaba el pueblo bajo un sol espléndido. El señor portugués, merced a una hábil maniobra, logró conducir a sus compañeros hasta una pequeña eminencia, al pie de un edificio de vastas proporciones. Allí, custodiado por algunos agentes, habían reservado un espacio vacío, al abrigo de la muchedumbre.

—He aquí el lugar, señoras y caballeros —dijo don Higinio—. He aprovechado mis relaciones con el gobernador de Tercera para hacerles reservar este sitio al pie de su palacio.

Todos los excursionistas se confundían en acciones de gracias.

—Ahora —prosiguió— ustedes habrán de permitirme que les deje. Antes de mi partida tengo que hacer algunos preparativos. Además, ya no me necesitan. Guardados por estos bravos agentes, se hallan ustedes maravillosamente situados para verlo todo, y yo creo que van a asistir a un espectáculo curioso.

Apenas pronunciadas estas frases, don Higinio saludo amablemente y se perdió entre la multitud. Indudablemente no tenía miedo al contagio.

No tardaron en olvidarse de él los turistas. La procesión llegaba, desarrollando sus magnificencias.

Hacia lo alto de la calle, en el ancho espacio que la policía despejaba ante el cortejo, banderas de seda y oro, imágenes conducidas a hombros, oriflamas y coronas, avanzaban entre el incienso. Los uniformes brillaban al sol, entre los blancos trajes de las muchachas. Alzábanse las voces, sostenidas por orquestas, lanzando hacia el cielo las súplicas y oraciones de diez mil criaturas, mientras que de todas las iglesias caía en bronceos sones el clamor de las campanas, cantando también ellas la gloria del Señor.

Un estremecimiento recorrió de pronto a la multitud; un grito unánime salió de todos los labios:

—¡Oh, Cristo! ¡Oh, Cristo!

El espectáculo era solemne. Resaltando sus moradas vestiduras sobre los brillantes dorados del palio, el obispo aparecía a su vez. Avanzaba lentamente, elevando con ambas manos el venerable viril... Y, en efecto, delante de él, un crucifijo, cuyas pedrerías descomponían en innumerables chispas los rayos del sol, era llevado, deslumbrante, por encima de la muchedumbre, prosternada a la sazón.

Pero de pronto un movimiento insólito pareció turbar la procesión en las inmediaciones del obispo. Sin saber de qué se trataba, la muchedumbre, movida por una instantánea curiosidad, se levantó con un solo movimiento.

Por lo demás, nadie vio nada. Los ingleses mismos, aun cuando admirablemente colocados, no pudieron comprender nada de lo que pasaba. Un remolino colosal, el palio rodando y cabeceando como un navío; como desaparecía después, al mismo tiempo que el suntuoso crucifijo; luego gritos, gemidos más bien; todo un pueblo trastornado, huyendo; la escuadra de policía, colocada a la cabeza del cortejo, esforzándose en vano por remontar la irresistible ola de los fugitivos; he ahí todo lo que vieron, sin poder discernir la causa.

En un instante fue roto el cordón de agentes que les protegía y, convertidos en parte integrante de la delirante muchedumbre, viéronse arrastrados como briznas de paja en aquel formidable torrente.

Apuntalados y sosteniéndose unos a otros, Roger, Jack y Roberto habían logrado proteger a Alice y a Dolly. Una esquina les había muy oportunamente servido.

De pronto tuvo fin el extraño fenómeno; súbitamente, sin transición, encontróse la plaza vacía y silenciosa.

Hacia lo alto de la calle, en el punto donde en un furioso remolino habían desaparecido el palio del obispo y el crucifijo, agitábase todavía un grupo, compuesto en gran parte por los agentes colocados anteriormente a la cabeza de la procesión, los cuales, siguiendo su costumbre, habían llegado demasiado tarde. Movíanse de un lado a otro, trasladando a las casas próximas las víctimas de aquel inexplicable pánico.

—Todo riesgo me parece conjurado —dijo Roberto al cabo de un instante—. Creo yo que haríamos bien en dedicarnos a buscar a

nuestros compañeros.

—¿Y dónde? —objetó Jack.

—A bordo del *Seamew*, en el último caso. Estos asuntos, después de todo, no nos atañen y juzgo que, ocurra lo que ocurra, estaremos más en seguridad bajo la protección del pabellón británico.

Reconocióse la exactitud de esta observación. Se apresuraron, por ende, a ganar el muelle y pasaron a bordo después, donde se hallaban ya reunidos la mayor parte de los pasajeros, que discutían animadamente las peripecias de tan extraña aventura. Muchos de ellos se quejaban con acrimonia. Algunos llegaban hasta proponer reclamar una conveniente indemnización al Gobierno de Lisboa; y entre ellos, no es menester decirlo, figuraba en primera línea el noble *Sir Hamilton*.

—¡Esto es una vergüenza! ¡Una verdadera vergüenza! —declaraba en todos los tonos—. Pero, claro está, ¡son portugueses...! Si de mí dependiese, Inglaterra *civilizaría* esas Azores, y así terminarían para siempre semejantes escándalos.

Saunders, por su parte, no decía nada; pero su rostro hablaba con elocuencia. En realidad, si él deseaba que Thompson tropezara con incidentes desagradables, no podía hallar nada mejor ni más a propósito. El incidente ocurrido era de los mayúsculos.

Según todas las probabilidades, por lo menos una docena de pasajeros iba a faltar al llamamiento; tras semejante drama, aquello sería la desintegración de la caravana y representaba el triste retorno a Inglaterra.

La llegada de los primeros supervivientes no alteró en nada el contento de aquella encantadora naturaleza. Razonablemente, no podía esperar que la caravana hubiera perecido por completo en el desastre. Pero su frente fue ensombreciéndose cuando vio que los pasajeros iban llegando a bordo, minuto tras minuto. Juzgó que aquello iba a resultar un verdadero fracaso.

A la hora de comer hizo Thompson el llamamiento y reconoció que sólo faltaban dos personas. Pero casi al punto bajaron al salón los dos rezagados bajo la forma de los recién casados. Saunders, comprobando que el personal del *Seamew* estaba completo, volvió al punto a tomar su facha de dogo poco conciliador.

La joven pareja tenía su ordinaria apariencia, es decir, que manifestaba para el resto del universo una indiferencia tan

divertida como absoluta. Era indudable que ni la mujer ni el marido se dieron cuenta de los graves acontecimientos que se habían desarrollado en el transcurso de aquel día. Sentados uno al lado del otro, limitaban, como siempre, a sí mismos, una conversación en la cual la lengua y los labios tenían menos parte que los ojos; y la conversación general se cruzaba en torno de ellos sin tocarles.

Un individuo casi tan dichoso como ese joven matrimonio era el caballero Johnson. Habíase distinguido aquel día; un esfuerzo más y llegaba a la embriaguez. Mientras su estado le permitió hacerse cargo de los pormenores que en torno suyo se cambiaban relativos a los recientes acontecimientos, aplaudíase por su obstinación en no poner el pie en el archipiélago de las Azores.

Tigg era la cuarta persona de la numerosa asamblea que se encontraba perfecta y plenamente dichosa. Cuando, como todos los restantes, habíase visto arrastrado por la furiosa multitud, sus dos guardias de corps habían experimentado un instante de cruel angustia. ¿Qué mejor ocasión que aquélla podía ofrecérsele para acabar con la vida? A costa de un heroico esfuerzo, Bess y Mary habían logrado conservar a Tigg entre ellas y le habían protegido con una abnegación que lo agudo de sus aristas hizo eficaz. Tigg, pues, había salido indemne de aquella catástrofe, y, por lo que a él implicaba, estimaba que sus compañeras exageraban demasiado la importancia del suceso.

No ocurrió lo mismo, ¡ay!, con la desventurada Bess y la infortunada Mary... Llenas de golpes, cubierto el cuerpo de cardenales, tenían excelentes razones para no olvidar jamás la Pascua de Pentecostés de la isla Tercera.

Aun cuando maltrecho por otros motivos, su padre, el respetable Blockhead, tuvo que comer solo en su camarote. Sin embargo, no estaba herido; pero desde el comienzo de la comida, Thompson observó en su pasajero signos de inquietante picazón, y, en la duda, estimó prudente sugerirle un aislamiento protector, al cual habíase sometido Blockhead de buen grado. No parecía contrariado por la distinción especial con que la suerte le había premiado.

—Creo que he atrapado alguna enfermedad del país —dijo a sus hijas, dándose aires de importancia—. ¡Soy el único a quien ha ocurrido esto!

Don Higinio llegó a bordo cuando servían el asado. Con él

llevaba a sus dos hermanos.

No era posible dudar de que don Higinio y sus dos compañeros hubieran tenido los mismos padres, ya que él lo había así declarado. Pero no se habría en verdad adivinado aquel parentesco. Imposible asemejarse menos de lo que entre sí se asemejaban aquellas tres personas.

Mientras don Higinio llevaba en toda su persona los signos característicos de la raza, sus hermanos eran de aspecto vulgar. El uno, alto y robusto; el otro, rechoncho, no habrían desentonado, a juzgar por las apariencias, en una barraca de luchadores.

Circunstancia singular: ambos parecían haber sido heridos recientemente. La mano izquierda del mayor aparecía envuelta en trapos, mientras que una gran cuchillada, cuyos bordes juntaba una tira de tafetán, cruzaba el carrillo del más pequeño.

—Permítame usted, caballero —dijo don Higinio a Thompson, designando a sus dos compañeros, comenzando por el mayor—, permítame que le presente a mis dos hermanos, don Jacobo y don Cristóbal.

—Sean esos caballeros bienvenidos a bordo del *Seamew* —dijo Thompson—. Veo con pena —añadió así que Jacobo y Cristóbal tomaron asiento en la mesa—, veo con pena que estos caballeros han sido heridos.

—Una caída desgraciada sobre unas vidrieras durante las idas y venidas de la partida... —interrumpió oportunamente don Higinio.

—¡Ah! —dijo Thompson—. Responde usted de antemano a mi pregunta. Iba precisamente a preguntarle si esos caballeros habían quedado maltrechos de esa suerte en el transcurso de la terrible algarada de esta tarde.

Roberto, que miraba maquinalmente a Jacobo y a Cristóbal, creyó ver que cambiaban de color y temblaban. Pero, evidentemente, se había equivocado, y ninguno de los dos hermanos sabía nada del drama incomprensible al que acababan de hacer alusión, toda vez que don Higinio respondió en el acto con el acento de la más sincera sorpresa.

—¿A qué algarada se refiere usted? ¿Les ha ocurrido a ustedes alguna cosa?

Entonces fueron las exclamaciones. ¿Cómo era posible que aquellos señores De Veiga ignorasen la aventura que había debido

poner la ciudad en revolución?

—¡Dios mío! Es muy sencillo —respondió don Higinio—. En toda la tarde no hemos salido de casa.

Thompson hizo a don Higinio el relato de los acontecimientos de la tarde, manifestándose éste sorprendido en extremo.

—No puedo explicarme —dijo— cómo la piadosa población de esta isla se ha atrevido a conducirse de semejante modo en el curso de una procesión. ¡Dejemos al porvenir el cuidado de darnos la solución del enigma...! —Y volviéndose hacia Thompson, agregó—: ¿Continúan ustedes pensando en marcharse esta tarde?

—En efecto —respondió éste.

Aún no había terminado de hablar, cuando el ruido de un cañonazo hizo que se estremecieran sordamente los vidrios del salón. Pocos lo oyeron y ninguno paró mientes en aquella detonación apagada como un eco.

—¿Se siente usted indispuerto, mi querido amigo? —preguntó Sir Hamilton a don Higinio, que había palidecido súbitamente.

—Un poco de fiebre, sin duda. Esta ciudad es, decididamente, malsana —respondió el portugués recobrando su color natural.

La voz del capitán Pip mandó desde lo alto del puente.

—¡A virar, muchachos!

Casi en seguida percibióse el ruido propio y característico de aquella operación. Los pasajeros subieron al *spardek* con objeto de asistir al acto de aparejar.

El cielo habíase cubierto durante la comida. En la noche, de un negro intenso, nada se veía más que las luces de Angra, de donde llegaban rumores confusos.

La voz de Mr. Flyship se elevó desde popa.

—Dispuestos, comandante.

—¡En marcha! —respondió el capitán.

Nuevamente volvieron a percibirse algunos ruidos e iba el ancla a dejar el fondo, cuando una voz sonó a dos cables del *Seamew*.

—¡Ah, del vapor!

—¡Oh! —respondió el capitán volviéndose hacia popa.

—¡Esperad, Mr. Flyship!

Una embarcación de dos remos salió de las sombras y atracó a babor.

—Quisiera hablar al capitán —dijo en portugués un individuo, a

quien la oscuridad de la noche no permitía percibir claramente.

Roberto tradujo la petición.

—Heme aquí —dijo el capitán descendiendo del puente y yendo a apoyarse en la borda.

—Este hombre, comandante —tradujo también Roberto—, pide que se baje la escala para que pueda subir a bordo.

Hízose así y pronto saltó sobre cubierta un hombre cuyo uniforme en seguida pudieron reconocer todos por haberle visto aquella tarde sobre los hombros de sus inútiles guardias. Entre el capitán y él entablóse en el acto una conversación por intermedio de Roberto.

—¿Es con el capitán del *Seamew* con quien tengo el honor de hablar?

—Sí, señor.

—¿Llegado ayer tarde?

—Ayer tarde.

—Me ha parecido que estaba usted preparándose para aparejar.

—¡En efecto!

—¿No ha oído usted, por consiguiente, el cañonazo?

El capitán Pip se volvió hacia *Artimón*.

—¿Ha oído usted un cañonazo, caballero? No veo en qué pueda interesarnos ese cañonazo, señor mío.

—El capitán pregunta —tradujo libremente Roberto— qué relación tiene ese disparo de cañón con nuestra partida.

El inspector pareció sorprendido.

—¿Ignora usted, pues, que el puerto se halla cerrado y que han sido embargados todos los buques anclados en la rada? He aquí la orden del gobernador —respondió, desdoblando un papel ante los ojos de Roberto.

—Bueno —dijo filosóficamente el capitán Pip—, si el puerto está cerrado, no saldremos. ¡Dejen filar la cadena, *Mr. Flyship*! —gritó dirigiéndose hacia proa.

—¡Perdón! ¡Perdón! Un instante, por favor —intervino Thompson adelantándose—. Tal vez haya medio de entendernos. Señor profesor, ¿tiene usted la bondad de preguntar a ese caballero el porqué de hallarse cerrado el puerto?

Pero el representante de la autoridad no respondió a Roberto. Dejándole de pronto, sin más ceremonia, dirigióse a uno de los

pasajeros:

—¡No me equivoco! —exclamó—. ¡Don Higinio a bordo del *Seamew*!

—Como usted ve —respondió éste.

—¿Nos deja, pues?

—¡Oh!, con esperanza de volver.

Un animado coloquio se entabló entonces entre ambos portugueses, del que don Higinio traducía pronto lo más esencial a sus compañeros.

Durante la algarada de aquella tarde, unos ladrones, todavía desconocidos, se habían aprovechado del desorden para apoderarse del famoso crucifijo. Tan sólo en una callejuela apartada se había encontrado la cruz, huérfana de sus pedrerías, de un valor total de seis millones de francos. El gobernador, en consecuencia, había embargado todas las naves, hasta el momento en que la banda de los sacrílegos ladrones estuviese a buen recaudo.

—¿Y eso podrá durar? —interrogó Thompson.

El inspector hizo un gesto vago, al que Thompson respondió con una mueca de disgusto. ¡Ciento cuatro personas que alimentar...! ¡Aquello hacía sumamente onerosos los días de retraso!

Vanamente insistió Roberto a instigación suya. La orden del gobernador estaba allí formal y decisiva.

Pero, por furioso que estuviera Thompson, más todavía lo estaba Saunders. Un nuevo ataque al programa.

Esto le ponía fuera de sí.

—¿Con qué derecho se nos ha de retener aquí? —dijo Saunders enérgicamente—. ¡Bajo el pabellón que nos cubre no tenemos, creo yo, que recibir órdenes de los portugueses!

—Perfectamente —afirmó *Sir* Hamilton—. Después de todo, ¿qué necesidad tenemos nosotros de obedecer a ese *policeman*? No tendrá, supongo, la pretensión de detener él solo a un buque que lleva sesenta y seis pasajeros, más el estado mayor y la tripulación.

Thompson mostró con el dedo los fuertes cuyas masas sombrías se perfilaban en la noche y esta respuesta muda pareció sin duda elocuente.

Muy oportunamente iba a llegarle un socorro inesperado.

—¿Son los fuertes los que les detienen? —insinuó don Higinio, al oído de Thompson—. Apenas si pueden causar daños. Cañones y

pólvora los tienen efectivamente, pero... proyectiles... ¡eso ya es otra cosa!

—¿No habrían de tener balas? —preguntó Thompson con incredulidad.

—Tal vez les queden algunas —afirmó don Higinio en voz baja —; pero... en cuanto a tener una sola que entre en las piezas... Lo mismo que los demás fuertes del archipiélago.

—¡Cómo, mi querido Higinio! —exclamó *Sir* Hamilton—. ¿Usted es portugués y es nuestro aliado en esta circunstancia?

—En este momento no soy más que un viajero que tiene prisa —respondió con alguna sequedad don Higinio.

Thompson estaba indeciso; vacilaba. Arriesgarse en una aventura semejante era acaso algo comprometido. Mas, por otra parte, ¿no resultaba humillante el ver interrumpido el viaje, con el descontento general de los pasajeros y graves perjuicios para la agencia? Un gesto de Saunders, un movimiento de Hamilton, una nueva afirmación de don Higinio acabaron de decidirle a la audacia.

Llamó al capitán Pip.

—Capitán —le dijo—. El buque, como usted sabe, está retenido por orden de las autoridades portuguesas.

El capitán asintió con un movimiento de cabeza a esta proposición.

—Si... no obstante... yo... Thompson, le ordenase partir... ¿Lo haría usted?

—Al instante, caballero.

—Está usted, sin embargo, bajo los fuegos de los fuertes de Angra; no lo ignora usted.

El capitán Pip miró al cielo, al mar después, a don Higinio luego, y se oprimió finalmente la nariz con un gesto de soberano desprecio. Aun cuando hubiese hablado, no habría podido más claramente indicar que, con aquella mar tranquila y aquella oscura noche..., no se preocupaba él ni pizca de los proyectiles que pudieran enviarle los cañones portugueses.

—En tal caso, caballero, yo le doy la orden de partir.

—Puesto que así es —respondió el capitán con la mayor calma —, ¿no podría usted entretener en el salón, durante cinco minutos tan sólo, a ese policía?

Cediendo a un deseo formulado en términos tan enérgicos, Thompson insistió acerca del inspector para hacerle aceptar un refresco.

Apenas desapareció con su huésped, el capitán reunió a la tripulación junto al trinquete, haciendo que tomaran las debidas precauciones para evitar el ruido.

Tan pronto como el ancla hubo dejado el fondo, el buque comenzó a derivar. Ya era bastante sensible la diferencia de posición con respecto a las luces de la ciudad, cuando el inspector subió de nuevo sobre cubierta en compañía de Thompson.

—¿Tiene usted la bondad, comandante? —llamó desde allí al capitán, que ocupaba su puesto.

—Con mucho gusto, caballero —respondió amablemente éste, inclinándose sobre la barandilla.

—El señor inspector —dijo Roberto, traduciendo la observación que se le hiciera— cree, comandante, que el ancla ha perdido fondo.

El capitán miró en torno de sí con aire incrédulo.

—¿Lo cree así? —dijo con candidez.

El inspector sabía su oficio. Con una mirada abarcó la situación del barco y la tripulación silenciosa, y en el acto lo comprendió todo. Sacando entonces de su bolsillo un largo silbato, hízole producir un sonido penetrante y modulado de una manera particular que, en la calma de la noche, debía llegar muy lejos. Pronto se hizo evidente que había sucedido así. Varias luces corrieron sobre el parapeto de los fuertes.

Hállase Angra defendida por dos fuertes: el Morro del Brasil, al Mediodía; el fuerte San Juan Bautista, al Norte.

Hacia el segundo era donde la corriente empujaba dulcemente al *Seamew*, cuando el sonido del silbato vino a dar la voz de alarma.

—Caballero —declaró fríamente el capitán—, otro silbido y hago que le echen por la borda.

Por el tono de voz comprendió claramente el inspector que la amenaza, que le había sido traducida fielmente, era seria, y se dio por enterado.

Desde hacía unos instantes la chimenea del *Seamew* arrojaba torrentes de humo y hasta llamas. Entraba eso en los planes del capitán, que se procuraba de ese modo una reserva de vapor que

podría utilizar más tarde. En efecto: ya las válvulas, aun cuando sobrecargadas, se dilataban con ruido, mientras decrecía el penacho de humo luminoso de la chimenea. Pronto desapareció del todo.

En este momento dos cañonazos se oyeron simultáneamente y dos proyectiles, procedentes de ambos fuertes, rebotaron a quinientos metros de cada lado del buque. Era una advertencia.

Ante aquel inesperado incidente palideció Thompson.

—¡Deténgase, capitán, deténgase! —gritó con voz de espanto.

Y nadie hallará extraño que más de un pasajero uniese la suya a aquella súplica. Hubo, con todo, uno que guardó un silencio heroico, y fue el estimable tendero honorario. ¡Cierto, si, que se hallaba conmovido! Hasta temblaba, menester es tener la franqueza de confesarlo; pero por nada del mundo hubiera renunciado a la alegría de asistir a la primera batalla de su vida. ¡Figuraos! ¡Jamás había visto él aquello!

Tampoco Roger de Sorgues hubiera cedido su puesto por un imperio. Por una extraña asociación de ideas, aquellos disparos de cañón evocaban en él el *vaudevillesco* almuerzo de Fayal, y se divertía extraordinariamente.

«¡Bombardeados ahora! —pensaba, oprimiéndose los ijares—. ¡Esto es el colmo!».

A la voz de Thompson habíase acercado el capitán.

—Yo tendré el sentimiento, caballero, de desobedecer por esta vez —dijo con un tono de altivez que no se le conocía aún—. Habiendo aparejado, según la orden de mi armador, soy en lo sucesivo el único dueño, el único amo a bordo. Conduciré este buque al largo con la voluntad de Dios. ¡Por la barba de mi madre, un capitán inglés no retrocederá!

En su vida había pronunciado un discurso tan largo el valiente capitán.

Conforme a sus instrucciones, tomó el buque una marcha moderada. ¡Maniobra extraña e incomprensible! El capitán no se lanzaba hacia el mar. Constituyendo, gracias a sus luces, que el capitán, con gran extrañeza de todos, no mandaba apagar, un blanco bien definido y fácil de alcanzar, dirigíase el buque en línea recta hacia el fuerte San Juan Bautista.

La astuta maniobra tuvo éxito. Los cañones del fuerte, al ver la dirección del buque, enmudecieron.

—¡Toda la barra a babor! —mandó de pronto el capitán.

Y el *Seamew*, a todo vapor, iluminado siempre, puso la proa al mar.

En el acto, tres cañonazos resonaron sucesivamente y los tres igualmente inofensivos. Uno de los proyectiles lanzados por el fuerte San Juan Bautista pasó silbando por encima de los mástiles; el capitán se pellizcó alegremente la nariz. Su maniobra había resultado. Aquel fuerte estaba ya reducido a la impotencia, y la tierra protegía desde entonces al buque contra sus disparos. En cuanto a los otros dos proyectiles lanzados por el Morro del Brasil, el primero cayó a popa del *Seamew*, y el segundo se hundió en el mar a dos encabladuras de proa.

Apenas se hubo disparado el quinto cañonazo, cuando a la orden del capitán toda luz se extinguió de súbito a bordo del *Seamew*, cubriéndose asimismo todas las claraboyas. A la vez, el buque, bajo el impulso del timonel, viró en redondo y volvió hacia tierra a todo vapor.

Atravesada la rada en toda su anchura, el *Seamew* costó con una audacia extrema los peñascos del Morro del Brasil. En aquel punto un nuevo silbido hubiera sido fatal. Pero, desde el comienzo de la acción, el capitán había prudentemente hecho descender y encerrar al inspector en un camarote, con centinelas de vista.

Por lo demás, parecía que todo riesgo había sido conjurado. El único que entonces podía ser perjudicial, el fuerte San Juan Bautista, no tiraba ya, en tanto que el Morro del Brasil persistía en bombardear el vacío en la dirección primitiva.

Costó el *Seamew* rápidamente la orilla, confundido con las rocas. Llegado a la extremidad de la punta, la rodeó y tomó el largo, recto hacia el Sur, en tanto que los dos fuertes, decididos a volver a comenzar su inútil dúo, mandaban hacia el Este sus superfluos proyectiles.

Cuando estuvo a tres millas de distancia, el capitán Pip quiso darse el placer de iluminar brillantemente el buque. Hizo en seguida que subieran al inspector, a quien habían prudentemente encerrado en un camarote, y le invitó a volver a su embarcación. Inclinado sobre la borda y gorra en mano:

—¿Ve usted, caballero —creyó deber hacerle observar, aun cuando el desdichado inspector, no conociendo una palabra del

inglés, no se encontraba en estado de apreciarlo—; ve usted cómo un marino inglés juega al escondite con los proyectiles portugueses? Esto es lo que se llama una peripecia. Tengo, señor, el honor de saludarle.

Dicho esto, el capitán cortó con su propio cuchillo el cabo de la embarcación, que danzó en su estela; volvió a subir a su puesto, dio la ruta al Sudeste, y después, contemplando el mar, el cielo y a Tercera, por fin, cuya masa negra desaparecía en la noche, escupió al mar orgullosamente.

CAPÍTULO IX

UNA CUESTIÓN DE DERECHO



El día 22 de mayo el *Seamew* arribó de madrugada a Ponta Delgada, capital de San Miguel, su última escala en las Azores.

Con una extensión de 770 kilómetros cuadrados y con cerca de 127 000 habitantes, es esta isla la más importante del archipiélago, y la capital, con sus 17 000

almas, es la cuarta ciudad del reino de Portugal. Protegida al Este y al Oeste por dos cabos, la Ponta Delgada, que le da su nombre, y la Ponta Galé, un dique de 850 metros de largo acaba de hacer aún más segura su rada, suficiente para cien buques.

Entre este dique y la orilla fue donde atracó el *Seamew*, en medio de muchos otros barcos de vela y de vapor. Al Norte se alzaba Ponta Delgada, de seductor aspecto, con sus casas blancas y simétricamente dispuestas. Por todas partes se descubrían, perdiéndose poco a poco en un océano de jardines magníficos, que sirven de una verde aureola a la ciudad.

La mayor parte de los pasajeros habían permanecido acostados hasta muy tarde y por eso no se quiso bajar a tierra durante la mañana. Tres días completos estaban consagrados a la isla de San Miguel y debiendo ser ampliamente suficiente cuatro o cinco horas para recorrer Ponta Delgada, no había por qué apresurarse.

No sin algunas protestas fue, sin embargo, adoptada esta

decisión. Algunos manifestaron un muy vivo descontento, y no es necesario decir que Saunders y Hamilton fueron de los más enojados. ¡Otra vulneración del programa! ¡Aquello resultaba ya verdaderamente intolerable! Acudieron con sus quejas a la administración. La administración respondió que aquellos señores eran libres de bajar a tierra, si el corazón se lo pedía. Replicó Saunders que debían bajar todos con el administrador y el intérprete, y, por supuesto, a expensas de la agencia. Aconsejóle entonces Thompson que tratara de persuadir a sus compañeros, terminando la entrevista en un tono bastante agrio.

Tan sólo, en suma, dos pasajeros desembarcaron durante la mañana: la indómita pareja de recién casados, que viajaba a su manera. Thompson creyó estar seguro de no volverles a ver hasta la hora misma de la partida.

En cuanto a Saunders y Hamilton, tuvieron que tascar el freno. Con cuatro o cinco de sus compañeros, tan desagradables casi como ellos mismos, ocuparon sus ocios en un cambio de amables comentarios.

No era muy numeroso aquel grupo de oposición; existía, sin embargo, y Thompson vióse obligado a hacer constar que sus adversarios hacían prosélitos. Por primera vez, una escisión leve, pero real, separaba a los huéspedes del *Seamew* en dos campos muy desiguales, por fortuna. El motivo era fútil, pero parecía que todos los precedentes agravios volvían a la memoria y se juntaban para dar, sin razón, mayores proporciones al incidente actual.

Thompson se remitió al porvenir.

Después del almuerzo, cuando las embarcaciones hubieron depositado a todo el mundo sobre el muelle —salvo al irreconciliable Johnson—, se procedió, bajo la dirección de Roberto, a la visita de la ciudad en correcta formación, lo que parecía anunciar la concordia.

De este modo se visitaron las iglesias y conventos que encierra Poma Delgada: y bajo la obsesión de las campanas, agitadas sin cesar, se recorrieron hasta la noche sus calles sucias y estrechas.

¡Qué decepción! Las casas, tan blancas de lejos, aparecían de cerca feas y desteñidas. Por el centro de la calle innumerables cerdos, enormes en su mayor parte, y por medio de los cuales era preciso abrirse paso, se paseaban a sus anchas. ¿Y aquel cinturón de

verdosos jardines? Altas murallas los ponían al abrigo de las miradas. Apenas si por encima de su cresta se percibía de cuando en cuando la cima de esos rosales blancos o camelias, que en San Miguel alcanzan comúnmente la talla de un gran árbol.

Este aburridísimo y monótono paseo disgustaba y contrariaba a ojos vistas a los pasajeros del *Seamew*. El anuncio del regreso fue, por ende, muy bien acogido.

La columna, al volver a bajar la cuesta, no avanzaba ya en el orden admirable que hasta entonces había sido respetado. Era, indudablemente, muy grande el respeto a la disciplina para que aquellos calmosos ingleses tuvieran el atrevimiento de faltar abiertamente a ella de un solo golpe, pero dejábase ya sentir un evidente cansancio. Varios intervalos separaban ya entre sí las filas, algunas de las cuales habían aumentado ilegalmente en perjuicio y detrimento de las otras. Había algunos rezagados. Veíalo Thompson y suspiraba.

Al llegar a la orilla del mar los turistas hubieron de experimentar gran sorpresa. En el muelle bullía una muchedumbre numerosa, de la que partían irritados clamores. Alzábanse los puños en son de amenaza. Dos partidos se hallaban evidentemente en presencia uno de otro cambiando injurias previas y prontos a transformarlas en golpes. ¿Iba a comenzar de nuevo el alboroto de Tercera?

Thompson, y en pos de él todos los pasajeros, habíanse detenido indecisos. Imposible el llegar a los botes de a bordo a través de la multitud, que impedía el acceso. Quedaban las embarcaciones del país, y, cierto, habíalas en abundancia en el puerto, pero lo que faltaba eran marineros. En torno de los turistas ni un alma. Toda la vida y la agitación hallábanse concentradas frente al *Seamew*; allí era donde la alborotada muchedumbre parecía hallarse a punto de entablar una lucha, cuyas causas se desconocían.

De pronto dio Thompson un grito. Seis embarcaciones acababan de separarse del muelle y, acompañadas por los aullidos de la multitud, se alejaban a fuerza de remos en dos grupos distintos; tres, parecían querer dar caza a las otras. En todo caso, dirigíanse seguramente hacia el *Seamew*, y en vista de la experiencia hecha en Tercera acerca del carácter y modo de ser violento de los azorianos, había que abrigar serios temores por el navío. En el colmo de la

agitación Thompson se paseaba arriba y abajo del muelle.

Pronto tomó su partido. Halando sobre el cabo que sujetaba uno de los botes más próximos, lo atrajo hacia sí embarcándose resueltamente, arrastrando consigo a Roberto, a quien acompañaban Roger y los Lindsay.

En un instante fue largado el cabo, recogida el ancla y, bajo el impulso de los cuatro navegantes, el bote se dirigió rápidamente hacia el amenazado buque.

Electrizados con este ejemplo, los otros pasajeros se apresuraron a imitarle. Algunas embarcaciones se llenaron, los hombres empuñaron los remos, tan familiares a la mayor parte de los ingleses, y cinco minutos después una escuadra en miniatura turbaba las aguas del puerto con el choque de sus remos.

Al acercarse Thompson al costado del *Seamew* se tranquilizó en parte. Los seis botes sospechosos pertenecían, en efecto, a dos campos opuestos, y su antagonismo aportaba a los sitiados un inesperado socorro. Cada vez que uno de ellos intentaba un movimiento hacia delante, un bote del partido opuesto se ponía de través o hacía imposible la aproximación a la escala, guardada además por un docena de marineros.

—¿Qué es, pues, lo que aquí ocurre, capitán? —preguntó Thompson, sofocado, saltando sobre cubierta.

—No sé nada, señor —respondió flemáticamente el interpelado capitán.

—¿Cómo, capitán? ¿No sabe usted nada de lo que ha podido originar esa agitación?

—Absolutamente nada, señor. Estaba yo en mi camarote cuando *Mr. Flyship* llegó a prevenirme que una muchacha había subido a bordo y que algunos grupos, en amenazadora actitud, se reunían en el muelle. Ignoro si uno de esos hechos se deriva del otro, porque me ha sido totalmente imposible el comprender ni una palabra de la condenada jerigonza de la rapaza.

—¿Y qué ha hecho usted, capitán, de esa muchacha?

—Está en el salón, caballero.

—Allá voy —dijo Thompson con énfasis, como si hubiera corrido a la muerte—, entretanto continúe vigilando el buque del que es responsable, capitán.

El capitán, por toda respuesta, sonrió en sus barbas con un aire

desdeñoso.

La situación, por lo demás, no parecía muy crítica. Los pasajeros habían atravesado sin esfuerzo ni molestias las líneas de los beligerantes. Unos tras otros subían a bordo. El *Seamew* podía sufrir largo tiempo sin daño un bloqueo tan mal guardado.

En suma; era evidente que si, por motivos desconocidos, el *Seamew* tenía enemigos en la isla de San Miguel, poseía también, por razones igualmente ignoradas, sólidas alianzas, cuyo concurso, actualmente al menos, bastaba para su defensa.

Thompson y Roberto penetraron en el salón. Según anunciara el bravo capitán, encontraron allí a una jovencita literalmente desplomada sobre un diván, la cara oculta entre las manos y sollozando desconsolada. Al oír llegar a los dos hombres alzóse vivamente, y, haciendo un modesto saludo, dejó ver una encantadora fisonomía, que expresaba en aquel momento la más cruel confusión.

—Señorita —dijo Roberto—, una especie de sublevación rodea a este buque. ¿Podría usted decirnos si esa convulsión popular está de alguna suerte relacionada con su presencia aquí?

—¡Ay, señor, ya lo creo! —respondió la joven, deshaciéndose en lágrimas.

—En este caso, señorita, tenga usted la bondad de explicarse. Su nombre, en primer término.

—Thargela Lobato.

—¿Y por qué —volvió a decir Roberto—, por qué la señorita Lobato ha venido a bordo?

—¡Para ser protegida contra mi madre! —respondió resueltamente la joven azoriana.

—¡Contra su madre!

—Sí, es una mujer perversa... Y después...

—¿Y después? —insistió Roberto.

—Y después —murmuró la joven Thargela cuyas mejillas se pusieron color de púrpura—, después... a causa de Joaquín Salazar.

—¿Joaquín Salazar? —replicó Roberto—. ¿Quién es ese Joaquín Salazar?

—Mi novio —contestó Thargela, cubriéndose la cara con las manos.

Retorcióse Roberto el bigote, con un gesto de contrariedad y

fastidio. Aquel asunto iba tomando un aspecto ridículo. ¿Qué hacer con aquella joven? Según observó Thompson con impaciencia, no habían ido ellos a San Miguel para proteger los amores de las muchachas contrariadas en sus inclinaciones. Roberto juzgó, no obstante, que con un poco de moral bastaría para calmar aquella loca cabecita.

—Veamos, veamos, hija mía —dijo Roberto con tono bondadoso y protector—, es menester que vuelva usted a su casa: usted, sin duda, no ha reflexionado en que es una mala acción rebelarse contra su madre.

Thargela se enderezó vivamente.

—¡Ella no es mi madre! —gritó con voz ronca y con las mejillas pálidas por una súbita cólera—. Yo soy una niña abandonada y entregada a esa miserable mujer, cuyo nombre llevo a falta de otro que unir al de Thargela. Y, además, aun cuando ella fuese mi madre, no tendría el derecho de separarme de Joaquín.

Y, desplomándose sobre la banqueta, Thargela prorrumpió de nuevo en amargo llanto.

—Todo esto es muy bonito, mi querido señor —dijo Thompson a Roberto—; pero, al fin y al cabo, por triste que sea la situación de esta muchacha, nada nos interesa y nada podemos hacer en su obsequio. Hágaselo usted comprender así. Es tiempo de que tenga término ya esta comedia.

Pero a las primeras palabras que pronunció Roberto para explicar su impotencia, alzó Thargela su rostro, iluminado por una alegría triunfante.

—¡Usted puede, usted puede hacerlo...! ¡Ésa es la ley! —decía.

—¿La ley? —dijo Roberto.

Mas en vano repitió la pregunta bajo mil diversas formas. La ley estaba en su favor; Thargela lo sabía, y no sabía más que eso. Además, si aquellos señores ingleses querían informarse mejor, ¿por qué no llamaban a Joaquín Salazar? No estaba lejos. Él lo sabía todo y él contestaría a todas las preguntas.

Sin esperar respuesta, Thargela arrastrando a Roberto sobre cubierta, le llevó a babor y le mostró, con una sonrisa que iluminó todo su semblante, a un robusto mancebo junto a la barra de una de las embarcaciones beligerantes.

—¡Joaquín... Joaquín! —llamó Thargela.

A aquel grito contestaron vociferaciones. En cuanto al timonel, dando un golpe de barra, se acercó al *Seamew* y saltó sobre cubierta, en tanto que su embarcación volvía al teatro de la lucha.

Era en verdad un hermoso muchacho, de aspecto franco y decidido. Su primer cuidado, tan pronto puso el pie en el buque, fue el de alzar a Thargela en sus brazos y darle a la faz del cielo y de la tierra un par de sonoros besos que hicieron aumentar los alaridos en los dos campos contrarios. Cumplido ese deber, un animado coloquio se entabló entre ambos novios, y después, por fin, volviéndose Joaquín hacia los pasajeros, que contemplaban la escena con curiosidad, les agradeció en términos de gran nobleza el auxilio que querían prestar a su querida Thargela.

Roberto tradujo con toda fidelidad.

Thompson no pudo reprimir un gesto de contrariedad. ¡Vaya un diplomático el muchacho aquél! ¿No le comprometía ahora delante de la tripulación y de los pasajeros?

Joaquín, no obstante, continuaba su improvisada arenga. Lo que había dicho Thargela era exacto. La ley de las Azores permitía a los muchachos casarse a su gusto, empleando el medio que ella había adoptado. Bastaba abandonar, con ese fin, la casa de los padres para escapar a su autoridad y para caer bajo la del juez, obligado entonces, si a ello era requerido, a dar la autorización anhelada. Ciertamente Joaquín no conocía los pormenores de esa ley, pero podía ir en el acto a casa del corregidor que ilustraría a aquellos caballeros ingleses, tanto sobre el valor moral de la mujer Lobato como sobre los derechos de su pupila Thargela y del novio de esta última. Y si se le preguntaba el porqué de haber escogido Thargela al *Seamew* como refugio más bien que la casa de un amigo, era sencillamente porque los pobres no tienen amigos: además, la mujer Lobato, semihechicera, semiprestamista, tenía a merced suya, ya por temor, ya por interés, la mitad del pueblo, según lo probaba la actual manifestación. En tierra firme Thargela hubiera corrido el riesgo de ser recuperada. A bordo del *Seamew*, bajo la salvaguardia del noble pueblo inglés, no había, con toda seguridad, de ocurrir lo mismo.

Terminada su arenga, el hábil orador se detuvo.

Su rasgo final había sido de efecto. La joven azoriana pudo ver la prueba de ello en el cambio de actitud de *Sir* Hamilton. Sin

conocerle, se había acercado a convencer a aquel personaje, cuyo traje y apostura le designaron ante ella como el más principal de sus oyentes.

Hamilton había perdido su frialdad; hasta había llegado a aprobar con una señal de cabeza la conclusión del discurso.

Thompson, indeciso, lanzaba miradas furtivas a derecha e izquierda.

—¿Qué piensa usted de todo esto, capitán? —dijo.

—¡Hum! —dijo el capitán haciéndose modestamente a un lado.

Mas, a sus espaldas, el fiel *Artimón* se hallaba en su puesto.

—Vos que sois un *gentleman* inglés —dijo a aquel viejo amigo—, ¿rechazaríais a una mujer, señor?

—¡Hum! —dijo a su vez Thompson, deslizando hacia los pasajeros una mirada incierta.

—¡A fe mía, caballero! —dijo Alice Lindsay, avanzando valerosamente fuera del círculo de sus compañeros—, creo yo que, sin prejuzgar nada, podría, cuando menos, hacerse lo que propone ese joven; es decir, ir a casa del corregidor, que nos indicará nuestro deber.

—¡Hágase, pues, según usted desea, *Mr. Lindsay*! —dijo Thompson—. La agencia nada puede negar a sus clientes.

Sonaron bravos. Era indudable que la joven pareja había hecho la conquista de los pasajeros del *Seamew*. Tan sólo Hamilton dejó de unir los suyos a aquellos aplausos. Fenómeno sorprendente: su actitud, correcta siempre, había vuelto de súbito a ser glacial. Habiendo en cierto modo tomado la dirección una ciudadana americana, el negocio había cesado en seguida de interesarle. Aquello, en lo sucesivo, era una cosa que habían de arreglar entre sí dos pueblos inferiores: portugueses y americanos. Inglaterra, en su persona, nada absolutamente tenía que ver en ello.

—En todo caso, esa partida —dijo Thompson— no podrá efectuarse hasta después de comer, cuya hora debe haber pasado ya con exceso. Habrá entonces que atravesar la línea de los sitiadores. Debería usted, mi querido profesor, someter el caso a ese muchacho.

—Yo me encargo de ello —declaró Joaquín, una vez enterado de la cuestión.

Aproximándose a la borda, participó a los beligerantes la

resolución adoptada. Su comunicación fue acogida de diversas maneras. Pero al fin, desde el momento en que no se trataba ya de un rapto con la complicidad de extranjeros; desde el momento en que el negocio debía recibir una solución regular, no había sino someterse a ella. Los que rodeaban al *Seamew* se separaron inmediatamente, y cuando, una vez terminada la comida, Thompson y Roberto, en compañía de Joaquín, desembarcaron sobre el muelle, lo encontraron en una calma relativa.

Los tres compañeros llegaron al despacho del corregidor escoltados por un muy numeroso concurso de populacho. El corregidor no estaba y un agente tuvo que salir en su busca. Pronto llegó. Era un hombre de mediana edad, calvo, con un tinte de ladrillo cocido, revelando un temperamento irascible y bilioso. Irritado sin duda, por aquella imprevista llamada, interrogó con bastante acritud a sus visitantes.

En pocas palabras púsole Roberto al corriente de los hechos y le pidió su opinión. Pero, por muy rápidamente que expusiera el negocio, había sido aún demasiado prolijo para la impaciencia del corregidor, cuyos dedos tecleaban sobre la mesa tras de que se hallaba sentado una marcha sumamente agitada.

—Mujer Lobato —contestó con estilo telegráfico—, reputación deplorable; Joaquín Salazar y Thargela, excelente. Derecho absoluto en esta última para refugiarse donde le convenga y de casarse con quien bien le pareciese, cuando yo, corregidor, lo hubiere así ordenado. Tal es la ley. Sin embargo, no puedo dar semejante orden más que si Thargela la reclama, de viva voz, o por una demanda escrita.

—Hela aquí —dijo vivamente Joaquín, alargando una carta al corregidor.

—¡Bien! —dijo éste cogiendo una pluma, de que hubo de servirse para trazar un conminatorio párrafo sobre una hoja impresa—. «Hoy el 22. Matrimonio el 25. Yo designo a don Pablo Terrero, iglesia de San Antonio».

El corregidor se levantó y apoyó violentamente el dedo sobre un timbre, a cuya señal dos agentes penetraron en el despacho del magistrado.

—¡Señores, buenas noches! —pronunció éste, en tanto que los tres compañeros se encontraban en la calle.

—¡He aquí un negocio arreglado, valiente! —dijo Roberto a Joaquín—. Dentro de tres días se casará usted con Thargela.

—¡Oh, señores, señores! ¿Cómo agradecersele? —exclamó Joaquín, apretando efusivamente las manos de los complacientes extranjeros.

—Haciendo feliz a su mujer —dijo Roberto, riendo—. Pero ¿qué va usted a hacer hasta el día de su boda?

—¿Yo? —preguntó Joaquín sorprendido.

—Sí. ¿Nada teme usted de esos energúmenos de hace un rato?

—¡Bah! —dijo con despreocupación el bravo muchacho, mostrando ambos puños—. ¡Yo tengo esto!

Y silbando alegremente una danza, perdióse en las sombrías calles de la capital de San Miguel.

CAPÍTULO X

EN EL QUE SE DEMUESTRA LA PRUDENCIA DE JOHNSON



La isla de San Miguel afecta la forma de una calabaza de las usadas para contener vino, pero muy alargada; en las dos esferas que determinan la parte cerrada de la calabaza, dos ciudades: Ponta Delgada al Sur, Ribeira Grande al Norte. Un camino bueno y fácil, que no excede de los doscientos metros de altitud, facilita la comunicación entre esas dos ciudades, casi iguales por el número de sus habitantes, y que distan entre sí unos diez y ocho kilómetros, aproximadamente.

Pero el resto de la isla, a derecha e izquierda de esa depresión, se perfila en crestas más elevadas. Para el segundo día estaba reservada la parte del Oeste, tras una noche pasada en Ribeira Grande, donde serían conducidas desde Ponta Delgada las monturas de relevo. El primer día debía ser suficiente para visitar la parte oriental:

Teniendo en cuenta las sinuosidades del camino, cada día resultaría un trayecto de unos cuarenta kilómetros. Tarea, en suma, bastante ruda. Con los informes recogidos de Roberto y de los guías, había Thompson creído deber adelantar hasta las seis y media la partida, que el programa fijaba a las ocho.

Esta decisión hubo de valerle una escena terrible de parte de Hamilton y de Saunders. Ambos acólitos quejáronse con violencia de aquellos continuos cambios introducidos en un programa que

debiera constituir la ley en las excursiones.

—¡Y además, caballero, retenga usted bien esto! —había concluido diciendo Saunders, separando bien las sílabas y subrayándolas—: Yo-no-par-ti-ré-a-las-seis-y-me-día.

—Ni yo tampoco —había apoyado el *baronet*, celoso de igualar a su modelo—, y *Lady* Hamilton tampoco partirá, y *Miss* Hamilton hará lo mismo que su madre. Todos nosotros estaremos en el muelle a las ocho en punto, según especifica su programa de usted, y contamos con encontrar allí los medios de transporte que el programa promete. ¡Téngalo en cuenta!

Tal vez serían fundadas las observaciones de Hamilton y Saunders; pero Thompson, pese a su buen deseo de complacer y contentar a sus pasajeros, se sentía ya al término de su paciencia para con estos dos. Limitóse a saludarlos secamente, sin concederles la menor respuesta.

Dejando a bordo a la joven Thargela, la cabalgata, enteramente parecida a la de Fayal, emprendía la marcha el día siguiente por la mañana, a las siete en punto, a una señal de Thompson. Podían notarse en ella numerosas deserciones.

Hallábase ausente el joven matrimonio, y ausente el temeroso Johnson, que continuaba huyendo de los temblores de tierra.

Ausentes asimismo los Hamilton y Saunders. Ausentes por fin, dos o tres pasajeros a quienes la edad vedaba una excursión de tanto empeño.

No contaba en total la columna más que con cincuenta turistas, entre ellos comprendido don Higinio de Veiga, cuyos dos hermanos habían preferido permanecer a bordo.

Gracias a don Higinio, figuraba Blockhead entre los excursionistas. Hubiérale Thompson descartado implacablemente si el portugués no hubiera intercedido por él, prometiéndole para la mañana misma la curación del interesante enfermo. Bajo esta seguridad había sido admitido el tendero honorario; pero a condición de que habría de mantenerse invariablemente a cien metros detrás de la última línea. Caminaba, pues, solo, sin otra compañía que el asno y su guía, y no parecía, por lo demás, muy contrariado a causa de su situación anormal. Era Blockhead de aquellos que saben tomarse interés por todo, ver siempre las cosas por el lado bueno. ¡Feliz carácter... en los antípodas del que

adornaba al caprichoso Hamilton!

Saliendo de la ciudad por el Este, los turistas llegaron a las ocho a la campiña, pudiendo entonces creerse transportados a los alrededores de Horta. Los mismos campos de cereales y de legumbres. En el fondo las mismas clases de árboles se alzaban en masas verdinegras. Una diferencia, no obstante, esencial se advertía pronto entre Fayal y San Miguel en favor de la segunda isla. No había en ésta espacios áridos, sino al contrario, ni un trozo de tierra laborable que no se hallase cultivado. Nada de zonas peladas sobre las cumbres que desde los valles se descubrían, sino antes bien magníficos bosques de abetos, admirable resultado de los incesantes esfuerzos de la administración local, que desde hacía cincuenta años repoblaba sin cesar millares de pies cuadrados.

Un poco antes de mediodía desembocó la caravana a orillas de un ancho valle.

—El Valle de las Fumas —dijo el guía de cabecera.

Rodeado de un cinturón de montañas áridas, aquel valle afecta, casi con toda perfección, la forma de un gran círculo de unos tres kilómetros de radio. Hacia el Oeste la línea de montañas desciende, para dejar huir un arroyo que por una estrecha cortadura penetra en el valle por el Nordeste.

Los turistas remontaron Ribeira Quente, o Arroyo Cálido, con sus orillas dedicadas al cultivo de legumbres hasta sus fuentes termales, situadas más allá de una villa, cuyos techos, dorados por el sol, descubrieron a dos kilómetros.

Muy singular es aquella parte del país. Por doquier surgen fuentes, calientes las unas, las otras frías; pero todas con un notable grado de mineralización. Algunas, reducidas a un imperceptible hilo de agua, han recibido de los indígenas el nombre de *olhas*, los ojos. Otras son más importantes. Una de ellas brota en una especie de taza. Con gran ruido lanza a casi un metro de altura una columna de agua bullidora, hirviente, cuya temperatura se eleva a 105 grados centígrados. En torno de ella la atmósfera se halla oscurecida por vapores sulfurosos que se depositan sobre el suelo y recubren matas de hierba, plantas y flores de una pétrea corteza.

Blockhead, a la apremiante invitación de Thompson, tuvo que afrontar aquellos vapores. Tal era, en efecto, la cura imaginada por don Higinio, que se contentaba con hacer aplicación de un remedio

muy popular en San Miguel, y que el instinto de los animales incomodados por los parásitos ha señalado desde hace mucho tiempo a la sazón humana.

Remedio enérgico, a buen seguro. Apenas si era posible en las proximidades de la fuente soportar el calor del agua. Blockhead, sin embargo, no vaciló, desapareciendo valerosamente tras la barrera de ardientes vapores. En el fondo no estaba descontento de aplicarse aquel desusado remedio.

Cuando salió Blockhead de su estufa tal vez no estuviese curado; pero, cuando menos, estaba indudablemente cocido. Congestionado, corriendo al suelo en arroyos el sudor de su cara, reapareció en un estado lamentable.

No había, sin embargo, terminado su suplicio. Por indicaciones de don Higinio, los turistas se reunieron junto a otra fuente situada a unos diez metros de la primera.

Más espantable aún, esta fuente bulle en el fondo de una especie de caverna, que los indígenas creen firmemente ser una de las bocas del infierno. El hecho es que en el fondo de esta caverna el agua, invisible, silba de un modo terrible, en tanto que hacia fuera se desliza enorme cantidad de barro jabonoso, con lo cual contaba don Higinio para acabar la curación de su enfermo.

Por su orden, Blockhead, habiéndose despojado de sus vestidos, fue hundido muchas veces en aquel lodo, cuya temperatura alcanzaba cuando menos 45 grados centígrados. El desventurado Blockhead no podía materialmente más y pronto estalló en verdaderos alaridos, cubiertos por las estrepitosas carcajadas de sus poco caritativos compañeros.

Mas a aquellos gritos y a aquellas risas responde un estrépito espantoso. De la caverna escápase una densa humareda, mezclada con amenazadoras lenguas de fuego, en tanto que una columna de agua se eleva en los aires y cae en lluvia abrasadora sobre los audaces visitantes.

Llenos de terror, huyeron éstos; para darles valor fue precisa la seguridad que les dieron los guías de que aquel fenómeno se producía frecuentemente y con tanta mayor violencia cuanto más fuerte fuera el ruido que se hiciese en los contornos, sin que nadie hubiera nunca podido dar alguna explicación aceptable de aquél tan extraño fenómeno.

Blockhead se había aprovechado del pánico para evitarse su baño de lodo. Y a la sazón se remojaba en la Ribeira Quente, cuyas aguas, algo más que templadas, parecíanle a él deliciosamente heladas.

Ahora bien: ¿tiene realmente el remedio indicado por don Higinio las propiedades que le atribuyen los indígenas? ¿O bien Absyrthus Blockhead no había tenido más que una enfermedad imaginaria? No puede resolverse la cuestión. Lo cierto es que al tendero honorario se le consideró como curado a partir de aquel instante, y pudo volver a tomar parte en la vida común.

Tras el almuerzo, suministrado a duras penas por la población de la villa, almuerzo que, aun asemejándose mucho a la comida campestre de Fayal, fue, con todo, un poco menos fantástico, la columna volvió a formarse hacia las diez. Iba a partir, o, más bien, había dado ya los primeros pasos, cuando una segunda caravana desembocó a su vez en la villa.

Diminutivo de la primera, no comprendía ésta más que ocho personas en junto. Pero a la vez, ¡qué personas! Nada menos que Saunders, *Sir*, *Lady* y *Miss* Hamilton, acompañados de sus cuatro guías, que habían partido al minuto reglamentario, es decir, con seis cuartos de hora de retraso, que cuidadosamente conservaran.

Habiéndose apeado de sus monturas Hamilton y Saunders, avanzaron gravemente hacia Thompson, que silbaba entre dientes.

—¿Podemos esperar, señor mío, hallar aquí almuerzo?

—A fe mía, caballero, lo ignoro —respondió Thompson, con una chocante desenvoltura—. Si quieren ustedes dirigirse a ese bravo hospedero que está junto a aquella puerta, tal vez pueda satisfacerles..., si, no obstante, esos caballeros y esas damas han dejado en el país algo que poner entre las mandíbulas.

Thompson se emancipaba. Alzaba la cabeza. Sacudía el yugo. Hamilton quedó altamente sorprendido ante aquellos pujos de independencia. ¡Qué mirada hubo de lanzarle! Saunders esperó voluptuosamente, confiando en que, a falta de manjares más civilizados, el terrible *baronet* aplacara su hambre a expensas del audaz administrador.

Pero éste había vuelto descuidadamente la espalda, y, sin otra formalidad, dio a sus fieles la señal de partida.

Abandonando el Valle de las Fumas, la caravana costó durante

algún tiempo el lago del mismo nombre, que llena una depresión oval que fue un cráter en otro tiempo.

Tuvo en seguida que subir un sendero en zigzag, que la llevó gradualmente a las mesetas superiores. Semejante ascensión fue asaz fatigosa. Pronto el pie de los animales hirió, con un ruido de tela rasgada, un suelo seco, compuesto exclusivamente de una especie de ceniza gris que se aplastaba bajo sus cascos.

—La *Lagoa Secca* —anunció el guía de cabecera.

—La Laguna Seca —tradujo Roberto—. Nos hallamos aquí sobre el emplazamiento de un antiguo cráter, el cual había venido a sustituir en otro tiempo un lago de doscientas hectáreas de extensión y treinta metros de profundidad. Este lago desapareció a su vez, y el cráter fue nivelado por la erupción de 1563 que trastornó esta parte de la isla. En el curso de esta erupción fue cuando una montaña entera, el monte Volcao, se abismó en las entrañas del suelo. En su lugar se extiende hoy el lago «de Fogo», o lago del Fuego. Creo que pronto podremos admirarlo.

Viósele, en efecto. Y viéronse asimismo muchos otros. Se vieron demasiados, que no eran otra cosa sino cráteres transformados en lagos, alcanzando algunos 200 o 300 metros de profundidad, no excediendo otros de dos o tres metros. A la larga, esto llegó a resultar monótono.

Noche cerrada era ya cuando por escarpados senderos se descendió a la ciudad de Ribeira Grande. Los turistas, asaz fatigados, apenas si se tomaron el tiempo preciso para comer en un miserable hotel, donde para la excursión del día siguiente se hallaban esperando las monturas de relevo.

No era Ribeira Grande ciudad a propósito para que en un solo hotel pudiera albergarse una tan numerosa tropa. Menester fue separarse, y no constituyó poca fortuna el que aquel alojamiento hubiera sido por esta vez preparado de antemano.

—Levántense ustedes para partir a las siete en punto —les había indicado Thompson.

¡Ay, qué de faltas a aquella cita! Fue preciso multiplicar las llamadas. Thompson de un lado y Roberto de otro, corrieron a través de la ciudad en busca de los refractarios. Trabajo perdido, las más de las veces. Todos se declaraban derrengados, y se quejaban amargamente de que escuadrones enteros de belicosas chinchas, con

cargas irresistibles, les habían imposibilitado de dormir ni un solo instante. Con grandes fatigas llegaron Thompson y su lugarteniente a reunir una tercera parte de los viajeros. ¡Veintidós turistas! ¡He ahí lo que quedaba de la imponente caravana! Y aun de éstos, la mayor parte mostraban un aspecto bastante lastimoso.

Entre aquellos veintidós valientes figuraba, naturalmente, la familia Lindsay. No era a semejantes viajeros aguerridos a quienes una etapa de cuarenta kilómetros podía abatir. Y lo mismo Roger de Sorgues, fiel caballero de la risueña Dolly.

También figuraban en este número Blockhead y su familia. ¿Podía desaprovechar el tendero honorario una ocasión de ejercer sus facultades admirativas? De buen o mal grado, había arrastrado a su mujer y a sus hijas, que avanzaban con altivo paso, acaso arrastrando a su vez a Tigg.

En cuanto a Saunders y al trío de los Hamilton, correctamente arribados la víspera a Ribeira Grande con hora y media de retraso, ¿abriríanse cuidado muy mucho de faltar a uno solo de los artículos del programa? Muertos o vivos, acabarían la excursión. Y, así, fieles a sus inmutables principios, no partirían más que a la hora convenida.

Anunciando el programa la partida para las ocho, a las ocho, por consiguiente, fue cuando tomaron posesión de sus nuevas monturas; y hubieran comenzado de nuevo las ocurrencias de la víspera, sin la pereza de sus compañeros.

Convertida de regimiento en batallón, de batallón en compañía, de compañía en simple escuadra, la columna de los turistas dejó rápidamente tras de sí las casas extremas de Ribeira Grande.

Habiendo llegado tarde y partido pronto, los intrépidos viajeros no podían conocer nada de aquella ciudad, cuya población excede de

13 000

almas. ¿Deberían lamentarlo? Nada de eso. Fuera de sus fuentes, muy inferiores a las del Valle de las Fumas, aquella gran ciudad, sucia y de pésimas construcciones, nada ofrece de interesante.

Durante media hora el camino se desarrolló en un terreno bastante llano, sembrado de numerosos conos volcánicos; pero pronto comenzó el suelo a elevarse, entrándose de nuevo en la región de las montañas. La campiña conservaba su carácter de

riqueza y de fecundidad. Todo hablaba del paciente trabajo humano. Ni una cresta que no se hallase poblada de bosque, ni un rincón de tierra laborable que no se encontrase trabajado.

En aquel distrito del Oeste parecía más densa la población; a cada instante se encontraban parejas de campesinos. El hombre marchaba majestuosamente el primero; su mujer, a diez metros de él, caminaba con humildad. Tímidas, semiocultas, disimuladas en un vasto manto de capuchón, menor pero más cerrado que el de Fayal, aquellas mujeres pasaban cual fantasmas, sin que fuera posible distinguir su fisonomía. A medida que se alejaban de los centros populosos, los capuchones se cerraban más. Y hasta llegó el caso de que al arribar, hacia las diez, a un pueblecillo vieran los turistas con gran extrañeza que las mujeres, a su aproximación, se ponían modestamente de cara a la pared.

—¡Fuerza es que sean feas! —observó Dolly, encontrando una razón muy femenina a aquellas exageraciones de pudor.

A la salida de aquel pueblo el camino se trocó en sendero, al paso que la pendiente se acentuaba de modo muy notable.

Cuatrocientos metros por encima de ellos, los turistas distinguieron entonces la cresta de la montaña, cuyas faldas les ocultaba el horizonte. Escalando fatigosamente por el serpenteante sendero llegaron casi a la mitad, y todos entonces imploraron un momento de reposo.

Desde la mañana había franqueado veinte kilómetros en condiciones muy fatigosas. Conductores y conducidos se hallaban exhaustos de fuerzas.

Volvía la columna a emprender la marcha un cuarto de hora después, cuando un ruido confuso se elevó hacia la cumbre de la montaña. Al propio tiempo se formaba una gran nube de polvo que se desplegó con gran rapidez, pareciendo seguir las sinuosidades del sendero.

El ruido inexplicable aumentaba de segundo en segundo... Extraños sonidos se desgajaban de él... ¿Bramidos...? ¿Aullidos...? ¿Ladridos...? Los guías mismos parecían inquietos.

Llevando sus monturas al abrigo de una choza abandonada, que por fortuna se hallaba próxima, todos se encontraron bien pronto en seguridad. Tan sólo al desdichado Blockhead hubo de faltarle el tiempo. La grupa de su asno asomaba aún por el ángulo de la

casucha, cuando la nube de polvo llegó rápida como el rayo. Esto bastó. En un instante el infortunado tendero fue arrebatado, arrastrado... ¡desapareció!

Sus compañeros lanzaron un grito de terror.

Pero la tromba había ya pasado, llevando más lejos su furia devastadora, y Blockhead se levantaba, estornudando, sí, pero sin herida aparente. Todos se precipitaron hacia él... Él no parecía nada conmovido; en su plácida fisonomía sólo se veía una sorpresa y admiración reales. Y en tanto que sus miradas sorprendidas seguían la nube de polvo que rodaba por la pendiente, una exclamación imprevista salía de labios del maltrecho viajero.

—¡Qué cochinos! —decía con un acento de viva admiración.

Cierto que aquello que acababa de sucederle era bastante desagradable. Sus compañeros encontraron la expresión un poco fuerte. No obstante, tenía razón el bueno de Blockhead. ¡Eran cochinos, cerdos, verdaderos cerdos los que le habían dado aquel formidable asalto!

En cuanto al origen de aquel pánico, en cuanto a la causa que había trocado en irresistible catapulta a aquella partida de animales, ordinariamente inofensivos, los guías mismos no se lo explicaban.

Era justamente mediodía cuando los turistas llegaron a la cresta. Como en lo alto de la chimenea de Fayal, la magnificencia de aquel espectáculo les hizo permanecer clavados en el sitio.

Excediendo todo lo que la imaginación puede concebir, el suelo ante ellos se abría en una boca inmensa de cuatrocientos metros de profundidad y figurando un óvalo sumamente regular de veintiocho metros de anchura.

Más allá de la estrecha cresta el descenso seguía inmediatamente a la subida.

Todas las pendientes interiores estaban cubiertas de la más hermosa vegetación y conducían suavemente hasta el fondo de la paradójica depresión, en medio de la cual un pueblo delicioso se inundaba de sol, bañado por dos lagos más azules que el cielo.

Franqueando los límites de este abismo, la mirada abarcaba libremente la isla entera. Hacia el Norte, un caos de escarpaduras cubiertas de bosques de naranjos; después, más lejos, campos y casas. Hacía el Oeste, un océano de cumbres y la campiña, ora

verde, ora salpicada de negros y salvajes barrancos; más allá, en fin, de las playas de San Miguel distinguíanse, como manchas en el inmenso espejo del mar, los vagos contornos de Tercera al Noroeste y de *Santa María* al Sudeste.

No consintiendo la hora un alto demasiado prolongado, dirigiéronse rápidamente hacia el pueblo; desvaneciéndose poco a poco el encanto a medida que se iban acercando a él, y desapareciendo del todo cuando llegaron a las casas.

Aquel pueblo ennoblecido de lejos por la gloria deslumbrante del sol no era ni menos sucio ni menos miserable que los demás.

—Las Siete Ciudades —había dicho Roberto.

¡Y en verdad que sentaba bien tan pomposo nombre a aquella aglomeración de tan miserables casuchas!

—¡Con tal que encontremos almuerzo! —masculló Roger entre dientes.

Los escasos recursos del pueblo bastaron con todo para la reducida tropa de turistas. Hora y media después, bien o mal restaurados, pudieron emprender el camino de regreso. De visitar los volcanes, los barrancos, los derrumbaderos y los precipicios numerosos en el valle del cráter, ni siquiera se habló; como tampoco de ir a admirar las pintorescas cascadas que encierra.

Faltaba tiempo para ello.

—Es muy inglés este modo de viajar —hizo observar Roger a su compatriota—. ¿Ver algo? ¿A qué hacerlo, desde el momento en que uno se echa al colete su correspondiente ración de kilómetros?

Once millas aproximadamente separan el pueblo de Siete Ciudades de Ponta Delgada. Habiendo salido a las tres de la tarde, los viajeros debían franquear fácilmente aquella distancia antes de ponerse el sol.

Entrados en el valle por el Norte, subieron ahora las pendientes meridionales, no sin lanzar una mirada de pena al pueblo cuya gracia renacía a medida que la distancia se aumentaba.

Durante esta primera parte de la marcha, no se cambió ni una sola palabra. Inclutados sobre el cuello de sus asnos todos se habían absorbido en la penosa ascensión del pizarroso sendero... ¡Qué suspiro de alivio y consuelo cuando, llegados a la cresta recibieron en pleno rostro la brisa del mar, cuyas lejanas ondas se reflejaban seiscientos metros más abajo!

Desatáronse las lenguas. ¿Y de qué se había de hablar sino del espectáculo que acababa de contemplarse?

—¿Podrá usted decirnos, señor profesor —preguntó Thompson a Roberto—, cuál es el origen del abismo que acabamos de atravesar, y de dónde le viene el nombre de Siete Ciudades?

—¡Dios mío, caballero, el origen es siempre el mismo! —respondió Roberto—. Trátase de volcanes apagados, cuyo cráter ha llenado más o menos la lluvia. Éste es más vasto que los otros: he ahí todo. En cuanto al nombre de Siete Ciudades, es probablemente un recuerdo de las siete poblaciones fundadas en la isla fanática de Antilia por los siete obispos legendarios que se expatriaron de Portugal cuando la invasión de los moros. Según una creencia popular, las ciudades fundadas por esos obispos fueron tragadas por el mar, juntamente con la isla misteriosa que las sostenía. El pueblo ha querido, sin duda, perpetuar la leyenda denominando así este cráter, cuyo origen fue análogamente un hundimiento del suelo durante la erupción de 1445.

—¡Tan cerca de nosotros! —exclamó Thompson, con una especie de temor que recordaba los terrores de Johnson—. Supongo que esos fenómenos habrán cesado desde hace mucho tiempo...

—Sí y no —contestó Roberto—. Otras erupciones más violentas tuvieron lugar en 1522 y en 1652. Además la isla de San Miguel, y sobre todo la parte Oeste en que ahora nos encontramos, se halla particularmente expuesta a las convulsiones volcánicas. El último terremoto serio tuvo lugar en 1811.

Pero Thompson quería ser tranquilizado...

—En fin, ¿cree usted, señor profesor, que semejantes catástrofes pueden producirse de nuevo?

—A fe mía, caballero, yo no sé nada acerca del particular —respondió Roberto sonriendo—. Ciertamente es que en las Azores, como en otras partes, la actividad volcánica muestra tendencia a decrecer. Sin embargo...

Roberto no tuvo tiempo de acabar. Como si el suelo hubiera súbitamente faltado bajo sus pies, hombres y animales rodaron revueltos en confuso montón. Nadie, por fortuna, había sufrido el menor daño. En un instante todos estuvieron nuevamente de pie.

—He aquí la respuesta —dijo Roberto a Thompson.

Mas, de pronto, uno de los guías lanzó un grito terrible,

extendido el brazo hacia la cresta; después de haber lanzado aquel grito, huyó a todo correr en dirección al valle, como enloquecido de espanto.

Un riesgo terrible amenaza, en efecto, a los turistas. A menos de cien metros, directamente sobre ellos, el suelo estaba alterado por terroríficas convulsiones. En medio de estrépito, de rugidos semejantes a los de cien colecciones de fieras, el piso se levantaba como el mar, entrechocándose sus pesadas masas de arena. El sol se ocultaba ya tras una densa nube de polvo.

Los desgraciados viajeros siguiendo a sus guías precipitáronse hacia un peñasco de la derecha al abrigo de un lienzo enorme cuyo saliente podía tal vez salvarles.

Era tiempo.

Con un horrible rechinamiento las tierras desunidas tomaron impulso y se precipitaron por la pendiente. Un trozo de montaña oscilaba. Caía... Débil al principio, la velocidad de la avalancha se aceleró de metro en metro, llegando a ser vertiginosa. El ruido se hizo ensordecedor.

Los turistas, con el corazón en un puño, sin hablar, temblorosas las manos, esperaban con el alma tensa.

Al primer choque fue destrozado el peñasco protector. Perdido en el torbellino, vino a constituir uno de los proyectiles con que la montaña bombardeaba el valle. Nada defendía ya entonces a los viajeros y el tropel desencadenado de las rocas rodó como un alud, pasando a algunas pulgadas tan sólo de sus inermes cuerpos.

En veinte segundos todo había terminado. Pero largo tiempo hacía falta para que la naturaleza recobrara su calma inmensa, y los viajeros no se atrevían aún a romper ni con un gesto la inmovilidad en que les dejara el espantoso y tremendo cataclismo.

Acostados los unos al pie de la formidable muralla de peñascos; en pie los otros con los brazos en cruz, la espalda pegada contra la roca, haciendo esfuerzos sobrehumanos para disminuir el espesor de su cuerpo, la vida parecía haberles abandonado.

La primera que tomó posesión de sí misma y se dio cuenta de la realidad fue Alice Lindsay. De repente habíase ella visto agazapada en una anfractuosidad de las rocas. ¿Cómo había ido a parar allí? ¿Quién la llevó? ¿Su cuñado? ¿No habría sido más bien Roberto que, sin darse cuenta de ello, continuaba protegiéndola aún,

cubriéndola con su propio cuerpo?

—He aquí que por dos veces, caballero, si se cuenta el alboroto de Tercera, soy a usted deudora de gran reconocimiento —dijo, al fin, separándose.

No pareció comprender Roberto.

—En verdad, señora, no me lo debe usted más que a cualquier otro a quien el azar, en una y otra circunstancia, hubiera puesto a su lado.

El movimiento de Alice había roto el encanto que paralizaba a sus compañeros. Todos se sacudieron, estiraron sus miembros y poco a poco volvieron los corazones a palpar con ritmo regular...

Para regresar a Ponta Delgada no había que pensar ya en sendero. Nivelada por el asalto furioso de las tierras y los peñascos, la montaña bajaba entonces por una pendiente regular, que se hallaba sembrada de una infinidad de bloques detenidos en su caída.

Acontecimiento de mayor gravedad; la mayor parte de las caballerías habían perecido; las que quedaban se reservaron para las personas mayores y todos se aventuraron con precaución por aquel piso lleno de quebradas hendeduras.

Antes de la partida cinco o seis guías, reuniendo sus voces, habían llamado al camarada desaparecido. Vanas habían resultado aquellas llamadas. En su insensata fuga hacia el valle, el desdichado —y aquello era demasiado cierto— había sido cogido por la avalancha; y... ¿dónde dormiría ahora el sueño eterno bajo su pesado sudario de veinte metros de tierra?

Pusiéronse en marcha sin pérdida de tiempo. Convenía apresurarse, no fuera que se repitiese el cataclismo. La marcha, no obstante, tenía forzosamente que ser lenta con el estado del terreno y no se pudo volver al camino antes de la noche. Diez kilómetros les separaban aún de Ponta Delgada. Franqueóse aquella distancia en dos horas, y a las nueve menos veinte subían los turistas a bordo del *Seamew* muy fatigados, pero sanos y salvos.

Sus compañeros, vueltos de Ribeira Grande por el camino, se encontraban allí hacía largo tiempo. Aplaudiéronse mucho por su pereza cuando llegaron a conocer los incidentes de la jornada.

Mas aún que ellos, el que triunfó fue Johnson, cuya resolución, después de todo, no era tan disparatada.

—¿Parece, pues, caballero —dijo a Roberto, sin ningún género de modestia—, que hubieran debido quedarse todos aquí hoy?

—En efecto, caballero.

—¡Eh, eh, otro tanto me hubiera ocurrido si yo cometiera la necesidad de seguirles!

—Es probable. Note usted, sin embargo, que todos hemos arribado a puerto seguro.

—Salvo, no obstante, un guía, según he oído decir —replicó Johnson sin conmoverse—. ¡Los demás... será para otra vez! Pero dígame usted, si gusta, al dejar a San Miguel vamos a Madeira, ¿no es así?

—A Madeira, sí, señor —respondió Roberto, sin saber adonde quería ir a parar aquel excéntrico.

—¿Y en Madeira hay también temblores de tierra?

—No lo creo —dijo Roberto.

—Bueno —dijo Johnson—. Digamos, pues, que nada hay que temer en esa deliciosa isla.

—¡Dios mío! —respondió Roberto—. No..., yo no veo..., no..., salvo acaso las inundaciones...

—¡Inundaciones! —interrumpió vivamente Johnson—. ¿Usted ha dicho inundaciones...? ¿Las hay, pues?

—Algunas veces.

—Muy bien —concluyó fríamente Johnson—. Entonces, caballero, anote usted esto en sus papeles —agregó, recalcando sus palabras—: ¡Yo no pondré los pies en vuestra condenada isla de Madeira!

Y el incorregible poltrón, girando sobre sus talones, volvió al *buffet*, donde pronto resonó su voz pidiendo alguna bebida aperitiva y confortante.

Mientras que Johnson triunfaba así, una muy desagradable sorpresa turbaba, por el contrario, a Thompson.

Apenas llegaron a bordo, cuando una gran embarcación llegó al costado del *Seamew*. En un instante viose el puente invadido por una veintena de agentes de policía, conducidos por un oficial, que se dirigió a Thompson.

—Caballero —dijo secamente aquél en un inglés bastante malo—. El buque de vapor *Camoens* acaba de arribar a nuestro puerto, trayéndonos el relato de los incalificables hechos de que la rada de

Angra ha sido teatro. No vengo a ventilar este asunto, que concierne a nuestra diplomacia. Pero un punto me atañe a mí, y es el descubrimiento del ladrón. Autorizándonos su conducta a pensar que usted le da asilo, tendrá a bien considerarse como detenido en el puerto de Ponta Delgada. Prohibición absoluta a sus pasajeros y a usted mismo de abandonar el buque y comunicar con tierra antes de las pesquisas que en él habrán de hacerse.

Todo aquel discurso había sido pronunciado en un tono que no admitía réplica. Un inglés puede, sin embargo, ser arrogante, pero no debía esperarse así entonces; Thompson se acobardó.

—¿Cuándo —preguntó— tendrán lugar esas pesquisas?

—Mañana —se le contestó.

—¿Y cuánto tiempo habrá de verse retenido mi buque?

—Eso lo ignoro —concluyó diciendo el oficial de policía—; pero me figuro que todo el tiempo necesario para que el culpable sea descubierto y encarcelado. Servidor, señores.

A estas palabras, el oficial tocó ligeramente el borde de su gorra y volvió a su embarcación, dejando a Thompson absolutamente desesperado.

CAPITULO XI

UNA BODA EN SAN MIGUEL



El despertar en la mañana del 25 de mayo fue sumamente moroso a bordo del *Seamew*. Debía haberse partido la víspera, incluso la misma antevíspera, si no se hubiese perdido ni un día antes de llegar a Fayal.

Nadie había pensado en aquellas consecuencias, muy lógicas, no obstante, de los acontecimientos de Tercera. Cuando el *Seamew* abandonó la rada de Angra ningún otro barco estaba allí atracado. ¿Podía preverse que el *Camoens* llegara tan a tiempo para poder alcanzar a los fugitivos en San Miguel?

Pocos pasajeros aceptaban con tranquilidad aquel nuevo incidente del viaje. La mayor parte no se recataban para manifestar su mal humor, y, no sin alguna injusticia, atribuían a Thompson la responsabilidad de aquel contratiempo, del que era la primera víctima.

¿Qué necesidad había para haber desafiado abiertamente a las autoridades de Tercera? Si se hubiera tratado con mayor circunspección, el negocio habría tomado indudablemente mejor cariz.

¡Más aún! Remontándose a sus orígenes, aparecía evidente la falta de la agencia. Si, olvidando sus compromisos, no se hubiese llegado a Fayal el 18 en vez del 17, se habría dejado a Tercera en la tarde del 20 de mayo, y no se hubieran visto los pasajeros del *Seamew* mezclados en aquella absurda historia de ladrones, cuya

solución no era posible prever.

Los irreconciliables Saunders y Hamilton se mostraban — extraño y sorprendente sería lo contrario—, se mostraban los más ardientes en recriminar acerca de este asunto. Ninguna circunstancia más propia para las manifestaciones de su acariciada puntualidad. En voz alta peroraban en medio de un círculo que aprobaba sus palabras, y en cuya primera línea figuraba, sin dejar de fumar en pipa, Van Piperboom, de Rotterdam.

¿Había comprendido el holandés la desagradable situación en que se hallaba, así como todos sus compañeros? En todo caso, no dejaba de hacer signos aprobatorios al escuchar —sin comprender, por otra parte, una sola palabra— los discursos de los cabecillas de la oposición.

También don Higinio se hacía notar entre los más inflamados, profiriendo palabras violentas. Amenazaba él, portugués, a su propio país con las represalias del Gobierno de Londres. ¿Qué necesidad de marchar tenía aquel caballero portugués? ¿Qué importancia implicaba el retraso para un hombre que, según él, no sabía qué hacer de su tiempo? Cuando Thompson pasaba por delante del grupo hostil, del que Saunders se había constituido en jefe, bajaba humildemente la cabeza. En su fuero interno excusaba el mal humor de sus pasajeros. Proponer a las gentes un agradable viaje de un mes, aproximadamente; hacerles gastar con tal objeto una suma respetable y tenerles después bloqueados en el pueblo de Ponta Delgada, todo ello era para exasperar a los más pacientes.

Un poco más y aquellos mismos que le habían hasta entonces permanecido fieles iban a abandonarle; él lo veía, lo intuía... Sin desahogarse en violentas recriminaciones, como Saunders, Hamilton y sus secuaces, algunos, tales como el *clergyman* Cooley, habían ya insinuado que si las cosas no se arreglaban rápidamente, renunciarían al viaje empezado y tornarían a Inglaterra en el vapor que pasa mensualmente por San Miguel. Era aquél un síntoma grave.

En presencia de esta imponente oposición, ¿qué partidarios le quedarían a Thompson? Únicamente la familia Blockhead, que copiaba servilmente el optimismo de su jefe. El excelente tendero honorario ostentaba una faz siempre risueña, y declaraba a quien quería oírle que no se encontraba muy descontento de verse

mezclado en complicaciones diplomáticas.

Los Lindsay y Roger permanecían neutrales. Ni adversarios ni partidarios tampoco de la administración. Preocupábanse muy poco por los incidentes que tan hondamente conmovían a sus compañeros. En Ponta Delgada, como en cualquiera otra parte, Alice y Dolly tenían el encanto de su recíproca presencia y podían distraerse con la musa alegre y divertida del oficial francés. Ayudado por las facilidades de la vida de a bordo, habíase éste apoderado fácilmente de una plaza abandonada por el malhumorado y taciturno Jack. Poco después de la partida, ya no se separaban ambas hermanas y él, y su intimidad no dejaba de hacer funcionar las buenas lenguas de sus compañeros. Pero ¿qué les importaba eso a las libres americanas? Y tampoco Roger parecía cuidarse mucho de las murmuraciones. Sin ningún misterio; hacía aprovecharse a sus compañeros del precioso tesoro de su alegría. Entre Dolly y él, en particular, había una carcajada perpetua. En aquellos instantes mismos el nuevo incidente constituía también un pretexto para bromas sin término, y Roger no dejaba de divertirse con un viaje tan bien organizado.

A esta intimidad de los tres pasajeros mezclábase poco a poco Roberto. Cualquiera que fuese su prudente reserva, no se hubiera conducido muy bien resistiendo con demasiado rigor a los avances de su compatriota y de *Mr.* Lindsay, cuya curiosidad habíase despertado acerca de él. Lentamente iba resultando menos salvaje; conversaba y el humilde intérprete, a medida que se dejaba penetrar, y justificaba el halagüeño favor de los pasajeros que le admitían en su compañía. Sin dejar de permanecer prudentemente en su puesto, despojábase, en cierta medida, ante ellos de la librea de que por el momento se había revestido; volvía a ser él, y se abandonaba con frecuencia a pláticas, en las que encontraba un encanto siempre mayor. Cuando el cataclismo de las Siete Ciudades, había él atribuido al azar las acciones de gracias de Alice Lindsay. Azar en todo caso singularmente ayudado por sus nuevos hábitos, que multiplicaban los encuentros entre ambas hermanas y él.

Pero aun incluyendo a aquellos indiferentes en el número de sus partidarios, veíase Thompson obligado a reconocer que su ejército iba siendo muy reducido, y se torturaba el magín buscando los medios de poner término a una tan lamentable situación.

El primero era, sin duda, el de recurrir al cónsul británico. Desgraciadamente, hacía imposible este medio la prohibición absoluta de comunicar con tierra. Fue en vano el intento realizado cerca del teniente que mandaba las fuerzas de policía a bordo del *Seamew*. Era menester esperar la requisa. Hasta entonces, nada podía hacerse.

El capitán Pip asistía de lejos al coloquio que dio este resultado. Sin oírlas, adivinaba las palabras de ambos interlocutores, y, lleno de cólera, torturaba sin piedad el extremo de su nariz, en tanto que sus pupilas divergían en un aterrador estrabismo. Ver a su armador reducido a aquella humillación de solicitar la venia de un oficial de policía portugués, aquello rebasaba el entendimiento del bravo capitán. Si Thompson le hubiera consultado, seguramente que el honrado marino le habría aconsejado algún golpe de violencia, como, por ejemplo, salir fieramente en pleno día, enhiesta la bandera, bajo el fuego de los fuertes.

Pero Thompson no pensaba en recurrir a las luces de su capitán. Entregado por entero a la conciliación, esforzábese por contemporizar, dando gusto a todos.

Tarea difícil, si las hay.

Alguien menos paciente era la pobre Thargela. Sin aquellos desdichados incidentes, no habría estado lejos el momento de convertirse en la esposa de Joaquín.

Ganas le entraban de ir a hablar con aquel oficial inflexible, que tal vez lo fuera menos con ella.

No vaciló en arriesgar aquella atrevida prueba cuando vio a Joaquín, llegado a su encuentro, nacerle desde su bote gestos desesperados.

Dirigióse Thargela resueltamente al oficial de policía exponiéndole la situación en que la colocaba el arresto ordenado por el gobernador.

¿Fue la justicia de su causa, fue más bien la resonancia que aquella historia había tenido en toda la isla, o simplemente el efecto de los bellos ojos de la suplicante?

El caso fue que el oficial se dejó convencer, mandó a tierra un emisario que pronto regresó con la orden de desembarcar a Thargela a condición de someterse al llegar a tierra a una revisión minuciosa de sus vestidos y de su persona.

Esta cláusula indicaba, si hubiera sido aún necesario, lo riguroso del bloqueo.

Libre ya la joven azoriana, no tardó en aprovecharse de su libertad. Antes, con todo, tuvo tiempo de ir a dar las gracias a Thompson y a Alice Lindsay, que se había mostrado particularmente favorable a su causa. A ambos invitó gentilmente a acudir al baile de bodas con todos sus compañeros.

Thompson respondió a aquella invitación con débil sonrisa, mientras Alice aceptaba, con las únicas restricciones impuestas por las circunstancias.

Cumplido éste su deber de gratitud, Thargela se alejó alegremente.

Cerca de las cuatro una gran embarcación condujo a bordo tres personas que por su aspecto eran fáciles de reconocer como magistrados, acompañados de dos mujeres cuyo futuro papel permaneció incierto. Entre aquéllos reconoció Thompson al corregidor con quien se había visto dos días antes.

Éste fue quien tomó la palabra, sin decir más que una sola, traducida en el acto por Roberto.

—Investigación —dijo poniendo el pie sobre cubierta.

Inclinóse Thompson en silencio y esperó la determinación de sus visitantes que antes de proceder a las pesquisas anunciadas habían lanzado sobre el conjunto del buque una mirada investigadora.

El corregidor invitó a Thompson a hacer subir los pasajeros a cubierta. Como esto se hallaba ya cumplimentado, limitóse Thompson a mostrar con la mano el círculo de inquietas fisonomías que le rodeaba.

—Señores —dijo el corregidor—, un robo estimado en diez mil *contos de reis* (seis millones de francos) se ha cometido en Tercera. Una prima del uno por ciento, o sean cien *contos de reis* (sesenta mil francos) ha sido ofrecida al que haga descubrir al ladrón. Eso indica a ustedes la importancia que el Gobierno concede al mismo, que ha causado la indignación de nuestras piadosas poblaciones. En razón de la conducta sospechosa de vuestros armadores y de vuestro capitán —aquí el capitán Pip cambió con *Artimón* una mirada de lástima y desde lo alto del puente escupió en el mar con desprecio—, se sospecha con vehemencia que el ladrón se halla entre ustedes. Están, pues, interesados, sí quieren evitar toda mala inteligencia, a

prestarse dócilmente a las instrucciones que estoy encargado de transmitirles, y que, en caso necesario, haré ejecutar por la fuerza.

El corregidor hizo una pausa; había soltado de una tirada aquel discurso, preparado evidentemente de antemano. En seguida iba a volver a su habitual concisión.

—¡Los pasajeros al puente con los oficiales! —dijo volviéndose a Thompson—. Que suba también la tripulación a cubierta. Serán guardados por mis hombres mientras nosotros procedemos a la visita del buque.

Conforme a esta orden, todos, hasta el capitán, mordiéndose rabiosamente el bigote, se agruparon a cubierta, en tanto que la tripulación se reunía al otro lado. Sólo uno de los pasajeros se separó de los demás y se deslizó, sin que nadie le viera, en el corredor central que conducía a los camarotes.

Aquel pasajero era don Higinio.

¿Qué tenía que hacer en el interior del navío? ¿Por qué aquel portugués era el único que desobedecía las órdenes de la autoridad portuguesa? Tal vez, después de todo, iba sencillamente a buscar a sus dos hermanos, que apenas si habían sido vistos desde su embarco.

—¿Están todos los pasajeros? —preguntó el corregidor—. Si no, llamad a los que faltan.

Obedeció Thompson a ese deseo, pero al llegar a las últimas líneas, fue en vano que llamara a don Higinio, don Jacobo y don Cristóbal de Veiga.

Frunció las cejas el corregidor.

—¡Haga usted venir a esos señores! —ordenó.

Un criado mandado en su busca volvió pronto con los tres hermanos. Era visible que no se hallaban a gusto. Rojos, congestionados, habríase jurado que salían de una violenta querella.

—¿Cómo es, caballeros que no están ustedes con sus compañeros? —preguntó el corregidor en tono severo.

Como siempre, fue don Higinio quien respondió en su nombre y en el de sus hermanos.

—Mis hermanos y yo, señor —dijo tranquilamente—, ignorábamos su presencia a bordo.

—¡Hum! —dijo el corregidor.

Roberto nada dijo. Hubiera, sin embargo jurado que había visto

un momento antes al noble portugués mezclado con los demás pasajeros. Prudentemente se guardó para sí esta observación.

Por lo demás, el corregidor no había terminado aún con los hermanos De Veiga.

—¿Son ustedes portugueses, caballeros? —preguntó.

—En efecto —respondió don Higinio.

—¿Ha sido en Londres donde han embarcado a bordo de este navío?

—Perdone usted; ha sido solamente en Tercera.

—¡Hum! —dijo por segunda vez el corregidor, lanzando a don Higinio una penetrante mirada—. Y, seguramente, no tendrá usted en este buque ninguna relación personal...

Hamilton botaba interiormente oyendo aquel increíble interrogatorio. ¿Se habla de esta manera a los *gentlemen*? No pudo contenerse.

—Perdón, caballero —dijo—; estos señores De Veiga no carecen aquí de relaciones y no les costaría gran trabajo hallar quien respondiera de ellos.

—¿A quién tengo el honor...? —preguntó el sutil corregidor.

Enderezóse Hamilton con altanería.

—Al *baronet sir* George Hamilton —dijo con un tono arrogante.

El corregidor no pareció muy conmovido.

—Muy bien, señor muy bien —dijo con bastante descortesía.

En tanto que don Higinio cambiaba con Hamilton un caluroso apretón de manos, había comenzado la investigación; sucesivamente fueron recorriendo todos los departamentos del buque. No quedó un rincón, por oculto que estuviera, que no fuese minuciosa y escrupulosamente explorado.

Dos horas transcurrieron antes de que el corregidor volviese sobre cubierta, reapareciendo por fin minutos después de las seis. La expresión contrariada de su fisonomía mostraba muy a las claras que nada había encontrado.

—Despachemos, despachemos señores —dijo, poniendo el pie sobre cubierta—. Vamos ahora a proceder a la visita del puente y de los aparejos. Durante ese tiempo, estos caballeros y esas señoras tendrán la bondad de dejar inspeccionar sus personas.

Un movimiento de protesta corrió por Los pasajeros. La escolta de policía estrechó el círculo.

—¡Muy bien, muy bien! Ustedes son libres. Yo me contentaré con detener a los recalcitrantes y hacerles encarcelar, hasta que el gobernador resuelva. ¡Guardia, comenzad el llamamiento!

Toda resistencia era imposible. Uno tras otro, cada pasajero descendió a su respectivo camarote, en compañía de un agente. Entonces se explicó la presencia de las dos señoras, conducidas por el corregidor.

Éste acababa de recorrer el buque. Fueron reconocidos los cordajes e inspeccionado todo, hasta el extremo de los mástiles.

Pero ni el mejor sabueso puede hallar nada allí donde nada hay, y estaba escrito que el desconfiado corregidor volvería de vacío de aquella caza imposible. A las siete todo había sido visto y revisado inútilmente.

—Quedan ustedes libres —dijo agriamente a Thompson encaminándose hacia el portalón.

—¿Podemos, pues, descender a tierra?

—Perfectamente.

—¿Y, sin duda, abandonar también la isla?

—Para esto, caballeros —respondió secamente el corregidor—, tendrá usted la bondad de esperar a que hayamos recibido una respuesta al informe que sin pérdida de tiempo vamos a enviar a Tercera.

Y, en tanto que Thompson se quedaba apabullado, el corregidor desapareció, llevando consigo a su escolta de agentes, de visitantes y de señoras.

Sólo diez agentes de policía al mando de un teniente permanecían a bordo, encargados de vigilar el buque embargado.

Durante la comida fueron muy vivas las conversaciones. Con unanimidad era severamente calificada la conducta del Gobierno portugués. ¡Retener al *Seamew* antes de la requisa, pase todavía; pero... después!

De todo, no obstante, se cansa el hombre; de la cólera, lo mismo que lo demás.

Entonces pudo Alice, en medio de una calma relativa, arriesgarse a transmitir a sus compañeros la invitación de la gentil Thargela. Obligados a permanecer a bordo durante aquel largo día, aceptaron con placer la perspectiva de un paseo nocturno y de un espectáculo original. A poca costa, pues, se obtuvo que todos los

pasajeros penetraran hacia las nueve en la sala donde Thargela celebraba con un baile su unión con el amado Joaquín, y en la cual un centenar de hombres y mujeres danzaban a los acordes de un música endiablada.

Grandes aclamaciones acogieron a los ingleses. Sin su presencia no hubiera sido completa la boda. Festéjeselos, por lo tanto, de todo corazón.

Un instante en suspenso, pronto volvieron a comenzar las danzas. Los rigodones sucedían a las polcas, los vales a las mazurcas.

Mas hacia las once alzóse un clamor general:

—¡La *landún*, la *landún*!

A esta señal todos hicieron corro, y Thargela y Joaquín se creyeron en el deber de dar gusto a sus amigos ejecutando aquella danza nacional, por la cual los azorianos de todas las clases tienen una verdadera pasión.

La *landún* es hermana gemela del *bolero* español. Los mismos movimientos, las mismas actitudes, los mismos giros y vueltas, los mismos gestos, picarescos y provocativos. Es de creer que Thargela ejecutó hábilmente aquella difícil danza, ya que prolongados aplausos saludaron a la joven pareja cuando las castañuelas callaron.

Hacia medianoche hallábase la fiesta en su período álgido. El vino de Fayal había llevado al colmo la alegría de los bailadores. Los pasajeros del *Seamew* dispusiéronse a partir.

Antes, sin embargo, Alice Lindsay resolvió poner en ejecución un pensamiento que se le había ocurrido. Ya que el azar les mezclaba en los destinos de aquellos jóvenes, ¿por qué no dar fin a lo que habían comenzado? Thargela, que tan ingenuamente había reclamado su protección, habíala obtenido. Ahora quedaba el poder vivir. Ciertó que con un valeroso mancebo como Joaquín tenía el nuevo matrimonio muchas posibilidades de conseguirlo; pero una pequeña suma de dinero, que los turistas reunirían sin esfuerzo, facilitaríá en todo caso singularmente el porvenir. Aquello constituiríá la dote de Thargela, y Joaquín, su venturoso marido ya, haríá al mismo tiempo un buen negocio.

Casarse con Thargela, estaba muy bien; asegurar su porvenir era todavía mejor.

Tendió, pues, la mano Alice para su pequeña protegida y justo es decir que ninguno de sus compañeros le escatimó su óbolo.

Blockhead, el primero, se suscribió por dos libras (cincuenta francos), lo cual es muy razonable para un tendero honorario; y Saunders, Thompson y Tigg no creyeron poder dar una suma menor.

Johnson hubiera sin duda dado también, si, fiel a su juramento, no hubiera permanecido a bordo del *Seamew*.

Roger depositó galantemente en manos de la graciosa pasajera cinco luises de oro de Francia.

Hamilton, que, pese a su mal carácter, tenía en el fondo buen corazón, disminuyó en esta ocasión sus capitales en un hermoso billete de cuatro libras (cien francos), que pareció entregado con placer.

Alice dio calurosamente las gracias al generoso *baronet*; después, continuando su caritativa cuestación, quedó sobrecogida hallándose en frente de Roberto.

Sin decir una palabra, sin mostrarse avergonzado por lo humilde y módico de su ofrenda, con un gesto lleno de gracia altiva entregó a la linda limosnera una pieza portuguesa de mil reis (seis francos); y de pronto sintióse Alice enrojecer hacia la raíz del pelo.

Irritada por esta debilidad, cuya causa no hubiera podido decir, Alice dio las gracias con una inclinación de cabeza, y apartándose rápidamente, pidió al siguiente pasajero.

El pasajero siguiente no era otro que el noble don Higinio. Si Hamilton había hecho las cosas a lo príncipe, don Higinio las hizo a lo rey. Un billete de cuarenta libras (mil francos); tal fue el don magnífico que entregó a *Mr. Lindsay*. Tal vez puso en ello un poco de ostentación; acaso desplegó el billete de modo que todo el mundo pudiese leer su valor con una lentitud que el buen gusto reprobaba; pero constituía esto un pecado de meridional, y Alice no paró mientes en semejantes bagatelas.

Electrizado por este ejemplo, los demás pasajeros desataron ampliamente los cordones de su bolsa. Nadie negó su ofrenda, mayor o menor, según la respectiva fortuna.

Terminada la cuestación, Alice anunció gloriosamente su resultado: un total de doscientas libras esterlinas (cinco mil francos).

Era un resultado magnífico. Para obtenerlo, para redondear de este modo la suma, había debido imponerse Alice una importante contribución personal; pero no imitó la ostentación vanidosa de don Higinio y nadie supo lo que dio.

Por el mismo sentimiento de modestia voluntaria, no quiso entregar por sí misma a la casada aquella dote inesperada. Encargó de ese cuidado a los jóvenes y salvajes esposos que hacían a bordo del *Seamew* un tan singular viaje. Por una gran casualidad, hallábanse ellos presentes aquella noche, y la comisión les correspondía de derecho.

La joven inglesa fue la que llevó a su hermana portuguesa la dote que acababa de constituírsele, acompañando el obsequio con un afectuoso beso. No quiso, sin embargo, callar el nombre de la caritativa pasajera a la que en realidad debía Thargela su reconocimiento, Alice tuvo que soportar las calurosísimas acciones de gracias de Thargela y de su marido. Cinco mil francos era para ellos la fortuna, y jamás olvidarían a la buena hada que había asegurado su dicha.

También los demás pasajeros tuvieron su parte en aquella explosión de gratitud. Thargela, inundada en llanto, iba de uno a otro, y Joaquín, con la cabeza extraviada, estrechaba manos y manos, rebosante de ventura.

Con todo, era preciso partir.

Gran esfuerzo hubo de costar el calmar la emoción de los recién casados, y los turistas se dirigieron hacia la puerta de la sala, en medio de entusiastas aclamaciones.

Hasta el fin les dieron escolta Joaquín y Thargela, pagándoles centuplicado aquel beneficio con el espectáculo de su deliciosa emoción. Y cuando al cabo lograron salir, Joaquín y Thargela permanecieron aún en el umbral de la puerta, juntas las manos, abiertos los ojos, mirando difuminarse y desaparecer a aquellos pasajeros de un día, continuando un viaje que, aun cuando no fuera más que por aquella buena acción realizada en un oculto rincón del vasto mundo, no resultaría ya inútil.

CAPÍTULO XII

SINGULARES EFECTOS DEL MAREO



uando los pasajeros, después de dejar a Thargela y a su marido, llegaron a bordo, habían encontrado a cinco de los agentes de policía paseándose con regularidad sobre cubierta, mientras que sus cinco camaradas, en el puesto de la tripulación, y su oficial, en la cámara que se le había dispuesto, se entregaban a las dulzuras del sueño.

Y, sin embargo, a despecho de aquella vigilancia, el *Seamew*, cuando salió el sol del 26 de mayo flotaba libremente sobre el vasto mar a más de treinta millas de San Miguel.

No había sido preciso para huir desafiar esta vez los proyectiles portugueses. Todo se había hecho sólo a favor de una bruma densa que hacia las dos de la mañana ocultó todas las cosas bajo un velo impenetrable.

El teniente y sus cinco hombres dormidos, encerrados bajo doble llave; arrojados al suelo los otros cinco en un audaz golpe de mano, el *Seamew* había partido con toda tranquilidad, exactamente lo mismo que si el arresto del gobernador no existiera.

Una hora más tarde, el teniente, libre ya, había tenido que sufrir la ley del más fuerte y aceptar una capitulación desastrosa. Sus hombres habían sido desarmados, y el *Seamew* los llevaba consigo para dejarlos en Madeira cuando se hubieran alejado de aquella posesión portuguesa.

Aterrado ante este súbito revés, el desdichado teniente se

paseaba con aire preocupado. Y pensando cuán perjudicial habría de serle para su carrera aquella aventura mostraba un semblante lastimoso, mientras que en el horizonte se descubría la libre extensión del mar.

Tampoco el capitán había marchado en busca del reposo, muy merecido, no obstante.

Independientemente del riesgo que podía resultar de un grupo de arrecifes denominado Las Hormigas, el estado del tiempo reclamaba su presencia. Aún cuando, propiamente hablando, no amenazase tempestad, la mar estaba gruesa de una manera anormal; el *Seamew*, tomándola de proa, avanzaba poco y cabeceaba atrozmente.

Si el capitán asumía así todos los cuidados del buque, era aparentemente para que los demás se aprovecharan de ello.

Thompson, con la conciencia tranquila, dormía a pierna suelta desde la partida, cuando al contacto de una mano posándose en sus espaldas, despertó sobresaltado.

—¿Qué sucede? ¿Qué hora es? —preguntó frotándose los ojos.

Percibió entonces la cara del segundo jefe de cocina.

—Son las seis, señor —respondió éste respetuosamente.

—¿Y qué sucede? —repitió Thompson impaciente.

—Me envía un camarero de los pasajeros, para prevenirle de que se oyen gemidos terribles en el camarote ocupado por el *gentleman* portugués y sus dos hermanos. Teme él que se hallen gravemente enfermos, y no sabe qué hacer.

Thompson dedujo que muy graves debían de ser las cosas, cuando se atrevían a despertarle.

—Está bien, allá voy —respondió tranquilo.

Cuando se halló en el camarote de los señores portugueses, no deploró haber ido. Don Higinio y sus hermanos parecían efectivamente muy enfermos, lívidos, los ojos cerrados, la faz cubierta de un sudor de agonía. Permanecían echados de espaldas, inmóviles, pero lanzando sin interrupción lamentos desgarradores. Sus sufrimientos debían de ser intolerables.

—¡Qué condenado concierto! —murmuró Thompson.

Habíase tranquilizado a la primera ojeada, reconociendo los síntomas de un mareo provocado por el actual oleaje. Aquella enfermedad no resultaba peligrosa.

Con todo, la humanidad exigía acudir en socorro de aquellas pobres gentes y Thompson, debe decirse en alabanza suya, no faltó a ese deber. Durante una hora estuvo prodigándoles sus generosos cuidados, pero el estado de los tres hermanos iba agravándose por momentos. Thompson notó con inquietud síntomas que no es habitual observar en el mareo. De tiempo en tiempo los enfermos, de lívidos, se volvían escarlata. Parecía entonces que hacían esfuerzos sobrehumanos para caer pronto agotados, la respiración sibilante, la piel helada y la cara vuelta a una palidez cadavérica.

A las siete juzgó Thompson tan crítica la situación que hizo despertar a Roberto. Sentía necesidad de consejo.

Roberto no pudo, por desgracia, dárselo a su superior jerárquico, y ambos hubieron de reconocer su impotencia para aliviar a los tres enfermos a quienes el nombre de moribundos comenzaba a cuadrar mejor.

—Es preciso intentar algo —dijo Roberto hacia las ocho—. Si consiguiésemos que terminasen esas náuseas que se quedan siempre a mitad del camino...

—¿Conoce usted algún medio? —preguntó Thompson.

—El agua caliente —sugirió Roberto.

—Ensayemos —exclamó Thompson, que iba perdiendo la cabeza.

El medio heroico indicado por Roberto fue de un efecto inmediato. Desde el segundo vaso de agua caliente los improvisados enfermos obtuvieron la prueba cierta de su eficacia.

Pero... ¿qué es lo que ven Roberto y Thompson? ¿Qué es, más bien, lo que creen ver? La duda es fácil de esclarecer. El agua no falta... Las cubetas son vaciadas con precaución, y entonces...

¡Qué deslumbramiento!

¡Esmeraldas, rubíes, diamantes, más de cincuenta piedras preciosas lanzan sus reflejos en el fondo de aquellas cubetas sucias!

Espantados, Thompson y Roberto se miran en silencio. Todo en un instante queda explicado para ellos. ¡Helos allí, pues, a los sacrílegos ladrones del crucifijo de Tercera! ¡No se equivocaba la policía azoriana que acusaba al *Seamew* de servirles de refugio! ¿Qué otro escondrijo mejor que sus estómagos hubieran podido encontrar los culpables amenazados por las pesquisas de San Miguel?

Roberto fue el primero en recuperar su sangre fría.

—Este secreto es demasiado grande para que lo guardemos nosotros solos. Pido, pues, a usted permiso para hacer venir a alguno de los pasajeros, al reverendo Cooley, por ejemplo.

Thompson hizo con la cabeza una señal de aquiescencia, y un criado fue a buscar al respetable *clergyman*.

Cuando éste hubo llegado al camarote, donde aún jadeaban los hermanos De Veiga, la situación continuaba siendo la misma. ¿No podría ser que en el fondo de sus estómagos conservasen todavía los ladrones algunas de las piedras robadas?

Para asegurarse de ello sólo era preciso proseguir el tratamiento que tan buenos resultados había dado ya.

Pronto más de trescientas piedras preciosas, magníficos diamantes en su mayoría, fueron recobradas por aquel original medio.

Pareció entonces que los enfermos, desembarazados de su secreto, se habían aliviado notablemente. Si bien continuaban sufriendo, sólo se trataba ya del mareo habitual, y este mal no era de temer.

Redactóse entonces una especie de proceso verbal sobre aquellos acontecimientos, y del cual fue depositario el pastor Cooley; después, las piedras, contadas sucesivamente por los tres comprometidos, fueron entregadas a Thompson, quien, una vez puestas bajo llave, se fue en busca del teniente, reducido a la impotencia unas pocas horas antes.

Pero en los pasillos una sombra surgió ante él, y aquella sombra era el inevitable Saunders, flanqueado por su fiel Hamilton, ambos dignos, tranquilos y severos, como conviene a pasajeros que se hallan descontentos.

—Una palabra, caballero —dijo Saunders, deteniendo a Thompson al pasar—. Desearíamos saber hasta qué extremos piensa usted llevar sus burlas.

—¿Qué burlas? —murmuró Thompson con impaciencia—. ¿Qué es lo que pasa ahora?

—¡En qué tono lo toma usted, caballero! —exclamó Hamilton con altanería—. Sí, señor; queremos nosotros saber si piensa usted continuar aún mucho tiempo desmintiendo audazmente todas las promesas del programa. ¡Programa al que hemos sido bastante

necios en conceder crédito!

¡Cómo! ¡Todavía aquella persecución sobre el programa! Thompson, preocupado con asuntos mucho más graves, alzó los hombros, y apartando nerviosamente a Hamilton, se lanzó sobre cubierta, dejando al *baronet* sofocado a la vista de semejantes procedimientos.

Habiéndose encontrado al teniente, condújole a su camarote, anunciándole una comunicación de la mayor importancia.

—Teniente —dijo, tan pronto como ambos hubieron tomado asiento—, la suerte de las armas le ha sido a usted adversa no ha mucho.

—En efecto, caballero —respondió el teniente, manteniéndose a la expectativa.

—Y al presente nosotros le conducimos a Madeira.

—Así parece, señor.

—Esto, dicho sea entre nosotros, esto, teniente, es una desdichada aventura, yo me atrevo a afirmarlo, y pienso que si se presentase algún medio de hacer que redundase en nuestro común beneficio...

—¡Difícil es! —suspiró el teniente.

—¡Tal vez! —replicó Thompson—. No ignora usted, teniente, que su gobernador ha ofrecido la prima del uno por ciento a quien facilitara alguna pista que permitiera descubrir al ladrón.

—Sí —reconoció el teniente—, mas yo no veo...

—¡Espere usted, teniente, espere usted! Tal vez podamos nosotros entendernos, porque ese ladrón... esos ladrones más bien...

—¿Esos ladrones?

—Los tengo yo... —dijo tranquilamente Thompson.

—¿Eh? —dijo el teniente.

—Yo los tengo, sí; y tengo asimismo en mi poder una buena parte, al menos, de los diamantes robados.

El teniente, pálido de emoción, incapaz de articular una sola palabra, había cogido a Thompson por el brazo.

Acabó éste de formular su proposición:

—Desde este momento, usted comprenderá, teniente, que esa prima del uno por ciento me pertenece... ¡Pues bien...! Arregle usted nuestro negocio de cualquier manera; aduciendo, por

ejemplo, que ha partido usted voluntariamente con objeto de descubrir a los ladrones, cuya presencia efectiva dará mucho valor a su afirmación, y yo estoy dispuesto a abonarle una parte, la quinta... la cuarta si preciso fuese, de la prima que se me debe.

—¡Oh, bah! —dijo el teniente con una indiferencia que nada tenía de halagüeña para la generosidad del Gobierno portugués.

—¡Y bien...! ¿Acepta usted...? —insistió Thompson.

—¿Y si rehusa?

—Si usted rehusa —contestó Thompson—, supongamos que nada hemos dicho. Yo le dejo a usted muy tranquilamente en Madeira y guardo mis ladrones para ponerlos en manos del cónsul de Inglaterra, que hallará el medio de asegurarme a mí todo el honor y todo el provecho.

Un rápido trabajo se efectuaba en el espíritu del teniente. Rehúsar las proposiciones de Thompson, significaba el volver a San Miguel, las orejas gachas, con la vergüenza de haberse dejado sorprender como un niño. Aceptarlas era, por el contrario, volver con todos los honores de la guerra, porque el éxito lo justificaba todo. Hasta descontada totalmente y por completo la probabilidad de tocar jamás un cuarto de la prima ofrecida, aquella aventura aún habría de serle provechosa, sirviéndole en el ánimo de sus jefes, puesto que podría en ese caso atribuirse todo el mérito de la captura.

—Acepto —dijo el teniente con resolución.

—Muy bien —aprobo Thompson—. Vamos entonces, si usted gusta, a arreglar este negocio sobre la marcha.

El compromiso cuyas bases acababan de convenirse fue redactado y firmado por una y otra parte. En el acto entregó Thompson al oficial las piedras recobradas y se hizo entregar recibo. Pudo entonces respirar y felicitarse por haber llevado a un buen término aquel negocio.

Mientras que Thompson conducía con gran habilidad y éxito aquella negociación, una cólera espantosa estallaba en el mismo instante en el corazón de *Sir* Hamilton.

Vuelto de la estupefacción en que le había dejado la impertinencia de Thompson, el *baronet*, temblando de rabia y de furor, se había lanzado en persecución del insolente. No pudo encontrarle. Volvióse entonces hacia el capitán Pip, que, habiendo

bajado del puente, se paseaba inocentemente, fumando el cigarro matinal.

—Capitán —dijo, reprimiéndose a duras penas—. ¿Podría saber a quién debo presentar mis reclamaciones en este buque?

El capitán alzó los hombros en señal de ignorancia.

—¡A *Artimón* tal vez! —respondió con aspecto soñador.

—¡Capitán! —gritó el *baronet*, rojo de cólera.

—¡*Sir*! —replicó el capitán tranquilamente.

—Capitán, yo encuentro que se han burlado ya bastante de mí. Puesto que usted es el responsable de la marcha del buque, ¿se dignará usted decirme por qué puedo percibir a nuestra espalda las rocas de Las Hormigas? ¿Por qué después de ocho horas de navegación se halla todavía a la vista la isla de San Miguel?

—¿San Miguel? —repitió el capitán con incredulidad.

—Sí, señor, San Miguel —afirmó secamente el *baronet*, señalando un punto negro que cortaba la línea del horizonte entre Las Hormigas y *Santa María*.

El capitán se había apoderado de un anteojo.

—Si aquello es San Miguel entonces será que San Miguel es una isla de vapor... Porque echa humo, caballero.

Y el capitán volvió a subir al puente, en tanto que el *baronet*, furioso, combinaba en su interior terribles proyectos de venganza.

Por descortésmente que fueran acogidas, no habían dejado de ser exactas las observaciones de Hamilton. Desde primera hora de la mañana se había podido notar que, de doce nudos, la velocidad del *Seamew* bajaba a ocho aproximadamente.

Mr. Bishop, llamado por el capitán, no logró tranquilizarle. La culpa era seguramente de la misma calidad del carbón embarcado en Horta. Hasta entonces habíanse servido de las reservas del de Inglaterra; pero desde la partida de San Miguel había sido forzado a recurrir a la hulla recientemente embarcada, y su deplorable efecto habíase dejado sentir inmediatamente.

Mr. Bishop no añadió, ni el capitán le preguntó ninguna otra cosa. Los hombres sensatos no se rebelan contra lo imposible. Puesto que no se podía pasar de ocho nudos, se harían ocho nudos; he ahí todo, y se llegaría a Madeira con un nuevo retraso de veinticuatro horas. Mostrando el mar una tendencia a tranquilizarse, y permaneciendo el barómetro a una altura

razonable, el capitán no tenía por qué inquietarse, y no se inquietaba. Tan sólo conservó de aquel contratiempo un poco de mal humor, del que Hamilton debía recibir la primera descarga.

Por insignificante que esta descarga fuera, bastó para desembarazar al bravo capitán Pip de su exceso de electricidad. Un carácter tan igual no podía tardar en recobrar su equilibrio. Encontróse, pues, en las excelentes disposiciones frente a frente de Thompson en la mesa del almuerzo, no muy concurrida, a causa de la agitación de las olas. Ensombrecióse, no obstante, su humor de nuevo cuando, vuelto al puente, vio aquel mismo punto negro que Hamilton le había señalado, fijo obstinadamente en la estela del *Seamew*.

¿No podía haber sido enviado aquel vapor en su persecución por el gobernador de San Miguel? Ciertamente es que también podía ser un paquebote efectuando su travesía normal entre las Azores y Madeira.

Aquellas preocupaciones del puente eran ignoradas por los pasajeros, y, sin embargo, no reinaba entre ellos la acostumbrada animación. No tan sólo el mal estado del mar había disminuido su buen humor, sino que parecía además que aún continuaba el descontento de la víspera. Iban y venían aisladamente, la mayor parte permanecían en pie solitarios, agarrados a las barandillas para conservar el equilibrio.

Hamilton, con el corazón lacerado, presentaba al viento su frente, que la injuria había enrojecido. Por nada del mundo hubiese dirigido la palabra a un ser viviente, y su resentimiento abarcaba incluso toda la naturaleza. Encerrado en su dignidad, saboreaba hasta la saciedad las escenas de la mañana, mientras que su hija, bajo la vigilancia de *Lady* Hamilton, platicaba con Tigg, vuelto a la libertad merced al malestar de las señoritas Blockhead.

Hamilton observaba aquella amable plática. Él permanecía solo. ¡Sí al menos se encontrara allí su amigo don Higinio! Pero don Higinio sufría en su camarote postrado por el mareo y Hamilton se juzgaba con amargura abandonado del universo entero.

¿Había acaso invadido a sus compañeros, reflejándose sobre ellos, la tristeza del *baronet*? Así se hubiera creído al notar sus lasas fisonomías.

Ocupada Dolly en algunos menesteres, Alice Lindsay,

momentáneamente sola, había ido a sentarse a la parte anterior, en un punto al que tenía singular afición. Apoyada en la barandilla, dejaba errar sobre el mar miradas vagas y rebosantes de una tristeza sin causa, cuyo peso se hacía sentir sobre su ánimo.

A diez pasos de ella, Jack, inmóvil, parecía seguir dentro de sí mismo un trabajo difícil y complicado.

Dirigióse con lentos pasos hacia su cuñada y tomó asiento a su lado.

Perdida en sus ensueños, ni aún siquiera dióse ésta cuenta de la presencia del sombrío y taciturno personaje.

—Alice —murmuró Jack.

Mr. Lindsay se sobresaltó y fijó en su cuñado los ojos, velados aún por la sutil y tenue bruma de las lejanías que contemplara.

—Alice —volvió a decir Jack—, quisiera tener con usted una conversación seria; me parece conveniente el momento, toda vez que este lugar está casi desierto, ahora.

—Escucho, Jack —respondió bondadosamente Alice, admirada de aquel solemne preámbulo.

—Voy —prosiguió Jack, tras un instante de silencio—; voy pronto a cumplir, según sabe usted, treinta y un años. No es ésta, cierto, una edad avanzada; pero no tengo, sin embargo, tiempo que perder, si quiero modificar mi existencia. La que hasta aquí he llevado, me causa horror. Anhele otra, útil y fecunda... en pocas palabras, Alice... he pensado en casarme.

—Muy bien pensado, Jack —aprobó Alice, extrañada únicamente del momento escogido para una semejante confidencia—. Sólo queda encontrar una mujer y esto no habrá de serle difícil...

—Ya está hecho, Alice —interrumpió Jack Lindsay—; o, cuanto menos, hay una mujer que yo he elegido en el fondo del corazón. Desde mucho tiempo ha que la conozco, la estimo y la amo. Pero ella, Alice, ¿me ama ella o puedo esperar que llegue a amarme alguna vez?

Un maravilloso instinto sirve a las mujeres y las avisa de los peligros. A las primeras palabras de Jack había sentido ya Alice que le amenazaba uno. Volviendo la cabeza respondió con voz breve y fría:

—Sería menester preguntárselo a ella misma, amigo mío.

Jack se dio cuenta del cambio de expresión en la voz de su cuñada; un relámpago de cólera brilló en sus ojos.

Llegó, no obstante, a dominarse con un violento esfuerzo.

—Es precisamente lo que hago en este instante. Alice —respondió—, y espero con ansia su determinación... Alice —prosiguió Jack después de haber esperado en vano una respuesta—, ¿no querría usted conservar mi nombre, aceptando un nuevo esposo?

Estrujando el pañuelo entre sus crispados dedos, los ojos llenos de nerviosas lágrimas, volvióse Alice vivamente hacia su cuñado.

—¡He ahí una pasión bien súbita y una petición bien imprevista! —dijo con tono de amarga burla.

—¡Pasión súbita! —exclamó Jack—. ¿Puede usted decir eso, Alice? ¿Sería verdad que nunca ha notado usted cuanto la amo?

—No pronuncie usted esa palabra —interrumpió Alice con violencia—. No, yo no he advertido jamás nada de lo que usted dice. Si algo hubiera notado, ¿habría sido tan insensata que le dejara acompañarnos en este viaje?

—Es usted muy dura conmigo, Alice. ¿En qué he podido yo hacerme acreedor a semejante cólera? Si hasta tal punto constituye para usted una sorpresa mi petición, impóngame una espera, sométame a las pruebas que guste, pero ¡no me quite usted toda esperanza!

Alice Lindsay miró a su cuñado cara a cara.

—¡Toda esperanza, por el contrario! —dijo con gran firmeza.

Ocultó Jack la cara entre sus manos, con todas las apariencias de un inmenso dolor.

Alice se conmovió.

—Veamos, Jack —prosiguió con mayor dulzura—; aquí hay alguna mala inteligencia. Tal vez usted se equivoca involuntariamente. Acaso —acabó diciendo con alguna vacilación—, acaso nuestras respectivas situaciones, en parte, son la causa de este error.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Jack alzando la frente.

—He sido yo tan poco tiempo la mujer de su hermano —prosiguió Alice, escogiendo sus palabras con precaución—, que tal vez se ha sentido usted herido viéndome recoger su fortuna entera... Tal vez se ha creído usted preterido... despojado...

Jack Lindsay hizo un gesto de protesta.

—Estoy marchando sobre un terreno resbaladizo —continuó diciendo Alice—. Es natural que haya pensado en un matrimonio que restableciera sus negocios y reparase al propio tiempo lo que a sus ojos es una injusticia... Entregado de lleno a ese proyecto ha tomado entonces por amor lo que no era más que una simple afección de familia...

—¡Termine usted! —dijo Jack con voz seca.

—Y bien, Jack, si tal es la verdad, todo puede arreglarse. Toda vez que yo tengo la suerte de ser rica, hasta muy rica... ¿no podría acudir fraternalmente en su ayuda? ¿No podré yo extinguir su pasivo..., si es que existe..., ayudarle en seguida en la vida, y..., finalmente..., constituirle una dote que le permita encontrar una mujer mejor dispuesta que su cuñada...?

—Un hueso a roer —masculló Jack, con los ojos bajos.

—¿Qué dice usted? —gritó Alice—. He debido, a lo que parece, estar muy desacertada en la elección de mis palabras, para obtener semejante respuesta. No puede usted imaginar cuan triste...

Mr. Lindsay no pudo terminar la frase. Rechazando bruscamente su asiento Jack habíase levantado.

—¡Basta de insultos, si le parece! —dijo con violencia, fiera la mirada y la voz dura—. Es inútil envolver su negativa en tantos circunloquios Usted me rechaza. No hablemos más. A mí me toca examinar lo que tengo que hacer en lo sucesivo.

Jack se alejó, bramando de cólera. Poco a poco, no obstante, aquella cólera se apaciguó, pudiendo entonces examinar fríamente su situación.

¿Habría de renunciar, pues, a la fortuna anhelada? Quedaba encontrar el medio de apropiársela, ya que Alice se negaba a ser su mujer.

A la hora de comer Alice no apareció, y en vano acudió su hermana a llamar a la puerta de su camarote.

Hasta el día siguiente no volvió a la vida acostumbrada de a bordo. Todo parecía olvidado entre ambos cuñados. Sin duda cada uno de ellos había ocultado su resolución en el fondo de su ánimo.

En el transcurso de aquel día, el 27 de mayo, el mar se tranquilizó muy sensiblemente, y al mismo tiempo aumentó el número de los pasajeros sanos. Al llegar la tarde, los hermanos

De Veiga y la familia Blockhead eran casi los únicos que no embellecían el *spardek* con su presencia.

En tanto que la vida volvía a tomar su curso tranquilo a bordo del *Seamew*, su capitán, por el contrario, parecía en extremo contrariado. Distráido, preocupado, paseábase de continuo desde hacía dos días por el puente apretándose la nariz de un modo terrible. Y sus ojos, divergentes en un amenazador estrabismo, se dirigían siempre hacia aquel punto que *Sir* Hamilton, algunas horas después de la partida, había tomado por una de las cumbres de San Miguel.

En la mañana del 28 hizo lo mismo, y llegando al puente se armó de un antejo, que dirigió hacia el punto convertido para él en una obsesión.

—¡Mil diablos! —gritó, dirigiéndose a *Artimón* y bajando el instrumento—. Nos hallamos en un trance infernal, caballero.

Largo tiempo hacía que toda duda desapareciera. El *Seamew*, en efecto, no se dirigía directamente hacia Madeira. De conformidad con el programa debía rodear antes la isla de Porto Santo, y la ruta de Ponta Delgada a Porto Santo no dejaba de formar un ángulo apreciable con la línea recta que une a Madeira con la capital de San Miguel. Esto no obstante, el incógnito buque había seguido aquella misma ruta, que en realidad no llevaba a ninguna parte, manteniéndose a la distancia invariable de cuatro millas aproximadamente. Era seguro que iba dándole caza.

Aquella persistencia en el intervalo que separaba ambos buques había tranquilizado en parte al capitán. No sería, cuando menos, ganado en velocidad. ¿Y qué de extraño tenía? ¿No se había repostado de carbón también en las Azores el navío portugués? Pero el capitán veíase obligado a reconocer que la travesía no iba a ser eterna. Acabaría por llegarse a Madeira, y Madeira es también Portugal.

Desde hacía cuarenta y ocho horas el capitán estaba dándole vueltas al asunto, mirándolo bajo todos sus aspectos, sin que lograra hallar una solución satisfactoria. Si él hubiera sido el amo, antes de resignarse a nuevas alcaldadas, se lanzaría derecho hacia delante hasta el agotamiento de su carbón y de todas las partes combustibles del buque... Por desgracia, no era amo más que a medias, y con la única condición de que había de conducir al

Seamew a la maldita rada de Funchal, capital de Madeira. Por eso estaba constantemente lleno de rabia.

El capitán creyó llegado el momento de tomar una decisión respecto a aquel buque cuando el 28 de mayo hacia las diez de la mañana comenzó a perfilarse en el horizonte la cima de Porto Santo.

El pobre capitán creyó oportuno dirigirse a Thompson, y si éste se mostraba propicio, inútil era hablar y pensar más.

Con gran sorpresa suya la comunicación no fue acogida tan mal como era de temer.

—¿Cree usted, pues, capitán —dijo solemnemente Thompson—, que ese buque es portugués?

—Así lo creo, señor.

—¿Y que viene en persecución nuestra?

—También lo creo así, desgraciadamente.

—Pues bien, capitán, en ese caso sólo veo una cosa que hacer.

—¿Y es, caballero?

—Detenerse, sencillamente.

—¿Detenerse?

—Sí, capitán, detenerse.

El capitán se quedó frío, los brazos colgando y con los ojos fuera de las órbitas...

—¡Amén, caballero! —dijo, al fin, con esfuerzo, y sin jurar esta vez por la barba de su madre.

Heroicamente ejecutó la orden recibida.

La hélice se detuvo; el *Seamew* permaneció inmóvil en la superficie del mar, y la distancia que le separaba del buque que le perseguía fue disminuyendo gradualmente.

Era en realidad un buque de guerra portugués, como podía reconocerse en el gallardete que ondeaba en su palo mayor. Veinte minutos después, apenas si una milla le separaba del *Seamew*.

Thompson hizo poner a flote una lancha en la que se situaron los agentes de policía. Pip no volvía de su asombro. ¡He aquí que ahora se entregaban los rehenes!

El teniente, sin embargo, y seis de sus hombres no se habían embarcado con los camaradas. La admiración del capitán llegó al colmo viéndoles aparecer a su vez y viendo, sobre todo, los singulares fardos que transportaban.

Aquellos fardos no eran otros que el noble don Higinio Rodríguez de Veiga y sus dos hermanos.

Perturbados aún por las caricias de Neptuno, especie de cadáveres vivientes, no intentaban oponer ninguna resistencia. Violes pasar el capitán insensibles e inconscientes.

—¡Ah, sólo faltaba eso...! —gruñó el bravo capitán, incapaz de hallar una explicación a aquello.

Por sorprendido que el capitán Pip estuviese, *Sir* Hamilton lo estaba más. Indignado ante el tratamiento infligido a aquellos *gentlemen*, había, con todo, puesto una prudente sordina a sus protestas. Contentóse con pedir algunas aclaraciones a un marinero, junto al que le había colocado el azar.

Hamilton tenía mala suerte. Viejo bronceado, curtido, con el espíritu asaz elevado por una larga contemplación de la inmensidad de los mares para tomarse interés por las miserias humanas, aquel marinero no sabía nada, y en su altiva indiferencia, nada le importaba el saberlo.

Ante la pregunta del *baronet* alzó los hombros en señal de ignorancia, dignándose, no obstante, quitar la pipa de la boca.

—Son —dijo— unos señores que han comido guijarros. Parece que eso se halla prohibido en Portugal.

Tuvo que contentarse Hamilton con esta respuesta. Satisfecho de su explicación, el viejo marinero chupó de nuevo en su pipa, y en seguida, con la vista fija en las rápidas olas, púsose a meditar acerca de otro tema.

El *baronet* no debía conocer la verdad hasta más tarde, al mismo tiempo que los demás pasajeros. Fue aquélla una prueba cruel para el vanidoso *baronet*.

—Acuérdese usted de nuestro convenio —había dicho Thompson al teniente cuando éste se despidió.

—Esté usted tranquilo —había contestado el teniente.

El bote zarpó en seguida. Después, transportado su cargamento humano al aviso, regresó al *Seamew* cuya hélice volvió inmediatamente a ponerse en movimiento.

El capitán Pip continuaba sin comprender. En cuanto a Thompson, no dejaba de hallarse inquieto. Pese a las seguridades del teniente, ¿no volvería el guardacostas a emprender la caza a cañonazos ahora?

De creer es que el oficial cumplió lealmente sus promesas y que las explicaciones dadas se consideraron satisfactorias. Pronto, en efecto, el aviso describía un gran semicírculo sobre estribor y desaparecía por el Norte, al propio tiempo que en el Sur se descubrían las orillas de Porto Santo.

Hacia mediodía se costegó aquella isla montañosa, sobre todo en su parte septentrional; después el *Seamew* puso proa al Sur-Sudoeste, y se dirigió en derechura hacia Madeira, distante aún unas treinta millas, y que comenzaba a hacer surgir por encima de las aguas su masa colosal.

Dos horas más tarde se hacía conocimiento con el cabo San Lorenzo, mientras que a su vez se alzaban Las Desiertas, cuyos tres islotes completan el archipiélago con los arrecifes Los Salvajes. En aquel momento la costa septentrional de la isla se desarrollaba ante las miradas de los pasajeros en toda su abrupta potencia.

Al crear Madeira no tardó indudablemente el Señor de hacer nada nuevo. Por doquier altos derrumbaderos verticales, agudos y salvajes promontorios, montes separados por profundos y sombríos valles. Es el modelo de las Azores, pero un modelo acabado, diez veces mayor.

Por encima de las escarpadas costas, otro mar se extiende. Mar de verdura, teniendo por ondas un número inmenso de árboles gigantes. Así entapizados, elévanse los montes, por pisos, dominados todos en el centro por los 1850 metros del pico Ruivo.

Poco a poco fue perfilándose la costa norte, y por fin, hacia las tres de la tarde, se dobló el cabo San Lorenzo, punta oriental de la isla. El *Seamew* se acercó a menos de dos millas, pudiéndose descubrir fácilmente el semáforo y el faro alzados en su extremidad.

El capitán se aproximó entonces algo más a tierra, desarrollándose la costa meridional ante las miradas de los entusiasmados pasajeros.

Aparecieron en primer término las rocas bajas de que está formada el cabo San Lorenzo, así como la lengua de tierra que lo une al resto de la isla. Luego la costa se eleva, para formar los monstruosos contrafuertes que sostienen la montañas del centro. Entre cada una de ellas se distinguían algunas ciudades, deliciosas a aquella distancia: Machico, Santa Cruz, Canical, según Roberto designó al pasar.

A las cuatro, un nuevo cabo, el cabo Garajao se alzó ante el navío. Algunas vueltas de hélice bastaron para doblarlo, y pocos instantes después el *Seamew* atracaba en la rada de Funchal, en medio de una numerosa flota, en cuyos mástiles flotaban los pabellones de todas las naciones.

CAPÍTULO XIII

LA SOLUCIÓN DE UN ANAGRAMA



900 kilómetros del punto más próximo de Europa, a 700 de Marruecos, a 400 del archipiélago de las Canarias, separada por 400 millas marinas de *Santa María* de las Azores, extiéndese Madeira en una longitud de cerca de 70 kilómetros, casi en la intersección del grado 33 de latitud Norte y del grado 17 de longitud Oeste.

Imposible imaginar oasis más grandioso en el inmenso Sahara del mar.

De la cadena montañosa, que alcanza su extrema cresta a 1900 metros y corre cerca de la costa norte de la isla —de la que forma algo así como su gigantesca espina dorsal—, despréndense varios afluentes de aquel conjunto de cimas que, separadas por profundos valles de lujuriante vegetación, va a morir al mar en ásperos promontorios.

A pesar de sus rocas, a pesar de los violentos desniveles de que se halla atormentada la isla, es de aspecto dulce y suave. Un incomparable manto de verdura, suavizando los ángulos demasiado agudos, redondeando las cimas sumamente puntiagudas, cae en cascadas hasta el último límite de los promontorios.

En ningún otro punto del globo tiene la vegetación aquella energía y aquella exuberancia. En Madeira, nuestros arbustos se convierten en árboles y nuestros árboles adquieren proporciones colosales. Allí, más todavía que en las Azores, se alzan unos al lado

de otros los vegetales de los más diversos climas; allí prosperan las flores y los frutos de las cinco partes del mundo. Los senderos están cargados de rosas y basta inclinarse para coger fresas en medio de la hierba.

¡Qué sería, por consiguiente, aquella isla paradisíaca en el instante de su descubrimiento, cuando los árboles, relativamente jóvenes hoy, y muchas veces seculares entonces, alzasen sobre las montañas sus frondas gigantes! No era entonces la isla otra cosa que una vasta selva, sin una pulgada de tierra de cultivo, y el primer gobernador debió emplear el incendio para penetrar allí.

Cuentan las crónicas que el fuego ardió durante seis años consecutivos, y se asegura que la fecundidad del suelo proviene de aquél, tal vez necesario, acto de vandalismo.

Pero, sobre todo, a su feliz clima es al que Madeira debe su espléndida vegetación. Pocos países pueden comparársele bajo este respecto. Menos cálida en estío que las Azores, menos fría en invierno, la temperatura en sus dos estaciones extremas apenas si difiere en diez grados centígrados. Es el paraíso de los enfermos.

Por eso acuden por legiones a principios de cada invierno los enfermos, ingleses sobre todo, a pedir la salud de aquel cielo suave y azul. Esto produce a los habitantes de Madeira una suma anual de tres millones de francos; al paso que las tumbas abiertas para los que no vuelven, hacen de Madeira, según una dura expresión, «el mayor de los cementerios de Londres».

En la costa meridional de la isla, a la misma orilla del mar, álzase la capital, Funchal. Un millar de buques atracan anualmente en su rada, por la que innumerables barcos de pesca cruzan, mostrando de día los puntos blancos de sus velas y sus fuegos de noche.

Apenas hubo el *Seamew* echado el ancla, cuando vióse rodeado de una multitud de embarcaciones conducidas por muchachos medio desnudos, cuyas vociferaciones se unían en discordante ruido. En su jerga anglo-portuguesa ofrecían flores y frutos, o solicitaban de los divertidos pasajeros que arrojasen alguna moneda, que ellos, sorprendentes nadadores, irían a buscar al fondo del agua.

Cuando la Sanidad concedió libre plática, aquellos menudos boteros ofrecieron sus servicios para el desembarque.

Ofertas inútiles por aquel día. Eran ya más de las cinco de la tarde, y resultaba verdaderamente demasiado avanzada la hora para emprender la visita de Funchal.

Tan sólo dos viajeros creyeron deber abandonar el buque. En aquellos dos impacientes se reconocerá al joven matrimonio que paseaba bajo todos los cielos un amor siempre igual.

Llevando cada uno de ellos un saquito, marido y mujer dirigiéronse hacia un bote, al que habían hecho una discreta señal. Fingiéndose sentirse molestos, pero brillándoles, a pesar de todo, el gozo en sus ojos bajos, cruzaron rápidos y modosos por en medio de sus compañeros, cuyas miradas de simpatía les siguieron durante algún tiempo.

Los demás permanecieron a bordo.

Señalando el programa una escala de seis días completos en Funchal, no apremiaba en modo alguno el tiempo, tanto más cuanto en dicho programa no se anunciaba ninguna excursión; «26, 27, 28, 29, 30 y 31 de mayo, estancia en Funchal».

He aquí lo que decía lacónicamente el programa.

¿Era un olvido de Thompson? ¿O bien había supuesto que la isla de Madeira no encerraba ningún lugar de interés turístico? El programa no se explicaba sobre aquel punto.

Hamilton se encargó de obtener su suplemento de informaciones.

Desde su última escaramuza Thompson y él no se hablaban. Siempre atento y afectuoso, desbordando amabilidad cuando se acercaba a alguno de los pasajeros, Thompson, ante Hamilton y Saunders, aquellos dos eternos descontentos, permanecía frío y seco, aunque cortés.

El *baronet* se hizo violencia y abordó al odioso Thompson.

—¿Cómo es, caballero —preguntó con arrogante tono—, que no anuncia usted ninguna excursión durante los seis días de permanencia en Madeira?

—Vea usted el programa, caballero —respondió secamente Thompson.

—Muy bien —dijo Hamilton, mordiéndose los labios—. ¿Querrá usted decirnos, al menos, dónde piensa alojarnos?

—Vea usted el programa —respondió Thompson imperturbable.

—Pero el programa nada dice sobre el particular. Ninguna

indicación, ningún nombre de hotel, nada absolutamente.

—¿Y este buque, caballero? —objetó Thompson.

—¡Cómo! —exclamó Hamilton—. ¿Tendrá usted la pretensión de mantenernos prisioneros a bordo del *Seamew*? ¿Es eso lo que llama usted ver Madeira?

—Vea usted el programa, caballero —respondió por tercera vez Thompson, volviendo la espalda a su irascible administrado.

Mas, yendo de Escila a Caribdis, el infortunado administrador hallóse frente a un nuevo enemigo.

—Verdaderamente, caballero —dijo la voz agria de Saunders—. ¡Hay que ver el programa! Pero su programa es una estafa. Yo apelo al criterio de todos esos señores.

Y Saunders, con un gesto circular, tomó por testigos a todos los pasajeros, que iban agrupándose en torno de los beligerantes.

—¡Cómo! —continuó diciendo Saunders—. ¿Nada habría de curioso que mostrarnos en la isla? Después de habernos zarandeado y llevado como un rebaño por países sin habitantes y sin caminos, se atreve usted ahora a retenernos a bordo de su... de su...

Saunders vacilaba.

—De su viejo cascarón, de su infernal barco —dijo al fin—. ¿Ahora precisamente que llegamos a un país más civilizado?

Thompson, con la mirada perdida en el firmamento, las manos en los bolsillos, agitando dulcemente un manojo de llaves, esperaba flemáticamente el final de la tormenta... Aquella actitud acabó de irritar a Saunders.

—¡Y bien! —exclamó Saunders—. ¡Esto no quedará así!

—Perfectamente —apoyó Hamilton.

—¡Ya veremos nosotros si hay jueces en Londres!

—Perfectamente —dijo de nuevo el *baronet* con energía.

—¡Y para empezar, yo bajo a tierra! ¡Yo me voy a un hotel...! ¡A un hotel de primer orden, caballero...! ¡Y me instalaré en él a expensas de usted!

Saunders, al decir esto, se marchó por la escalera de los camarotes, viéndosele pronto reaparecer y llevándose su maleta, y tras llamar a un bote, dejó el buque con una altiva pero aparatosa dignidad.

Aunque no se entregaran a protestas tan vehementes, la mayor parte de los pasajeros aprobaron las anteriores. No hubo uno sólo

que dejase de juzgar severamente la ligereza de la agencia Thompson, y muchos, con toda seguridad, no se limitarían a recorrer la capital de Madeira.

Alice y Dolly querían recorrer también un poco la isla; así lo habían resuelto, y de aquel viaje formaría parte, naturalmente, el oficial francés.

Este último fue quien se encargó de obtener de Roberto los indispensables previos informes. A la vez, y aprovechándose de la ocasión, decidió esclarecer una duda que le atenaceaba desde hacía largo tiempo acerca del intérprete del *Seamew*.

—Una palabra, si usted gusta, mi querido señor —dijo, abordándole después de la comida de la tarde, no sin bosquejar una maliciosa sonrisa.

—A sus órdenes, caballero —respondió Roberto.

—La familia Lindsay y yo deseamos hacer una excursión por el interior de Madeira. ¿Tendría usted la bondad de indicarnos el mejor itinerario que debemos seguir?

—¡Yo...! —exclamó Roberto, y a la luz de los faroles el oficial vio que enrojecía vivamente—. ¡Yo soy incapaz de ello! ¡Nada sé absolutamente acerca de la isla de Madeira!

Por segunda vez dióse cuenta Roberto de que había olvidado sus deberes. Esto le desolaba y le humillaba. ¡Cuán débil voluntad tenía...! ¿Qué pensamientos le distraían así de lo que para él hubiera debido constituir lo esencial?

Al oír aquella confesión de impotencia, había parecido Roger descontento.

—¿Cómo! —dijo—. ¿No es usted el cicerone-intérprete de a bordo?

—En efecto —dijo Roberto con tono glacial.

—¿Cómo es entonces que se encuentra usted en tal ignorancia acerca de la isla de Madeira?

Prefiriendo Roberto el silencio a una respuesta humillante, respondió con un gesto evasivo.

Tomó Roger un aspecto burlón.

—¿No será —insinuó— que no ha tenido tiempo de consultar con sus fieles libracos? Hace mucho tiempo que el tragaluz de su camarote no aparece iluminado por las noches.

—¿Qué insinúa usted con esto? —preguntó Roberto, cuyo rostro

se había vuelto rojo púrpura.

—Nada más que lo digo, ¡pardiez!

Roberto, un tanto desorientado, no respondió. Algo de amistoso se advertía bajo el irónico tono de su interlocutor. No sabía qué hacer ni qué pensar. Pronto pudo salir de aquella embarazosa situación. Con gran sorpresa de su parte, cogióle Roger por el brazo con una familiaridad imprevista, diciéndole a boca de jarro:

—¡Vamos, querido amigo, confíese usted! Tan intérprete es usted como yo papá.

—No comprendo.

—Yo sí me comprendo —insistió Roger—, y eso basta. Es indudable que usted es intérprete actualmente, claro es, pero, poco más o menos como yo soy marino. Mas ¡en cuanto a ser intérprete de profesión!

—Pero... —protestó Roberto con una media sonrisa.

—Usted cumple muy mal su oficio —afirmó Roger con energía—. Usted no dirige, usted es dirigido. Y sólo repite unas cuantas frases áridas aprendidas de antemano en cualquier guía... ¡Si eso es un cicerone...!

—Pero, en fin... —repitió Roberto.

De nuevo cortóle Roger la palabra. Con una amable sonrisa en los labios y la mano extendida, habíase plantado frente a él, diciéndole:

—No se empeñe, pues, por continuar en un incógnito que ya no lo es para mí: profesor, como mi bastón; intérprete, como mi cigarro; está usted disfrazado, querido mío, confiéselo. —
¿Disfrazado...?

—Sí, usted se ha metido dentro de la piel de un cicerone-intérprete, como uno se pone un traje prestado.

Roberto no sabía qué hacer. No podía dudar de que su resolución había sido buena... Pero ¿iba, por obstinación y por orgullo, a rechazar en su aislamiento una amistad que con tanta confianza se le ofrecía?

—Es cierto —dijo al fin.

—¡Pardiez! —dijo tranquilamente Roger, estrechándole la mano y arrastrándole a un amistoso paseo—. Hace mucho tiempo que lo había adivinado. Un hombre distinguido reconocería a otro bajo la capa de carbón de un fogonero. Pero ahora que ha comenzado

usted, espero que continuará sus confidencias. ¿Cómo ha podido verse conducido a aceptar esta situación?

Roberto suspiró.

—¿Sería...? —insinuó su compañero.

—Sería... ¿qué?

—¡El amor!

—No —dijo Roberto—, la pobreza.

Roger se detuvo en seco y estrechó con las suyas la mano de su compatriota. Aquel gesto cordial fue derecho al corazón de Roberto, y le conmovió lo bastante para entregarse sin dificultad, cuando el otro añadió:

—¡La pobreza...! Veamos, amigo mío, cuénteme usted. Dicen que descargarse de las penas representa un consuelo; y jamas hallará usted oyente mejor dispuesto. ¿Sus padres?

—Muertos.

—¿Ambos?

—Sí. Mi madre, cuando yo tenía quince años; mi padre, hace seis meses. Hasta entonces yo había vivido la vida de todos los jóvenes ricos, hasta muy ricos; y solamente desde la muerte de mi padre...

—Sí, comprendo —dijo Roger, con tono de profunda simpatía—. Su padre era uno de esos hombres mundanos, uno de esos vividores...

—¡Yo no le acuso! —interrumpió vivamente Roberto—. Todo el tiempo que vivió se mostró bueno para mí; su mano y su corazón los hallé siempre abiertos. Por lo demás, era muy libre de organizar la existencia a su modo. Sea como quiera, en pocos días me vi literalmente sin un céntimo. Todo lo que poseía fue a parar a manos de los acreedores de la herencia. Dos semanas después de la muerte de mi padre nada apenas me quedaba. Fue preciso entonces pensar en ganar mi sustento. Por desgracia, poco acostumbrado a las dificultades de semejante existencia, en lugar de hacer frente a la tormenta, de quedarme en París y hacer uso de mis relaciones, experimenté un necia vergüenza de mi situación. Resuelto a desaparecer, cambié de nombre y me embarqué para Londres, donde pronto vi agotarse mis últimos recursos. Por suerte obtuve una plaza de profesor y empezaba a reponerme de la sacudida, cuando hube de dejar el empleo. Me hallé otra vez sin saber qué

partido tomar, pensé en ir a probar fortuna a una colonia francesa, cuando se presentó la primera oportunidad: esta ocasión se llamó Thompson. He ahí mi historia en pocas palabras.

—No es alegre —declaró Roger—. Pero ¿no me ha dicho usted que había cambiado de nombre?

—Cierto.

—Y, ¿su nombre verdadero? ¿Habría indiscreción a la altura en que nos encontramos?

Sonrió Roberto con un poco de amargura.

—¡Dios mío, he dicho ya tanto! Pídale solamente el secreto, para no hacer de mí la fábula de a bordo. Por otra parte, ya lo he confesado, por un estúpido amor propio me permití ese bautismo. No me gustaría entregar mi verdadero nombre a las burlas. Parecíame decaer, y me entretuve en inventar un nombre nuevo con el anagrama del mío.

—Así, pues, ¿en Morgand...?

—En Morgand hay Gramond. Añádale usted una partícula, que me es muy útil en este momento, y un título de marqués, que me presta incontestablemente grandes servicios, y conocerá usted mi personalidad completa.

Roger había soltado una exclamación:

—¡Pardiez! Bien sabía yo que le conocía. Si tiene usted alguna memoria debe recordar que nos hemos visto muchas veces, siendo niños. Yo he tenido el honor de ser recibido en casa de su señora madre. Hasta somos, creo yo, algo parientes.

—Todo eso es exacto —reconoció Roberto—. Yo me acordé de ello tan pronto como oí el nombre de usted.

—¿Y ha persistido usted en su incógnito?

—¿Para qué romperlo? —dijo Roberto—. Pero sepa, al menos, que esas circunstancias que usted ha recordado son las que me han decidido a responderle como lo he hecho.

Durante un instante ambos compatriotas se pasearon en silencio.

—¿Y su empleo de intérprete? —preguntó bruscamente Roger.

—¿Y bien? —dijo Roberto.

—¿Quiere usted dejarlo? Estoy, no hay que decirlo siquiera, a su completa disposición.

—Y... ¿cómo le reembolsaría a usted? No, no, mi querido amigo. Sí me he reducido a este estado de miseria, si he abandonado país y

amigos, es precisamente por no deber nada a nadie. Y en esto pondré todo mi empeño.

—Por lo demás, tiene usted razón —dijo Roger con aire pensativo.

Largo tiempo todavía estuvieron paseando cogidos del brazo ambos compatriotas, y poco a poco se aventuró Roger sobre la pendiente de las confidencias.

Al separarse, los dos amigos de viaje habían visto caer las barreras que entre ambos existían. En lo sucesivo viajarían en el *Seamew* como dos amigos al menos.

Roberto recibió bienhechora impresión de aquel cambio imprevisto. Había terminado la triste soledad moral en que se viera sumido desde hacía seis meses. Intérprete para todos, ¿de qué consuelo no le serviría la conciencia de haber reconquistado su dignidad entera a los ojos de alguno!

Entregado a esos agradables pensamientos, se abismó en el estudio de Madeira y de Funchal en particular. Las inocentes burlas de Roger habíanle demostrado su necesidad. Esforzóse en recobrar el tiempo perdido, y trabajó hasta hora avanzada de la noche. De esta suerte, cuando sonó la hora de la partida, se halló dispuesto para cualquier eventualidad.

Para llegar a la orilla, distante poco más o menos una media milla, no podían emplearse los botes de a bordo. Siempre movido el mar en Funchal, era difícil el desembarco. Para la seguridad de los pasajeros era necesario el concurso de las embarcaciones del país y de marinos *muy prácticos* en aquella costa.

—Usted sabe, señor profesor —dijo Thompson a Roberto—, que Madeira, donde todo el mundo habla inglés, es para usted una especie de respiro. Procure tan sólo estar a las once de la mañana en el «Hotel de Inglaterra» y a bordo a las ocho de la tarde, si quiere aprovecharse de la mesa común.

En pocos instantes, las embarcaciones, la de Thompson a la cabeza, llegaron a tierra. Por desdicha, los muelles estaban atestados. Era día de mercado, según dijo uno de los marineros, y el paso estaba obstruido por barcas de toda especie, y de ellas se alzaba un concierto ensordecedor. Animales apilados en aquellas barcas gruñían, balaban, mugían. Cada uno en su idioma proclamaban claramente su fastidio.

Uno tras otro íbaseles desembarcando. De embarque poco complicado, pues se reducía sencillamente a echarlos al agua, con gran acompañamiento de risas y gritos. Los pasajeros del *Seamew* tuvieron que bajar a tierra confundidos con aquel bullicioso tropel y bajo las miradas de un doble y desemejante público. Indiferentes los que recibían los animales destinados al mercado; atenta la multitud elegante, compuesta en su mayoría de ingleses, que en última línea se paseaba por el dique buscando alguna cara conocida entre los recién llegados.

Por lo demás, aparte de la esperanza confusa de descubrir un amigo entre los visitantes de su isla, aquellos paseantes no podían dejar de interesarse en las maniobras del desembarque. Hay siempre en ello un pequeño instante de incertidumbre que no carece de cierto encanto, si no es para los actores.

Al llegar a una veintena de metros de la orilla, páranse los marinos que los transbordaban y esperan la onda que debe llevarlos hasta tierra, en medio de una bullente espuma que causa más susto que daño. Los marineros de Madeira eligen el momento psicológico con gran habilidad, y es raro que se equivoquen.

Aquel día, no obstante, debía constituir una excepción a la regla. Detenida un poco lejos una de las embarcaciones, no fue arrastrada enteramente por la ola, que, al retirarse, la dejó en seco. Apresuráronse entonces a abandonarla sus tres ocupantes; pero, atrapados inmediatamente por una segunda ola, fueron recogidos, arrollados, empapados, en tanto que su bote se ponía quilla al sol. El baño era completo. Nada tenían que envidiar aquellos tres pasajeros a los buyes y carneros que continuaban lanzando sus gritos lamentables.

¿Y quiénes eran aquellos tres pasajeros? Ni más ni menos que Edward Tigg, Absyrthus Blockhead y el *baronet* Sir George Hamilton. En el desorden de la partida, habíanse hallado reunidos para hacer juntos conocimiento con Madeira de aquel modo original.

Los tres involuntarios bañistas tomaron la aventura de muy diferente manera.

Tigg, flemáticamente, tan pronto como la ola le hubo dejado en seco, se sacudió filosóficamente y se alejó, con paso tranquilo, fuera de un nuevo ataque del pérfido elemento. ¿Oyó siquiera el grito que

lanzaron *Miss Mary* y *Miss Bess Blockhead*? Si lo oyó, pensó modestamente que es natural el gritar cuando uno ve rodar a su padre como un guijarro de la playa.

En cuanto a este padre, estaba espléndido. Reíanse en torno de él; pero él reía mucho más. Preciso fue que los maltrechos marinos, causa del percance, le arrastrasen, sin lo cual, en su gozo, hubiera esperado una segunda ducha, plantado en el sitio mismo donde recibiera la anterior. ¡Feliz naturaleza la del tendero honorario!

Si Tigg estuvo tranquilo y Blockhead gozoso, Hamilton estuvo corrido y enojado. Apenas se levantó, dirigióse hacia Thompson, sano y salvo, en medio de las risas generales que aquel intempestivo baño había desencadenado... Sin decir una palabra, mostró sus vestidos empapados a aquél a quien juzgaba el autor responsable de sus males.

Thompson comprendió que debía atenderle en aquellas circunstancias y se puso a disposición de su infortunado pasajero. Fuéle ofrecida una barca que le recondujera a bordo, donde podría cambiarse de traje, pero Hamilton rehusó en firme.

—¡Yo, caballero, embarcarme de nuevo en uno de esos infames botes!

El furor de Hamilton aumentaba con la presencia de Saunders. Con la mirada burlona, asistía éste a aquel movido desembarque. «¿Por qué haberme abandonado ayer? Yo, yo estoy seco», parecía decirle irónicamente al *baronet*.

—En ese caso, caballero —replicó Thompson—, a menos que uno de sus compañeros...

—¡Perfectamente, perfectamente! —interrumpió Blockhead—. Yo traeré a *Sir George Hamilton* todo cuanto quiera. A mí no me molesta...

¿Y qué podría molestar al bravo tendero honorario? ¡Tomar probablemente un segundo baño!

No tuvo esa alegría. Su segundo viaje se efectuó sin incidente, y los vestidos del *baronet* llegaron secos a su destino.

Habíanse dispersado ya la mayor parte de los pasajeros. Por lo que hace a Roberto, Roger había acaparado en seguida.

—¿Está usted libre? —le había preguntado.

—Por completo. *Mr. Thompson* acaba de darme esta buena nueva.

—En tal caso, ¿quiere usted pilotarme un poco?

—Con sumo gusto —había declarado el nuevo amigo del oficial.

Pero, al cabo de tres pasos, detúvose éste y con tono irónico exclamó:

—¡Eh, eh! ¡Por lo menos, no vaya a extraviarme!

—Esté tranquilo —respondió alegremente Roberto, que acababa de repasar su plano de Funchal.

Y, en realidad, sólo cinco veces se equivocó en la primera media hora, con gran diversión de Roger.

Ambos viajeros habían penetrado por las callejuelas estrechas y tortuosas de Funchal. Pero no habían andado cien metros, cuando ya habían acortado el paso; hasta se detuvieron pronto con un gesto doloroso, por el detestable piso que martirizaba sus pies; en ningún punto del globo lo hay peor; hecho de trozos basálticos de cortantes aristas, estropea los más fuertes calzados. En cuanto a aceras, no había que pensar en ellas; es un lujo desconocido por completo en Madeira.

La mesa del «Hotel de Inglaterra» reunió a las once a todos los pasajeros del *Seamew*, excepción hecha de los jóvenes casados, siempre invisibles, y de Johnson, que seguía decididamente la misma línea de conducta que en las Azores.

¡Cuán diferente aquel almuerzo del de Fayal! Los turistas apreciaron vivamente el cambio y juzgaron que la agencia cumplía por primera vez sus promesas. Hubieran podido creerse en Inglaterra sin la confitura de patata que fabrican las religiosas del convento de Santa Clara, y que fue servida a los postres, sin haber obtenido un gran éxito, fuerza es confesarlo, entre los comensales.

Después del almuerzo, Roger acaparó de nuevo a su compatriota, declarándole que contaba en absoluto con él para conducirlo a través de Funchal en compañía de la familia Lindsay.

—No obstante —añadió, llevándole aparte—, no podemos infligir a esas señoras un paseo de mucha duración. ¿No hay ningún carruaje en este país?

—Ningún carruaje sobre ruedas, al menos —respondió Roberto.

—¡Diablo! —dijo Roger perplejo.

—Pero hay algo mejor.

—¿Y es...?

—La hamaca.

—¡La hamaca...! ¡Encantador...! ¡La hamaca! Un paseo en hamaca será delicioso. Pero ¿dónde, oh, sabio cicerone, dónde encontraremos esas bienaventuradas hamacas?

—En la plaza Chafariz —respondió Roberto sonriendo—; y, si usted quiere, voy a conducirle.

—¿Hasta los nombres de las calles, ahora? —exclamó Roger, asombrado.

Rogando a Alice y a Dolly que tuvieran a bien esperarles, Roger siguió a su compatriota. Pero en la calle falló la ciencia de éste. Pronto viose reducido a la humillación de preguntar por su camino.

—Yo hubiera hecho otro tanto —dijo, sin piedad, Roger—. ¿No tiene, pues, plano la guía de usted?

En la plaza Chafariz, bastante amplia y adornada con una fuente central, bullía una multitud de campesinos que acudían al mercado. Los dos franceses encontraron sin esfuerzo la estación de hamacas y alquilaron dos de aquellos agradables vehículos.

Instaladas Alice y Dolly, púsose en marcha la reducida tropa.

Llegáronse primeramente al palacio de San Lorenzo, en que se hospeda el gobernador de Madeira. Después, volviendo hacia el Este, atravesaron el jardín público, muy hermoso y muy bien conservado, que se encuentra al lado del teatro de Funchal.

Tan sólo al llegar a la catedral tuvieron las señoras que abandonar sus hamacas, molestia ésta de la que pudieran haberse dispensado, toda vez que aquel edificio del siglo xv ha perdido todo su carácter a causa de las reformas sucesivas que le ha infligido la demasiada conservadora administración local.

Por lo que hace a las demás iglesias, habiendo afirmado Roberto que no merecían la pena, resolvieron abstenerse de la visita, dirigiéndose únicamente al convento de franciscanos, en el que, al decir de Roberto, se encontraba «una curiosidad».

Para dirigirse a este convento tuvieron los turistas que atravesar toda la ciudad de Funchal. Bordeadas de casas blancas con persianas verdes y balcones de hierro, las calles se sucedían, igualmente sinuosas, huérfanas siempre de aceras y pavimentadas con despiadados guijarros. En la planta baja abríanse comercios de aspecto agradable; pero, al ver la pobreza de sus escaparates, era dudoso que el comprador menos exigente pudiera salir satisfecho. Algunos de esos comercios ofrecían a los turistas las producciones

especiales de Madeira; tales eran; bordados, blondas, encajes, mueblecitos de marquetería. En azafates de mimbre se apilaban brazaletes, reducción de la eclíptica, pues en ellos se hallaban grabados los signos del Zodíaco.

De tiempo en tiempo era preciso juntarse para dejar paso a algún transeúnte que llegaba en sentido opuesto; peatones veíanse pocos. Generalmente, en hamaca, a caballo otras veces, y seguido, en este último caso, del infatigable arriero encargado de espantar los mosquitos. Tipo este arriero muy especial en Madeira. Nunca se deja adelantar; trota cuando trota el caballo, y galopa si el caballo galopa, y jamás pide gracia, sean cualesquiera la velocidad y la longitud de la caminata.

Otras veces el paseante se dejaba arrastrar bajo el impermeable dosel de un carro, especie de carruaje con patines que resbalan sobre las piedras pulimentadas. Tirado por bueyes, adornado de campanillas, avanza el carro con una prudente lentitud, conducido por un hombre y precedido de un niño que hace las veces de postillón.

Dos grandes bueyes uncidos

De paso tranquilo y lento...

Comenzó a decir Roger, adaptando el conocido verso de Boileau.

Pasean por Funchal,

Esta Inglaterra indolente...

Añadió Roberto, completando la mutilación.

Poco a poco, sin embargo, iba cambiando el carácter de la ciudad. Los comercios se hacían menos numerosos, las calles más tortuosas y más estrechas, los pisos más malos. Al propio tiempo se acentuaba la subida; llegaban a los barrios pobres, cuyas casas, adosadas a la roca, dejaban ver por las abiertas ventanas su modesto mobiliario. Aquellas húmedas y sombrías moradas explicaban el porqué de hallarse la población de la isla diezmada por enfermedades que debieran ser desconocidas en aquel afortunado clima.

Los portadores de hamaca no se asustaban por lo empinado de la

cuesta. Con un paso igual, seguro y fuerte, continuaban su marcha, cambiando un saludo con los transeúntes.

Por aquellos sitios ya no se veían carros; los remplazaba el *carhino*, adaptado admirablemente a aquellas pendientes de montaña. A cada instante se veía pasar alguno, deslizándose a toda velocidad y dirigido por dos hombres robustos, mediante cuerdas fijas en la delantera del vehículo.

Las señoras echaron pie a tierra ante el convento de franciscanos, casi en lo alto de la subida. La curiosidad anunciada consistía en una vasta pieza que servía de capilla, con los muros incrustados de tres mil cráneos humanos. Ni el cicerone ni los guías pudieron, por otra parte, explicar el origen de aquel extraño adorno.

Contemplada suficientemente la curiosidad, volvióse a descender la cuesta, no tardando en quedarse atrás los dos peatones, incapaces de seguir a las hamacas por aquel piso, al que no le escaseaban los más injuriosos epítetos.

—¡Qué horrible manera de arreglar las calles! —exclamó Roger deteniéndose—. ¿Tendría usted inconveniente en parar un instante para respirar, o, cuando menos, en disminuir la marcha?

—Iba a proponérselo —respondió Roberto.

—¡Muy bien! Y aprovecharé nuestra soledad para hacerle una súplica.

Refirió entonces Roger a su compañero que las señoras Lindsay y él habían proyectado una excursión al interior para el día siguiente. Para esa excursión sería necesario un intérprete, y Roger contaba con su nuevo amigo.

—Es muy difícil lo que usted desea —objetó Roberto.

—¿Por qué?

—Porque yo pertenezco al conjunto de los turistas, y no a algunos tan sólo de entre ellos.

—No haremos rancho aparte —respondió Roger—. Con nosotros vendrá el que quiera. En cuanto a los demás, no tienen necesidad de intérprete en Funchal, donde todo el mundo habla inglés, y que puede visitarse en dos horas, aun incluyendo en la visita la capilla de los cráneos. Además, esto atañe a *Mr.* Thompson, a quien yo hablaré esta tarde.

Al final de la pendiente los dos franceses se unieron a sus

compañeras detenidas por un numeroso concurso del pueblo. Una casa parecía ser el objetivo de aquella muchedumbre, de la que partían risas y exclamaciones.

Pronto se formó un cortejo, que se puso en marcha y desfiló ante los turistas, a los sonos de una alegre música y de cantos de fiesta.

Roger lanzó una exclamación de sorpresa:

—Pero... pero... ¡Dios me perdone...! ¡Si esto es un entierro!

En efecto, a continuación de las primeras filas del cortejo veíase, a hombros de cuatro individuos, una especie de parihuelas, sobre las cuales se hallaba acostado durmiendo el eterno sueño un cuerpecillo, el de una niña.

Desde su puesto distinguían claramente los turistas hasta el más insignificante pormenor. Veían la frente rodeada de blancas flores, los ojos cerrados, las manos unidas del pequeño cadáver, que de aquella suerte era llevado a la tumba en medio de una alegría general.

Imposible creer en una ceremonia de otra clase; imposible dudar de que la muchacha estuviese muerta. No era posible equivocarse al contemplar aquella frente amarilla, aquella nariz afilada, aquella rigidez de los piecitos saliendo de los pliegues de la ropa, aquella inmovilidad definitiva del ser.

—¿Qué enigma es éste? —murmuró Roger, en tanto que la multitud desfilaba lentamente.

—Nada tiene de misterioso —respondió Roberto—. Aquí en este país, religioso y católico, se cree que los niños, hallándose limpios de toda mancha, van directamente a ocupar un sitio entre los ángeles del cielo. ¿Por qué, entonces, llorarlos? ¿No se debe, por el contrario, alegrarse de su muerte, y tanto más cuanto más se les haya amado? De ahí los alegres cánticos que han oído. Después de la ceremonia los amigos de la familia acudirán a cumplimentar a sus padres, que habrán de verse obligados a ocultar su humano e irresistible dolor.

—¡Qué singular costumbre! —dijo Dolly.

—Sí —murmuró Alice—, singular; pero también bella, tierna, consoladora.

Apenas llegados al hotel donde habían de reunirse los turistas para volver juntos al *Seamew*, Roger presentó su demanda a Thompson.

Muy dichoso éste por desembarazarse de ese modo de bocas demasiado onerosas, no tan sólo acogió la demanda sin dificultad, sino que hizo una calurosa propaganda de aquella excursión extraoficial.

Poco numerosos fueron los que se adhirieron a la misma. ¿Por qué añadir un suplemento de gastos a un viaje tan costoso ya?

Hubo, no obstante, uno que no escatimó su aprobación, y que, sin vacilar, declaró que se unía a los excursionistas. Hasta felicitó a Roger por su idea.

—¡Verdaderamente, querido señor —dijo con voz estentórea—, usted es quien en interés nuestro debió organizar el viaje por entero!

¿Quién hubiera podido ser aquel insolente pasajero sino el incorregible Saunders?

Electrizado por este ejemplo, adhirióse también el *baronet*, y Blockhead asimismo, que se declaró encantado sin más explicaciones.

Ningún otro pasajero se les unió.

—Seremos ocho —dijo Jack, con tono más sencillo y cándido del mundo.

Alice frunció las cejas y miró a su cuñado con severa sorpresa. ¿No hubiera debido mostrar más reserva en el estado de sus relaciones? Pero Jack se había ya separado y no percibió lo que no quería percibir.

Viose Alice Lindsay obligada a esconder en sí misma su descontento, y su humor de ordinario sereno se ensombreció.

Cuando los pasajeros del *Seamew*, fuera de aquellos que debían participar de la excursión del siguiente día, volvieron a bordo, no pudo dejar de reprochar a Roger el haber publicado de aquella suerte sus proyectos. Excusóse Roger como mejor pudo.

—Había creído que sería útil un intérprete en el interior. Además —añadió con seriedad— Morgand, gracias a su conocimiento del país, podrá servirnos de guía.

—Tal vez tenga usted razón —respondió Alice—; no obstante, me disgusta un tanto, debo decírselo, que le haya usted agregado a nuestra pequeña tropa.

—¿Y por qué eso? —preguntó Roger, sinceramente extrañado.

—Porque una semejante excursión dará por fuerza a nuestras

relaciones cierto carácter de intimidad. Esto para dos mujeres es delicado cuando se trata de una persona como Morgand. Le concedo que las apariencias son de las más favorables. Pero, en suma, es un hombre que desempeña un empleo subalterno al fin y al cabo; que no se sabe de dónde viene ni ofrece garantía, ni cuenta entre nosotros con nadie que pueda responder por él...

Roger escuchaba con sorpresa aquella exposición de principios tan extraña y desusada en labios de una ciudadana de la libre América. Alice Lindsay habíale hasta entonces revelado alguna timidez. Tomó mentalmente nota, no sin experimentar un misterioso placer, de la singular atención que una mujer tan superior a un intérprete, por su fortuna, se dignaba conceder a aquel humilde funcionario de la agencia Thompson... ¿Por qué hablaba ella de tener con él «relaciones» íntimas o no...? ¡Se inquietaba por su origen o procedencia! ¡Lamentaba que no tuviera quién por él respondiese!

—¡Perdón! —interrumpió—. Hay quien responde por él.

—¿Quién, pues?

—Yo. Yo le garantizo por completo cerca de usted —dijo muy seriamente Roger, que con un amable saludo se apresuró a despedirse.

La curiosidad es la pasión dominante en las mujeres, y las últimas palabras de Roger habían excitado la curiosidad de *Mr.* Lindsay. Ya en su alcoba, no pudo conciliar el sueño; obsesionábala el enigma que se le acababa de proponer, y, por otra parte, se sentía irritada por la falsa posición en que se hallaba con su cuñado. ¿Por qué no dejaba el buque? ¿Por qué no desistir de continuar el viaje, que nunca debió ella haber emprendido? Ésta era la única solución lógica; de ese modo volvía a poner todas las cosas en su lugar. Alice se veía obligada a reconocerlo así, y, no obstante en el fondo de su alma una insuperable repugnancia oponíase callada, pero tenazmente, a aquella decisión. Abrió la ventana y dejó que acariciara blandamente su rostro la juguetona y suave brisa.

Era una noche de novilunio. Negros los cielos y negro el mar, rotas ambas negruras por algunas luces; las estrellas arriba, abajo los fuegos de los buques anclados.

Largo tiempo, agitada por confusos pensamientos, permaneció Alice soñadora ante el espacio henchido de una sombra misteriosa,

en tanto que de la playa subía hasta ella el plañir eterno de las olas.

CAPÍTULO XIV

EL «CURRAL DAS FREIAS».



cho hamacas se hallaban al día siguiente ante el «Hotel de Inglaterra». A las seis la reducida caravana se puso en marcha, acariciada por la deliciosa frescura de la madrugada.

Al paso ligero de sus diez y seis portadores, escoltados por otros diez y seis de relevo, dirigióse por el Camino Nuevo, y durante hora y media bordeó el mar sobre aquel camino, en muy buen estado. Antes de las ocho se hizo un breve alto en Cámara de Lobos, y luego se atacó resueltamente la montaña por un sendero que por lo escarpado y pendiente ha merecido el nombre de *Mata Boes* o *Mata Bueyes*.

Aquel sendero, en que los bueyes sucumben, es asaltado y domeñado por los hombres.

Es maravilloso contemplar a los portadores de las hamacas. Durante dos horas, relevándose de quince en quince minutos, ascendiendo por el duro sendero con un esfuerzo igual, sin ninguna queja. Sólo hacia las diez tuvieron que tomar aliento. La senda en aquel sitio franqueaba un pequeño torrente, en seco a la sazón.

Todavía una hora de marcha y después, habiendo atravesado un bosque de viejos castaños, una desolada estepa, en que sólo quedaban algunos abetos, restos de una antigua selva, y, por fin una extensa landa, detuviéronse los conductores junto a una rústica barrera, más allá de la cual aparecía los rojos muros de la quinta de Campanario.

Elegante mansión en otro tiempo, aquella quinta no es ya otra cosa que una miserable ruina. Más bien que buscar en ella refugio para el almuerzo, los turistas prefirieron instalarse al aire libre, en un sitio que los conductores desembarazaron de piedras y estorbos. Fueron sacadas las provisiones de los sacos. Un blanco mantel recubrió el suelo. La mesa, en suma, resultó atractiva. Mientras se disponía la mesa, bajo la vigilancia de Roberto, los turistas, lanzando al pasar una mirada al espléndido panorama, fuéronse a admirar los dos castaños que se alzan cerca de la quinta, el más grueso de los cuales, verdadera curiosidad de la isla, mide más de once metros de circunferencia. Su apetito, aguzado por aquella ruda ascensión, condújoles bien pronto hacia la improvisada mesa. Una desagradable sorpresa les aguardaba; un círculo de cabras y de chiquillos mugrientos y medio desnudos la rodeaba. Por medio de dádivas y de amenazas, consiguióse, no sin grandes fatigas, alejar aquella horda, a la que no hubiera podido resistir el estómago menos delicado.

Apenas se encontraban los viajeros a la mitad de su almuerzo, cuando su atención viose solicitada por un singular y extraño personaje que acababa de aparecer bajo el marco de la puerta de la arruinada quinta. Sucio, cubierto de miserables guiñapos, su cara con un tinte de ladrillo viejo, con una barba hirsuta y enmarañados cabellos, que, limpios, hubieran sido blancos, aquel personaje, apoyado en el quicio de la puerta, contemplaba a la hambrienta tropa. Por fin, tomó su partido, y con paso indolente se adelantó hacia los turistas.

—Sean ustedes bienvenidos a mi casa —dijo, alzando los restos de un amplio sombrero, del que apenas si subsistía el ala.

—¿A su casa? —dijo Roberto, que se levantó y devolvió el saludo al cortés propietario.

—Sí, a mi casa, a la quinta de Campanario.

—En ese caso, señor, excuse a turistas extranjeros por la libertad con que han invadido sus dominios.

—Excusas inútiles —protestó el maderiense en un inglés bastante pasable—. Muy feliz me considero en ofrecerles hospitalidad.

Roberto y sus compañeros le contemplaban con sorpresa. Sus miradas iban de su miserable persona a la casucha en ruinas que

servía de morada a aquel extraño propietario. Éste parecía gozar con la admiración de sus huéspedes.

—Permítanme —dijo— presentarme a mí mismo a estas señoras, toda vez que nadie puede prestarme este servicio. Espero que ellas perdonarán esta incorrección a don Manuel de Goyaz, su muy humilde servidor.

En realidad, bajo sus harapos, aquel indigente no dejaba de tener un aspecto de distinción. Había dicho las anteriores frases en un estilo delicado. Su cortesía, no obstante, no podía velar el fuego ansioso de sus ojos, que iban, hipnotizados, de los pasteles al jamón, indicando elocuentemente el deseo de un estómago hambriento.

Alice tuvo piedad de su desventurado anfitrión. Caritativamente invitó a don Manuel de Goyaz a que participase del almuerzo.

—Gracias, señora, acepto de muy buen gusto —respondió, sin nacerse de rogar—. Y no crea usted que almuerza con mala compañía. Esta apariencia oculta a sus ojos a un caballero, un *morgado*^[3], como aquí se nos llama, y ustedes ven en mí a uno de los más ricos terratenientes de Madeira.

Ante la indecisa mirada de los turistas don Manuel se echó a reír.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Ustedes se preguntan, sin duda, cómo serán los otros? ¡Y bien! Sus vestidos tienen más desgarrones aún que los míos, y sus casas menos piedras que mi quinta. ¡He ahí todo! Nada más sencillo, como ustedes ven.

Brillaban los ojos del *morgado*. Era evidente que el asunto le resultaba agradable.

—No, nada es más sencillo gracias a las leyes estúpidas que rigen este país —prosiguió—. Nuestras tierras, que no podemos cultivar nosotros mismos, fueron alquiladas por nuestros padres en una forma muy extraña. El terreno viene a ser propiedad del arrendatario; él lo cede, lo lega a sus hijos, y por todo alquiler entrega al propietario la mitad de sus rentas. Puede además elevar muros, construir casas, hacer todas las construcciones que le parezcan bien sobre las tierras que le han sido alquiladas, y el propietario, al expirar el arriendo, para entrar en posesión de sus bienes, debe comprar todo ello por lo que ha costado. ¿Quién de entre nosotros podría hacerlo? Propietarios en principio, somos en realidad despojados, sobre todo desde que la invasión de la filoxera

ha permitido a nuestros arrendatarios el suprimir todo pago, so pretexto de que sus rentas son nulas. Veinte años hace que esto dura y vean ustedes el resultado. Heredé de mis abuelos terreno bastante para edificar una ciudad y ¡no puedo ni aun hacer reparar mi morada!

El semblante del *morgado* habíase tornado sombrío.

Maquinalmente tendió su vaso, que se apresuraron a llenar.

Aquel consuelo fue sin duda de su gusto, porque recurrió a él con frecuencia. Apenas si hablaba ahora. Comía para quince días y bebía para un mes. Gradualmente fue dulcificándose su mirada; sus ojos se tornaron vagos y tiernos después. Pronto se cerraron por completo, y el *morgado*, extendiéndose muellemente sobre el suelo, se durmió con beatitud.

Los viajeros no trataron de despertarle para despedirse de él.

—Se va a buscar muy lejos la solución de la cuestión social —dijo Roger en el momento de partir—. ¡Hela aquí, pardiez! ¡Con semejante ley, los campesinos no tardan en convertirse en señores!

—Y los señores en campesinos —respondió melancólicamente Roberto.

Nada encontró Roger que contestar a aquel triste argumento, y la pequeña tropa emprendió de nuevo su camino en silencio.

Restaurados, descansados, los conductores avanzaban con paso rápido. Además, entonces se bajaba. En menos de media hora, un estrecho y sinuoso sendero llevó a los excursionistas hasta la pequeña plataforma natural que constituye la cumbre del cabo Girao.

Desde allí descubrían la costa meridional de la isla. Frente a ellos alzaba su seco perfil la cima de Porto Santo, sin un árbol, sin un monte tallar. Al Oeste distinguíase la gran villa de Calheta, con una última línea de montañas elevadas y brumosas. Al Este, Cámara de Lobos, Funchal y el cabo San Lorenzo.

Pero el número de kilómetros que habían de franquearse antes de ponerse el sol no permitía una larga contemplación. Pusiéronse apresuradamente en marcha, y pronto los conductores avanzaron por el camino con un paso vivo.

Esta manera de viajar, tranquila y reposada, es seguramente de las menos a propósito para conversar. Aislados unos de otros, sin poder cambiar impresiones, los viajeros se dejaban indolentemente

mecer, viendo desfilas el hermoso paisaje.

El camino tan pronto se elevaba como descendía; pero a cada nuevo valle aumentaba la altitud media y se modificaba la vegetación. Poco a poco las especies tropicales cedieron su puesto a las plantas de las regiones templadas.

Subiendo o bajando, los infatigables conductores conservaban su mismo paso ligero y alargado. Llegados al fondo de los valles, subían la siguiente cresta, para volver a subir y bajar sin cansarse. Por trece veces habían realizado aquel esfuerzo, cuando, al ponerse el sol, apareció la villa de Magdalena.

Un cuarto de hora más tarde deteníanse las hamacas ante un hotel de buena apariencia, en medio de una banda de chiquillos, astrosos y descamisados que imploraban a gritos la caridad.

Inútilmente repartieron indulgentes golpes para alejarlos Roger y Roberto. Saunders encontró el único medio verdaderamente práctico. Sacando un puñado de calderilla y habiéndola contado escrupulosamente, arrojó el tesoro a la multitud, que se precipitó en seguida tras ella, en tanto que Saunders, extrayendo de su bolsillo un cuadernito, apuntó cuidadosamente el gasto; después de lo cual, volviendo el cuaderno a su sitio, dirigióse hacia Roberto, intrigado por todos aquellos manejos.

—Usted podrá decir a *Mr. Thompson* que llevo con regularidad mis cuentas —le dijo, con una voz llena de los más agresivos matices.

Al siguiente día se reanudó la marcha con el alba, ya que la etapa era larga, y fatigosa sobre todo, desde Magdalena a San Vicente, en donde debían pernoctar.

Por espacio de dos kilómetros aproximadamente volvió a hacerse el camino recorrido ya la víspera; y después los conductores, oblicuando hacia la izquierda, penetraron por una senda de cabras en el fondo de un estrecho y negro valle.

Por aquel camino áspero, empinado y rocoso no avanzaba muy de prisa, pese a su ardor. A cada instante se relevaban, y de cuarto en cuarto de hora había que resignarse a un breve compás de espera.

Hacia las diez no aparecía aún la cima de la montaña, cuando se detuvieron una vez más. Al mismo tiempo un vivo coloquio entablóse entre ellos.

—¿Qué sucede? —preguntó la voz arisca de Hamilton.

—Un incidente —respondió Roberto— que va, sin duda, a interrumpir nuestra marcha.

Siguiendo su ejemplo, los viajeros echaron en seguida pie a tierra.

—Pero ¿qué sucede? —preguntó a su vez Alice.

—Nada grave, señora Lindsay, tranquilícese usted —se apresuró a contestar Roberto—. Un poco de leste que hay que sufrir, he ahí todo.

—¿De leste?

—Vea usted —limitóse a decir el intérprete señalando hacia el mar.

Un cambio singular habíase efectuado en la atmósfera.

Una especie de bruma amarillenta cubría el horizonte. En aquella vasta nube, semejante al oro fundido, el aire parecía vibrar, como sometido a un excesivo calor.

—Esa nube —explicó Roberto— nos anuncia un golpe de viento del Sahara, y los guías tratan ya de librarnos de él lo mejor posible.

—¡Cómo! —exclamó Hamilton—. ¿Vamos a detenernos por esa nube?

Aún no había terminado de hablar cuando el fenómeno alcanzaba el grupo de los turistas. En un instante aumentó el calor en increíbles proporciones, en tanto que se mezclaba al aire un fino polvo de abrasadora arena.

Incluso en las ciudades es imposible defenderse contra aquel terrible viento del desierto. La arena que arrastra a través de los mares penetra por todas partes, pese a las ventanas mejor cerradas.

En aquel sendero, desprovisto de todo abrigo, la situación era mucho más grave, no tardando en llegar a ser verdaderamente intolerable.

La atmósfera parecía haber perdido ya toda humedad. Multitud de hojas secas y amarillas en pocos minutos, volteaban en el aire, y caían tristemente las ramas de los árboles.

Los turistas habían cuidado de taparse la cara, a imitación de los guías, y se encontraban sin aliento. La arena había penetrado por todas las aberturas; producía accesos de tos irresistible, secaba sus fauces y les causaba una ardiente sed que comenzaba ya a devorarles.

Aquella situación no podía prolongarse; por suerte, Roberto le halló un remedio.

Los flancos del sendero seguido por los viajeros estaban desde su origen surcados por uno de esos canales que constituyen la gloria de Madeira. A costa de un trabajo gigantesco, los maderienses han cubierto su isla de una verdadera red de esos acueductos en miniatura destinados a conducir el agua potable desde las cumbres de las montañas a los lugares habitados. Ocurriósele de pronto a Roberto la idea de utilizar uno de ellos, el que se encontraba en aquellas proximidades, como eficaz socorro contra el hálito abrasador llegado del desierto africano.

Por su iniciativa, pronto se alzó en la acequia una barrera de piedras superpuestas. El agua desbordó en seguida, cayendo en forma de cascada y dejando descubierta una anfractuosidad que existía en el flanco de la colina.

Aquella pequeña gruta era desgraciadamente muy reducida para que todos los turistas pudieran refugiarse en ella. Alice y Dolly, por lo menos, hallaron allí un abrigo.

Un tercer sitio quedaba disponible y los hombres fueron ocupándolo sucesivamente. Cada cinco minutos se reemplazaban, y la ducha obligatoria que para entrar en la excavación recibían, así como para volver a salir, no les desagradaba lo más mínimo.

Por lo que respecta a los guías, tuvieron que pasarse sin aquellas maniobras, por lo demás, ¿sufrían ellos? Echados junto a los peñascos, con la cabeza metida en sus vastos capuchones, esperaban inmóviles y pacientes.

Con ello tuvieron ocasión de ejercitar ampliamente su paciencia.

A las cuatro continuaba soplando todavía aquel viento abrasador.

Mas de pronto, oyóse el canto de un pájaro; otros le respondieron en seguida. Después, una tras otra, se desplegaron las hojas de los árboles, y los guías se pusieron en pie, despojándose de sus capuchones.

Veinte minutos después, cesaba bruscamente el leste y, sin transición, le sucedió una brisa deliciosamente fresca.

—El *impbate* —dijo uno de los guías, mientras que los turistas lanzaban a coro un «¡hurra!» de entusiasmo.

Antes de ponerse en marcha convenía proceder al almuerzo, en

tan mal hora retrasado. Hízose, pues, honor a las provisiones, separándose de la bienhechora cascada, que se tuvo buen cuidado de suprimir.

Por desgracia, aquel retraso de más de cinco horas complicaba singularmente la excursión. Era evidente que no les sería posible llegar a San Vicente antes de la noche.

¿Era aquella certeza lo que ensombrecía la frente de los guías cuando hacia las siete se desembocó sobre el Paul da Serra, vasta meseta situada a 1500 metros de altitud? Claramente angustiados, taciturnos, sombríos, apresurábanse tanto como lo permitían sus fuerzas.

Tan visible llegó a ser su angustia, y tan desproporcionada al fin y al cabo con su causa probable, que *Mr. Lindsay*, inquieta, llamó la atención de Roberto en un momento en que sus hamacas se hallaron, por casualidad, próximas una de otra en uno de aquellos breves altos que la impaciencia de los guías hacía cada vez más raros. No sólo la aproximación de la noche era lo que aumentaba el terror de los guías: aun en pleno día estarían trémulos al atravesar el Paul da Serra, cuyo lugar, según una leyenda local, es el predilecto de los demonios.

No tuvieron los turistas por qué quejarse de aquel supersticioso temor. Apenas se llegó a la meseta, cuando los guías emprendieron una marcha vertiginosa; no andaban ya los conductores, corrían en silencio por entre aquel paisaje desolado, sin cultivo y sin árboles, que el crepúsculo hacía aún más triste. La soledad era casi completa. Tan sólo algunos lejanos rebaños andaban pastando la hierba escasa y rala.

Antes de las ocho se habían franqueado las tres millas que en su anchura mide la meseta y comenzó el descenso, al paso que se alzaban las canciones de los guías, proclamando el alivio de los cantores.

Descenso espantoso por un sendero casi vertical y cuyas dificultades aumentaban las sombras.

Pronto la fatiga extinguió los cánticos de los guías, que se relevaban de dos en dos minutos.

A las nueve y media, por fin, llegóse a San Vicente, a la puerta del hotel, cuyo amable dueño se multiplicó en torno de sus tardíos pasajeros.

En San Vicente acababa la labor de las hamacas. En lo sucesivo los turistas iban a proseguir su marcha a caballo por el excelente camino que une aquella villa con Funchal.

Dejando al día siguiente el hotel, situado a la orilla del mar, atravesaron la población de San Vicente, elegantemente reclinada en el fondo de un verdoso valle que contrasta con las abruptas rocas que le rodean. El camino serpenteaba de nuevo, y los caballos emprendieron la ruda ascensión de la montaña.

El tiempo se había modificado profundamente desde la víspera. Ya no había leste, es verdad, pero tampoco había ya cielo azul. El viento, cosa rara en Madeira, empujaba gruesas nubes, que se amontonaban en las zonas bajas de la atmósfera. Apenas habían subido los turistas doscientos metros, cuando penetraron en una opaca niebla que permitía tan sólo distinguir el camino, bastante escabroso. El aire, además, estaba saturado de electricidad; amenazaba una tormenta; personas y animales experimentaban aquella tensión eléctrica. Aquéllas, taciturnas, no se aprovechaban de las facilidades que el nuevo modo de locomoción ofrecía para la conversación. Los otros, con la cabeza baja, resoplando por las narices, subían con penosos esfuerzos, inundados ya de sudor.

Pero, dos horas después de la partida, los ascensionistas, llegados al paso de la Enquemada, salieron repentinamente de la niebla. Debajo de ellos, las nubes, empujadas por una lenta brisa, se desprendían aún de las aristas de las montañas; pero por encima de sus cabezas el cielo se extendía de vapores y sus miradas iban del Norte al Sur hasta las lejanas ondas del mar.

El aire era vivo a aquella altura y experimentaron todos la benéfica influencia del cambio de temperatura. Por desgracia, el camino, convirtiéndose en sendero, se oponía ahora al cambio de cordiales impresiones entre los viajeros.

En el paso de la Enquemada comenzaba para los turistas el descenso de la vertiente sur de la isla. Al principio tuvieron que marchar por el interminable derrumbadero en semicírculo de la Rocha-Alta. Estrechándose de repente, el camino se extendía por una garganta abrupta, en cuyo fondo corría un torrente muy disminuido por la distancia.

Durante hora y medía fue preciso avanzar así, con la roca a un lado y el vacío al otro. A pesar de la ayuda de los arrieros, aquel

camino comenzaba a parecer muy largo a los excursionistas, cuando, al salir de un estrecho corredor, terminaba súbitamente el promontorio, mientras que el sendero, nuevamente convertido en camino, oblicuaba hacia la derecha.

Pero nadie se apresuró a entrar por aquel camino, excelente entonces. Todos, agrupados en pelotón, miraban.

Hallábanse al borde del antiguo cráter central de Madeira. Ante ellos, a ochocientos metros de profundidad, abríase un abismo imposible de describir, y admiraban, estupefactos, una de las más bellas decoraciones que hayan salido del arte sublime del Creador.

En silencio, sumían sus miradas en aquel abismo, lleno antaño por el fuego, cuando en los tiempos prehistóricos la isla ardía toda, faro inmenso del inmenso océano. Durante largo tiempo había fulgurado el relámpago y habían corrido las lavas por cien volcanes cayendo en el mar, rechazando las aguas, creando riberas. Después habíase atenuado la fuerza plutónica, los volcanes se habían extinguido, el brasero inaccesible se había trocado en la isla suave y maternal para las criaturas. Aquél, el último, cuando ya hacía siglos que las olas batían sus enfriadas orillas, cuando todos los demás cráteres se habían apaciguado, aquél debió llenarse todavía de truenos. Pero algunos siglos habían ya transcurrido y sus cóleras habíanse extinguido a su vez. Los peñascos fundidos se habían solidificado, dejando entre ellos aquel prodigioso abismo de paredes salvajes; luego se había formado el *humus*, habían germinado las plantas y un pueblo, en fin, había podido fundarse allí donde había rugido el incendio y el terrible cráter se había convertido en el «Curral das Freias». (Parque de las Religiosas), en cuyo fondo murmura suavemente un arroyo.

Todavía, empero, causa gran impresión aquel lugar donde rugieron los furores de la Tierra, y de los cuales conserva aún las señales. Nadie podría explicar lo vertiginoso de sus paredes, su prodigioso amontonamiento de colosales rocas y lo fantástico de los detalles.

Un círculo de montañas le rodea A su izquierda los turistas veían las Torrinhas, elevando sus torres gemelas a 1818 metros; a su derecha el pico Arriero, de 1792 metros de altura, y frente a ellos la cima más elevada de Madeira, el pico Ruivo, alzando hasta 1846 metros su frente empenachada de brumas.

El fondo del abismo ha sido adornado por el tiempo de una admirable vegetación, y en medio aparecían las casas y el campanario de Libramento.

El itinerario de la excursión señalaba un descenso a aquella villa, y hasta se había contado con que ella suministrara el almuerzo. La pequeña tropa permaneció, sin embargo, vacilante, viendo la imposibilidad de entrar con las caballerías por aquel espantoso sendero que a costa de mil fatigas se perdía en las profundidades del «Curral das Freias». Fáciles para bajar, ochocientos metros serían muy duros de subir.

Los arrieros tranquilizaron a los turistas, y entonces comenzó a pie el inquietante descenso. Los caballos les esperarían para la vuelta en un sitio marcado por los guías.

El sendero, por lo demás, era más temible que peligroso en realidad; no por eso dejaba de ser muy difícilmente practicable para las señoras, y Alice y Dolly hubieron de aceptar la ayuda de Roberto y Roger.

No sin alguna vacilación se había atrevido Roberto a ofrecer su auxilio a su compañera de viaje; hasta entonces no la había él acostumbrado a semejante libertad. Una impresión confusa incitábale, empero, a salir para lo sucesivo de su discreta reserva. Después de haber empezado esta excursión, *Mr. Lindsay* le dirigía frecuentemente la palabra, le comunicaba sus impresiones, aceptaba y hasta, en cierta suerte, buscaba su compañía. Roberto, sorprendido y encantado, se preguntaba si no le habría hecho traición Roger.

No obstante, cualesquiera que fuesen sus deseos, no había salido aún de la estricta cortesía que convenía a su situación; y durante los primeros momentos del descenso, dejó, muy a su pesar, que su compañera se debatiese en medio de las dificultades del sendero. Otros había allí más indicados que él para ofrecerle una mano compasiva; el *baronet*, Saunders, Jack Lindsay, sobre todo.

Pero Hamilton y Saunders parecían ocupados exclusivamente en sus preciosas personas, y Jack, por su parte, marchaba el último con un aspecto distraído. Si se inquietaba por su cuñada, era tan sólo para dirigir con frecuencia sobre ella miradas que habrían dado mucho que pensar a quien las hubiese sorprendido. Nada en verdad de tierno había en aquellas miradas, que paseaba de Alice a los

precipicios que costeaban el sendero. Tal vez no la habría él dado un empujón, pero no la habría seguramente sacado de ellos, si por acaso cayera.

Habíase visto, pues, Roberto obligado a acercarse a la abandonada. En un paso más arduo y difícil que los otros presentó maquinalmente la mano, sobre la cual se apoyó Alice con la mayor naturalidad del mundo, y así la condujo hasta el fondo del Curral llegando a Libramiento sin darse de ello cuenta.

A medida que habían ido descendiendo, la temperatura se hacía más sofocante; pero un viento fresco sopló de pronto cuando se terminaba el almuerzo. Era indudable que la tempestad había descargado; debía estar lloviendo sobre las crestas del Arriero y del Ruivo, cuyas cimas se velaban tras impenetrables vapores.

En todo caso, en el valle no llovía. Si el cielo aparecía gris, la tierra estaba seca, y no parecía que aquella situación debiera modificarse. Un indígena, consultado a este respecto, se mostró muy afirmativo; hizo, con todo, un gesto de desaprobación al conocer el proyecto de los turistas, de seguir durante dos millas el fondo del Curral. Su mirada indecisa se fijó un instante sobre la cima empenachada del Ruivo, moviendo después la cabeza de un modo muy poco tranquilizador.

Pero en vano Roberto le acosó a preguntas. Nada concreto pudo sacar de aquel individuo, que se limitó, sin otras explicaciones, a recomendar a los viajeros que no se acercasen a orillas del torrente.

Roberto dio cuenta de esta advertencia a sus compañeros.

—Es probable —les dijo— que ese rústico tema una de esas inundaciones que tan frecuentes son aquí. Cuando descarga una tempestad en las montañas, sucede con frecuencia que los torrentes, casi secos en aquella época del año, aumentan de pronto de una manera verdaderamente prodigiosa. Sólo algunas horas dura esta crecida, mas no por eso deja de producir grandes catástrofes. Haremos bien, por ende, en seguir la opinión de ese campesino.

Sin embargo, tras media hora de marcha, resultó evidente que el tiempo se serenaría por completo. En el cénit las nubes se quebraban, y si las brumas continuaban girando en torno de los picos, resultaban cada vez menos espesas y mostraban tendencia a desvanecerse y disiparse en la atmósfera, que se había refrescado.

Creyeron, por tanto, los turistas poder desdeñar la prudencia.

El suelo, además era sumamente rocoso, en tanto que a unos quince metros más abajo, al borde mismo del torrente, reducido a un inofensivo hilillo de agua, se extendía un lecho de fina arena que debía constituir un tapiz excelente para los fatigados pies.

Aventuráronse los viajeros sobre aquella arena elástica, que constituía en efecto un piso muy propicio para la marcha, y la pequeña caravana avanzó alegremente, cogiendo Roberto y Roger para sus compañeras varias lindas flores, rosas, violetas, que crecían por centenares en los intersticios de las rocas.

Pero pronto el valle, que no había dejado de irse estrechando desde Libramento, se halló reducido casi al lecho del torrente. Al mismo tiempo oblicuaba éste bruscamente en una especie de corredor, que tenía por la izquierda una muralla cortada a pico, en tanto que la orilla derecha, de muy difícil acceso, en razón de los bloques que estaban diseminados, se elevaba en pendiente, relativamente suave, hasta el camino, en el que quinientos metros más lejos debían esperar los caballos.

Antes de penetrar en aquel corredor los turistas tuvieron la precaución de mirar hacia atrás. La vista se extendía hasta más allá de un kilómetro, distinguiéndose a lo lejos el campanario de Libramento. El cielo se despejaba cada vez más. Nada anormal ni extraño aparecía en el valle.

«Júpiter enloquece a los que quiere perder», dijo el poeta. A los viajeros, empero, no les habían faltado advertencias. Escrita, por boca de Roberto, que repetía las observaciones y enseñanzas de sus libros; oral, de los labios del campesino de Libramento: la experiencia no les había escatimado sus consejos. Todos desdeñaron esos consejos, hasta el mismo que los diera, y tranquilizada por el retorno del buen tiempo, la pequeña caravana siguió con confianza el torrente en la nueva dirección.

Trescientos metros más lejos, estimando Roberto que debían hallarse cerca del lugar de la cita, se ofreció a llevar a cabo un breve reconocimiento. Uniendo la acción a la palabra, escaló la orilla derecha y desapareció rápidamente entre las rocas, mientras sus compañeros seguían la marcha más despacio.

No habían transcurrido aún dos minutos, cuando se pararon en seco. Un estrépito vago y terrible había nacido en las profundidades del Curral, y aumentaba de segundo en segundo.

En el acto recobraron los imprudentes viajeros la memoria y la razón. Todos comprendieron lo que aquel pavoroso ruido significaba, y con un mismo movimiento se arrojaron todos sobre la orilla derecha. Roger, sosteniendo a Dolly, y los demás ocupándose cada uno de sí mismo, con un apresuramiento febril se elevaron sobre la empinada pendiente de la montaña.

En un instante Dolly, Roger, Hamilton, Blockhead y Saunders se hallaron fuera de peligro, en tanto que, oculto por un recodo, Jack, algo más lejos, se hallaba en seguridad sobre la cima de una roca que había escalado. Era tiempo.

El ruido se había hecho silbido, alarido, mugido, y la onda llegaba enorme, furiosa, arrastrando en sus repliegues amarillentos innumerables despojos.

Inconscientemente había Alice seguido los pasos de su cuñado. Retrasada por una caída, llegó al pie del peñasco cuando él se hallaba ya en la cima. Esforzóse primero por escalar a su vez el bloque, pero pronto comprendió que le faltaría tiempo. La onda amenazadora no estaría ya a cien metros.

Que ella consiguiese, no obstante, elevarse dos o tres metros todavía, y tal vez fuera suficiente. Mas para conseguir esto con suficiente tiempo érale preciso un socorro, socorro que solamente Jack...

—¡Jack! —exclamó.

A aquel llamamiento, Jack Lindsay bajó los ojos. La vio. En el acto se inclinó, tendió la mano...

Pero... ¿qué infernal sonrisa se dibujó de pronto en sus labios...? ¿Qué mirada llena de maldad dirigió, con la rapidez del relámpago, desde su cuñada a la onda arrolladora?

Tras una breve vacilación, Jack se enderezó sin haber prestado el implorado socorro, mientras que Alice lanzaba un grito de desesperación, pronto ahogado por la ola mugidora, que la cubría y la arrastraba en su torbellino...

Pálido, sudoroso, como tras un fatigoso esfuerzo, Jack alejóse de un salto del lugar del drama. Descubrió a sus compañeros, y silenciosamente uniósse a ellos. ¡Nadie sabría jamás...! Y ya sus ojos se volvían hacia Dolly, medio desvanecida, y a quien socorría Roger puesto de rodillas.

Al mismo tiempo que Jack Lindsay, Roberto, con una carrera

desenfrenada, se reunió a sus compañeros. Desde lo alto había visto el rodar del torrente enfurecido y corrió presuroso hacia sus amenazados amigos... ¡Había llegado demasiado tarde...! A tiempo, no obstante, de conocer, sin que el autor lo supiera, el drama abominable que acababa de desarrollarse. Un testigo existía que, cuando menos, castigaría.

¡Gran Dios...! ¡Roberto no pensaba entonces en castigar! Al aire la cabeza, lívido, con rasgos de locura en los ojos, cruzó a toda velocidad ante sus amigos estupefactos, y, sin una palabra de explicación, sumergióse y desapareció en el torrente, arroyo convertido en río enorme, impetuoso y terrible, mientras que Dolly, comprendiendo súbitamente la desgracia que la hería, se alzó, contó con la mirada a aquellos que la rodeaban y cayó, lanzando un grito desgarrador, en los brazos del aterrado Roger.

CAPÍTULO XV

CARA A CARA



¿alidecia la estrella de Thompson? Era indudable que las cosas se ponían mal a bordo del *Seamew*. La hidra de la revolución alzaba audazmente la cabeza.

El 30 de mayo, como la víspera, los pasajeros habían desembarcado por la mañana. Lo mismo que la víspera, la mesa redonda del Hotel de Inglaterra les había reunido, y, como la víspera, habían empleado el día en recorrer Funchal y sus cercanías.

Pero por la tarde, al volver a bordo, el pensar que tenían que repetir durante cuatro días más lo mismo que habían hecho los dos primeros, comenzó a descorazonarles de tal suerte, que el día 31 la mitad se negaron a salir del buque.

Thompson, ciego y sordo de conveniencia, no pareció advertir el general descontento. Sin dificultad aceptó aquellas defecciones económicas, y con radiante fisonomía desembarcó a la cabeza de su reducida falange para ir a presidir la mesa del almuerzo.

Fuéle, empero, preciso abrir los ojos y los oídos.

Durante aquella fastidiosa jornada pasada a bordo, un complot se había urdido entre los recalcitrantes, y cuando el administrador general volvió al buque no pudo menos de conocer que cierta efervescencia agitaba a los turistas, ordinariamente pacíficos, confiados a sus cuidados. Era indudable que se preparaba una tormenta.

Estalló en la mañana del 1.^o de junio, cuando al mal humor de

los que se habían empeñado en no dejar el *Seamew*, vino a añadirse el de los demás. Furiosos también éstos por aquellas diez horas pasadas estúpidamente por tercera vez en errar a través de las calles de Funchal, y muy decididos a no comenzar de nuevo aquella ridícula broma.

Al llegar el día 1.º de junio el momento de la partida, vióse Thompson solo en el portalón. No del todo, sin embargo. Un compañero le quedaba, bajo envoltura de Van Piperboom, de Rotterdam, cuyo oído continuaba cerrado, y por ende, indiferente a todas las excitaciones exteriores.

La propaganda revolucionaria no producía efecto sobre él; era una presa que se le escapaba. Persistía en adherirse a los pasos del único compañero cuyo carácter oficial conocía, y Thompson venía a ser el *cornac* de aquel elefante de los pasajeros.

Durante aquellos tres días no le había dejado a sol ni a sombra. Dondequiera que iba Thompson, allí le había seguido Piperboom. Y aun en aquel momento él estaba allí, único seguidor del jefe abandonado por sus soldados.

Viendo «su séquito» reducido a una sola unidad, Thompson, a despecho de su ordinario aplomo, permaneció perplejo en el momento de dejar el buque. ¿Qué debía hacer? Creyó oír a Saunders y a Hamilton, que le contestaban: «El programa, caballero, el programa»; y obedeciendo a las supuestas órdenes de aquellos terribles contradictores, bajó el primer tramo de la escala, cuando violentos rumores estallaron entre los pasajeros reunidos en el *spardek*.

Indeciso de nuevo, Thompson se detuvo. En un instante veinte semblantes irritados le rodearon.

Uno de los pasajeros se hizo el portavoz de los demás.

—Así, pues, caballero —dijo, tratando de conservar su tranquilidad—, usted se marcha hoy a Funchal.

—En efecto, señor —respondióle Thompson en tono de inocencia.

—¿Y mañana? ¿Y pasado mañana?

—Será lo mismo.

—Pues bien, señor mío —dijo el pasajero, alzando a su pesar la voz—, yo me permito informarle de que nosotros hallamos esto sumamente monótono.

—¡Es posible! —exclamó Thompson con encantadora sorpresa.

—Sí, señor, monótono. No se les obliga a personas sensatas a visitar seis días seguidos una ciudad como Funchal. Nosotros contábamos con paseos, con excursiones...

—Sin embargo, caballero —replicó Thompson—, nada de eso promete el programa.

El pasajero respiró fuertemente, como quien hace un esfuerzo para dominar su cólera.

—Es cierto —dijo—, y en vano buscamos nosotros la razón de ello. ¿Tendría usted a bien decirnos por qué no se conduce en Madeira como se condujo en las Azores?

La razón era que los precios se «civilizan» con las costumbres de los habitantes. Thompson había temido el coste de una excursión en aquel país maleado por los ingleses. Pero ¿podía aducir un argumento semejante?

—Es muy sencillo —respondió, llamando en su auxilio a la más amable de las sonrisas—. La agencia ha creído que no habría de pesarles a los pasajeros el descansar un tanto de su habitual ajeteo, que organizarían excursiones particulares, que aquí hace tan fáciles la difusión de la lengua inglesa; que...

—¡Pues bien! La agencia se ha equivocado —interrumpió vivamente el orador del *spardek*—, y por consiguiente...

—¡Equivocado! —exclamó Thompson, interrumpiendo a su vez al abogado de la parte querellante—. ¡Equivocado! Yo me conceptúo dichoso al ver que es de un simple error de lo que se me acusa.

Saltó entonces al puente, corriendo del uno al otro de los pasajeros.

—Porque, en fin, señores, la agencia, ustedes lo saben, nada omite para asegurar el bienestar de sus pasajeros. La agencia no retrocede ante nada, ¡yo me atrevo a afirmarlo!

Thompson se entusiasmaba.

—¡La agencia, señores, la agencia es la amiga de sus pasajeros, una amiga infatigable y abnegada! Pero ¿qué digo? ¡La agencia es una madre, señores!

Thompson se enternecía. Un poco más y comenzaba a llorar.

—Felizmente, no se la acusa de haber olvidado a sabiendas cosa alguna para vuestra satisfacción. Semejante acusación habríame

trastornado. ¡Trastornado, sí, yo me atrevo a afirmarlo...! ¡Sólo me he equivocado...! Equivocado, ya es otra cosa. Yo puedo, en efecto, haberme equivocado. Todo el mundo puede equivocarse. Yo me excuso de ello, señores; yo me excuso por ello. E] error no se cuenta, ¡eh, señores!

—No hay, por consiguiente, otra cosa que hacer que repararlo —dijo el pasajero con un tono frío, dejando pasar toda aquella gárrula e inútil palabrería.

—¿Y cómo, caballero, de qué manera? —preguntó Thompson con suma amabilidad.

—Improvisando desde mañana una excursión, en vez de detenernos dos días más en Funchal.

—¡Imposible! —replicó Thompson—. La agencia no ha preparado nada, no ha previsto nada. Nos falta ya el tiempo. Una excursión exige ser maduramente estudiada con atención, organizada de antemano. Exige grandes y numerosos preparativos...

Una carcajada general cortó la palabra a Thompson. ¡Habían sido magníficos los preparativos hechos por la agencia para las excursiones precedentes! Pero Thompson no se aturdió, no se dejó arrollar.

—¡Imposible! —repitió con nueva energía.

Algo había en su voz que mostraba que respecto de aquel particular sería inconvencible. El orador, intimidado, no insistió.

—¡Entonces, vámonos! —gritó una voz agria entre los pasajeros.

Al oír semejante proposición, Thompson hízola suya en el acto.

—¿Partir, señores? ¡Pero si yo no quiero otra cosa! La agencia está por entero a su servicio, inútil es repetirlo. Veamos; vamos a someter el asunto a votación.

—¡Sí, sí, partamos! —gritó la unanimidad de los pasajeros.

—Se hará según su deseo —declaró Thompson—, en esta circunstancia, como siempre, ¡yo me atrevo a afirmarlo!

Renunciando a ir a tierra, dio nuevas instrucciones al capitán Pip, mientras que Piperboom, viendo que decididamente no se iría a Funchal aquel día, se tendió tranquilamente en una mecedora y encendió su eterna pipa. Nada podía ser imprevisto para su soberbia indiferencia.

No era, empero, posible aparejar en el acto. Era preciso esperar la vuelta de los ocho pasajeros que habían partido la antevíspera;

vuelta que no debía tardar ya. Antes de las cinco habrían tornado a bordo.

En el transcurso de aquel día tuvo Thompson ocasión de ejercer sus raras facultades de diplomático. Aun cuando se hubiese firmado un tratado de paz entre los beligerantes, la paz no residía en el fondo de los corazones.

Adversarios y partidarios de aquella partida apresuradamente votada, Thompson sólo contaba enemigos a bordo.

A este respecto, fingía una admirable ignorancia. Nadie le dirigía la palabra; casi, casi se apartaban de su paso. Todas aquellas pequeñeces se deslizaban sin herirle. Sonriente, como de costumbre, atravesaba los grupos hostiles con su habitual desenvoltura.

Esto no obstante, hacia las cinco de la tarde experimentó un verdadero malestar. Saunders y Hamilton iban a volver. ¿Qué dirían los eternos gruñones de aquel nuevo ataque al programa? Thompson sentía frío en la medula.

Pero las cinco, las seis, las siete sonaron sin que los excursionistas estuviesen de vuelta. Durante la comida los pasajeros hablaron acerca de aquel inexplicable retraso, y las familias Hamilton y Blockhead comenzaron a alarmarse seriamente.

Todavía vieron aumentar su inquietud cuando la noche hubo entrado sin que ninguna nueva llegase de los pasajeros. ¿Qué podía haberles acontecido?

—Todo, caballero, todo, y el resto —dijo confidencialmente Johnson con una voz pastosa al *clergyman* Cooley, que retrocedió sofocado por el vaho del prudente borracho.

A las nueve y media decidíase Thompson a ir en busca de informes a Funchal, cuando, al fin, una embarcación se acercó al *Seamew* por estribor. Sucesivamente viose llegar al puente a los excursionistas retrasados; pero ¡ay!, disminuidos en número.

¡Alegre partida; regreso triste! ¡Cuán largo les había parecido el camino de vuelta a Funchal!

En primer término, hubieron de ocuparse exclusivamente de Dolly, cuya razón parecía haber sido arrebatada por aquella catástrofe. Durante largo tiempo habíanse multiplicado todos en torno a ella. Tan sólo Roger, a fuerza de buenas palabras, consiguió atenuar aquella espantosa desesperación.

Cuando la lasitud hubo, por fin, dulcificado los primeros sollozos

en la infortunada joven, ingenióse Roger en infundirle esperanza. Morgand era diestro y valiente; él salvaría a aquélla por quien se había sacrificado. Durante una hora Roger repitió sin cansarse la misma seguridad, y poco a poco una calma relativa penetró en el alma desolada de Dolly.

Ayudóla entonces a subir hasta el camino donde esperaban los caballos; después, habiéndola colocado en la silla, permaneció a su lado repitiendo obstinadamente palabras de esperanza y de consuelo.

Jack, sombrío y absorto en sí mismo, no había tratado de intervenir entre ellos.

No se había aprovechado de sus lazos de parentesco para reclamar aquel papel de benéfico consolador. Hasta hubiera parecido extraña aquella indiferencia a sus compañeros, si éstos no hubiesen tenido el espíritu demasiado herido por la repentina catástrofe para poder notar nada de lo que en torno pasaba. Caminaba en silencio, pensando en los lamentables sucesos que acababan de desarrollarse. Ni uno hubo que abrigara aquella esperanza que Roger trataba caritativamente de sugerir a Dolly.

Lentamente habían seguido el camino que corre a lo largo de la pendiente oriental del «Curral das Freias», hasta su punto de intersección con el Camino Nuevo. Durante todo aquel largo trayecto no habían cesado de hundir sus miradas en la bullente agua, cuya cólera parecía irse ya apaciguando. Al caer la tarde alcanzaron el Camino Nuevo, que les alejó con rapidez del torrente en el que dos de sus amigos habían desaparecido.

Una hora más tarde estaban en Funchal, y una barca les transportaba al *Seamew*, donde Thompson les esperaba con una impaciencia no desprovista de angustia.

Thompson sacó de aquella angustia el valor de la desesperación. Más valía acabar de un golpe.

Habíase, pues, precipitado ante los retrasados. Precisamente fue el *baronet* el primero que asomó en el portalón; pero los gruñidos que se dejaban percibir detrás de él denunciaban la proximidad del terrible Saunders. Thompson tenía frente a sí a uno de sus enemigos; el otro no estaba lejos.

—¿Cómo llegan tan tarde, señores? —exclamó, llamando en su ayuda a la más seductora sonrisa, sin reflexionar en que la

oscuridad neutralizaba y hacía nulo su efecto—. Comenzábamos todos a experimentar muy grande inquietud.

En el estado de sus relaciones con el administrador general, aquella expresión de inquietud debía sorprender a Hamilton y a Saunders; pero, preocupados éstos de otra cosa muy distinta, escuchaban a Thompson sin comprender, mientras los demás excursionistas llegaban a su vez sobre cubierta y se colocaban allí en semicírculo inmóviles y silenciosos.

—Os esperábamos nosotros con tanta mayor impaciencia —prosiguió Thompson con volubilidad—, cuanto que en vuestra ausencia estos caballeros y estas señoras me han pedido, han exigido de mí (¡yo me atrevo a afirmarlo!) una pequeña modificación al programa.

Tembloroso y anhelante había Thompson pronunciado sus últimas palabras. No recibiendo respuesta, se enardeció, adquirió bríos.

—¡No gran cosa, en verdad! Esos caballeros y esas damas encuentran un poco larga la estancia en Funchal y desearían abreviarla, partiendo esta misma noche. Yo supongo que no tendrán ustedes objeciones que presentar contra esta modificación que nos hace ganar dos días sobre los tres que llevamos de retraso.

Siempre la misma respuesta: el silencio. Sorprendido Thompson por lo fácilmente que había logrado el éxito, contempló con mayor atención a sus mudos oyentes. Lo extraño de su actitud le hirió súbitamente. Dolly lloraba, apoyada en el hombro de Roger. Sus cuatro compañeros esperaban gravemente que el charlatán de Thompson les permitiera decir una palabra, que debía ser grave, a juzgar por la expresión de sus rostros.

Con una mirada recorrió Thompson el grupo de excursionistas y advirtió dos vacíos.

—¿Les ha acontecido algo a ustedes? —preguntó con la voz súbitamente temblorosa.

Como provocado por un misterioso presagio, un gran silencio se hizo entre los pasajeros, que se agruparon febrilmente en torno de Thompson.

—¿*Mr. Lindsay*? —insistió éste—. ¿*Mr. Morgand*...?

Saunders, con un gesto desolado, comentó un sordo sollozo de Dolly. Después, por fin, Jack Lindsay, adelantándose un poco a sus

compañeros, iba a tomar la palabra, cuando de súbito retrocedió palideciendo y con el brazo extendido.

El interés de la escena había monopolizado la atención general. Nadie se había preocupado de lo que pudiera pasar al otro lado del buque. Al movimiento hecho por Jack, todas las miradas se dirigieron hacia el punto que éste designaba.

Entonces, a la claridad de los fanales, un grupo trágico se ofreció a la vista. La frente ensangrentada, los vestidos chorreando y manchados de lodo, Roberto Morgand estaba allí, sosteniendo a Alice Lindsay, desfallecida, pero alzando, no obstante, enérgicamente su rostro de una palidez cadavérica.

Ella fue quien cuidó de contestar a la pregunta de Thompson.

—Henos aquí —dijo sencillamente, fijando sus ojos ardorosos de fiebre sobre su cuñado que retrocedió, más pálido aún que ella misma.

—Henos aquí —respondió Roberto con voz que sonaba como una acusación, una amenaza, un reto.

CAPÍTULO XVI

LA APARICIÓN DE LA LUNA ROJA



sí, pues, los acontecimientos venían a dar la razón a Saunders. El cielo de Thompson se oscurecía, y he aquí que se alzaba la luna roja, cuyos resplandores había distinguido el agrio profeta en el firmamento de Horta.

La discusión que Thompson había debido sostener contra la mayoría de sus pasajeros, ¿tendría compañeras?

El porvenir habría de decirlo; pero muy cierto era que algo se había roto entre el administrador general y sus administrados.

El sueño, dícese, puede remplazar al alimento para un estómago hambriento; pero no había podido devolver el buen humor a los turistas irritados, y el *spardek* viose poblado de paseantes descontentos en la mañana del 2 de junio.

Y todavía era una suerte para Thompson el que su latente cólera se hubiese amortiguado ante los acontecimientos de la víspera. Único asunto de conversación, monopolizando la atención de todos ellos, dulcificaron los primeros encuentros, que, en otro caso, habrían sido más fértiles en tormentas.

Unánimemente compadecían los pasajeros a *Mr.* Lindsay por haber corrido semejante riesgo, y exaltaban, sobre todo, el heroísmo de Roberto Morgand. Para sus compañeros de viaje, ya bien dispuestos en su favor por la corrección de sus maneras y también —preciso es confesarlo— por las habladurías de Thompson, se convertía ahora en todo un personaje, y una acogida halagüeña se

le preparaba para cuando hiciese su aparición sobre cubierta.

Pero fatigado sin duda por las emociones y los esfuerzos físicos de la víspera, más o menos herido acaso en su lucha contra el furioso torrente. Roberto no salió de su camarote en toda la mañana, y no dio a sus admiradores ocasión ninguna para expresar su legítimo entusiasmo.

Volviéronse, por consiguiente, hacia los testigos del drama. Saunders, Hamilton y Blockhead tuvieron que dar numerosas ediciones de la larga y dramática aventura.

No hay, con todo, asunto inagotable, y éste se agotó lo mismo que los demás. Cuando todos los pormenores fueron suficientemente comentados, una vez Roger hubo afirmado que su compatriota no experimentaba más que una ligera lasitud y que se levantaría probablemente después de mediodía, cesaron los pasajeros de ocuparse de Alice y Roberto, volviendo a verse acosados por sus respectivas preocupaciones personales.

A Thompson entonces se le puso de vuelta y media. Si las palabras desagradables poseyesen la cualidad de la pesantez, hubiera sido indudablemente aplastado. Divididos en grupos, las víctimas de la agencia desahogaron su bilis unos en otros y bajo formas diversas.

Toda la letanía de los agravios volvió a desfilar de nuevo, sin que fuera olvidado ni uno solo, recordados sobre todo por Hamilton y Saunders.

Sin embargo, pese a los esfuerzos de esos dos provocadores, el mal humor continuó siendo platónico. A nadie se le ocurrió la idea de acudir con sus quejas a Thompson: ¿para qué? Éste, aunque quisiera, nada habría podido cambiar en el pasado. Ya que se había tenido la necedad de creer en las promesas de la agencia, menester era sufrir las consecuencias hasta el fin, próximo, por otra parte, de aquel viaje, cuyo último tercio no valdría, indudablemente, más que los dos primeros.

Por el momento, aquella tercera parte del viaje comenzaba mal. Apenas dejaba Madeira, cuando un nuevo contratiempo vino a poner a prueba la paciencia de los pasajeros. El *Seamew* no avanzaba. No se necesitaba ser marino para darse cuenta de la increíble disminución de su velocidad. ¿Dónde estaban aquellos doce nudos anunciados, prometidos, sostenidos... durante unos muy

pocos días? ¡Apenas si a la sazón se hacían cinco millas por hora! Un barco de pesca hubiera podido seguirle fácilmente.

Por lo que hace a la causa de aquella excesiva lentitud, fácil era adivinarla por los ruidos de la máquina, que gemía, jadeaba, rechinaba lamentablemente en medio de los silbidos del vapor que se escapaba por las válvulas.

De aquella suerte, se necesitarían cuarenta y ocho horas para arribar a Canarias; todo el mundo lo comprendía. Pero ¿qué hacerle? Nada, indudablemente, según había el capitán Pip declarado a Thompson, desolado también por aquel retraso tan perjudicial para sus intereses.

Sufrióse en silencio aquel contratiempo. Comprendiendo la inutilidad de la cólera, se dejaron invadir por la tristeza; la lasitud había venido a remplazar en los semblantes a toda expresión amenazadora.

Muy profunda debía de ser aquella tranquilidad para que los pasajeros no la perdieran en el curso del almuerzo, que se verificó a su hora habitual; y, sin embargo, bien sabe Dios que aquel almuerzo podía servir de tema para las más legítimas quejas.

De creer es que Thompson trataba de restablecer un equilibrio económico, cruelmente comprometido por los sucesivos retrasos, ya que la mesa se había resentido bastante. ¡Qué diferencia tan grande entre ese almuerzo y aquella otra comida, durante la cual había dado salida Saunders por primera vez a su bilis!

Ni aun entonces pensó nadie, sin embargo, formular quejas que habían de ser estériles. Cada uno devoró en silencio su bastante mediocre pitanza. Thompson, que miraba a sus víctimas con el rabillo del ojo, tenía razón para creer que todos se hallaban definitivamente domeñados. Tan sólo Saunders dejaba de rendir armas, y con gran cuidado inscribió aquel nuevo agravio en el cuaderno donde anotaba sus gastos diarios. Nada debía olvidarse; gastos y agravios se arreglarían a un mismo tiempo.

Al aparecer Roberto a las dos de la tarde en el *spardek* dio alguna animación a aquella aburrida asamblea. Todos los pasajeros se precipitaron a su encuentro, y más de uno que jamás le había hasta entonces dirigido la palabra le estrechó calurosamente la mano aquel día.

El intérprete acogió con una cortés modestia los cumplimientos

que se le dirigieron; y tan pronto como pudo, se aisló con Dolly y Roger.

Apenas se separaron los importunos, Dolly, con los ojos llenos de alegres y gozosas lágrimas, habíale cogido ambas manos. Roberto, vivamente conmovido por su parte, no rechazó los testimonios de tan natural reconocimiento. Un tanto embarazado, empero, agradeció vivamente a su compatriota el que acudiera en su ayuda.

—Ahora que nos hallamos ya nosotros solos —dijo Roger, tras breves instantes—, ¿tendrá usted la bondad de referirnos las peripecias de su salvamento?

—¡Oh, sí, señor Morgand! —suplicó Dolly.

—¿Qué quieren que les diga? —respondió Roberto—. En el fondo, nada puede ser más fácil y más lógico.

Sin embargo, a pesar de sus protestas, tuvo que hacer a sus amigos un relato, que Dolly escuchó apasionadamente.

Se lanzó al torrente pocos segundos después que Alice, y tuvo la suerte de alcanzarla en seguida; pero en aquella corriente furiosa, agitada por terribles remolinos, jamás hubiera conseguido salvar ni a *Mr. Lindsay* ni a sí mismo sin un árbol enorme que, arrancado en las pendientes superiores de la montaña, era arrastrado también por la corriente y que se transformó en almadía salvadora.

Desde aquel momento el papel de Roberto quedaba muy simplificado. Llevados por aquel árbol, *Mr. Lindsay* y él se hallaban casi fuera de peligro; sirviéndose de una fuerte rama, a guisa de bichero, habían conseguido empujar hacia la orilla izquierda al árbol salvador, que se enredó en el suelo.

El resto se comprendía por sí mismo. A costa de mil fatigas habían llegado exhaustos hasta una choza. De allí, sobre hamacas ya, habían regresado a Funchal y al *Seamew* luego, a tiempo de tranquilizar a sus compañeros.

Tal fue el relato de Roberto. Dolly se lo hizo repetir hasta la saciedad, queriendo conocer hasta el más insignificante pormenor.

La campana, avisando para la comida, vino a sorprenderla en medio de aquellas alegrías. Para ella el día se había deslizado como un sueño.

No hubieran, por desgracia, podido decir lo mismo los otros pasajeros, sobre quienes continuaba gravitando aún la tristeza, cambiando los minutos en horas y las horas en siglos. Si los tres

interlocutores, abstraídos como estaban, no se habían dado cuenta de ello, durante la comida tuvieron forzosamente que notarlo, pues la mesa estaba tan silenciosa aquella noche como lo había estado durante el almuerzo. Todos se fastidiaban, salvo, quizá, los insensibles Johnson y Piperboom. ¿Cómo era posible que éstos no se fastidiasen nunca, insaciable esponja el uno, abismo sin fondo apreciable el otro?

Piperboom, como de costumbre, estaba de continuo fumando tranquilamente en su pipa, cuyas nubes se llevaban consigo los miserables cuidados de los hombres. Por el momento, indiferente a la diversa calidad de los alimentos, se los engullía sencillamente, porque tal era su misión aquí abajo.

Digno *pendant* de esta poderosa máquina de digerir, Johnson, en el otro extremo de la mesa, se escanciaba variados licores, de manera a propósito para causar la admiración del espectador más difícil de admirarse. Definitivamente achispado, manteníase tieso sobre su silla, con la frente pálida, coronando un semblante escarlata, la mano incierta, la mirada vaga y turbia.

Ambos, en la imposibilidad de hablar y de comprender, no conocían el descontento que en torno de ellos reinaba, y aun cuando lo conocieran, no lo habrían admitido.

¿Puede haber viaje desagradable cuando se bebe hasta saciarse y cuando se come hasta estallar?

Pero aparte de aquellos dos afortunados mortales no se veían en torno de la mesa más que caras enfurruñadas. Resultaba evidente que si los convidados de Thompson no eran aún sus enemigos declarados, con mucha dificultad habría podido encontrar entre ellos un amigo.

Uno quedábale, sin embargo. A la primera mirada un recién llegado hubiera distinguido a ese pasajero en medio de todos los otros. Poco le importaba que sus palabras no hallasen eco y se perdiesen amortiguadas en la frialdad hostil de sus compañeros.

Por enésima vez contaba el drama que estuvo a punto de costar la vida a *Mr. Lindsay*, y, sin tener para nada en cuenta la falta de atención de sus vecinos, mostrábase pródigo de interjecciones admirativas acerca de Roberto Morgand.

—¡Sí, señor —exclamaba—, eso es verdaderamente heroico! La ola era alta como una casa, y nosotros la veíamos llegar a toda

velocidad. Aquello, señor, causaba espanto, y ha sido preciso un valor extraordinario en el señor profesor para saltar allí dentro. Yo, yo que os hablo, no lo hubiera hecho, lo confieso. ¡Franco como el oro, caballero, franco como el oro!

¡Ah! ¡En verdad que era un verdadero amigo el que poseía Thompson en la persona del honorable tendero honorario! Y, no obstante, tal es el poder de la avaricia, Thompson iba a colocarse en inminente riesgo de perder para siempre aquel amigo.

Acababan de levantarse de la mesa. Los pasajeros habíanse vuelto al *spardek*, cuyo silencio apenas si turbaban.

Sólo Blockhead continuaba manifestando *urbi et orbi* su perpetua satisfacción, y especialmente a su agradable familia, aumentada con el infortunado Tigg. Mantenido a raya por sus dos carceleros.

—¡Abel —decía solemnemente Blockhead—, no olvidéis jamás todo lo que os ha sido dado ver en este magnífico viaje...! Yo espero...

¿Cuál era la esperanza de Blockhead? El tendero honorario no pudo explicarse a este respecto. Thompson le abordaba, llevando un papel en la mano.

—Usted me perdonará, *Mr.* Blockhead —dijo Thompson—, por presentarle mi cuentecita. Un antiguo comerciante no hallará irregular el que los negocios se traten con la regularidad debida.

De repente Blockhead pareció conmovido; su faz bonachona tornóse menos alegre.

—¿Una cuenta? —dijo, rechazando con la mano el papel que le alargaba Thompson—. Nosotros, según creo, no podemos tener cuenta ninguna, caballero. Nosotros hemos pagado ya, señor mío.

—No del todo —rectificó Thompson, sonriendo.

—¿Cómo...! ¿No del todo? —balbució Blockhead.

—Su memoria le hace traición. ¡Yo me atrevo a afirmarlo, mi querido señor! —insistió Thompson—. Si usted tiene a bien hacer un esfuerzo, no podrá menos de recordar que pagó cuatro billetes enteros y un medio billete.

—Es cierto —dijo Blockhead, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Pues bien —continuó Thompson—: este medio billete era para su hijo, Abel, aquí presente, quien no contaba todavía diez años en el instante de la partida. ¿Tendré necesidad de recordar a su padre

que hoy mismo precisamente cumple esa encantadora edad?

Blockhead se había vuelto realmente pálido, a medida que Thompson hablaba. ¡Atreverse a llamar a su bolsa!

—Y entonces... —insinuó con voz trémula.

—No hay ya ninguna razón —respondió Thompson— para hacer que Abel continúe beneficiándose de la reducción consentida. No obstante, inspirado por el deseo de conciliarlo todo, y considerando que el viaje se ha realizado ya en parte, la agencia ha renunciado espontáneamente a aquello que le es debido. Puede usted convencerse de que la cuenta asciende a diez libras, ni un céntimo más.

Esto diciendo, Thompson deslizó suavemente la minuta entre los dedos de su pasajero, y con la faz sonriente esperó la respuesta. El semblante de Blockhead había perdido decididamente su habitual serenidad. ¡Qué cólera tan hermosa habría sido la suya, apoco que su alma plácida hubiera sido accesible a la violencia de ese sentimiento! Pero Blockhead no conocía la cólera. Con los labios blancos, plegada la frente, permanecía silencioso, aplastado bajo las miradas un tanto burlonas de Thompson.

Desgraciadamente para éste, no había contado con la huésped. El inofensivo Blockhead poseía muy temibles aliados. De pronto el señor administrador general vio, a tres pulgadas de sus ojos, tres pares de garras aceradas, precediendo a tres bocas armadas de terribles dientes, en tanto que un triple grito resonaba en sus orejas.

Mr. Georgina y las dulces Mary y Bess acudían presurosas en socorro y auxilio de su jefe.

Volvióse Thompson del lado de los asaltantes, y a la vista de aquellas caras convulsas por el furor, fue acometido de un terror pánico. Rápidamente se batió en retirada; mejor dicho, se puso en salvo, dejando a *Mr.* Georgina, *Miss* Bess y *Miss* Mary arrojarle en brazos de Absyrthus Blockhead, que con dificultad recobró el aliento.

CAPÍTULO XVII

EL SEGUNDO SECRETO DE ROBERTO MORGAND



Todos dormían aún a bordo del *Seamew* cuando al día siguiente por la mañana Jack Lindsay aparecía por la escalera de los camarotes.

Con paso incierto recorrió algunos instantes el *spardek* y luego, yendo maquinalmente a sentarse sobre uno de los bancos de babor, se recostó sobre la barandilla y dejó errar distraídamente sus miradas sobre el mar.

Un ligero vapor en el horizonte del Sudeste anunciaba la primera Canaria. Pero Jack no veía a aquella nube de granito; no prestaba atención más que a sí mismo. De nuevo reviví la escena del torrente. De nuevo oía como si aún estuviera resonando en sus oídos el grito de angustia vanamente lanzado por Alice.

En aquella cuestión su espíritu se planteaba por enésima vez algo inquietante. ¿Lo habría comprendido también Alice?

Sí, lo había comprendido; ella había visto claramente como se retiraba la mano tendida... Ahora iba sin duda a obrar, a buscar fuera de sí misma una protección necesaria... ¡A denunciarle tal vez...! Y entonces, ¿qué haría él?

Pero un análisis más severo le tranquilizaba. No, Alice no hablaría; jamás consentiría en lanzar el escándalo sobre el nombre que ella misma llevaba. Aun cuando de todo se hallase enterada, callaría.

Además, ¿había comprendido Alice? Nada lo probaba. Todo

debió de permanecer muy confuso en aquel caos de los elementos de las almas. A fuerza de pensar en ello, Jack llegó a tranquilizarse plenamente por aquel lado. Ninguna dificultad había, por consiguiente, en que viviera como antes con sus compañeros, sin exceptuar a la confiada Alice...

«¡Y viva!», añadía en su interior. Aun poniéndolo todo en lo mejor, fuéle, cuando menos, preciso reconocer el deplorable éxito del plan súbitamente concebido. Alice se hallaba a bordo del *Seamew* bien viva y dueña todavía de una fortuna que se negaba a compartir. Por lo demás, aun cuando hubiera muerto, no por eso serían menos irrealizables las esperanzas de Jack. No hubiera sido Dolly más fácilmente conquistable que su hermana; no podía él desconocerlo. La desesperación de la joven, echando por tierra todas las conveniencias usuales, habría bastado para que el más ciego se diera cuenta del estado de su corazón; Jack debía renunciar para siempre a hacerse dueño de aquel corazón que pertenecía por entero a Roger de Sorgues.

Y entonces, ¿a qué...?

A menos sin embargo..., insinuaba una voz interior. Pero Jack, alzando desdeñosamente los hombros, rechazaba aquellas sugerencias insensatas. Pasivo hasta entonces, ¿iba a convertirse en un asesino altivo y a atacar abiertamente a dos mujeres...? ¡Locuras...! A falta de otras razones, un crimen semejante hubiera sido demasiado absurdo. El culpable, único heredero de las víctimas, sería forzosamente el primero sobre quién recayeran todas las sospechas.

Y además, ¿cómo podría burlar la celosa vigilancia de Roger de Sorgues?

No, aquello no resistía al examen. Nada había que hacer más que esperar. Espera tranquila, si no había ningún testigo de la tentativa abortada. Pero sobre este punto Jack consideraba absoluta su seguridad. Bien solo estaba con Alice cuando ésta tendiera hacia él sus brazos suplicantes; nadie se encontraba allí cuando la corriente furiosa había arrebatado a la joven en su torbellino. ¿Otro? ¿Quién?

En el preciso momento de plantearse irónicamente esta cuestión, sintió Jack que una mano se posaba sobre su espalda con firme energía...

Roberto Morgand se hallaba ante él.

—¡Caballero! —balbució Jack en un tono que en vano se esforzaba para que apareciera tranquilo.

Cortóle Roberto la palabra con un gesto, en tanto que su otra mano le apretó también.

—¡Yo lo vi! —dijo tan sólo, con una frialdad preñada de amenaza.

—¡Caballero! —intentó replicar Jack—. Yo no comprendo...

—¡Yo lo vi! —repitió Roberto con un tono más grave, en el cual pudo percibir Jack una solemne advertencia y un aviso.

Enderezóse, una vez libre aquél, y sin fingir por más tiempo ignorancia.

—¡He aquí un extraño comportamiento! —dijo con altivez—. La agencia Thompson ha escogido de modo singular sus empleados. ¿Quién le ha dado a usted derecho de ponerme la mano encima?

—Usted mismo —respondió Roberto, no dignándose acusar la intención injuriosa contenida en las frases del pasajero americano—. Todo el mundo tiene el derecho de poner la mano en la espalda de un asesino.

—¡Asesino! ¡Asesino! —repitió Jack Lindsay sin conmoverse—. Así pues, tiene usted la pretensión de detenerme —añadió con cinismo, sin hacer el menor esfuerzo para disculparse.

—Todavía no —dijo fríamente Roberto—. Por el momento me limito a darle a usted este aviso y a hacerle esta advertencia. Si sólo la casualidad me ha colocado esta vez entre *Mr.* Lindsay y usted, en lo sucesivo, sépalo, en lo sucesivo será mi voluntad...

Jack alzó los hombros.

—Entendido, amigo, entendido —asintió, con insolente ligereza—. Pero usted ha dicho: «todavía no». ¿Es, acaso, que más adelante...?

—Yo daré cuenta de ello a *Mr.* Lindsay —interrumpió Roberto, sin perder la calma—. Ella es la que, instruida por mí, habrá de decidir.

Esta vez perdió Jack su actitud arrogante.

—¡Advertir a Alice! —exclamó con los ojos relampagueantes de cólera.

—Sí.

—¡Usted no hará eso!

—Lo haré.

—¡Tenga cuidado! —gruñó Jack, amenazador, avanzando un paso hacia el intérprete del *Seamew*.

Llególe a su vez a Roberto el turno de alzar los hombros, Jack, con un violento esfuerzo, había vuelto a quedar impasible.

—¡Tenga usted cuidado! —repitió con voz amenazadora—. ¡Tenga entonces cuidado por ella y por usted!

Y, sin esperar respuesta, alejóse bruscamente.

Una vez solo, púsose a su vez Roberto a pensar. Encontrándose cara a cara con el abominable Jack, había marchado directamente hacía su objeto, y había realizado sin tergiversaciones el proyecto resuelto. Aquella lección bastaría probablemente. De ordinario, los malvados son cobardes. Cualesquiera que fuesen las razones ignoradas, pero sospechadas, no obstante, que le hubieran empujado a aquel semicrimen, Jack Lindsay, sabiendo que estaba vigilado, perdería su audacia y *Mr.* Lindsay nada tendría ya que temer de su dañino pariente.

Terminada la ejecución de su plan, Roberto arrancó desdeñosamente de su espíritu la imagen de aquel antipático compañero de viaje, y dirigió sus miradas hacia el horizonte del Sudeste, donde el vapor de antes se había cambiado en una isla alta y árida, en tanto que más al Sur se alzaban confusamente otras tierras.

—Si usted lo tiene a bien, señor profesor, ¿quiere decirme qué isla es ésta? —preguntó tras él una voz burlona.

Roberto, al volverse, se encontró cara a cara con Roger de Sorgues. Sonrió, pero guardó silencio, porque después de todo no sabía el nombre de aquella isla.

—¡Mejor que mejor! —exclamó Roger, burlándose, pero amistosamente—. ¿Hemos, pues, olvidado consultar nuestra excelente «Guía»? Es, en verdad, una suerte que yo haya sido menos negligente.

—¡Bah! —dijo Roberto.

—Perfectamente. La isla que se alza ante nosotros es la isla Alegranza, señor profesor... ¿Por qué esa isla es alegre? Acaso, acaso, porque no tiene habitantes. Insulsa, árida, esa tierra salvaje no es, en efecto, visitada más que en la época de la recolección de una planta tintórea que constituye una de las riquezas de este

archipiélago. La nube que ve usted más al Sur, indica el lugar de la gran isla de Lanzarote. Entre Lanzarote y Alegranza, puede distinguirse a Graciosa, otra isla deshabitada, separada de Lanzarote por un estrecho canal. El Río, y Montaña Clara, simple peñasco, funesto con mucha frecuencia para los navegantes.

—¡Un millón de gracias, señor intérprete! —dijo gravemente Roberto, aprovechando el instante en que Roger se detenía para tomar aliento.

Echáronse a reír ambos compatriotas.

—Verdad es —prosiguió Roberto— que he abandonado atrozmente mis funciones desde hace algunos días. Pero también, ¿por qué hacerme perder mi tiempo en atravesar la isla de Madeira?

—¿Tan mal, pues, ha empleado usted el tiempo? —objetó Roger mostrando a su compañero a Alice y a Dolly, que, cogidas del brazo, se adelantaban lentamente hacia ellos.

El paso firme y seguro de *Mr. Lindsay* ponía bien a las claras de manifiesto que había recobrado ya por completo su salud. Un poco de palidez y algunas ligeras manchas en la frente y en las mejillas eran los últimos vestigios de la aventura, en la que tan de cerca tuvo la más espantosa muerte.

Roberto y Roger se habían precipitado al encuentro de las dos americanas, que, al descubrirlos, deshicieron el armonioso grupo que formaban.

Alice oprimió durante largo tiempo la mano de Roberto y clavó en él una mirada más elocuente que todas las verbales acciones de gracias.

—¡Usted, señora! —exclamó Roberto—. ¿No habrá alguna imprudencia en dejar tan pronto su camarote?

—Ninguna —respondió Alice, sonriendo—. Ninguna, gracias a usted, que tan bien supo protegerme a sus propias expensas durante nuestro viaje involuntario; involuntario, al menos para mí —añadió, poniendo en la mirada toda su calurosa gratitud.

—¡Oh, señora! ¿Qué cosa más natural? Los hombres son mucho menos frágiles que las mujeres. Los hombres, usted comprende...

En su confusión, Roberto se hacía un lío e iba a decir tonterías.

—En fin, señora —concluyó diciendo—, no hablemos más. Yo me conceptúo sumamente feliz por lo que ha acontecido, y, la verdad, no quisiera (sentimiento terriblemente egoísta) que hubiera

dejado de ocurrir lo que ha ocurrido. Por consiguiente, si de ello hubiera necesidad, yo me juzgaría pagado con mi propia alegría, y puede usted considerarse honradamente en paz para conmigo.

Y para evitar todo nuevo enternecimiento, condujo a sus compañeros hacia la barandilla, y se creyó en el deber de hacerles admirar las islas que se dibujaban cada vez con mayor claridad en el horizonte.

—Nos acercamos, señoras, como ustedes ven, al fin de nuestro viaje —dijo con volubilidad—. He aquí ante nosotros la primera Canaria: Alegranza. Es ésta una isla árida, inculta y deshabitada, salvo en la época de la recolección de una planta tintórea, que constituye una de las riquezas de este archipiélago. Vías al Sur se distingue la isla de Río, separada por un brazo de mar, la Montaña Clara; un islote igualmente deshabitado, llamado Lanzarote, y Graciosa, simple peñasco perdido...

No pudo acabar Roberto su fantástica descripción. Una gran carcajada de Roger vino a dejarle con la palabra en la boca.

—¡Qué gracia! —exclamó el oficial al escuchar aquella traducción demasiado libre de su conferencia.

—Decididamente —dijo Roberto, haciéndole coro—, necesito estudiar un poco todavía las islas Canarias.

Hacia las diez, habiendo llegado a cinco millas de Alegranza, el *Seamew* puso la proa casi exactamente al Sur. Una hora después se cruzaba ante el peñasco de Montaña Clara, cuando sonó la campana llamando a los pasajeros.

El menú continuaba su marcha descendente. La mayor parte de los pasajeros, sumidos en una huraña y feroz resignación, no dieron muestras de fijar en ello la atención. Pero Alice, que no contaba a su favor con las enseñanzas del día anterior, experimentó alguna sorpresa, y hasta llegó un momento que no pudo reprimir un ligero gesto de desagrado.

—Es éste, señora, el sistema de las compensaciones —le dijo atrevidamente Saunders, a través de la mesa—. A viaje largo, mala mesa.

Alice sonrió, sin contestar; en cuanto a Thompson, hizo como que no había oído a su encarnizado perseguidor. Limitóse en señal de indiferencia, a hacer chasquear su lengua con aire satisfecho. ¡Él se hallaba contento de su cocina!

Cuando se subió de nuevo sobre cubierta, el buque había rebasado ya el islote de Graciosa y comenzaba a seguir, con una velocidad constantemente más reducida, las costas de Lanzarote.

¿No hubiera debido encontrarse allí en su puesto Roberto Morgand para comentar el espectáculo que se ofrecía a las miradas de los pasajeros, pronto a contestar todas las dudas? Sí, sin duda; y, no obstante, el cicerone del *Seamew* permaneció invisible hasta la noche.

Por lo demás, ¿qué hubiera podido decir? La costa occidental de Lanzarote se desarrollaba con uniformidad, desplegando unas rocas agrestes que desde las Azores comenzaban a resultar ya un poco monótonas.

En primer término, un elevado promontorio, el Macizo de Famara; después la costa, más baja, se cubre de cenizas volcánicas, que forman un verdadero ejército de conos negros, para llegar por fin, a la playa Quemada, cuyo nombre indica ya con bastante claridad que nada tiene de fértil. Por doquier, la desolación; por todas partes rocas andas y tristes. Ninguna ciudad algo importante sobre aquella costa occidental que animan tan sólo rocas y miserables aldeas, cuyos oscuros nombres puede muy bien ignorar el cicerone mejor informado.

De los dos centros comerciales de la isla, el uno, Teguiise, se halla en el interior, y el otro. Arrecife, ofrece sobre la costa oriental el abrigo de su excelente muelle. Sólo en estas regiones y en otras análogas expuestas a los alisios del Nordeste, que llevan consigo una benéfica humedad, es donde la vida ha podido establecerse, en tanto que el relato de la isla, y especialmente la parte costeadada por el *Seamew*, ha sido transformada por la sequía en verdaderas estepas.

He aquí todo lo que Roberto Morgand podría haber dicho, de saberlo y de encontrarse allí. Como ninguna de esas dos condiciones se había cumplido, forzoso hubo de serles a los turistas pasarse sin cicerone, de lo cual, por otra parte, no parecieron darse cuenta. Con la mirada lánguida, el aspecto abatido, dejaban ellos huir de conserva el buque y el tiempo sin mostrar ninguna curiosidad.

Tan sólo Hamilton y Saunders poseían aún un poco de belicoso ardor. El mismo Blockhead parecía sensiblemente deprimido desde la víspera.

Durante aquella tarde, Roger, como de costumbre, hizo compañía a las pasajeras americanas. Repetidas veces manifestaron ellas extrañeza ante la ausencia de Roberto, ausencia que su compañero explicó por la necesidad de estudiarse su «Guía». ¡Y bien sabía Dios que aquella necesidad era real!

Una vez encauzada la conversación, los oídos del cicerone-intérprete del *Seamew* se hubieran recreado muy agradablemente con las grandes alabanzas que Dolly le dedicaba y que Roger aprobaba enérgicamente.

—Lo que ha hecho por *Mr. Lindsay* —terminó diciendo— es simplemente heroico. Pero Roberto Morgand es de esos hombres que realizan siempre con sencillez lo que deba realizarse. Es un hombre en toda la extensión de la palabra.

Soñadora, Alice escuchaba esos elogios con la mirada perdida en el horizonte, vago como los pensamientos de que su alma se hallaba agitada...

—¡Buenos días, Alice! Me alegro en el alma de ver que ha recobrado la salud —dijo de pronto un personaje cuya aproximación no habían notado los cuatro abstraídos interlocutores.

Mr. Lindsay tuvo un sobresalto, que reprimió en seguida.

—Se lo agradezco, Jack —dijo con voz tranquila—. Mi salud, en efecto, es excelente.

—Ninguna nueva podría serme más agradable —respondió Jack, lanzando, a pesar suyo, un suspiro de alivio.

Aquel primer choque, que tanto él temiera, había tenido lugar, y vio que salía de él con honra. Hasta entonces, por lo menos, dedujo que su cuñada no sabía nada.

Hallóse satisfecho con semejante certidumbre y se animó de un modo excepcional. En vez de mantenerse retirado, se mezcló en la conversación. Dolly y Roger, que no volvían de su asombro, conversaban con él tranquilamente, mientras que Alice parecía con el espíritu muy lejano de allí y no oír nada de lo que en torno suyo se decía.

Hacia las cuatro el *Seamew* dejó tras de sí la isla de Lanzarote y comenzó a costear las orillas, casi idénticas, de Fuerteventura. De no ser La Bocaina, canal de diez kilómetros de ancho que separa ambas islas, no se hubieran dado cuenta del cambio.

Roberto persistía en su ausencia. En vano fue que Roger,

intrigado arte aquella completa desaparición, fuese al camarote en busca de su amigo. El señor profesor no estaba en él.

No se le volvió a ver hasta la comida, que fue tan triste y sombría como el almuerzo; después, apenas terminó ésta, desapareció de nuevo, y Alice, vuelta al *spardek*, pudo observar, al venir la noche, cómo se iluminaba la claraboya del camarote de su casi invisible salvador.

Roberto continuaba ausente, y cuando las pasajeras americanas se retiraron, pudieron percibir todavía la lámpara del estuudio.

—¡Está trabajando rabiosamente! —dijo riendo Roger, que acompañaba a las dos hermanas.

Ya en su camarote, Alice no se acostó con su tranquilidad acostumbrada; sus manos, perezosas, se retrasaban; más de una vez se sorprendió a sí misma sentada y soñando, habiendo interrumpido, sin darse cuenta, los cuidados de su *toilette* nocturna. Algo había cambiado que ella no hubiera sabido decirse. Una indefinible angustia pesaba sobre su corazón.

En el camarote próximo un ruido de páginas vueltas le había probado que Morgand estaba allí, y que trabajaba, en efecto. Pero pronto tuvo Alice un sobresalto. Se había cesado de hojear páginas. Cerrado el libro con un golpe seco, una silla había sido arrastrada, y en seguida el ruido de la puerta que se cerraba reveló a la indiscreta espía que Roberto Morgand había subido a cubierta.

—¿Es tal vez porque nosotras no estamos allí? —se preguntó involuntariamente Alice.

Con un rápido movimiento de cabeza, desechó aquella idea, y deliberadamente acabó su *toilette*. Cinco minutos después, extendida en su lecho, trataba de llamar al sueño, que debía tardar en acudir algo más de lo ordinario.

Roberto, experimentando tras aquel día de riguroso encierro la necesidad de tomar el aire, había, en efecto, subido a cubierta.

Luminoso en la oscuridad de la noche, atrájole el *spardek*. Con una mirada vio que la ruta era el Sudoeste, infiriendo de ello que el *Seamew* se dirigía hacia la Gran Canaria. No teniendo qué hacer, volvió hacia atrás y se dejó caer en una silla al lado de un fumador, a quien no vio. Por un instante su mirada flotó en la sombra sobre el mar invisible, inclinóse después, y con la frente en las manos perdióse en profundos pensamientos.

—¡Pardiez! —dijo de pronto el fumador—. ¡Estáis bien tenebroso esta noche, señor profesor!

Roberto dio un salto y se puso en pie. El fumador se había levantado al propio tiempo, y a la luz de los fanales Roberto reconoció a su compatriota Roger de Sorgues, alargándole cordialmente la mano y con una sonrisa amistosa en los labios.

—Es cierto —dijo—; sufro un poco.

—¿Enfermo? —interrogó Roger con interés.

—No, precisamente. Fatigado, más bien —repuso Roberto.

—¿Consecuencia del remojón del otro día?

Roberto hizo un gesto evasivo.

—Pero a la vez, ¡qué idea la de encerrarse durante todo el día! —continuó diciendo Roger.

Roberto repitió el mismo gesto, bueno decididamente para toda clase de respuestas.

—Trabaja usted, sin duda...

—Confiese que lo necesito —respondió Roberto sonriente.

—Pero ¿dónde diablos se ha metido usted para compulsar esas picasas «Guías»? —preguntó Roger de Sorgues—. Estuve llamando a su puerta, sin obtener respuesta.

—Es que llegó usted precisamente en el momento en que tomaba yo un poco de solaz al aire libre.

—¡Y no con nosotros! —dijo Roger con tono de reproche.

Roberto guardó silencio.

—No he sido yo sólo el extrañado por su desaparición. Esas señoras han manifestado muchas veces su disgusto por ello. Un poco, a ruegos de *Mr. Lindsay*, fui yo a llamar en su camarote.

—¡Sería cierto! —exclamó, a su pesar, Roberto.

—Veamos, entre nosotros —insistió amistosamente Roger—, ¿su reclusión no ha tenido otra causa que el amor al trabajo?

—No, ninguna otra.

—En ese caso —afirmó Roger—, ha abusado usted, y ha hecho mal. Su ausencia nos ha echado realmente a perder el día. Todos nosotros estábamos aburridos, y muy particularmente *Mr. Lindsay*.

—¡Qué idea! —exclamó Roberto.

La observación hecha por Roger, sin ninguna intención particular, acerca del descontento de *Mr. Lindsay*, no tenía nada de extraordinario; así es que hubo de causarle grande extrañeza el

efecto producido por aquellas palabras tan sencillas. Después de haber proferido su exclamación con un tono raro, Roberto se había separado en seguida; parecía preocupado, expresando su semblante embarazo y alegría al propio tiempo.

—Después de todo —prosiguió Roger, vivamente interesado, y tras un breve instante de silencio—, tal vez yo me aventuré demasiado al atribuir a la ausencia de usted la tristeza de *Mr. Lindsay*. Figúrese usted que durante toda la tarde hemos tenido que sufrir a ese pájaro de mal agüero, a Jack Lindsay, menos pródigo generalmente de sus desagradables amabilidades. Por excepción, el tal personaje estaba hoy jovial más bien. Pero su alegría es más enojosa aún que su frialdad, y no me admira el que su sola compañía hubiese bastado para fastidiar a *Mr. Lindsay*.

Roger miró a Roberto, que no despegó los labios, y prosiguió:

—Tanto más, cuanto que la pobre mujer se ha visto reducida a solas sus fuerzas para sostener aquel interminable asalto. *Miss Dolly* y yo la abandonamos cobardemente, olvidados del resto del mundo, incluidos ella y su cuñado.

Roberto esta vez dirigió los ojos hacia su compatriota, que por su parte no se hizo de rogar para completar sus confidencias.

—¿Cómo encuentra usted a *Miss Dolly*? —preguntó a su amigo acercando el asiento.

—Adorable —respondió Roberto con sinceridad.

—¿No es verdad...? Pues bien, mi querido amigo: quiero que usted sea el primero en saberlo. A esa joven adorable, usted es quien lo ha dicho, la amo y pienso casarme con ella a nuestro regreso.

No pareció Roberto muy sorprendido de aquella nueva.

—Esperaba un poco su confidencia —dijo sonriendo—. A decir verdad, su secreto es en este buque algo semejante al secreto de Polichinela. ¿Me permitirá usted, con todo, una pregunta? Apenas si conoce a esas señoras Lindsay. ¿Ha pensado usted que su unión con esa familia podría tropezar con dificultades en la de usted?

—¿La mía? —respondió Roger, estrechando la mano del benévolo consejero—. No la tengo, si se exceptúan algunos primos lejanos a quienes mis asuntos en nada conciernen. Y además, amar a lo húsar no quiere decir amar a tontas y a locas; en estas circunstancias, sépalo usted, he obrado con la prudencia de un viejo

notario. A nuestra llegada a las Azores (la tarántula del matrimonio me había picado ya en esa época), pedí informes por telégrafo acerca de la familia Lindsay, informes que llegaron a mí en Madeira; y salvo tal vez en lo que atañe al llamado Jack (y a este respecto el telégrafo no me ha enseñado nada que yo no hubiese adivinado), han sido de tal suerte, que todo hombre de honor puede considerarse orgulloso de casarse con *Miss Dolly*..., o con su hermana —añadió tras una pausa.

Suspiró levemente Roberto sin responder.

—¡Se ha vuelto usted muy silencioso, amigo mío! —prosiguió Roger, tras un instante de silencio—. ¿Tiene usted acaso que formular objeciones tales...?

—¡Nada más, por el contrario, que sinceros parabienes! —dijo vivamente Roberto—. *Miss Dolly* es encantadora y usted muy afortunado. Pero al escucharle he tenido yo, lo confieso, el egoísmo de volver sobre mí mismo, y por un instante le he tenido envidia. Perdóneme este censurable sentimiento.

—¡Envidioso...! ¿Y por qué eso...? ¿Qué mujer tendría el mal gusto de rechazar al señor marqués de Gramond...?

—Cicerone-intérprete a bordo del *Seamew* y poseedor de ciento cincuenta francos, muy problemáticos para quien conozca a Thompson —acabó Roberto con amargura.

Roger rechazó la objeción con un gesto de despreocupación.

—¡Vaya una cosa! —dijo en tono ligero—. ¿Acaso se mide el amor por escudos...? Más de una vez se ha visto, y especialmente en las americanas...

—¡Ni una palabra más! —interrumpió Roberto en voz breve y cogiéndole la mano a su amigo—. Pues bien: confidencia por confidencia. Escuche la mía, y comprenderá que no puedo bromear acerca del asunto.

—Escucho.

—Me preguntaba usted hace un instante si tenía yo alguna razón para haberme mantenido apartado hoy... ¡Pues bien: sí, tengo una!

«¡Henos en el punto!», pensó Roger.

—Usted puede dejar correr libremente la inclinación que le arrastra nació *Miss Dolly*; usted no oculta su suerte de amar. A mí es el temor de amar lo que me paraliza.

—¡El temor de amar...! ¡He ahí un temor que no conoceré yo

jamás!

—Sí, el temor. El imprevisto acaecimiento, durante el cual fui bastante afortunado para poder prestar un servicio a *Mr. Lindsay*, me ha realzado naturalmente a sus ojos...

—No tenía usted necesidad, esté de ello cierto, de ser realzado ante los ojos de *Mr. Lindsay* —interrumpió claramente Roger.

—Ese suceso ha dado mayor intimidad a nuestras relaciones; las ha hecho menos jerárquicas, más amistosas. Pero al propio tiempo me ha permitido ver claro, demasiado claro, en mí mismo. ¡Ay, habría yo hecho lo que hice si no la hubiese amado!

Detúvose un instante Roberto.

Después prosiguió:

—Por haber adquirido esta conciencia del estado de mi corazón, es por lo que no me he querido aprovechar, por lo que no me aprovecharé en el porvenir de mi nueva intimidad con *Mr. Lindsay*.

—¿Qué diablo de enamorado es, pues, usted? —dijo Roger con afectuosa ironía.

—Es ésta para mí una cuestión de honor —respondió Roberto—. Ignoro cuál pueda ser la fortuna de *Mr. Lindsay*; pero, por lo que es posible juzgar, debe ser considerable, aunque para probarlo, no hubiera otros que algunos hechos de que he sido yo testigo.

—¿Qué hechos? —preguntó Roger.

—No puede en manera alguna convertirse —prosiguió Roberto, sin explicarse más— el pasar también yo por un cortesano de la riqueza; y mi lamentable situación autorizaría toda clase de suposiciones a este respecto.

—Veamos, querido amigo —objetó Roger—: esa delicadeza honra; pero ¿ha reflexionado usted que el rigor de sus sentimientos viene a fiscalizar los míos? Yo razono menos que usted cuando pienso en *Miss Dolly*.

—Nuestra situación no es la misma, usted es rico...

—Comparado con usted; pero pobre, en comparación con *Miss Dolly*. Mi fortuna no es nada al lado de la suya.

—Pero es, cuando menos, suficiente para garantizar su independencia. Y, además, *Miss Dolly* le ama; esto es la evidencia misma.

—Yo también lo creo —dijo Roger—. Pero... ¿y si *Mr. Lindsay* le amase a usted...?

—¡Si *Mr. Lindsay* me amase...! —repitió Roberto a media voz.

Mas en seguida sacudió la cabeza, como para rechazar aquella hipótesis insensata, y, apoyándose en la barandilla, dejó de nuevo errar sus miradas sobre el mar. Roger había hecho lo mismo, y durante largo tiempo reinó el silencio entre ambos amigos.

De este modo se deslizaron tranquilamente las horas. Mucho tiempo hacía que el timonel había señalado la medianoche, y ellos seguían aún acariciando sus ensueños tristes y alegres.

CAPÍTULO XVIII

EN EL CUAL EL *SEAMEW* SE DETIENE POR COMPLETO



Al asomar la aurora del 4 de junio habrían podido ver los pasajeros lejanas todavía las altas orillas de la Gran Canaria. Allí iba el *Seamew* a hacer su primera escala en el archipiélago. Tenerife sería la segunda y la última, a la vez, del viaje.

El archipiélago de las Canarias se compone de once islas o islotes, dispuestos en una semicircunferencia que presenta su concavidad hacia el Norte. Comenzando por la extremidad nordeste, para acabar en la extremidad noroeste, se encuentran sucesivamente Alegranza, Montaña Clara, Graciosa, Lanzarote, Lobos, Fuerteventura, Gran Canaria, Tenerife, Gomera, Hierro y La Palma.

Habitadas por una población de 280 000 almas, aproximadamente, esas diversas islas, las más orientales de las cuales se hallan separadas del África por un brazo de mar de unos 100 kilómetros, reúnen entre sí una superficie de más de 275 leguas cuadradas.

Bajo el gobierno de un comandante, que reside en Santa Cruz de Tenerife, y de dos alcaldes mayores, las Canarias forman una provincia de España; provincia lejana, verdad es, y un tanto descuidada, por ende. Forzoso es admitir este abandono de la metrópoli para explicarse la mediocridad del comercio en este archipiélago, que, a causa de su situación geográfica, debiera constituir una de las principales escalas de la gran ruta del Océano.

Diferentes por las dimensiones, las Canarias se asemejan todas por lo salvaje y agreste de su aspecto; por doquier se encuentran promontorios de basalto, cortados a pico, apenas bordeados de estrechos arenales. Al ver aquellas murallas de hierro, admírase uno del epíteto de Afortunadas, aplicado en otro tiempo a esas islas. Pero cesa la admiración, o más bien cambia de naturaleza, cuando se penetra en el interior de las tierras.

De igual origen volcánico, hállanse todas talladas, sobre el mismo modelo. Casi siempre se eleva en la periferia un cinturón de volcanes secundarios rodeando a un volcán principal en el centro. En los cráteres de esos volcanes, apagados hoy, abrigados por sus paredes circulares de los vientos tórridos del África; en los valles que separan unas de otras las cimas; en las mesetas cóncavas que coronan ciertas cumbres, en todo ello es donde se encuentra la justificación de aquel epíteto. Allí reina una primavera perpetua; allí casi sin cultivo, la naturaleza procura al hombre hasta tres cosechas anuales.

No es la Gran Canaria la más vasta de las islas que componen el archipiélago; el valor desplegado por sus primeros habitantes, cuando la conquista de Juan de Bethencourt, es el que la ha valido el ser designada así. ¿No es verdaderamente ésta una manera de ser «grande», que vale tanto como cualquiera otra?

La agencia Thompson había dado muestras de muy buen juicio eligiéndola como punto de parada. La Gran Canaria es el resumen de las otras islas. Si bien no posee una cima tan prodigiosa como Tenerife, ocupa a este respecto un buen lugar y el primero bajo todos los demás. Ella es la que posee las costas más inaccesibles, los valles más abrigados, los barrancos más profundos, y en general, la más curiosas particularidades naturales.

No obstante, una curiosa observación hubiera podido hacerse a la agencia Thompson. Para ver todas las cosas interesantes que encierra la Gran Canaria, ¿no hubiera sido conveniente hacer una excursión al interior de la isla?

La agencia Thompson había descuidado completamente este pormenor.

«El día 2 de junio, llegada a las Palmas a las cuatro de la mañana. A las ocho, visita a la ciudad. Partida para Tenerife el mismo día a medianoche». He aquí todo lo que anunciaba el

programa.

Se llegaría, es cierto, el 4 de junio; pero eso no era razón, antes al contrario, para modificar los planes de la agencia en el sentido de una prodigalidad ruinosa. Que fuese el 2 o que fuese el 4, se partiría en el mismo día para Tenerife. ¡Tanto peor para los pasajeros, si apenas podían ver algo de la Gran Canaria!

Aquéllos, por lo demás, aceptaban fácilmente esa perspectiva; su entorpecimiento no habría dejado a ninguno fuerzas para manifestar descontento; descontento que no hubiera tenido sobre qué fundarse en un caso como aquél, en el cual la agencia, después de todo, se limitaba a cumplir sus compromisos. Puesto que se debía partir el mismo día, se partiría. Si Thompson hubiera de pronto propuesto alargar la detención, la mayor parte de los pasajeros habríanse negado a ello.

Hacia los once hallábanse el *Seamew* frente a la capital, Las Palmas, que pudo contemplarse a satisfacción, ya que el buque no podía marchar con mayor lentitud.

Por primera vez desde la partida de Londres pudieron los pasajeros experimentar una franca sensación de exotismo. Edificada a la salida del barranco de Guinguada, en una sucesión de terrenos muy desiguales, la ciudad ofrece un aspecto totalmente oriental. Sus calles estrechas, sus casas blancas y de techos planos, justifican hasta cierto punto el epíteto de Kasbah con el que Roger de Sorgues creyó deber gratificarla.

Hacia mediodía el *Seamew* anclaba por fin en el puerto de La Luz, distante unos tres kilómetros de la ciudad.

Era preciso hacer y volver a hacer en sentido inverso aquellos tres kilómetros; así que, apenas terminado el amarre, Thompson se había plantado en el muelle, donde es esforzaba para formar a sus pasajeros en columna a medida que iban desembarcando. Era la repetición de la maniobra, a la que, tras numerosos ejercicios, habíanse habituado los excursionistas desde las primeras escalas en las Azores.

Pero ¡ay! ¿Dónde estaba la hermosa disciplina de otro tiempo? Aquellos individuos tan dóciles se rebelaban; los movimientos indicados por Thompson cumplíanse con evidente mala voluntad; la tropa no cesaba de murmurar; las líneas se rompían apenas formadas. Tras un cuarto de hora de esfuerzos, había llegado

Thompson a reunir exactamente una docena de fieles, entre los cuales se encontraban el plácido Piperboom, de Rotterdam, y Absyrthus Blockhead, vuelto a su habitual buen humor desde que no se trataba de la edad de su retoño.

El grueso de los turistas había quedado detrás. Formando un grupo compacto, oponían una invencible inercia a los esfuerzos del administrador general.

—¡Veamos, señores...! ¡Señores, veamos...! —decía tímidamente Thompson a aquellos recalcitrantes.

—Está visto todo, caballero —respondió brutalmente Saunders, tomando la palabra en nombre de sus compañeros—. Estamos esperando pacientemente los vehículos y conductores prometidos por su programa.

Y Saunders, diciendo esto, blandía el impreso en que aquellas falaces promesas se destacaban efectivamente con todas sus letras.

—Pero, señores, ¿dónde quieren ustedes que los busque? —preguntó lastimosamente Thompson.

—¡Muy bien! —replicó Saunders, con su voz más agria—. Voy, pues, yo solo a tratar de encontrar un carruaje.

Sacó entonces de su bolsillo su fiel cuaderno.

—¡Pero lo alquilaré a sus expensas! Es ésta una cuenta que arreglaremos en Londres, caballero —añadió, echando a andar, mientras sus articulaciones producían los más belicosos rozamientos.

—¡Yo le sigo, querido señor, yo le sigo! —exclamó en seguida *Sir* George Hamilton, quien, seguido a su vez de *Lady* Hamilton y de *Miss* Margaret, echó a andar tras su jefe de línea.

Esta adhesión dio lugar a otras, y pocos instantes después las dos terceras partes de los turistas se habían separado del resto de sus compañeros.

En las cercanías del puerto de La Luz se ha creado una pequeña ciudad, que ofrece todos los recursos necesarios a los buques anclados. Saunders iba ciertamente a encontrar sin esfuerzo lo que buscaba. Delante de las casas más próximas se estacionaban, en efecto, tres o cuatro carruajes. Saunders no necesitó más que hacer un leve signo para que aquellos coches se adelantaran a su encuentro.

Desgraciadamente aquellos cuatro carruajes no podían ser

suficientes. Cuando, tomados al asalto, se hubieron alejado, la mayoría de los disidentes tuvo que retroceder, formando de ese modo un inesperado aumento a la tropa del general en jefe.

En ese instante, *Mr. Lindsay*, acompañada de su hermana y de Roger, dejaba a su vez el *Seamew*. M descubrirles golpeó Thompson las manos para activar el movimiento.

—¡Vamos! Señores, a su puesto, si ustedes gustan —exclamó.

Mr. Lindsay era de ordinario una viajera tranquila. Fuese, no obstante, por sugestión de sus compañeros o fuese más bien que ella juzgase haber paladeado ya bastante los encantos de un paseo en aquella ridícula alineación, no pareció acoger con su buen humor acostumbrado la proposición que indirectamente se le hiciera.

—¡Cómo! —murmuró, recorriendo con la mirada el largo camino polvoriento, huérfano de casas y de sombra—. ¿Vamos a recorrer eso a pie?

—Tendré mucho placer, señora, en ir, si usted lo desea, a buscar un coche por la ciudad —propuso Roberto.

Si había permanecido indiferente ante las protestas anteriores y al movimiento separatista que las había seguido juzgando que todo ello, al fin y al cabo, no le concernía, ¡qué peso, por el contrario, había encontrado él en la observación de *Mr. Lindsay*! La galante oferta había brotado espontáneamente de sus labios. En el acto viose recompensado por su buen pensamiento.

Sin regatear el auxilio ofrecido, *Mr. Lindsay* lo aceptó como una cosa debida.

—Si tiene usted esa amabilidad —respondió, pagando anticipadamente con una sonrisa al benévolo comisionado.

Iba a partir Roberto, cuando se vio detenido por una nueva petición.

—Puesto que el señor profesor va hacia la ciudad —decía *Lady Heilbuth*—, ¿querría hacerme el obsequio de proporcionarme también un carruaje?

Pese a la forma cortés de la demanda, no dejó de pensar Roberto que *Lady Heilbuth* podía haberse servido de su larga y estirada doncella, que detrás de su ama sostenía en sus brazos el perrillo que en la actualidad había sido elevado al rango de favorito.

Inclinándose, empero, respetuosamente ante la anciana pasajera, díjole que se hallaba por entero a sus órdenes.

En el acto hubo de lamentarse de la amabilidad de su respuesta. Todos los pasajeros le encargaron que les prestase el mismo servicio ofrecido a *Mr. Lindsay* y otorgado a *Lady Heilbuth*.

Hizo Roberto un gesto de contrariedad. Hacerse el correo de *Mr. Lindsay* era para él un placer; encargarse de las comisiones de *Lady Heilbuth*, pase todavía, pero verse obligado por los encargos de todo el mundo, eso cambiaba singularmente la cuestión. No podía rehusar, sin embargo.

Roger de Sorgues acudió generosamente en su ayuda.

—Yo iré con usted, mi querido amigo —le dijo—, y nos traeremos todos los carruajes de la ciudad.

Aquel gesto desató un concierto de «bravos», mientras Roberto estrechaba calurosamente las manos de su compatriota, cuyas marcadas muestras de delicada atención eran innumerables.

Recorrido el camino con paso acelerado, no tuvieron que esforzarse mucho ambos emisarios para proporcionarse vehículos en número suficiente.

Volvían los dos en uno de ellos, cuando a mitad de camino se encontraron con Thompson a la cabeza de una miserable columna, compuesta, a lo sumo, de quince soldados, los más pobres o los más avaros de su antes tan nutrido regimiento.

Dejando a su compañero al cuidado de terminar la comisión aceptada, Roberto fue a unirse a aquella reducida tropa, a cuyo lado le llamaban sus funciones.

Decir que se encontraba satisfecho de aquella combinación sería exagerado. Pero como, después de todo, no podía elegir, ocupó, aunque sin entusiasmo, su puesto al lado de Thompson, y se puso a la cabeza de la pequeña columna.

La llegada a las primeras casas de la ciudad le guardaba una sorpresa.

También Thompson experimentó la misma sorpresa cuando dirigió una mirada hacia atrás. ¿Dónde estaba la columna? Desparramada, dispersa, desvanecida. Cada recodo del camino, cada grupo de árboles umbrosos había servido de pretexto para alguna defección, y poco a poco los turistas se habían disgregado, desde el primero hasta el último. No había nadie detrás de Thompson; nadie, si se exceptúa al monumental Van Piperboom, de Rotterdam, que se había detenido plácidamente con su jefe y

esperaba sin ninguna impaciencia. Roberto y Thompson cambiaron una mirada no desprovista de ironía.

—¡Dios mío, señor profesor —dijo, al fin, éste con forzada sonrisa—, en estas condiciones no puedo menos de devolverle su libertad! Por lo que respecta a mí, que no me cuido para nada de Las Palmas, voy, con permiso de usted, a regresar tranquilamente a bordo.

Y Thompson deshizo el camino, seguido obstinadamente del impenetrable holandés, que, al parecer, tampoco se preocupaba de Las Palmas.

Roberto, sin saber qué hacerse, pensaba aún en aquella aventura, cuando se sintió llamar por una voz alegre y gozosa.

—¡Eh...! ¿Qué diablos hace usted ahí...? ¿Dónde ha ido a parar su regimiento? —preguntaba Roger desde el coche en que había tomado asiento, frente a las dos americanas.

—¿Mi regimiento...? —respondió Roberto en el mismo tono—. Tendría curiosidad por saber nuevas de él. El coronel acaba de regresar a bordo con la esperanza de encontrar allí sus soldados.

—Sólo encontrará allá al inapreciable Johnson —dijo Roger, riendo—, ya que este excéntrico se obstina en evitar el contacto con tierra. Pero ¿y usted, qué está haciendo?

—Absolutamente nada, como usted ve.

—Bueno, pues entonces —añadió Roger, haciendo sitio a su lado — véngase con nosotros. Usted nos pilotará, señor profesor.

El río Guiniguada divide a Las Palmas en dos partes desiguales: la ciudad alta, habitada solamente por la nobleza y los funcionarios, y la ciudad baja, más especialmente comercial, que va a morir en el promontorio del Oeste, en cuya extremidad se alza la fortaleza del Castillo del Rey.

Durante tres horas recorrieron los cuatro turistas, ya a pie, ya en coche, las calles de la capital; después, acometidos del cansancio, se hicieron conducir al *Seamew*.

He aquí lo que habrían podido responder a quien les hubiese interrogado.

Las Palmas es una ciudad bien construida, con calles estrechas y sombrías, pero en la cual la naturaleza del terreno convierte el paseo en una perpetua subida, a la que sigue un perpetuo descenso. Fuera de la catedral, de estilo renacimiento español, posee pocos

monumentos interesantes. En cuanto al aspecto morisco de la ciudad, vista desde el mar, suscita esperanzas engañosas, pues mirada de cerca el encanto se desvanece. Nada menos morisco que las calles, las casas, los habitantes, ofreciendo estos últimos a la admiración pública elegancias exclusivamente europeas, hasta francesas.

A esto se limitaban sus impresiones de viaje. ¿Y cómo hubiera podido ser de otro modo? ¿Habían vivido ellos la vida de aquel pueblo para poder apreciar su cortesía y su finura, corregidas por una vivacidad natural, que es causa con demasiada frecuencia de que los cuchillos salgan de sus vainas? ¿Habían penetrado en aquellas moradas de fachadas correctas, pero que no contenían más que habitaciones pequeñas y destartalladas, estando reservado todo el espacio al salón de recibir, en cuyas dimensiones se cifra el orgullo de los canarios? ¿Podían conocer el alma de aquel pueblo, en la que se mezcla la fiereza y altivez del antiguo hidalgo con la orgullosa sencillez del guanche, otro de sus abuelos, desdeñado este último?

Ésta es la consecuencia de los viajes rápidos. El hombre, en demasía complicado, no cae bajo su dominio. Solamente la naturaleza se deja penetrar con una mirada.

Pero, por lo menos, ¡es preciso mirarla! Y el programa de la agencia Thompson se oponía terminantemente a ello.

Roberto no poseía siquiera las vagas nociones que los turistas llevaban de su paseo a través de Las Palmas; nada había visto en el transcurso de aquella tarde, pasada en la intimidad de *Mr. Lindsay*.

Sus ojos no conservaban más que una sola imagen, la de la joven americana, trepando o bajando las calles en cuesta, preguntándole o respondiéndole con una sencillez sonriente.

Olvidado de sus resoluciones habíase abandonado a la felicidad del momento.

Pero apenas hubo puesto el pie en el *Seamew*, volvieron las preocupaciones que por un instante se disiparan.

¿Por qué jugar con su conciencia? ¿Por qué penetrar por un camino que no quería seguir hasta el fin? Aquella tarde tan dichosa le dejaba una amargura, la angustia de no haber sabido quizá disimular. ¿Qué sentimientos, qué miras ambiciosas no iba a suponer la rica americana en él, acosado por la miseria?

Ante tales pensamientos sentíase enrojecer por la vergüenza y se prometía guardar mejor su corazón en el porvenir, dispuesto incluso a perder la amistosa simpatía que, no obstante, ganara con creces.

Pero la suerte había decidido que sus generosas resoluciones permaneciesen en letra muerta.

En el momento de llegar a bordo los cuatro turistas, Thompson y el capitán Pip conversaban con animación; tratábase, sin duda, de alguna discusión grave. Thompson, congestionado, ardoroso, se entregaba, como de costumbre, a gestos y movimientos exagerados.

El capitán, tranquilo y sosegado, por el contrario, le respondía por breves monosílabos o por gestos enérgicos, signos evidentes de negativas absolutas.

Intrigados, *Mr.* Lindsay y sus dos compañeros se detuvieron a pocos pasos de los dos interlocutores.

No eran, además, los únicos en interesarse por aquel debate.

Sobre el *spardek*, colocados en tres líneas apretadas, los demás pasajeros, cuya mayor parte ya habían regresado, seguían atentamente la discusión.

Un hecho que contribuía a excitar la curiosidad general era que la chimenea del *Seamew* no arrojaba humo. Nada parecía dispuesto para aparejar, operación que estaba fijada, no obstante, para la medianoche. Perdíanse todos en conjeturas y esperaban con impaciencia que terminase la discusión entre Thompson y el capitán Pip para obtener algunas explicaciones del uno o del otro.

Cuando la campana dio la señal de la comida, la discusión continuaba aún.

Rápidamente los pasajeros fueron a ocupar sus puestos habituales. Sin duda que durante la comida conocerían la solución del enigma.

Pero la comida empezó, siguió y se terminó sin que Thompson hubiera creído conveniente satisfacer la curiosidad de los comensales. Aquella curiosidad, además, se atenuaba, dominada por otro cuidado más urgente.

La mesa de a bordo había dado un paso enorme en la marcha descendente que desde algunos días iba siguiendo. Envalentonado por la impunidad, Thompson había, al parecer, creído que todo le era permitido.

Pero aquella vez rebasaba los límites. El menú, digno de un

verdadero figón, pecaba ya hasta por la cantidad. Apenas si se había despertado el apetito de los comensales, cuando comenzaron a servirse los postres.

Mirábanse unos a otros, miraban a Thompson, que parecía perfectamente tranquilo. Nadie, sin embargo, se había atrevido aún a formular reclamaciones, cuando Saunders, según su costumbre, tiró bruscamente de la manta.

—¡Camarero! —llamó con su agria voz.

—¿Señor? —respondió *Mr. Bistec*, acercándose.

—¡Camarero! Volveré a tomar un poco de ese execrable pollo. Bien pesado todo, vale más morir por el veneno que por el hambre.

Mr. Bistec no pareció comprender toda la ironía de aquella excelente broma.

—No hay más, señor —respondió tranquilamente.

—¡Tanto mejor! —exclamó Saunders—. En ese caso, deme usted otra cosa. No podrá ser peor.

—¡Otra cosa, señor! ¡El señor ignora que no hay ya a bordo con qué llenar un diente hueco! ¡Los señores pasajeros no han dejado siquiera comida para los dependientes!

¡Con cuánta amargura había pronunciado *Bistec* estas palabras!

—¡Ah, ah, *Mr. Bistec*! ¿Se estaría usted burlando de mí por casualidad? —preguntó Saunders con una voz amenazadora.

—¡Yo, señor! —imploró *Bistec*.

—Entonces, ¿qué significa esta broma? ¿Estamos aquí nosotros sobre la almadía de la Medusa?

Alzó *Bistec* los hombros en señal de ignorancia. Y su gesto declinaba toda responsabilidad, arrojándola entera sobre Thompson, que se limpiaba los dientes con aire despreocupado. Saunders, indignado ante aquella actitud, dio un golpe sobre la mesa, cuyos vasos saltaron.

—A usted es a quien hablo, caballero —dijo dirigiéndose a Thompson en tono irritado.

—¿A mí, *Mr. Saunders*? —respondió Thompson, simulando candidez.

—Sí, a usted. ¿Se ha propuesto matarnos de hambre? Es verdad que ese sería el mejor medio de ahogar nuestras quejas.

Thompson abrió, admirado, unos ojos tamaños.

—Hace tres días —continuó diciendo Saunders colérico— que la

alimentación se ha hecho indigna del perro de un mendigo. Hasta aquí hemos tenido paciencia; pero hoy lo que pasa es demasiado fuerte; yo apelo a todos estos señores.

La interpelación de Saunders obtuvo un éxito, que los diarios parlamentarios habrían calificado de «viva aprobación» y de «aplausos frenéticos». Todo el mundo se puso a hablar a un tiempo. Se aprobaba calurosamente. Los «¡perfectamente!» se cruzaban con los «¡tiene usted razón sobrada!». Durante cinco minutos hubo allí un ruido formidable.

En medio del vocerío, Roger reía con toda su alma. Aquel viaje resultaba de una comicidad irresistible. Alice, Dolly y Roberto compartían la hilaridad del gozoso oficial. Ninguno de ellos hubiera querido renunciar a aquella mala pero divertida comedia.

Durante ese tiempo, Thompson, sin manifestar ninguna verdadera emoción, se esforzaba por obtener un poco de silencio. Acaso, después de todo, tuviera en reserva alguna razón poderosa.

—Reconozco —dijo cuando al fin se restableció un silencio relativo—; reconozco que esta comida ha sido un poco menos buena que las precedentes...

Un tumulto general vino a cortarle la frase.

—¡Que las precedentes! —prosiguió Thompson con tranquilidad—; pero la agencia no tiene en absoluto la culpa, y *Mr.* Saunders lamentará sus censuras cuando conozca la verdad.

—¡Palabrería! —replicó brutalmente Saunders—. No me pago yo de esa moneda. Necesito otra, otra que proporcionará, cuando estemos en Londres, este carnet en el cual anoto, ante todos, este nuevo agravio que se nos hace.

—Sepan, pues, estos señores —prosiguió Thompson, sin hacer caso de la interrupción—, que el leste que sufrimos en Madeira se ha hecho sentir aquí, pero de una manera mucho más violenta, a causa de la situación geográfica de estas islas y su proximidad al África. Para colmo de desdichas el leste ha traído consigo una nube de langostas llegadas del continente. Esta invasión, muy rara aquí, se ha producido justamente a nuestra llegada. Ambas plagas reunidas lo han destruido y devastado todo. Si la agencia se ha mostrado algo parca en los víveres es porque éstos son muy escasos en la Gran Canaria.

—¡Vamos, pues! —replicó el implacable Saunders—. ¡Diga usted

que los víveres están caros!

—Pero ¿no es lo mismo una cosa que otra? —preguntó ingenuamente Thompson, dejando ver así el fondo íntimo de su alma.

Aquella ingenua exclamación sumió en el estupor a todos los pasajeros.

—¡Verdaderamente! —replicó Saunders—. Pero, en fin, ya arreglaremos eso en Londres. Mientras tanto, no hay más que una cosa que hacer. Partamos en el acto. Si no se puede comer en la Gran Canaria, vamos a cenar a Tenerife.

—¡Bravo! —dijeron de todos lados.

Thompson, con un ademán, reclamó silencio.

—Sobre ese punto, nuestro digno comandante va a responderles, señores.

—Él os contestará que no se puede partir —dijo el capitán Pip—, y esto con gran disgusto de su parte; pero la máquina tiene necesidad de una limpieza y arreglos serios, y ese trabajo, comenzado hoy, exigirá, cuando menos, tres días. No podremos, por consiguiente, abandonar este puerto hasta el día siete de junio, hacia mediodía.

La comunicación del capitán había venido a helar todos los ardores. Los pasajeros cambiaban miradas lánguidas. ¡Tres días aún que pasar allí sin una excursión, sin un paseo!

—¡Y con esta alimentación! —añadió el encarnizado Saunders.

A la tristeza sucedió pronto la cólera. ¿Era admisible que la agencia Thompson se burlase de aquella forma de sus suscriptores? Un murmullo amenazador corrió entre los pasajeros al abandonar la mesa y subir al *spardek*.

En el mismo instante un gran vapor entraba en el puerto. Era uno de los paquebotes que hacían con regularidad el servicio entre Inglaterra y la colonia de El Cabo. Volvía de regreso a Londres. La nueva fue conocida inmediatamente a bordo del *Seamew*.

Cinco o seis pasajeros se aprovecharon de aquella inesperada ocasión, y desembarcaron resueltamente con sus equipajes; entre ellos figuraba *Lady Heilbuth* seguida de su querida *trope*. Tenían ellos bastante ya, y lo probaban.

No pareció Thompson darse cuenta de esas defecciones, que, por lo demás, fueron poco numerosas.

Por razón de economía, o por cualesquiera otra, la mayor parte de los pasajeros permaneció fiel al *Seamew*. De esos fieles era Saunders, sin que la economía entrase para nada en su decisión. ¿Dejar a Thompson? ¡Quiá! No, él se sostendría hasta el fin a su lado. ¿Era, pues, el odio lo que llenaba el corazón de aquel inquietante pasajero?

Pero no todo el mundo tenía las razones excelentes, sin duda, de Saunders o las mejores aún de las gentes de modesta fortuna. *Mr. Lindsay*, por ejemplo. ¿Por qué se empeñaría ella en terminar aquel viaje tan fecundo en disgustos y contratiempos de toda clase? ¿Qué motivo podría retenerla bajo la administración de la agencia Thompson?

Roberto, a algunos pasos de Alice, a quien contemplaba a través de la noche, se hacía las anteriores preguntas lleno de angustia e inquietud.

Mr. Lindsay, sin embargo, permanecía a bordo. Había visto pasar al gran paquebote sin concederle la menor atención.

No, no partiría; Roberto tuvo la prueba de ello cuando la oyó decir a Roger:

—Supongo que nosotros no vamos a permanecer a bordo esos dos días...

—Evidentemente —respondió Roger riendo aún.

—Este retraso —prosiguió Alice— tendrá, cuando menos, de bueno que nos permitirá conocer el país, si usted quiere, como yo, dedicarle una excursión.

—Ciertamente —respondió Roger—. Esta misma noche podemos *Mr. Morgand* y yo buscar medios de transporte. Veamos. Somos cinco, ¿no es así?

Roberto esperaba aquel momento. Creía que no estaba en el caso de dejarse arrastrar por la servicial amistad de su compatriota. Fuese el que fuese su disgusto, no se uniría a la pequeña caravana y permanecería estrictamente en su puesto.

—Permítame... —comenzó a decir.

—No, cuatro tan sólo —interrumpió Alice con tranquila voz—. Mi cuñado no vendrá.

Roberto sintió que su corazón latía más de prisa. Así, pues, era *Mr. Lindsay* misma la que decidía de su presencia; ella le asignaba un papel; quería que fuera a su lado...

El placer desvaneció sus escrúpulos; mil pensamientos confusos bailaban en torno de él.

Dejando sin acabar su protesta, aspiró a sus anchas el aire de la noche y alzó los ojos al cielo, donde le parecía que habían surgido estrellas nuevas.

CAPÍTULO XIX

EL SEGUNDO DIENTE DEL ENGRANAJE



El día siguiente, a las seis de la mañana, los cuatro turistas ponían el pie sobre el muelle, en donde debían encontrar un guía y caballos reunidos, merced a los cuidados de Roberto y de Roger.

Una verdadera sorpresa les aguardaba allí.

No era, no, que los caballos hubieran dejado de hallarse presentes a la cita. Estaban, por el contrario, allí, pero multiplicados de una manera totalmente imprevista. Podían contarse quince, más el del guía, cargado ya con su jinete.

El fenómeno explicábase en seguida por sí mismo. Sucesivamente, *Mr. Lindsay* y sus compañeros vieron llegar a *Saunders* y la familia *Hamilton*, seguidos de algunos otros pasajeros, entre los cuales se hallaba *Tigg*, cuyos siniestros proyectos hacía ya días que habían sido olvidados.

Por fortuna, no todo el mundo daba muestras de ese espíritu ligero y movedizo. Las señoritas *Blockhead*, por lo menos, persistían en su caritativa vigilancia. Todo el que viera a *Tigg* podía estar siempre seguro de verlas a ellas.

Y, en efecto, también aquella vez aparecieron a diez pasos detrás del objeto de su solicitud y cuidados, precediendo a su padre, que, obligado de buen o mal grado a someterse al capricho de sus hijas, contemplaba a la sazón con alguna inquietud el lote de monturas, entre las cuales iba él a hacer una elección temeraria.

Era indudable que había corrido el secreto de la excursión y el

paseo íntimo se transformaba en cabalgata, con gran disgusto de las dos americanas y los dos franceses.

Pero la suerte teníales preparado un disgusto suplementario.

Llegando el último, completamente solo, adelantábase el decimoquinto caballero bajo la forma de Jack Lindsay.

Si al descubrirle Dolly y Roger hicieron sencillamente una mueca de contrariedad, Alice y Roberto, por análogas razones que no se confiaron, ofrecieron un semblante enrojecido por la cólera.

Jack, sin parar mientes ni en la frialdad ni en la hostilidad con que se le acogiera, montó tranquilamente. Todo el mundo le imitó sin tardanza y en un momento la caravana entera se halló dispuesta para la partida.

No toda ella, sin embargo. Uno de los jinetes se esforzaba aún por escalar su montura. En vano se agarraba a las crines, en vano se aferraba a la silla; siempre volvía a caer, vencido siempre en aquella lucha desigual contra la gravedad. Sudoroso, resoplando, se fatigaba en esfuerzos grotescos, y el espectáculo, de una gran comicidad, parecía ser sumamente grato a los espectadores.

—¡Vamos, papá! —dijo con entonación de animoso reproche Miss Mary Blockhead.

—¡Sí, sí, vamos, vamos; eso se dice muy pronto! —respondió con voz áspera Absyrthus Blockhead—. ¿Creéis que yo soy tan ligero? Y además, decidme, os lo ruego, ¿es este mi oficio? Yo no soy un caballista, yo siento horror a todo esto, no tengo por qué ocultároslo. ¡Franco como el oro, hija mía, franco como el oro!

Y Blockhead, posando definitivamente ambos pies en el suelo, enjugó con aire de resolución su frente sudorosa. No haría, en verdad, nuevas e inútiles tentativas.

A una señal de Roberto el guía acudió en socorro del desmañado turista. Con su ayuda fue Blockhead izado hasta la cima que en vano intentara alcanzar; y hasta fue izado demasiado vivamente, no faltando apenas nada para que fuera a caer del otro lado; pero por fin se le evitó este nuevo contratiempo, y la cabalgata pudo ponerse en camino.

Al frente marchaba el guía seguido de Roberto y Alice, y luego Roger y Dolly. La tercera línea se enorgullecía con *Sir* y *Lady* Hamilton y en la quinta cabalgaba Tigg al lado de Miss Margaret.

Si las señoritas Blockhead no habían, en efecto, podido impedir

aquella escandalosa clasificación, se habían, cuando menos, arreglado de manera que rodeaban a la sacrílega pareja. En la cuarta línea *Miss Bess* se imponía a la compañía de *Saunders*, mientras que en la sexta *Miss Mary* confortaba a su desventurado padre, que, con los ojos azorados, crispados los dedos sobre la crin del caballo, dejábase conducir con docilidad, lamentando amargamente el día que naciera. De esta suerte no podría escapar Tigg a una vigilancia incesante. En torno suyo, oídos ávidos recogían todas, sus palabras, y ojos penetrantes sabrían aprovecharse de la menor debilidad del adversario, y pronto sería reconquistada la plaza momentáneamente perdida.

El último de los turistas, Jack Lindsay, avanzaba silencioso y solo, como de costumbre. De tiempo en tiempo, su mirada seguía la fila de sus compañeros, fijándose por un segundo sobre la joven pareja que formaba la primera línea. Un relámpago brillaba entonces en su mirada, que apartaba rápidamente de ellos.

Sin verlas, Roberto adivinaba aquellas miradas. La presencia de Jack, inspirándole una sorda inquietud, era la que le había decidido a tomar posesión del lugar que ocupaba. De no haber estado Jack Lindsay allí, Roberto se hubiera colocado en la última fila de la pequeña caravana.

Otra razón habíale también impulsado a colocarse a la cabeza. Un instinto le empujaba a vigilar al guía, que le inspiraba una vaga desconfianza. No era que la conducta de éste se hubiese prestado hasta entonces a la crítica; pero Roberto hallaba en él un aire ambiguo, el aspecto de un redomado bribón, y había resuelto no quitarle el ojo con objeto de hallarse pronto a intervenir si algún acto venía a confirmar sus sospechas en el transcurso de la excursión.

Por lo demás, no abusaba Roberto de la situación que las circunstancias le imponían. Sin mostrar frialdad, no hablaba más que lo puramente necesario. Después de algunas frases sobre la hermosura del tiempo, se había callado, y Alice imitó un silencio que parecía ser de su gusto. Los ojos de Roberto, cierto es, menos esclavos que su lengua, hablaban por ésta y se dirigían con frecuentes intervalos hacia el fino perfil de su compañera.

Mas no por ser silenciosa deja la intimidad de realizar su trabajo en el fondo de las almas. Cabalgando de aquella suerte, uno al lado

del otro, en el suave ambiente de la mañana y cambiando rápidas e involuntarias miradas, ambos jóvenes sentíanse penetrados de ternura. Un imán invisible atraía sus corazones tan próximos. Aprendían ellos ese maravilloso lenguaje del silencio, y a cada paso oían, comprendían un poco mejor, palabras que no habían pronunciado.

Rápidamente se salió por el noroeste de Las Palmas, cuyos habitantes apenas si habían despertado a la sazón. Menos de una hora después de la partida, el casco de los caballos golpeaban el piso de uno de los excelentes caminos que rodeaban la capital. El que entonces se seguía comenzaba por una avenida entre dos hileras de villas, ocultas tras la verdura. Toda clase de plantas se descubrían en sus jardines, en los cuales las palmeras agitaban sus penachos.

Por aquel camino frecuentado, numerosos campesinos se cruzaban con los viajeros. Montados sobre camellos, que se han aclimatado perfectamente en Canarias, conducían a la ciudad los productos, de sus tierras. De complexión delgada, de mediana estatura, con grandes ojos negros adornando semblantes con regularidad de rasgos, no carecían de una verdadera e innata distinción.

Cuanto más avanzaban, más larga se hacía la caravana. Intervalos irregulares surgían entre las diversas filas. Pronto más de doscientos metros separaron a Alice y Roberto de Jack, solo siempre a la cola de la columna.

Desde su sitio continuaba este último vigilando a la pareja que marchaba al frente, y la cólera iba poco a poco invadiendo más cada vez su corazón. El odio es clarividente, y Jack era rico de odio; ni una siquiera de las atenciones de Roberto para con Alice pasaba inadvertida al vigilante espía; pescaba al vuelo la menor y más insignificante mirada y analizaba su impalpable e instintiva ternura. Adivinaba casi las palabras, y poco a poco iba descubriendo la verdad.

De manera, pues, que era por sí mismo por lo que aquel miserable intérprete hacía tan cuidadosa guarda, y *Mr.* Lindsay morder en aquel grosero anzuelo. Lejos y apartada de él ya cuando su corazón estaba libre, ¿cómo amando a otro no había de resultar hostil para Jack?

Dando vueltas a aquellos pensamientos sentíase lleno de rabia. ¿No habría, por necio, sacado él las castañas del fuego para el intrigante que le suplantaba? ¿Hubiera, en efecto, desempeñado éste el hermoso papel que representó, si Jack, tendiendo la mano a su cuñada en peligro, hubiera hecho inútil la intervención de un sacrificio interesado?

Sí, él, él mismo se había creado ese rival. ¡Y qué rival! Instruido de todo lo que había pasado en el «Curral das Freias», Roberto Morgand tenía conciencia de su fuerza, ya que había llegado hasta la amenaza.

Muy dudoso era, en verdad, que hubiese puesto en ejecución aquellas amenazas. Nada hasta entonces en la actitud de Alice autorizaba a Jack Lindsay para creer que su cuñada se hallara mejor informada que al siguiente día de la escena del torrente. Pero lo que no se había hecho aún, podía hacerse más tarde; y tal vez en aquel mismo instante escuchaba Alice la temida confidencia.

Era un peligro permanente suspendido sobre la cabeza de Jack, y a semejante peligro no quedaba otro remedio que la supresión del temible y único testigo.

Por desgracia, no era Roberto Morgand de esos hombres a quienes se les puede atacar a la ligera. No podía Jack desconocer que en una lucha a pecho descubierto tenía él muy pocas probabilidades de salir vencedor. No; era menester de otro modo y tener en cuenta la astucia más bien que la audacia y el valor. Pero aún hallándose resuelto a realizar un acto de tortuosa traición, era muy dudoso que pudiera hallarse una ocasión favorable en medio de aquella quincena de turistas.

De esta suerte iba cambiando poco a poco de dirección y de objetivo el odio de Jack Lindsay. Por el contrario, cuando menos, se separaba de Alice para caer por entero sobre Roberto. Era éste el segundo diente del engranaje. Asesino de su cuñada, era cierto, pero asesino meramente pasivo, llegaba ahora a premeditar seria y formalmente el asesinato de Roberto, igualmente impotente contra los dos jóvenes a quienes detestaba con tanto furor.

Durante todo ese tiempo, Alice y Roberto, siguiendo una corriente opuesta, se olvidaban hasta de su existencia; mientras que la cólera tomaba tanto incremento en él, el amor comenzaba a nacer en los corazones de aquéllos.

Si la columna de los excursionistas se había deshecho un poco al salir de Las Palmas, tres filas, por lo menos, permanecían en pelotón cerrado, y Tigg, rodeado por todas partes, no hubiera podido concebir un medio de escapar a sus vigilantes guardianes. Presa de una sorda cólera, las señoritas Blockhead no se apartaban de él ni el cuerpo de un caballo. Incluso más de una vez había llegado *Miss Mary* a su ardor hasta empujar su caballo, que chocaba con el de *Miss Margaret*. Entonces venía aquello de «¡tenga usted cuidado, señorita!», y «¡ya lo tengo, señorita!», cambiados con una voz acerada, sin que las respectivas posiciones de las beligerantes se hubiesen aún modificado.

La campiña por la que se atravesaba era fértil y bien cultivada; unos campos sucedían a otros, ofreciendo a las miradas todos los productos de Europa y de los trópicos, y particularmente vastas plantaciones de chumberas.

Si los canarios no eran grandes admiradores de ese minotauro que se llama el Progreso, no debía ello causar grande extrañeza. Dedicados exclusivamente en otro tiempo al cultivo de la caña de azúcar, el aprovechamiento del azúcar de remolacha vino a privarles del fruto de sus afanes. Valerosamente cubrieron entonces su país de viñedo; la filoxera, plaga contra la cual no han encontrado remedio los sabios, les asaltó sin tardanza. Arruinados en sus tres cuartas partes, reemplazaron entonces la planta querida a Baco por plantaciones de chumberas de cochinilla, y en poco tiempo se convierten en los principales proveedores del precioso insecto tintóreo. Pero la ciencia, que hizo se despreciaran sus cañas de azúcar, la ciencia, que no supo defenderse del microscópico enemigo de la vid, vino a atacarles en seguida en sus nuevas tentativas, creando los colores químicos, derivados de la anilina, y amenaza con un último y próximo desastre a los infortunados cultivadores de cochinilla.

Las numerosas transformaciones que han sufrido sus cultivos muestran, en todo caso, el espíritu de iniciativa de los habitantes. Es seguro que nada podría resistir a su paciente trabajo, si no tuvieran que luchar contra la sequía. En esas regiones quemadas por el sol y en las cuales se pasan muchas semanas, muchos meses y hasta muchos años a veces sin que el cielo conceda una gota de lluvia, la verdadera calamidad es la sequía. Así, ¡qué de ingeniosos esfuerzos

para librarse de ella! Es aquello una red tupida de acueductos conduciendo a los valles las aguas de las cumbres; ya son otras veces cisternas cavadas al pie de los nopales y de los áloes, cuyas anchas hojas recogen la humedad de las noches bajo la forma de una blanca escarcha, que funden y liquidan los primeros rayos del sol.

Hacia las ocho, la caravana penetró por un extenso bosque de euforbios; el camino se desplegaba subiendo por entre dos hileras de esas plantas espinosas, de extraño aspecto y cuya savia constituye un veneno mortal.

Media hora más tarde se llegaba a la cima de la Caldera de Bandana, cráter perfectamente redondo, de una profundidad de doscientos metros y en cuyo fondo se encuentra un cortijo con sus campos.

Visitóse otro cráter cegado y del que no subsiste más que una chimenea sin fondo, a la cual se entretuvieron los turistas en arrojar piedras y oír los numerosos ecos; y hacia las once se llegó por fin a San Lorenzo, villa de 2000 habitantes, y en el cual, según aseguraba el guía, encontrarían con qué almorzar.

Hallóse, en efecto, pero a condición de no mostrarse muy exigentes y escrupulosos. Abundante en frutas deliciosas, San Lorenzo carece un poco de recursos bajo otros aspectos. Era una suerte que la caminata hubiera aguzado el apetito de los excursionistas, haciendo así que hallasen algunos encantos en lo que constituyó el plato fuerte y principal, el *gofio*, especie de mezcla de harina de maíz o de trigo muy torrefacta y diluida en leche; pero en realidad aquel manjar nacional es de un sabor no muy agradable. Todos, empero, ayudados del hambre, lo acogieron con placer, salvo, no obstante, el irreconciliable Saunders, que inscribió severamente *gofio* en su inseparable cuaderno. ¡Imponerle el *gofio*! ¡Eso valía lo menos cien libras esterlinas de indemnización!

Terminado el almuerzo se reemprendió la marcha, cuyo orden había experimentado algunas inevitables modificaciones. Una de las filas contaba ahora con tres jinetes: Tigg y sus dos vigilantes guardias.

Sí; gracias a una sabia maniobra, Miss Margaret Hamilton había sido vergonzosamente eliminada, y, lo mismo que Absyrthus Blockhead, trotaba a la sazón solitaria, mientras que sus victoriosas

rivales velaban sobre su conquista con celosos ojos.

No sin lucha, por lo demás, se había llevado a término aquella revolución. Cuando *Miss Margaret*, habiendo montado, vio ocupado su puesto, una protesta había nacido en su alma irritada.

—Pero, señorita —había ella dicho, dirigiéndose indiferentemente a las dos hermanas—, ése es mi puesto, creo yo.

—¿A quién de nosotras hace usted el honor... —había comenzado a decir *Miss Bess* con agria entonación.

—... de dirigirse, señorita? —había terminado *Miss Mary*, igualmente ácida.

—¡Vuestro puesto no está...

—... numerado, supongo yo!

En cuanto a *Tigg*, nada había oído de aquel diálogo en sordina. Ignorante de la guerra desencadenada a propósito de él, dejaba hacer, como de costumbre, con una amable indolencia, feliz, después de todo, porque así se le disputaran.

Otro cambio había tenido también lugar en la sucesión primitiva de los excursionistas; *Jack Lindsay* había pasado de la retaguardia a la vanguardia; precediendo a su cuñada, escoltada siempre por *Roberto Morgand*, caminaba a la sazón muy cerca del guía canario y parecía sostener con él una animada conversación.

Semejante circunstancia no dejaba de excitar la curiosidad de *Roberto*. ¿Conocía, pues, el guía, el inglés? Viendo que la conversación se prolongaba no tardó en mezclarse una vaga inquietud en la curiosidad de *Roberto*. *Jack Lindsay*, en efecto, parecía huir y evitar los oídos indiscretos, y se mantenía con su interlocutor unos cien metros delante del primer turista.

¿Qué complot podrían tramar aquel pasajero, del que tenía tan excelentes razones para sospechar, y aquel indígena de aspecto inquietante? He aquí lo que a sí mismo se preguntaba *Roberto*, sin hallar respuesta satisfactoria.

A punto estuvo de confiar sus sospechas a su compañera. Según *Jack* acertadamente supusiera, *Roberto* no se había decidido hasta entonces a poner en ejecución sus amenazas. *Mr. Lindsay* no sabía nada. Había *Roberto* vacilado en turbar a la joven con semejantes confidencias, en demostrar que se hallaba enterado de un asunto tan delicado, y confiando, después de todo, en la eficacia de su vigilancia, había guardado silencio. Una vez más retrocedió en el

momento de ir a entablar conversación sobre tan espinoso asunto, y se resolvió simplemente a vigilar con mayor cuidado aún.

En menos de tres horas se llegó a Galdar, residencia de antiguos reyes berberiscos, sobre la costa Noroeste; después, habiendo atravesado la villa de Agaete, se llegó hacia las cinco a Artenara.

Situado en la pendiente interior de la Caldera de Tejada en una altitud de 1200 metros, el pueblo de Artenara es el más elevado de toda la isla, ofreciendo una vista espléndida. El circo, sin hundimiento, sin ningún desplome, sin ninguna cortadura, desarrolla ante las miradas atónitas su elipse de treinta y cinco kilómetros, de cuyos lados convergen hacia el centro arroyos y colinas bajas, a cuyo abrigo se han construido aldeas y caseríos.

La villa es de las más singulares. Poblada única y exclusivamente de carboneros que, de no evitarlo, pronto habrán hecho desaparecer de la isla los últimos vestigios de vegetación. Artenara es una población de trogloditas. Tan sólo la iglesia eleva su campanario al aire libre. Las casas de los hombres están cavadas en las murallas del circo, colocadas las unas encima de las otras e iluminadas por aberturas que desempeñan el papel de ventanas. El suelo de estas casas se halla recubierto de esteras, sobre las que se sientan para las comidas. En cuanto a los demás asientos y a los lechos, la naturaleza misma era la que hacía el gasto, y los ingeniosos canarios se han contentado con aprovecharse de esas ventajas de la naturaleza.

No podía pensarse en pasar la noche en Artenara, pues la hospitalidad de aquellos trogloditas hubiera sido necesariamente muy rudimentaria. Impúsose una hora de marcha todavía y hacia las seis pudieron echar pie a tierra definitivamente en Tejada, pequeña villa a que ha dado su nombre de Caldera.

Era tiempo. Algunos de los turistas no podían literalmente más. Para los tres Blockhead, especialmente, hubiera sido por completo imposible su suplemento de marcha. Sucesivamente rojas, verdes, blancas, *Miss Mary* y *Miss Bess* habían necesitado un alma heroica para cumplir hasta el fin la tarea que su humanidad les había impuesto. ¡Qué de gritos, a que sus monturas les obligaban, tuvieron que ahogar o disimular, dándoles otro significado! Pero en cambio, ¡qué suspiro de alivio lanzaron cuando ganaron el puerto, es decir, el albergue, cuyo propietario miraba aturdido aquella

plétora desacostumbrada de viajeros!

El guía, en efecto, había conducido a los turistas a un albergue; un miserable albergue. Muy suficiente para él mismo, habíalo juzgado suficiente para los demás, y nada comprendió a través de las muecas de disgusto que acogieron la señal de «alto». En todo caso era ya demasiado tarde para hacer recriminaciones. Toda vez que Tejeda no tenía nada mejor que aquel albergue, menester era contentarse con él.

La realidad, por otra parte, era superior a la apariencia. Los quince turistas y su guía consiguieron comer a costa de un nuevo gofio que sirvió de pretexto para una nueva mención en el cuaderno de Saunders. Pero las cosas se complicaron al tratarse del alojamiento.

Si a fuerza de ingenio se logró encontrar un abrigo suficiente para las señoras, los hombres, liados en mantas, en cubiertas, hasta en sacos, tuvieron que contentarse con el duro suelo o con la hierba al aire libre. Aun cuando el clima sea suave en las islas Canarias, la madrugada no deja de aportar cierto frescor, muy perjudicial para los reumáticos. *Sir* Hamilton adquirió por experiencia propia el conocimiento de este pormenor climatológico. Habiendo despertado desde el alba a causa de agudos dolores articulares, fuéle preciso friccionarse con ardor, no sin alzar maldiciones contra el condenado Thompson a quien debía todos sus males.

Saunders durante todo ese tiempo le miraba con ojo envidioso entregarse a aquel ejercicio. ¡Qué no habría él dado por tropezar en su persona con algún dolor anormal! ¿Qué mejor argumento podría más adelante aducirse? Y Saunders examinaba sus articulaciones, las hacía funcionar, se doblaba, se encorvaba... ¡Trabajo inútil! En aquel cuerpo, nudoso como un roble, el mal no había hecho presa, así tuvo que reconocerlo con disgusto.

No dejó, sin embargo, de anotar en su cuaderno aquel nuevo contratiempo que afligía a su compañero. ¿Que él no padecía reumatismo...? ¡Sea; pero hubiera podido padecerlo, puesto que el *baronet* lo había padecido! Juzgaba que el riesgo que había corrido no era cosa de despreciar en labios de un hábil abogado.

El sueño de las señoritas Blockhead había estado cálidamente abrigado y, no obstante, desde que amaneció parecieron bien enfermas. Secas, ojerosas, los labios torcidos por el sufrimiento,

avanzaban fatigosamente, ayudándose con todo lo que hallaban al alcance de su mano, muebles, paredes o personas. Tigg, que fue el primero en informarse de su salud, fue también el primero en conocer la triste verdad: las señoritas Blockhead padecían de lumbago.

Era preciso, sin embargo partir. A pesar de todo, aquellas dos víctimas de la caridad fueron izadas sobre sus caballos, no sin lamentables gemidos, y la cabalgata entera se puso en marcha.

En tal momento, Roberto hizo una observación bien singular. Al paso que todos los caballos de la caravana, bien atendidos y arreglados por los cuidados del posadero, parecían completamente descansados por aquella noche de reposo, las monturas del guía indígena y de Jack Lindsay parecían, por el contrario, postradas por la fatiga. Ante la amalgama de polvo y de sudor que cubría la piel de estos animales, hubiérase jurado que durante la noche habían realizado rápidamente una larga caminata.

No pudiendo ser resuelto este punto sin un interrogatorio directo que le repugnaba, Roberto guardó dentro de sí mismo la sospecha rápidamente concebida.

Por otra parte, si Jack Lindsay había urdido algún complot con el guía, era ya demasiado tarde para intervenir con eficacia.

Los dos presuntos cómplices nada tenían ya que decirse. Mientras que el uno permanecía en su puesto a la cabeza, el otro había recobrado su sitio favorito en la extremidad opuesta de la pequeña tropa.

No formaba ya, con todo, la extrema retaguardia, en la que le remplazaban ahora Absyrthus Blockhead y sus agradables hijas.

¡Cruel situación la de las señoritas Blockhead! Mientras que el amor al prójimo las empujaba hacia delante, una aguda molestia les obligaba a contenerse a toda costa. Poco a poco, a pesar de su energía, escapó Tigg a su débil vigilancia, y pronto ambas hermanas, cien metros detrás del último turista, pudieron comprobar, contenidas en las crueles sillas, el triunfo de una rival aborrecida.

Habiendo partido a buena hora llegóse a buena hora también a la cima de Tirajana. El camino penetra en este antiguo cráter por una de las estrechas cortaduras de la muralla del Oeste, y después, remontando en zigzag, sigue la pared del Este.

Hacia ya algún tiempo que se seguía fatigosamente la ascensión, cuando el camino se bifurcó en otros dos, de direcciones casi paralelas y formando entre sí un ángulo agudo...

Alice y Roberto, que marchaban al frente, se detuvieron y buscaron con la mirada al guía indígena.

El guía había desaparecido.

En un momento se hallaron todos los turistas reunidos en el cruce de ambos caminos formado un grupo y comentando con viveza aquel singular incidente.

Mientras sus compañeros se extendían en palabras, Roberto reflexionaba silenciosamente. ¿No constituiría aquella desaparición el comienzo del sospechado complot? De lejos observaba a Jack Lindsay, que parecía compartir muy sinceramente la sorpresa de sus compañeros. Nada había en su actitud que fuera de naturaleza a propósito para justificar los temores que a cada momento con mayor fuerza se alzaban en el ánimo del intérprete del *Seamew*.

En todo caso, antes de pronunciarse y decidirse era conveniente esperar. La ausencia del guía podía obedecer a causas sumamente sencillas. Tal vez de un momento a otro se le viera regresar tranquilamente.

Más de media hora transcurrió sin que estuviera de regreso, y los turistas comenzaron a perder la paciencia. ¡Qué diablo! ¡No iban a permanecer eternamente en aquel sitio! En la duda, no había más que penetrar resueltamente por uno de los dos caminos, a la ventura. A alguna parte se iría al fin y al cabo.

—Tal vez fuera preferible —objetó Jack Lindsay con muy buen sentido— que uno de nosotros fuese a explorar alguno de esos caminos. De este modo podría orientarse mejor acerca de su dirección general. Los otros continuarían donde estamos y esperarían al guía que, después de todo, puede llegar aún.

—Tiene usted razón —respondió Roberto, a quien correspondía aquel papel de explorador, mirando fijamente a Jack Lindsay—. ¿Qué camino cree usted que debo elegir?

Jack se recusó con un gesto.

—¿Éste, por ejemplo? —insinuó Roberto, indicando el camino de la derecha.

—Como usted quiera —respondió Jack con indiferencia.

—Vaya por éste —concluyó diciendo Roberto, en tanto que Jack

apartaba sus ojos, en los que, a pesar suyo, brillaba una mirada de placer.

Antes de partir, Roberto llevó aparte a su compatriota Roger de Sorgues, y le recomendó la mayor vigilancia.

—Ciertos hechos —vino a decirle en sustancia—, y más especialmente esta inexplicable desaparición del guía, me hacen temer alguna celada. Así, pues, vigile con gran cuidado.

—Pero ¿y usted? —objetó Roger.

—¡Bah! —replicó Roberto—. Si ha de tener lugar una agresión, no es verosímil que se dirija contra mí. Por lo demás, obraré con prudencia.

Hechas estas recomendaciones a media voz, aventuróse Roberto por el camino que él mismo había elegido, y los turistas continuaron su espera.

Los diez primeros minutos se deslizaron tranquilamente; necesitábase ese tiempo para explorar un kilómetro de camino al trote largo de un caballo. Por el contrario, los diez minutos siguientes parecieron más largos y cada uno de ellos hacía más extraño el retraso de Roberto. Roger no pudo contenerse.

—No podemos esperar más —declaró terminantemente—. La desaparición del guía no presagia nada bueno, y estoy persuadido de que alguna cosa le ha sucedido a *Mr.* Morgand. Por lo que a mí hace, marchó a su encuentro sin esperar ni un minuto más.

—Mi hermana y yo iremos con usted —dijo Alice con voz firme.

—Iremos todos —exclamó sin vacilar la unanimidad de los turistas.

Cualesquiera que fuesen sus ocultos pensamientos, Jack no hizo ninguna oposición a aquel proyecto, y, al igual que los demás, lanzó su caballo al galope.

El camino rápidamente seguido por la cabalgata se deslizaba entre dos murallas cortadas perpendicularmente.

—¡Una verdadera madriguera! —gruñó Roger entre dientes.

Sin embargo, nada anormal aparecía. En cinco minutos llegó a franquearse un kilómetro sin encontrar a ningún ser viviente.

Al llegar a un recodo del camino, detuviéronse repentinamente los turistas prestando oído alentó a un tumulto confuso, semejante al murmullo de una muchedumbre, que llegaba hasta donde ellos se encontraban.

—¡Despachemos! —gritó Roger, sacando de nuevo su caballo al galope.

En pocos segundos la tropa de los turistas llegó a la entrada de una aldea, de donde salía el ruido que llamara su atención.

Aldea de las más singulares, no contaba con casas; era una nueva edición de Artenara. Sus habitantes se alojaban a expensas de las murallas que bordeaban el camino.

Por el momento, aquellas moradas de trogloditas estaban vacías. Toda la población, compuesta única y exclusivamente de negros, había invadido la calzada y se agitaba lanzando increíbles vociferaciones.

La aldea se encontraba evidentemente en ebullición. ¿A causa de qué? Los turistas no pensaban en preguntárselo. Toda su atención estaba monopolizada por el espectáculo imprevisto que ante sus ojos se ofrecía. A menos de cincuenta metros veían a Roberto Morgand, sobre el que parecía converger la cólera general; Roberto había echado pie a tierra, y, arrimado a una de las murallas transformada en colmena humana, defendíase como mejor podía, resguardándose con su caballo.

El animal, nervioso, se movía en todos sentidos, y las coces que lanzaba por doquier mantenían libre un amplio espacio en torno de su dueño.

No parecía que los negros poseyesen armas de fuego. Sin embargo, cuando los turistas llegaron al terreno de la lucha, tocaba éste a su término. Roberto Morgand iba debilitándose sensiblemente. Después de haber descargado su revólver, y desembarazándose así de dos negros, que permanecían tendidos en el suelo, no contaba ya como arma defensiva más que con su látigo, cuyo pesado mango había bastado hasta entonces para salvarle. Pero, asaltado a un tiempo por tres lados a la vez, apedreado por una turba de hombres, de mujeres y de chiquillos, era dudoso que pudiese resistir por más tiempo. La sangre corría por su frente.

La llegada de los turistas le aportaba un socorro, pero no la salvación. Entre éstos y Roberto se interponían centenares de negros, gritando, aullando, con tanta excitación, que no se habían dado cuenta de la presencia de los recién llegados.

Roger, como a un regimiento, iba a ordenar la carga a todo riesgo, cuando uno de sus compañeros previno la orden.

De repente, saliendo de las últimas filas de los excursionistas, lanzóse un jinete como un alud, y cayó como el rayo sobre los negros.

A su paso, los turistas habían podido reconocer con estupefacción a *Mr. Blockhead* que, pálido, lívido, lanzando lamentables gritos de angustia, se aferraba al cuello de su caballo, asustado por los clamores de los negros.

A aquellos gritos respondieron los negros con exclamaciones de terror. El caballo, enloquecido, galopaba, saltaba, pisoteaba todo lo que encontraba a su paso.

En un instante el camino se halló libre. Buscando refugio en el fondo de sus casas, todos los negros en estado de combatir habían huido ante aquel rayo de la guerra.

No todos, sin embargo; uno de ellos había permanecido en su puesto.

Solo, en medio del camino, éste, verdadero gigante, con musculatura de Hércules, parecía menospreciar el pánico de sus conciudadanos. Blandía con orgullo una especie de viejo fusil, algún trabuco naranjero español, que desde hacía un cuarto de hora estaba llenando de pólvora hasta la boca.

El negro alzó aquel arma, que sin duda iba a reventar entre sus manos, y la dirigió hacia Roberto.

Roger, seguido por todos sus compañeros, se había lanzado en el espacio despejado por la brillante acometida del estimado tendero honorario.

¿Llegaría a tiempo para detener el golpe pronto a partir?

Felizmente un héroe se le adelantaba. Blockhead y su caballo, ansioso de libertad.

De pronto hallóse éste a dos pasos del gigante negro, absorto en el desacostumbrado manejo de su antiguo escopetón. Aquel obstáculo imprevisto intimidó al asustado caballo, que, aferrándose en el suelo con sus cuatro patas, relinchó rabiosamente y se paró en seco.

Absyrthus Blockhead prosiguió, por el contrario, su carrera. Arrastrado por su ardor, y un poco también, fuerza es reconocerlo, por la velocidad adquirida, Blockhead franqueó el cuello de su noble corcel, y describiendo una sabia y armoniosa curva, fue, a la manera de un obús, a dar al negro el pleno pecho.

Proyectil y bombardeado rodaron de consuno por el suelo.

En este mismo instante Roger y todos sus compañeros llegaban al sitio de aquel memorable combate.

Blockhead fue recogido y atravesado en una silla, mientras otro turista se apoderaba del caballo. Habiendo montado Roberto sobre el suyo, la pequeña tropa huyó al galope de la aldea negra, por la extremidad opuesta a la que diera entrada.

Menos de un minuto después del momento en que se había visto a Roberto Morgand, todo el mundo estaba en seguridad.

Sí; aquél tan breve espacio de tiempo había bastado a Absyrthus Blockhead para ilustrarse para siempre en los fastos de la caballería, inventar una nueva arma arrojadiza y salvar, por añadidura, a uno de sus semejantes.

Por el momento, aquel valeroso guerrero no parecía hallarse en brillante condición. Una violenta conmoción cerebral habíale sumido en un desmayo, que no mostraba ninguna tendencia a disiparse.

Tan pronto como se hallaron lo bastante alejados del pueblo negro para no tener ya que temer un retorno ofensivo, echaron pie a tierra, y algunas abluciones de agua fría bastaron para devolver el sentido a Blockhead. Muy en breve se declaró dispuesto a partir.

Antes, sin embargo, fuéle preciso aceptar las acciones de gracias de Roberto, ante las cuales, por un exceso sin duda de modestia, el estimable tendero honorario no dio muestras de que hubiera comprendido el porqué de la gratitud.

Marchando al paso, rodeóse durante una hora el pico central de la isla, el Pozo de la Nieve, así llamado en razón de las neveras que los canarios han establecido en sus flancos, y luego se atravesó una vasta meseta sembrada de rocas pasándose sucesivamente, por entre las de Saucillo del Hublo, bloque monolítico de ciento doce metros, de Rentaigo y de la Cuimbre.

Ya fuese un resto de la emoción causada por los negros, ya el resultado de la fatiga, ya otro motivo cualquiera, lo cierto es que muy pocas palabras se cruzaron mientras se atravesó aquella meseta. La mayor parte de los turistas avanzaban en silencio, casi en el mismo orden que al partir. Solamente algunas filas habían sufrido una ligera modificación. Saunders, por una parte, se había unido al valeroso Blockhead, y Roberto, por otra, cabalgaba al lado

de Roger, en tanto que Alice y Dolly formaban la segunda fila.

Los dos franceses hablaban del incomprensible acontecimiento, que estuvo a punto de costar la vida a uno de ellos.

—Había adivinado usted con exactitud —dijo Roger— previendo una emboscada; sólo que el peligro estaba delante y no a la espalda.

—Es verdad —reconoció Roberto—. Pero ¿podía yo suponer que se atentase a mi humilde persona? Además, estoy convencido de que la casualidad ha sido la que lo ha hecho todo, y que usted habría tenido igual acogida, si en mi lugar hubiera usted ido a aquel pueblo de negros.

—En realidad, ¿qué clase de colonia es ésa, negra en pleno país de raza blanca?

—Una antigua república de negros —respondió Roberto—. Hoy, hallándose como se halla abolida la esclavitud en todo país dependiente de un Gobierno civilizado, esta república ha perdido su razón de ser. Pero los negros tienen cerebros obstinados, y los descendientes persisten en las costumbres de los antepasados, y así continúan enterrados en el fondo de sus cavernas salvajes, viviendo en un aislamiento casi absoluto, sin aparecer a veces en las poblaciones próximas durante más de un año.

—No son muy hospitalarios —observó Roger, riendo—. ¿Qué diablos pudo usted hacerles para ponerles de aquel modo en revolución?

—Absolutamente nada —dijo Roberto—. La revolución había estallado antes de mi llegada.

—¡Hombre! ¿Y por qué motivo?

—No me lo han contado; pero he podido adivinarlo fácilmente por las injurias con que me han abrumado. Para comprender sus razones, precisa saber que los canarios ven con malos ojos como los extranjeros llegan a su país cada vez en mayor número, pues creen que todos esos enfermos dejan en sus islas algo de sus enfermedades, y que acabarán por hacerlas mortales. Ahora bien, aquellos negros se imaginaban que nosotros acudíamos a su pueblo con objeto de fundar en él un hospital de leprosos y de tísicos. De ahí su furor.

—¡Un hospital...! ¿Y cómo ha podido nacer semejante idea en sus crespas cabezas?

—Alguno se la habrá inspirado —respondió Roberto—, y puede

usted calcular el efecto de semejante amenaza en sus cerebros infantiles, imbuidos de prejuicios locales.

—¿Alguno...? ¿De quién, pues, sospecha usted?

—Del guía.

—¿Con qué objeto?

—Con un objeto de lucro; esto es natural. El bandido contaba con apoderarse de la parte correspondiente en nuestros despojos.

Verdaderamente aquella explicación parecía bastante plausible, y no era dudoso que las cosas hubiesen pasado así.

En el transcurso de la noche anterior debió el guía de preparar aquella emboscada y sembrar la cólera entre aquellos sencillos habitantes, fáciles de inflamar y de ser engañados.

Lo que Roberto se callaba era la parte que con toda seguridad había tomado Jack en aquel complot, y eso con un objetivo muy distinto del pillaje inmediato.

Después de reflexionar, había, en efecto, adoptado la resolución de no decir nada de sus sospechas. Para semejante acusación se requerían pruebas y Roberto no las tenía; tan sólo presunciones; pero, faltando el guía, no tenía medios de procurarse ninguna prueba material. En semejantes condiciones, era preferible guardar silencio sobre la aventura.

Aun cuando se hallase más armado de pruebas, hubiera callado, por una parte, por entender que era preferible dejar impune el ataque sufrido a sacar de él una venganza que recaería sobre *Mr. Lindsay* al recaer sobre su miserable autor.

Mientras que ambos franceses debatían aquella interesante cuestión, Saunders había cogido por su cuenta a Blockhead.

—¡Mi enhorabuena, caballero! —díjole poco después de ponerse en marcha.

Blockhead permaneció silencioso.

—¡Qué condenada caída, caballero! —exclamó Saunders con armoniosa befa.

Silencio igual de Blockhead. Saunders se le acercó, manifestando un vivo interés.

—Veamos, querido señor, ¿cómo se encuentra ahora?

—¡Bastante mal! —suspiró Blockhead.

—Sí, sí; su cabeza...

—Nada de la cabeza.

—¿Dónde, pues?

—¡Del otro lado...! —gimió Blockhead, tendido boca abajo sobre el caballo.

—¿Del otro lado...? —repitió Saunders—. ¡Ah! ¡Bueno, bueno! —dijo, comprendiendo—. Es absolutamente lo mismo.

—¡No, no...! —murmuró Blockhead.

—¡Pardiez! ¿No es en todo caso por culpa de la agencia Thompson? Si nosotros hubiésemos sido ciento, en vez de ser quince, ¿habríamos sido atacados y tendría usted dolor de cabeza...? Si en lugar de ir a caballo, hubiéramos tenido nosotros los conductores anunciados en sus impudentes programas, ¿tendría usted dolor... en otro sitio? Comprendo perfectamente que esté usted indignado, furioso...

Blockhead halló fuerzas para protestar.

—¡Encantado, caballero, diga usted, por el contrario, encantado! —murmuró con voz doliente, arrastrado por la fuerza del hábito.

—¿Encantado...? —repitió Saunders, completamente estupefacto.

—Sí, señor; encantado —afirmó Blockhead más vigorosamente—. Caballos que te llevan de aquí para allá; islas con negros... ¡Esto es extraordinario, caballero, positivamente extraordinario!

En su exuberancia admirativa, olvidábase Blockhead de su contusión. Enderezóse imprudentemente sobre una silla extendió la mano solemnemente.

—Franco como el oro, señor; Blockhead es franco... ¡Ay...! —gritó, cayendo súbitamente boca abajo, excitado por un vivo dolor que le trajo al sentido de la realidad, en tanto que Saunders se alejaba, despechado de aquel incorregible optimista.

Hacia las once se llegó a uno de los numerosos pueblos escondidos entre los contrafuertes de la Cuimbre. Cuando el camino desembocó bruscamente en una plazoleta sin otra salida que aquélla por la que se había entrado, se detuvo muy embarazada la cabalgata.

Sin duda que se habían equivocado dos horas antes en el cruce de ambos caminos, y el único remedio parecía ser el de desandar lo andado.

Quiso Roberto informarse sobre los habitantes del pueblo, pero tropezó con una muy grave dificultad; el español de Roberto parecía

ininteligible para aquellos campesinos, mientras que el español de éstos parecía misterioso para Roberto.

No se mostró éste muy sorprendido, pues no desconocía la increíble diversidad de los *patois* del interior.

Con ayuda de una animada pantomima, a fuerza de repetir la palabra «Telde», nombre de la ciudad a la que se deseaba ir, y en donde se pensaba almorzar, acabó Roberto por obtener un resultado satisfactorio.

El indígena, dándose una palmada en la frente con aire de inteligencia, llamó a un muchacho, le soltó un largo e incomprensible discurso, y luego, con un gesto, invitó a la caravana a que siguiera al improvisado guía.

Durante dos horas caminaron tras las huellas del muchacho, que avanzaba silbando entre dientes.

Siguiéndole, se penetró por un sendero, se descendió por otro, se atravesó un camino, volvió a entrarse por otro sendero... ¡aquello no se acababa nunca! Mucho tiempo hacía que debían haber llegado a su destino. Roberto iba a esforzarse, aunque sin esperanzas, en obtener algunas luces del joven conductor, cuando en el momento de llegar a un nuevo camino, agitó éste alegremente su gorra e indicó la dirección del Sur, y entrando rápidamente por un sendero de cabras, desapareció en un instante.

Los turistas se quedaron llenos de estupor y asombro. ¿Qué diablos había entendido el campesino canario? Fuera lo que quisiera, de nada sirvió lamentarse; no había que hacer sino marchar, y se marchó, en efecto, no hacia el Sur, sino hacia el Norte, única dirección en que había probabilidades de encontrar la ciudad de Telde.

Las horas, no obstante, pasaron sin que el campanario de la población apareciese ante los cansados y hambrientos pasajeros. Las señoritas Blockhead inspiraban verdaderamente lástima. Abrazadas al cuello de sus caballos, dejábanse transportar, no teniendo fuerzas ni aun para gemir.

Hacia las seis, los turistas más valerosos hablaban ya de renunciar a proseguir caminando y acampar al aire libre, cuando por fin se distinguieron casas. La marcha de los caballos se activó inmediatamente. ¡Oh, sorpresa! ¡Estaban en Las Palmas! Una hora después atravesaban rápidamente la ciudad y llegaban al *Seamew*,

sin que hubieran podido comprender lo que había acontecido.

Apresuráronse los viajeros a tomar asiento en la mesa, cuando se comenzaba a servir la comida, y atacaron con ansia los primeros platos. Por desgracia, continuaban todavía en vigor los principios que regulaban la mesa del *Seamew* desde hacía dos días, y la comida fue notoriamente poca cosa para aquellos estómagos hambrientos.

Semejante inconveniente pareció llevadero. Una cuestión urgía más que todas. ¿En qué estado se hallaban las reparaciones de la máquina? No habían terminado, indudablemente; el ruido de los martillos hablaba con bastante elocuencia a este respecto; aquel ruido se metía por todas partes: en el comedor, interrumpiendo las conversaciones, y en los camarotes, haciendo huir el sueño. Toda la noche duró, llevando al colmo la exasperación de los pasajeros.

Roberto, a causa de la fatiga, había terminado por quedarse adormecido; a las cinco de la mañana despertó un súbito silencio; todo había callado a bordo del buque.

Vestido de cualquier modo, Roberto salió sobre cubierta. Solos, bajo el *spardek*, conversaban el capitán Pip y Bishop. Iba a descender Roberto a su encuentro para adquirir informes, cuando la voz del capitán llegó hasta él:

—Así, pues, ¿está usted preparado, caballero? —decía.

—Sí, comandante —respondió *Mr. Bishop*.

—Y... ¿está usted satisfecho de sus reparaciones? —preguntó el capitán.

—¡Hum! —dijo *Mr. Bishop*—. *Artimón* os diría, comandante, que nada nuevo puede hacerse con una cosa vieja.

—¡Justo! —aprobó el capitán—. Pero, al fin, yo supongo que podremos partir...

—Cierto, comandante, pero... llegar...

Un nuevo silencio se hizo, más largo que el anterior. Roberto, inclinándose, vio al capitán ponerse bizco de un modo terrible, según su costumbre cuando le agitaba una emoción. Pellizcóse luego la punta de la nariz, y estrechando la mano del primer maquinista exclamó:

—¡Ésta es una peripecia, caballero!

Juzgó inútil Roberto dar cuenta a sus compañeros de los tristes presagios que acababa de conocer. En cuanto a la nueva de la partida, no necesitó transmitirla; las volutas de humo que pronto

coronaron la chimenea informaron de ello a todos los pasajeros.

Sólo la certidumbre de una próxima partida pudo salvar al administrador general del furor de sus administrados, exasperados por un almuerzo verdaderamente detestable. Nadie empero protestó, limitándose a poner en recíproca cuarentena al culpable director de la agencia. Todos los semblantes se despejaron cuando, hacia el final del almuerzo, se oyeron las primeras órdenes de aparejar, que permitían esperar una más soportable comida.

CAPÍTULO XX

EN LA CIMA DEL TEIDE



U nas 50 millas apenas separaban a Las Palmas de Santa Cruz. El *Seamew*, vuelto a su velocidad normal de doce nudos, empleó cuatro horas en franquear esa distancia; a las tres y media anclaba en el puerto de la capital de Tenerife.

Entre esta ciudad, rival en importancia de Las Palmas, y Europa las comunicaciones son fáciles y frecuentes. Numerosas líneas de vapores la unen con Liverpool, Hamburgo, El Havre, Marsella y Génova, sin contar la compañía local, que asegura un pasaje bimensual entre las diversas islas del archipiélago.

Edificada en anfiteatro, con un cinturón de montañas, Santa Cruz es de seductor arriba y puede, a este respecto, sostener la competencia con Las Palmas.

Su gracia fue, con todo, insuficiente para sacudir la indiferencia de los pasajeros. Durante la travesía, sólo miradas vagas y aburridas habían dirigido sobre aquellas costas grandiosas y salvajes, con rocas desnudas, hacia las que les empujaba la hélice del *Seamew*. En el puerto ya, la mayor parte se limitaron a echar una ojeada sobre tierra, y su curiosidad pareció quedarse con ello satisfecha.

¿Qué les importaba aquel espectáculo, maravilloso seguramente, pero hecho banal ya por la costumbre? ¿Qué interés encerraba para ellos aquella ciudad, agradable sin duda, pero sin duda también muy semejante a las demás ciudades visitadas ya? Su única preocupación era el célebre pico del Teide, más conocido con el

nombre de pico de Tenerife, cuya ascensión, prometida por el programa, constituía el *clou* del viaje. ¡He ahí una cosa verdaderamente nueva y original! Sólo la aproximación de excursión semejante hacía ya subir las acciones de la agencia Thompson.

Pero verdaderamente tenían mala suerte los turistas del *Seamew*, Aquel pico, hacia el cual, durante la travesía de Gran Canaria a Tenerife habían dirigido ellos sus miradas, estaba obstinadamente oculto tras un espeso manto de nubes impenetrables hasta para los mejores anteojos. A la sazón, aun admitiendo que el cielo se hubiese despejado, era ya demasiado tarde; la costa misma limitaba las miradas.

Soportábase, no obstante, aquel contratiempo con filosofía. Hasta parecía como que el pico hubiese excitado más la curiosidad de sus futuros conquistadores permaneciendo tan misterioso. No se hablaba más que de él, y tal era la obsesión que muy fácilmente pudo Thompson persuadir a la mayoría de sus pasajeros a que renunciaran a pisar el suelo de Santa Cruz.

No fue de éstos el joven matrimonio. Antes aún de que el ancla hubiese mordido el fondo, habíase hecho trasladar a tierra, con su acostumbrada discreción, y a los pocos instantes había desaparecido, para no reaparecer hasta el momento de la partida.

Habríanles seguido probablemente sus compañeros, si Thompson, viendo la indiferencia general por la capital de Tenerife, no se hubiera arriesgado a proponer ir por agua a la ciudad de La Orotava, que, situada sobre la costa septentrional, es el punto de partida de las ascensiones, en vez de dirigirse a ella por tierra, conforme señalaba el programa. De esta suerte, pensaba él, se economizaría un transporte oneroso.

Con gran sorpresa suya, esa proposición no tropezó con ninguna dificultad, y habiéndose fijado para el día siguiente la partida del *Seamew*, la mayor parte de los turistas decidieron permanecer a bordo. Algunos viajeros no imitaron, sin embargo, aquella indiferencia. Eran éstos siempre los mismos: Alice Lindsay y su hermana; Roger de Sorgues, su inseparable compañero; Saunders provisto de su amenazante cuaderno; *Sir* Hamilton y su familia, que ejecutaban rigurosamente el programa.

Éstos, pues, se hicieron desembarcar tan pronto como el *Seamew*

quedó anclado, resueltos a ganar La Orotava por tierra. No habiendo juzgado Jack Lindsay oportuno unirse a la excursión particular, Roberto había estimado preferible permanecer también a bordo. Pero Roger de Sorgues era de opinión contraria y se había hecho adjudicar por Thompson la exclusiva propiedad del intérprete, cuyo concurso le era indispensable en el interior.

Formaba, por ende, parte Roberto de la columna disidente, huérfana ¡ay! de sus más bellos florones.

¿Podía ser de otro modo? ¿Podía *Mr. Absyrthus Blockhead* ir a ejercitar a través de la isla de Tenerife sus maravillosas facultades de admiración, cuando desde hacía veinte horas dormía, hasta el punto de hacer creer que no despertaría jamás? ¿Podían al menos suplirle sus graciosas hijas, cuando se encontraban gimiendo sobre un lecho de dolor, con la constante preocupación de no volverse de espaldas?

Aprovechóse villanamente Tigg de aquella situación lamentable. También él abandonó el *Seamew*, y sin duda en el transcurso de esa excursión se alejaría poco de *Miss Margaret*.

En tierra el calor era sofocante. Por consejo de Roberto decidióse ir a dormir aquella noche a La Laguna, antigua capital de la isla. Allí, según se afirmaba, se hallaría una temperatura más benigna y se evitarían, sobre todo, los mosquitos, que en Santa Cruz constituyen una plaga.

Limitáronse los turistas a visitar rápidamente la ciudad. Siguiéronse sus amplias calles, bordeadas de casas provistas generalmente de elegantes balcones y cubiertas frecuentemente de pinturas a la moda italiana; se atravesó la hermosa plaza de la Constitución, en cuyo centro se alza un obelisco de mármol blanco, guardado por las estatuas de cuatro antiguos reyes guanches, y apenas acababan de dar las cinco cuando dos cómodos y ligeros carruajes conducían a los turistas al galope de sus caballos.

En hora y media se llegó a La Laguna, a la que diez kilómetros, a lo sumo, separan de la capital establecida sobre una meseta a una altitud de 520 metros, esa situación le asegura una temperatura agradable, y los mosquitos, según afirmara Roberto, eran totalmente desconocidos allí. Tales ventajas hacen de ella uno de los sitios de veraneo de los habitantes de Santa Cruz, que van a buscar el reposo bajo sus grandes árboles, entre los cuales

predomina el eucalipto.

A pesar de sus encantos, La Laguna, es, no obstante, una ciudad en decadencia. Si en ella se encuentran numerosas iglesias, véanse también muchos monumentos en ruinas. La hierba verdea el piso de sus calles y hasta el techo de sus casas.

No se trataba de permanecer mucho tiempo en aquella ciudad silenciosa, en que la tristeza se hace contagiosa.

En la madrugada del día siguiente dejaron los turistas aquella reina decaída, en la diligencia que va dos veces al día de La Laguna a La Orotava.

Al trote tranquilo de los cinco caballos que lo remolcaban fatigosamente, el coche empleó cuatro horas largas en franquear los treinta kilómetros que separan ambas poblaciones. Sin que ninguno de los viajeros se dignase bajar, se atravesó Tacoronte, donde se halla un museo que encierra una curiosa colección de momias guanches, armas e instrumentos de aquel pueblo muerto; Sauzal; La Matanza, cuyo nombre recuerda un sangriento combate; La Victoria, teatro de otra antigua batalla y Santa Úrsula, en fin.

Sólo al salir de este último pueblo es cuando el camino desemboca en el valle de La Orotava, que un ilustre viajero, Humboldt, ha dicho que es el más hermoso del mundo.

El hecho es que sería difícil imaginar un espectáculo más armonioso. A la derecha, la llanura inmensa del mar, a la izquierda, un conjunto de picos salvajes y negros, últimos contrafuertes del volcán, sus hijos en el pintoresco lenguaje popular, en tanto que el padre, el Teide mismo, se alza majestuosamente en último término.

Entre esos dos grandiosos límites, el valle de La Orotava se desarrolla en un increíble océano de verdura.

Poco a poco, a medida que se iba avanzando, parecía rebajarse en el horizonte la cima del Teide, y desapareció en el momento de comenzar a distinguirse entre los árboles las casas de las dos Orotavas: una, la ciudad, a cinco kilómetros del mar, otro, el puerto, trescientos metros más bajo.

Al mismo tiempo que el coche llegaba a la primera, un punto rodeado de humo se detenía en el segundo. Aquel punto era el *Seamew*, con su cargamento de pasajeros.

El coche había hecho alto ante un hotel de confortable apariencia, el Hotel de las Hespérides, según indicaban las letras de

oro de su fachada.

Roberto, que fue el primero en saltar a tierra, vióse agradablemente sorprendido al oír que le saludaban en su lengua materna; aquel hotel, en efecto, era de un francés, que no se mostró menos satisfecho al encontrar dos compatriotas entre los recién llegados. ¡Con qué ardor se puso, pues, a su disposición! ¡De qué cuidados rodeó su almuerzo! Habitados a los menús del *Seamew*, los turistas no volvían de su asombro. Una vez más triunfó la cocina francesa.

En seguida, después de comer, Roberto dirigióse rápidamente hacia el puerto a fin de entenderse con Thompson acerca de la excursión del día siguiente. Habiendo recibido las instrucciones de su jefe, rehízo el camino llevando consigo dos coches cargados de mantas y de paquetes.

Aun cuando no fuesen más que las cuatro de la tarde, no sobraba tiempo para organizar una excursión tan considerable. Su tarea fue, afortunadamente, facilitada por la cortesía del hostelero de Las Hespérides, que, muy al corriente de los recursos locales, proporcionó todas las indicaciones necesarias.

No hubo que hacer otra cosa que seguir fielmente sus instrucciones.

Con todo, el día fue insuficiente, siendo preciso dedicar una parte de la noche, y Roberto, ocupado en su faena, no se presentó a la comida.

Ésta fue digna del almuerzo. Los pasajeros del *Seamew* se preguntaban si estaban soñando, y miraban a hurtadillas a Thompson con inquietud. ¿Estaba allí, o, cuando menos, estaba con toda su razón...? ¡Un poco más, y se olvidaban las pasadas miserias, y se le habría en verdad aplaudido!

Pero había allí uno que no se desarmaba.

—Fuerza es creer que las langostas no han llegado hasta Tenerife —dijo Saunders con su voz cavernosa.

—¡Oh! Las langostas no pasan nunca de la Gran Canaria —dijo, sin comprender la malicia de la observación el hostelero, que hacía a sus comensales el honor de servirles él mismo.

Lanzóle Saunders una mirada furiosa. ¡Qué necesidad Tenía él de sus informes geográficos...! Más de un turista gratificó a Thompson con una mirada, en que brillaba un comienzo de

enternecimiento.

La noche vino a confirmar aquellas buenas disposiciones.

Confortablemente alimentados, se acostaron también confortablemente, y el alba del 8 de junio encontró a los turistas dispuestos para la partida y desbordando buen humor.

Un verdadero ejército, infantería y caballería, les aguardaba desde las seis de la mañana.

De sesenta y cinco, la defección de algunos desertores en el puerto de La Luz, no había dejado al *Seamew* más que cincuenta y nueve pasajeros, incluidos el ciceroneintérprete y el administrador general. Habiendo sufrido por las circunstancias una nueva rebaja, aquel número de cincuenta y nueve había quedado reducido a cincuenta y uno.

Tres de esos ocho disidentes últimos lo eran desde el principio. El joven matrimonio, en primer lugar, desaparecido desde el instante de la arribada a Santa Cruz, era evidente que no reaparecería hasta el minuto preciso de la partida. Después venía Johnson. ¿Era también el temor a los temblores de tierra o a las inundaciones lo que le había retenido a bordo del *Seamew*? Nadie habría podido responder a esa pregunta, ya que Johnson no se había dignado dar ninguna razón de su manera de obrar, suponiendo que se hubiera encontrado en estado de darla. Había quedado a bordo sencillamente. Tal vez, después de todo, ignoraba que el *Seamew* estuviera anclado. En el mar, en el puerto, en la tierra misma, ¿no era un balanceo perpetuo?

¡Bien involuntarios, por el contrario, los otros cinco ausentes! Pero el lumbago no perdona, y *Mr.* Georgina Blockhead y el joven Abel, pegado a ella, había tenido que transformarse en enfermera de su marido y de sus dos hijos, tan maltrecha como angustiada.

Tan sólo, pues, de cincuenta y un turistas había tenido que preocuparse Roberto. Es ésta, con todo, una cifra harto respetable, y las gentes y monturas que necesitaba eran bastantes para producir un vocerío infernal bajo las ventanas del hotel.

Contábase en primer término con cincuenta y un mulos a razón de uno por viajero; estos animales de pie firme y andar seguro, son preciosos para los senderos empinados y mal abiertos que conducen al Teide. Había después veinte caballos que llevaban las mantas y los víveres. Aquellos setenta y un cuadrúpedos constituían la

caballería.

La infantería, no menos importante, comprendía cuarenta arrieros, veinte para los caballos y otros veinte para ayudar a las mujeres en caso necesario, más doce guías a las órdenes de uno de ellos, Ignacio Dorta, que, tan pronto como se formó, se puso a la cabeza de la caravana.

Tras él se pavoneaba Thompson, seguido de Roberto, a quien el número de los presentes aseguraba bastante tranquilidad para poder permitirse alejarse de Alice. Venían después los pasajeros en una larga fila, guardada por los veinte arrieros y once guías, mientras que los caballos cerraban la marcha conducidos por sus veinte arrieros.

Los habitantes de La Orotava hallábanse acostumbrados a las ascensiones, pero ésta era demasiado extraordinaria y obtuvo un verdadero éxito de curiosidad.

En medio de una numerosa muchedumbre, la cabalgata avanzó por las primeras pendientes de Monte Verde.

Roberto, en verdad, había hecho bien las cosas. Pero, como era justo, el honor recaía sobre Thompson, que, al fin y al cabo, sería quien pagase la cuenta. Volvíanle los amigos. La perfecta organización de aquella última excursión serenaba y tranquilizaba los ánimos. Si no estaba abolido el recuerdo de los pasados disgustos, palidecía, sin duda, cuando menos. Todo, por otra parte, conspiraba para ello; el tiempo era delicioso, la brisa suave, fácil el sendero. El mismo Saunders se sentía quebrantado.

Por un violento esfuerzo recobró contra semejante debilidad. ¡Cómo! ¿Iba él a desarmarse, a declararse vencido? ¿Una excursión bien preparada podría desvanecer el efecto de las otras diez tan mal dispuestas? Además, ¿resultaría bien aquella misma excursión? Había que esperar el fin. Algo indudablemente pasaría antes del regreso a La Orotava. Quien viva, verá.

En forma de conclusión, hizo Saunders sonar con aire resuelto sus articulaciones y cubrió su semblante con la expresión más desagradable que pudo encontrar.

El Monte Verde debe su nombre a los abetos de que en otro tiempo se halló cubierto; pero apenas si quedan de ellos algunos ligeros restos.

A la sombra de los castaños, primero, y luego a la de los abetos

subsistentes, la cabalgata avanzaba a lo largo de un sendero encantador, bordeado de flores y presentando a lo lejos viñas y campos de cereales, entre los cuales, de tiempo en tiempo, aparecía alguna miserable casucha.

A una altura de mil metros se penetró en un bosque de matorrales arborescentes. Después, cuatrocientos metros más arriba, fue dada la señal de alto por Ignacio Dorta, y se apearon para almorzar a la sombra. Eran entonces las diez de la mañana.

Viose Saunders obligado a confesarse que el almuerzo se mantenía a la altura debida. Con ayuda del buen apetito, la alegría era general entre los comensales, a pesar de un poco de fatiga, en la que nadie quería pensar. Convencidos de la proximidad de la cumbre, todos se extasiaban ante la facilidad de la ascensión. Saunders escuchaba aquellos amargos elogios, implorando de la clemente suerte la aparición de las primeras dificultades.

¿Habían sido escuchados sus malévolos votos por Aquel que preside a los destinos de las agencias? En todo caso, su realización no se hizo esperar.

Acababan de ponerse de nuevo en marcha, una vez terminado el almuerzo, en medio de las alegres bromas provocadas por una agradable digestión, cuando el camino cambió de carácter. Penetrando en el desfiladero del Portillo, los turistas comenzaron a encontrar menos cómoda la ascensión. De excelente, el camino se había vuelto muy malo, escarpado, cortado por grietas, erizado de pedruscos, empinado...

Al cabo de pocos minutos aquella subida se juzgó con razón extenuante; un cuarto de hora más tarde habíanse extinguido las últimas risas, y menos de media hora después de haber entrado en el desfiladero se hicieron oír algunas quejas, tímidas al principio. ¿No iba a tener fin aquel infernal sendero?

Pero las dificultades y asperezas del sendero se sucedían unas a otras, sin que pareciera alcanzarse el objetivo. Hubo caídas que, aun cuando sin gravedad, entibiaron el celo de los turistas más firmes. Algunos de ellos pensaron no proseguir más adelante; sin embargo, vacilaban, por no atreverse ninguno a ser el primero en decidirse.

El *clergyman* Cooley fue éste. Súbito volvió grupas valerosamente, y sin mirar a la espalda tomó con calma el camino de La Orotava.

¡Funesto efecto del ejemplo! Las señoras caducas, los venerables caballeros sintieron, al ver aquello, desaparecer el resto de su ardor. De minuto en minuto fue aumentando el número de los poltrones. Una tercera parte de la caravana se había dispersado de esta suerte, cuando, después de dos horas de aquella fatigosa subida, el Pico de Tenerife, oculto hasta entonces por las sinuosidades del terreno, apareció súbitamente ante las miradas. Franqueado, por fin, el Portillo, se llegaba a la pequeña meseta de la Estancia de la Cera.

Bajo su blanca túnica de piedra pómez, estriada por negros hilos de lava, la cima, perdida en un torbellino de nubes, el Pico, en forma de cono regular, se alzaba solo en medio de una planicie, cuya extensión no podían apreciar las miradas. Vueltas todas hacia él, como venerando al amo, varias montañas indicaban las fronteras circulares de la vasta llanura. Sólo hacia el Oeste la barrera de los montes se rompía, se rebajaba, acabando en un suelo caótico y convulso, un «Mal País», más allá del cual brillaba al sol el lejano mar.

Aquel espectáculo, único y sublime, decidió del éxito de la excursión; muchos «¡hurra!» estallaron en el aire.

Thompson saludó modestamente. Podía creerse vuelto a los bellos días de Fayal, cuando la columna, bien adiestrada, obedecía al menor signo. Y en realidad, ¿no la había él reconquistado?

Tomó la palabra.

—Señores —dijo, y su mano parecía ofrecer familiarmente el cono colosal, como un delicado presente—, una vez más pueden ver ustedes que la agencia no retrocede ante nada (¡yo me atrevo a afirmarlo!) por el placer de sus suscriptores. Si ustedes gustan, vamos a mezclar lo útil a lo agradable, y el señor profesor Morgand va a informarnos en pocas palabras acerca del panorama que tenemos la fortuna de contemplar.

Roberto, muy sorprendido ante aquella proposición, que se había hecho tan poco habitual, tomó al instante el aspecto frío que convenía a las circunstancias, el aspecto de cicerone, como le llamaba él mismo.

—Señoras y caballeros —dijo, mientras se formaba en torno suyo el círculo reglamentario—, tienen ustedes ante si la planicie de Las Cañadas, cráter primitivo cegado ahora por los detritus mismos vomitados por el volcán. Poco a poco en el centro de este cráter,

convertido en planicie, fueron amontonándose las escorias hasta el punto de formar el Pico del Teide, y de elevarlo hasta tres mil setecientos metros de altura.

—Esta actividad volcánica, en otro tiempo prodigiosa, se ha atenuado hoy, pero no extinguido del todo. Ahora mismo pueden ustedes descubrir en la base del cono las humaredas que sirven de respiraderos a las fuerzas plutónicas, y a las cuales los indígenas han dado el expresivo nombre de «narices», las narices del volcán.

—El Pico de Tenerife alcanza una altitud total de tres mil setecientos ocho metros. Es el volcán más alto del globo.

—Sus imponentes proporciones no podían dejar de herir las imaginaciones. Los primeros viajeros europeos veían en él la montaña más alta del mundo, y le asignaban más de quince leguas de altura. En cuanto a los guanches, población autóctona de estas islas, lo habían transformado en divinidad, lo adoraban, juraban por él, encomendaban a Guayata, genio del mal que residía en el fondo del cráter, a todo el que faltaba a su palabra.

—Se ha equivocado *Mr. Thompson*, en pretender subir allá arriba —interrumpió una voz agria, en la que todos reconocieron el órgano seductor de Saunders.

La observación enfrió los entusiasmos. Roberto se había detenido, y Thompson no juzgó conveniente invitarle a reanudar el hilo de su discurso. A un signo suyo, Ignacio Dorta ordenó la partida, y los turistas penetraron tras él en el circo de Las Cañadas.

Aquella travesía se emprendió alegremente. Las proporciones del circo parecían, en suma, muy restringidas, y nadie dudaba que antes de media hora se encontrarían en la base del cono.

Pero transcurrió aquella media hora sin parecer que se hubieran acercado de modo sensible a su objetivo.

El terreno, además, era peor tal vez que en la travesía del Portillo; no había más que subidas y bajadas, sin otra vegetación que secas y miserables matas de retamas.

—Perdón, señor profesor —dijo uno de los turistas a Roberto—, ¿cuánto tiempo se necesita para atravesar esta abominable meseta?

—Unas tres horas, caballero —respondió Roberto.

Aquella respuesta pareció hacer reflexionar al turista y a sus vecinos más próximos.

—Y, después de atravesar la meseta —prosiguió el turista,

inquieto—, ¿qué distancia nos separa de la cumbre?

—Mil quinientos metros, aproximadamente siguiendo la vertical —dijo lacónicamente Roberto.

El turista se abismó en reflexiones más profundas, y masculló algunas injurias contra las dificultades del camino.

Debe tenerse presente que el paseo no tenía nada de agradable. El frío a aquellas alturas comenzaba a ser bastante vivo, en tanto que brillaban los rayos del sol, insuficientemente tamizados por el aire rarificado. Tostados por delante, helados por detrás, los turistas apreciaban en poca cosa aquel sistema de compensación.

Por otra parte, avanzando así hacia el Mediodía, no se tardó en sufrir inconvenientes más graves. Sobre aquel suelo, de un blanco más brillante que el de la nieve, los rayos del sol, reflejándose como sobre un espejo, causaban gran daño en los ojos. Roger, que por consejo de Roberto se había provisto de unas cuantas gafas azules, pudo ponerse él y poner a sus amigos al abrigo de todo accidente. Pero raros eran aquellos de sus compañeros que habían tenido esta precaución, y pronto se declararon principios de oftalmía, obligando a muchos turistas a apearse. Esto hizo reflexionar a los demás, y poco a poco, prolongándose la travesía del circo sin que el fin pareciese menos lejano, el mayor número de los jinetes, ya por miedo a la oftalmía, ya a causa de la fatiga, volvióse discretamente camino de La Orotava.

Al lado de Ignacio Dorta, Roberto marchaba a la cabeza de la caravana.

Entregado por completo a sus pensamientos, no pronunció una sola palabra durante las tres horas que se tardó en la travesía del circo. Tan sólo al llegar a la cima de la Montaña Blanca, último contrafuerte del Pico, a 2400 metros de altitud, fue cuando dirigió una mirada hacia atrás, viendo entonces, no sin sorpresa, hasta qué punto había disminuido la caravana.

Una quincena de turistas, a lo sumo, la componían ahora, y el número de arrieros había sufrido una disminución proporcional. El resto se había desvanecido, dispersado.

—Una caravana inglesa —vino a murmurar Roger al oído de su amigo— es decididamente el cuerpo que tiene la temperatura más baja de fusión. Yo tomo nota de esta observación de química trascendente.

—En efecto —respondió Roberto, riendo—; pero yo creo que el fenómeno ha cesado. La solución debe estar saturada.

Los acontecimientos iban a probarle lo contrario.

Tratábase ahora de atacar el cono mismo por un sendero de tal pendiente que parecía imposible que los caballos y los mulos pudieran mantenerse en él. Los menos intrépidos retrocedieron al ver aquello, y, pretextando una gran fatiga, manifestaron su deseo de volver a La Orotava por el camino más corto.

En vano insistió Thompson, movilizando el arsenal de sus seducciones; no pudo obtener más que enérgicas negativas, formuladas en tono que nada tenían de amable.

¡Haber organizado una excursión semejante! ¡Aquello era una verdadera locura! ¿Cómo un hombre de sano juicio había podido proponerla a gentes que no eran escaladores profesionales? ¿Por qué no la subida inmediata al Mont-Blanc?

He aquí lo que se decía, añadiéndose otras observaciones no menos benévolas. Arrepentíase en voz alta de haber cabalgado durante tres horas más, por creer en el éxito final del viaje. Censurábanse por haber admitido un instante siquiera que un proyecto de Thompson pudiera tener sentido común.

Fue menester dejar partir a los descontentos, añadiendo una parte de los guías y quince de los veinte caballos que llevaban provisiones. Luego Thompson comenzó en el acto la subida sin dar tiempo de arrepentirse a sus últimos fieles. En la primera línea de éstos figuraba Van Piperboom, de Rotterdam. Sombra de su administrador, hacía quince días que no se había separado de él ni una pulgada. Tal vez eso constituía su venganza. Thompson, prodigiosamente excitado, no podía desembarazarse de aquel remordimiento viviente. Si avanzaba, Piperboom estaba sobre sus talones; si hablaba, el holandés bebía sus palabras; no hallaba reposo más que durante las horas de la noche.

Aquella vez, como siempre, Piperboom se encontraba en su puesto; su mula hubiera podido morder la cola de la de Thompson.

Si un caballero y su montura no hacen forzosamente dos bestias, como sostiene un viejo proverbio, hacen en todo caso dos cabezas, es decir, dos voluntades distintas y muchas opuestas. Ahora bien: si Piperboom quería seguir los pasos de su jefe de línea, si pretendía subir el cono hasta el fin, su mula era de una opinión contraria. Al

cabo de diez pasos negóse resueltamente a dar el undécimo. ¡Aquel animal encontraba la carga asaz pesada!

Empleáronse sin éxito todos los argumentos físicos y morales; la recalcitrante mula, que, al parecer, había tomado una resolución irrevocable, no se dejó persuadir. Fastidiada, al fin, de las perrerías que con ella se hacían, manifestó claramente su mal humor, depositando su fardo sobre el suelo.

Viose, pues, Piperboom en la necesidad de abandonar de buen o mal grado a su administrador, y de emprender también él antes de la hora el camino de regreso, en compañía de un guía, de dos arrieros y de un caballo, en tanto que sus compañeros más afortunados continuaban la ascensión. Eran en total diecinueve: tres guías, ocho arrieros que conducían los cuatro caballos conservados y ocho viajeros, a saber, Thompson, para quien era obligada la perseverancia, Roberto, Roger de Sorgues, Alice y su hermana, Jack Lindsay, Saunders y Hamilton.

Por lo que respecta a *Lady* Hamilton y a *Miss* Margaret, debían haber llegado mucho tiempo hacía a La Orotava en compañía de Tigg, que se había encargado galantemente de darles escolta. ¡Ah, si *Miss* Mary y *Miss* Bess Blockhead hubiesen estado allí...! ¡Cómo hubieran preferido ver al ingrato subir hasta la cumbre del Pico y precipitarse en su cráter, antes que transformarse en cortesano de una rival!

En esta reducida columna, Roberto había vuelto a tomarse sus cuidados habituales; con gran viveza había él colocado su mulo, no sin atropellar ligeramente al de Alice, entre Jack Lindsay y su cuñada, a quienes el azar había puesto uno tras otro en la subida de la pendiente.

Ésta, por otra parte, como si hubiera adivinado el móvil del intérprete del *Seamew*, no se había enojado por aquel apresuramiento un poco nervioso. Sosegadamente había cedido su puesto y se había colocado a continuación de su fiel protector.

También Jack Lindsay había advertido la maniobra de Roberto; pero, de igual modo que su cuñada, no mostró por ningún signo exterior que se hubiese dado cuenta de ello. Una ligera crispadura de sus labios dio indicios de su íntima cólera y continuó subiendo la pendiente sin volverse hacia el enemigo, que sabía se hallaba detrás de él.

Fue aquélla una ascensión extenuante. Sobre aquel piso resbaladizo, cada paso exigía un nuevo esfuerzo. Cuando a las seis de tarde sonó la orden de «alto», bestias y personas se hallaban al cabo de sus energías.

Habíase llegado a Alta Vista, donde se había construido un refugio para los obreros que explotan el azufre. Allí debía pasarse la noche. En primer lugar, se festejó e hicieron los honores a una comida excelente y abundante, a causa de la disminución de comensales, ocupándose luego en la instalación para la noche. El frío era vivo; apenas si el termómetro marcaba tres grados sobre cero. Era absolutamente necesario un techo protector. Alice y Dolly, pese a su valor, acaso no habrían aceptado aquel refugio, invadido ya por los obreros de la sulfatara; tal vez hubieran preferido la noche fría a aquella poco agradable promiscuidad.

Por fortuna, Roberto lo había previsto todo para evitarles aquel contratiempo. Gracias a sus cuidados, fueron los caballos descargados de sus fardos y pronto se alzó una tienda confortable, en la cual, merced a una pequeña sartén y a una suficiente provisión de combustible, el fuego ardió en algunos minutos.

El día declinaba rápidamente. A las ocho las sombras invadieron el mar, subiendo aquéllas luego con la velocidad de un expreso al asalto de las costas, de las escarpaduras y de las montañas circundantes; en dos minutos, el circo de Las Cañadas había quedado sumido en la noche. Sólo el Pico, brillante aún, salía de un invisible abismo.

El globo del sol se hundió en el océano; la línea del horizonte se enrojeció, en tanto que un inmenso cono de sombra, proyectado por el Pico, pasando en un instante por todos los tonos imaginables, se alargaba hasta la Gran Canaria, y el último rayo pasó, flecha luminosa en la atmósfera oscurecida.

Alice y Dolly retirándose en seguida a su tienda. En cuanto a los hombres, les fue imposible encontrar el sueño al abrigo del refugio a causa de nubes de parásitos, de que parecían cuidarse muy poco los obreros, sus compañeros de cama; pero al menos pudieron combatir el frío con ayuda de un fuego de retamas.

Hacia las dos de la mañana los odiosos insectos, suficientemente repuestos, les dejaron, y cuando empezaban a coger el sueño sonó la señal de partida. No había tiempo que perder si se deseaba llegar

a la cima al despuntar el día.

El respeto a la verdad obliga a confesar que dos turistas se taparon obstinadamente los oídos.

El uno, el *baronet* Sir George Hamilton, podía alegar la imposibilidad de obrar de otra suerte. Y, a decir verdad, era una razón de mucho peso para decidir al puntilloso pasajero a faltar al programa; pero aquella vez se encontraba realmente fuera de estado de respetarlo. ¿Cómo podría encaramarse hasta la cumbre cuando el menor movimiento le causaba los más crueles dolores? Decididamente la frescura de las noches era funesta para sus nobles articulaciones. Simple prólogo en la Gran Canaria, llegaba a ser drama en Tenerife.

El otro recalcitrante no hubiera podido aducir una excusa tan valerosa. Su salud era perfecta, y, circunstancia agravante, las más poderosas razones le aconsejaban el valor. Pero no hay razones poderosas que valgan para un hombre derrengado, y Thompson lo estaba más allá de lo soportable; así, pues, no respondió más que con gruñidos inarticulados a los llamamientos de Ignacio Dorta, y dejó que sus últimos administrados partieran sin él. Había hecho, a juicio suyo, lo bastante por su felicidad.

Seis ascensionistas tan sólo tuvieron, pues, el valor de atacar los 535 metros que separan la cima del refugio de Alta Vista. Estos 535 metros, que hay que subir a pie, son en realidad los más penosos. En la noche oscura, apenas iluminada por las antorchas de pino que llevaban los guías, la marcha era incierta sobre aquel terreno movedizo, cuya pendiente se hacía mayor de metro en metro. El frío, por otra parte, no dejaba de ir en aumento, y pronto el termómetro descendió por debajo de cero. Los atrevidos turistas luchaban penosamente contra el viento helado que cortaba la cara.

Tras dos horas de esta fatigosa subida, se llegó a la Rambleta, pequeña meseta circular que rodea la base de la última cima; quedaban aún por remontar 150 metros.

Fue evidente en seguida que Saunders, por lo menos, no subiría aquellos 150 metros. Apenas llegado a la Rambleta se tiró al suelo y permaneció inmóvil, sin hacer caso de las exhortaciones de los guías. A pesar de su vigor, aquel robusto cuerpo estaba agotado; el aire faltaba a sus amplios pulmones; lívido, jadeaba penosamente.

Ignacio Dorta tranquilizó a sus inquietos compañeros.

—Eso no es más que el «mal de las montañas» —dijo—. Este señor se curará en cuanto pueda volver a bajar.

Con esta seguridad, los cinco supervivientes continuaron su ascensión, dejando uno de los guías con el enfermo.

Pero el final del recorrido es, con mucho, la parte más agobiadora. Sobre aquel suelo, con una inclinación de 45 grados, cada paso exige un estudio; se necesita tiempo y esfuerzos violentos para ganar algunos centímetros. Es un excesivo gasto de fuerzas, al cual sólo con gran dificultad permite resistir la rarefacción del aire.

Apenas a la tercera parte del camino tuvo Jack que declararse a su vez vencido. Casi desvanecido, sacudido por espantosas náuseas, cayó pesadamente sobre el sendero. Los compañeros que le precedían ni siquiera se dieron cuenta de su indisposición, y sin detenerse continuaron su marcha, en tanto que el último guía quedaba al lado del turista puesto fuera de combate.

Cincuenta metros más arriba tocóle el turno a Dolly. Roger, no sin una sonrisa ligeramente burlona, aconsejóle en seguida el reposo, y su mirada distraída siguió a Alice y Roberto, que, bajo la dirección de Ignacio Dorta, alcanzaban por fin el punto supremo.

Era todavía de noche. Un poco de luz, no obstante, permitía percibir muy confusamente el suelo que herían los pies.

Bajo la dirección del guía, que se retiró inmediatamente, Alice y Roberto habían ido a guarecerse en una anfractuosidad de los peñascos, súbitamente la temperatura, glacial hasta entonces, se convirtió en otra de sorprendente suavidad.

Pronto la luz que iba en aumento les hizo reconocer que habían encontrado abrigo en el cráter mismo del volcán, que se abría ante ellos a cuarenta metros de profundidad. Por todos lados se alzaban humaredas; el suelo, esponjoso y ardiente, se hallaba agujereado por pequeñas excavaciones, de donde se escapaban vapores sulfurosos.

La periferia del cráter señala un límite de notable precisión. Hasta allí sólo reina la muerte absoluta, sin un ser, sin una planta; bajo la influencia de su benéfico calor, la vida renace en la cumbre.

Alice y Roberto, en pie, a tres pasos uno de otro, contemplaban el horizonte que el alba inflamaba. Poseídos de una religiosa emoción, llenábanseles los ojos y el alma del grandioso espectáculo que comenzaba a aparecer ante sus ojos.

En torno de ellos zumbaban moscas y abejas. A sus pies descubrió Roberto una violeta escondida bajo sus violadas hojas. Inclinandose, cogió Roberto aquella flor paradójica que crecía en altitudes donde ningún otro representante del reino vegetal podía vivir, y la ofreció a su compañera, que silenciosamente la prendió en su pecho...

Súbita, estalló la luz del día... Como una esfera de metal enrojecida, incendiada, sin rayos, el sol subía en el horizonte...

La cima, primero, llameó en la claridad; después, así como la víspera había subido la sombra, entonces descendió con igual velocidad... Alta Vista, el circo de Las Cañadas aparecieron... Y de golpe, cual si un gran velo se descorriera, la mar entera resplandeció bajo el infinito azul...

Sobre aquel mar dibujábase la sombra del Pico en un cono extrañamente regular, cuya punta iba a perderse en el Oeste, en la isla de Gomera. Más lejos y más al Sur, Hierro y La Palma aparecían claramente, pese a la distancia de 150 kilómetros. Hacia el Este alzábase la Gran Canaria en el esplendor del alba. Sí Las Palmas, su capital, se escondía en el lado opuesto, distinguíanse, en cambio, la Isleta y el puerto de La Luz, en el que tres días antes había anclado el *Seamew*.

En la base del Teide la isla de Tenerife se desplegaba como un vasto plano. La luz rasante de la madrugada acentuaba el relieve de los desniveles. Enérgicamente se marcaban innumerables picos, salvajes barrancos y suaves valles, en el fondo de los cuales se despertaban a aquella hora las aldeas.

—¡Qué hermoso es esto! —repitió Roberto, como un eco.

Aquellas pocas palabras, pronunciadas en medio del silencio general que les rodeaba, bastaron para romper el encanto. Los dos, con un mismo movimiento, se volvieron el uno hacia el otro. Alice advirtió entonces la ausencia de Dolly.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó, como al salir de un verdadero ensueño.

—Ligeramente indisputada —dijo Roberto—, se ha detenido un poco más abajo con *Monsieur* de Sorgues. Si usted quiere, puede acudir en su auxilio.

Hizo Roberto un movimiento de retirada. Alice le detuvo con un gesto.

—No —dijo—, quédese.

Luego, tras algunos instantes de silencio:

—Me alegro de que nos encontremos solos —prosiguió con una ligera vacilación, poco habitual en su carácter decidido—. Tengo que hablarle a usted... que darle nuevamente las gracias...

—¿A mí, señora?

—Sí. He notado la protección discreta de que me ha rodeado usted desde nuestra partida de Madeira y he comprendido las causas de ella. Esta protección me es preciosa, créalo usted; pero quiero tranquilizar su celo. No estoy inerme... No ignoro nada de lo que pasó en Madeira.

Roberto iba a contestar.

Alice se adelantó.

—No me responda He dicho lo que debía decir; pero más vale no insistir sobre un asunto tan penoso. Es éste un secreto que ambos poseemos. Yo sé que será guardado fielmente.

Tras un breve silencio, prosiguió con dulce voz:

—¿Cómo no habría yo de querer tranquilizar su amistad inquieta? ¿No es acaso un poco mi vida, un bien que le debo?

Roberto protestó con un gesto.

—¿Haría usted, pues, poco caso de mi amistad? —preguntó Alice con una semisonrisa.

—¡Amistad bien corta! —respondió melancólicamente Roberto—. Dentro de muy pocos días el buque que nos conduce habrá anclado en el Támesis, y cada uno de nosotros seguirá su destino.

—Cierto es —dijo Alice conmovida—. Nuestras existencias se separarán, tal vez, pero nos quedará el recuerdo.

—¡Se desvanecerá tan pronto como el girar del tiempo!

Alice, con la mirada perdida en el espacio, dejó al principio sin contestar aquella exclamación de desencanto.

—Fuerza es que la vida haya sido para usted bien cruel —dijo, al fin—, si sus palabras traducen fielmente el pensamiento. ¿Tan solo se halla usted entre la humanidad para abrigar tan poca confianza en ella? ¿No tiene padres?

Roberto movió la cabeza negativamente.

—¿Amigos?

—Los tenía en otro tiempo —respondió Roberto con amargura.

—¿Y no los tiene usted hoy? —objetó Alice—. ¿Sería usted,

pues, bastante ciego para rehusar este título a *Monsieur* de Sorgues, sin hablar de mi hermana y de mí?

—¡Usted, señora! —exclamó Roberto con voz ahogada.

—Cierto es, sí —prosiguió Alice sin parar mientes en la interrupción—, que no alienta usted la amistad que se le ofrece. Yo me veo en el caso de preguntarme si soy culpable para con usted.

—¿Cómo podría usted serlo? —preguntó Roberto, sinceramente sorprendido.

—Lo ignoro; pero es evidente que desde el acontecimiento que yo recuerdo a todas horas usted se ha alejado de nosotros. Mi hermana y yo nos admiramos y extrañamos de ellos, y De Sorgues no se recata para vituperar una conducta, a la que, según dice, no puede hallar explicación. ¿Habrà alguno de nosotros molestado o herido a usted sin saberlo?

—¡Oh, señora! —protestó Roberto.

—Entonces, no comprendo...

—Porque no hay nada que comprender —respondió vivamente Roberto—. A pesar de lo que usted supone, yo continúo siendo lo que era. La única diferencia entre el pasado y el presente reside en el interés que me ha valido una circunstancia fortuita y que no podría ambicionar el humilde intérprete del *Seamew*.

—Usted no es para mí el intérprete del *Seamew* —replicó Alice, cuyas mejillas se colorearon ligeramente—. Su explicación es inexacta y la excusa es indigna de usted y de mí. ¿Reconoce usted que nos huye a mí, a mi hermana y hasta a *Monsieur* de Sorgues?

—Es verdad —dijo Roberto.

—Entonces, repito, ¿por qué?

Sintió Roberto que un tumulto de pensamientos se alzaba en su cerebro.

Llegó, sin embargo, a recobrarse, y violentándose para imponerles silencio, dijo simplemente:

—Porque nuestras situaciones recíprocas me dictan la conducta y me imponen una gran reserva. ¿Puedo desconocer yo la distancia que nos separa a bordo de este navío en el que vivimos bajo títulos tan opuestos?

—Mala razón —replicó Alice con impaciencia—, toda vez que a los tres nos conviene ignorar y no hacer caso de esa distancia de que usted habla.

—Es deber mío de acordarme de ella —declaró Roberto con firmeza— y no abusar de un generoso sentimiento de gratitud, hasta el extremo de tomarme una libertad que podría ser interpretada de muy diversas maneras.

Enrojeció Alice y sintió que el corazón apresuraba sus latidos.

Dióse cuenta de que entraba por un terreno ardiente; pero algo más fuerte que ella misma la arrastraba con irresistible fuerza a llevar hasta el fin una conversación que comenzaba a resultar peligrosa.

—No comprendo bien lo que quiere usted decir —declaró con un poco de altivez—, y no sé cuáles son los juicios que usted cree debe temer.

—¿Y si fuese únicamente el de usted, señora? —exclamó a su pesar Roberto.

—¿El mío?

—Sí, el suyo. Hasta fuera del *Seamew* son nuestras vidas demasiado diferentes para que puedan mezclarse sin suscitar sospechas. ¿Qué se pensaría de mí, qué pensaría usted, usted misma, si yo la autorizase a pensar que me he atrevido, que me atrevo...?

Paróse bruscamente Roberto, encerrando dentro de sí, con un último esfuerzo, la palabra irreparable que se había jurado no pronunciar.

Pero ¿no se había detenido demasiado tarde y no había dicho ya bastante para que *Mr. Lindsay* comprendiera?

Si Alice había adivinado la palabra pronta a brotar, es de creer que no la temía. Valerosamente habíase vuelto por completo hacia Roberto.

—¿Y bien? —dijo con resolución—. Acabe usted.

Creyó Roberto que el suelo se hundía bajo sus pies; sus últimas resoluciones se desvanecieron; cesó de luchar, rendido. Un segundo más y su corazón, demasiado henchido, iba a dejar escapar el secreto...

Una piedra rodó a diez pasos de él, al mismo tiempo que una tos violenta hacía vibrar el aire rarificado. Casi en seguida apareció Roger, sosteniendo a Dolly, medio desfallecida, y seguido de Ignacio Dorta, que había vuelto a bajar para ayudarles a terminar la ascensión.

Con una mirada advirtió Roger el embarazo de sus amigos; nada, sin embargo, hizo para demostrar que había comprendido la escena; pero una imperceptible sonrisa apareció en sus labios, mientras que su dedo, complaciente, comenzaba a señalar a Dolly el inmenso panorama que ante ellos se desplegaba.

CAPÍTULO XXI

UN ACCIDENTE OPORTUNO



El 11 de junio, a las diez de la mañana, abandonó el *Seamew* el puerto de La Orotava. El programa fijaba aquella partida para el 7, a las seis de la mañana; pero teniendo ya un retraso de cuatro días, no vio Thompson inconveniente en aumentarlo en cuatro horas. En realidad la cosa no tenía importancia, desde el momento que se empezaba el regreso, y no venía mal a los pasajeros el prolongar un descanso reparador.

Thompson, como se ve, volvía al sistema de los procedimientos amables. Ahora que cada una de las vueltas de la hélice iba aproximándole al muelle del Támesis, estimaba conveniente el conquistar a fuerza de dulzura a los suscriptores, muchos de los cuales se habían convertido en enemigos suyos. En siete días de travesía un hombre diestro puede realizar muchas cosas y revolver el mundo. Y, por otra parte, ¿para qué habría de servirle en lo sucesivo la frialdad? Ya no se detendrían en ningún punto, y a bordo del *Seamew* no era de temer que se presentase ningún nuevo contratiempo.

La delicada atención de su administrador fue debidamente apreciada por los pasajeros. Todos durmieron hasta bien entrado el día. Ni un solo pasajero había salido de su camarote cuando el *Seamew* aparejó.

Otra delicada atención: el capitán, por orden de Thompson, había comenzado un viaje de circunnavegación; antes de poner proa

hacia Inglaterra, se pasaría entre Tenerife y Gomera, se rodearía luego la isla de Hierro, lo cual había de constituir un paseo encantador. Se remontaría después hasta La Palma, a cuyas inmediaciones, verdad es, se llegaría durante la noche; pero era éste un insignificante pormenor, pues el más exigente no podía obligar a Thompson a detener el curso del sol.

Tras esta revista final del archipiélago de las Canarias, los pasajeros, al despertar al día siguiente, experimentarían un vivo placer al hallar ante sí el mar libre.

De conformidad con este programa, revisado y corregido, el *Seamew*, con su velocidad reglamentaria de doce nudos, marchaba siguiendo la costa Oeste de Tenerife cuando la campana llamó para el almuerzo.

Los comensales no fueron numerosos. A causa de la fatiga; o por cualesquiera otra razón, muchos de ellos permanecieron encerrados en sus camarotes.

El descenso del Pico había sido, no obstante, más rápido y más fácil que la subida; sólo los que habían conquistado la cresta suprema tuvieron que vencer algunas dificultades. Si hasta Alta Vista no se trató más que de deslizarse sobre el suelo inclinado, a partir de este punto tuvieron que volver a subir sobre sus mulas y seguir de nuevo el sendero en zigzag, más inquietante aún para bajar que para subir por él. Una vez llegados al circo de Las Cañadas, el regreso había sido muy semejante a la ida, y, por fin, los ocho intrépidos se habían encontrado en excelente estado de salud, hacia las siete de la tarde, a bordo del *Seamew*.

Se comprendía que esos ocho turistas Tuvieran necesidad de reposo; pero los demás debían hallarse totalmente repuestos, después de dos noches enteras de sueño.

El capitán Pip les había visto la antevíspera llegar sucesivamente al buque. Antes de mediodía habían llegado los primeros, y luego habían seguido los otros, espaciados, hasta Piperboom, llegado el último, hacia las siete de la tarde, sin otro daño que un apetito devorador.

No faltaba, empero, vacíos entre aquellos inconstantes viajeros. Es que la fatiga, menos que por el trabajo realizado, se mide por el esfuerzo. Todos sufrían más o menos de algún mal particular. Tenía el uno laxitud, otro una oftalmía, causada por la blanca estepa de

Las Cañadas; el tercero un fuerte reuma aportado por el viento glacial de la montaña.

Males en suma poco graves puesto que antes de una hora aquellos inválidos comenzaron a salir de su retiro en el momento en que el *Seamew* doblaba la punta de Teño, en la cual, al Oeste, se termina la isla de Tenerife.

A poca distancia aparecía Gomera. El *Seamew* se acercó rápidamente a ella, costeándola a menos de tres millas.

Hacia las dos cruzó ante San Sebastián, capital de la isla, villa de poca importancia, pero grande por los recuerdos que evoca. De allí fue de donde, el 7 de setiembre de 1492, Cristóbal Colón se lanzó definitivamente a lo desconocido. Treinta y cuatro días más tarde el inmortal viajero descubría América.

Algunas vueltas de hélice, y la isla de Hierro aparecía a su vez separada de Gomera por un estrecho de veintidós millas, que el *Seamew* empleó dos horas en franquear.

Las cuatro y media eran cuando comenzó a costear aquella isla, la más meridional del archipiélago. No tiene ninguna importancia comercial, y no debe su celebridad relativa más que a una particularidad geográfica: durante mucho tiempo fue un meridiano adoptado como origen de todos los demás, y la longitud de los diversos puntos del globo se expresa en grados al Este o al Oeste de la isla de Hierro.

Afortunadamente para los viajeros del *Seamew*, esa isla ofrece a la curiosidad del viajero otros atractivos que éste. Su aspecto, particularmente terrible y salvaje, explica el rodeo impuesto por Thompson a su buque. Menos elevada que Tenerife, que la Palma y hasta que la Gran Canaria, este centinela avanzado del archipiélago es mucho más agreste. Por todas partes la rodea un derrumben, que se alza verticalmente a más de mil metros de altura por encima de las olas, haciéndola casi inaccesible: ni una cortadura, ni una caleta en aquella muralla de bronce.

Los insulares, en la imposibilidad de vivir en la costa, han tenido que establecerse, en su mayoría en el interior, donde viven separados del resto del mundo, pues pocos buques se acercaban afrontando los arrecifes diseminados en torno de la isla, las corrientes violentas y los vientos que allí reinan, haciendo difícil la navegación por aquellos parajes.

Esos vientos y esas corrientes no eran para inquietar a un buque de vapor. Pudo, por consiguiente, el *Seamew* seguir imperturbable aquella costa desolada, cuya salvaje majestad no se ve interrumpida por una casa ni por un árbol durante tres horas.

A las siete todos se hallaron reunidos en torno de la mesa; Thompson, presidiendo regularmente, el capitán Pip frente a él y los pasajeros en sus puestos habituales. La mar era suave, el menú, confortable; todo conspiraba para que aquella comida inaugurase la era de la reconciliación.

Comenzó, no obstante, mal, en medio de un silencio amenazador.

Entre Alice y Roberto, en particular, existía una evidente tirantez. En la cima del Teide habíanse dicho demasiado, y muy poco a la vez, y ni uno ni otro se atrevía a reanudar la conversación. Roberto, a quien las limitadas vacaciones de que en lo sucesivo había de disfrutar no le dejaban ningún pretexto para desaparecer, había guardado un obstinado silencio durante toda la tarde, mientras que Alice había estado soñadora. Roger, que los observaba con el rabillo del ojo, quedó desagradablemente sorprendido ante el resultado de su diplomacia.

—¡Vaya unos enamorados! —se dijo irónicamente.

Su turbación, con todo, era patente cuando Dolly y él habían llegado a la cima del Pico; no podía formarse ilusiones acerca de esto. Pero no era menos cierto el actual retraimiento, y Roger infería de ahí que desafortunadamente había interrumpido demasiado pronto aquel *tête-à-tête*.

Aun cuando no tuvieran las mismas razones, los otros turistas se mostraban en análoga situación. Una sorda indolencia envolvía el buque entero.

Que Jack Lindsay estuviese sombrío, nada tenía de extraño: ¿no era acaso ése su estado ordinario? Sólo en su interior recordaba con rabia los incidentes de la víspera. ¿Qué había pasado cuando, pese a su odio, había tenido que detenerse, vencido, a mitad de camino? No contento con adivinarlo fácilmente, hubiera querido verlo y saberlo.

Cóleras terribles le asaltaban. ¡Ah, si él pudiera hundir de golpe aquel maldito buque! ¡Con qué gozo hubiera precipitado a sus compañeros y a sí mismo en las olas, con tal de tener la alegría de

ver que al mismo tiempo parecían su cuñada y su execrable salvador!

Pero si el mal humor de Jack se explicaba fácilmente, ¿de dónde provenía la tristeza de los otros? ¿Por qué en el transcurso de la tarde no se habían reunido en grupos, como en los comienzos del viaje? ¿Por qué no habían cambiado impresiones sobre aquella agreste y salvaje isla de Hierro, en vez de permanecer aislados y silenciosos?

Es que había perdido el más indispensable de los bienes; la esperanza, que puede, en caso necesario, remplazar a todos los demás. Hasta entonces el porvenir les había hecho soportar el presente: era posible que una excursión resultase bien, que un hotel cómodo, un paseo agradable vinieran a compensar una excursión, un hotel o un paseo desastrosos.

Hoy el libro estaba cerrado; el viaje, terminado ya, no reservaba ninguna sorpresa a los viajeros.

Por eso pasaban ellos las horas en recapitular consigo mismos todos los contratiempos y disgustos que habían experimentado, y por esto, llevado al colmo el descontento, a causa de su última desilusión, guardaban el más absoluto silencio.

Persistiendo aquel silencio. Saunders gozaba profundamente, pues en él veía la electricidad latente.

Era indudable que la tormenta se preparaba; a él le tocaba hacerla estallar, y buscaba una ocasión favorable para ello.

La casualidad vino en su ayuda.

Había arriesgado ya muchos puntos desagradables sin encontrar eco, cuando sus ojos escudriñadores advirtieron el vacío de dos sitios próximos, ordinaria, mente ocupados.

«Dos de los inteligentes pasajeros que nos dejaron en Las Palmas», pensó al principio.

Pero un examen más atento vino a sacarle de su error. Los sitios desocupados eran los del joven matrimonio, que, según su costumbre, había desembarcado al arribar a Santa Cruz.

Hizo en seguida Saunders su observación en voz alta y se informó de los pasajeros ausentes. Nadie los había visto.

—Acaso estén enfermos —dijo Thompson.

—¿Por qué habían de estar enfermos? —replicó Saunders—. ¿No se hallaban con usted ayer?

—Pues, ¿dónde quiere usted que estén? —objetó Thompson.

—¿Lo sé yo acaso? Sin duda los habrá usted olvidado en Tenerife.

Saunders había dicho esto como pudiera decir otra cosa cualquiera. En cuanto a Thompson, alzó los hombros.

—¿Cómo quiere usted que se les haya olvidado? ¿No tenían ellos un programa?

Ante aquellas palabras, el *baronet* intervino en la discusión.

—Un programa, en efecto —dijo—, que anuncia que el *Seamew* partirá el cuatro de junio, y no el siete, de Santa Cruz, y no de La Orotava. ¡Si es con el programa con lo que usted cuenta!

—Han debido hallarse informados del cambio —respondió Thompson—. Y, por otra parte, nada más sencillo que ir a llamar a la puerta de su camarote.

Dos minutos después *Mr. Bistec* anunciaba que el camarote estaba vacío.

Habían, indudablemente, desaparecido los recién casados.

Pese a su ordinario aplomo, Thompson había palidecido ligeramente; el asunto aquella vez era grave. ¡Cobrase el precio del viaje y luego ir sembrando tranquilamente a los viajeros por el camino! No era dudoso que los tribunales ingleses hallarían un poco fuerte semejante procedimiento.

—Sólo hay un medio —dijo, tras un instante de reflexión—. Si estos caballeros quieren, vamos a volver a Santa Cruz de Tenerife. Gracias al rodeo que hemos hecho, apenas si eso nos apartará de nuestra ruta, y mañana por la mañana...

Un barullo le cortó la palabra; todos los pasajeros hablaban a la vez. ¡Alargar en una noche, ni siquiera en una hora, un viaje en la compañía del administrador general, jamás! Decididamente la chispa había brotado y estallado la tempestad. Por lo que hace al rayo, Saunders se encargaría de que cayese.

Él solo hablaba más alto que todos los otros. Gesticulaba, produciendo un formidable ruido.

—¡Detenernos! —exclamó Saunders—. ¡Pardiez...! ¿Es acaso culpa nuestra el que usted se haya olvidado de sus viajeros, como de un pañuelo de bolsillo? Usted se las arreglará con ellos. Tendríamos que recorrer nosotros un camino demasiado largo siuviéramos que ir a buscar todo lo que usted se ha olvidado en el

curso del viaje; sus compromisos, por ejemplo, que ha ido dejando por todas partes, en las Canarias, en las Azores, en Madeira... ¡Ya los encontraremos nosotros en Londres! —añadió con voz terrible, dando golpecitos sobre su cuaderno.

Levantóse Thompson y abandonó la mesa.

—Me habla usted en un tono, caballero, que no me agrada —dijo, esforzándose por adoptar una actitud llena de dignidad—. Permítame, pues, que corte esta discusión y me retire.

Que las injurias hubieran pasado de la epidermis de Thompson, era en verdad una cosa muy problemática. Su piel se convertía en coraza para aquel género de picaduras. Pero había juzgado deplorable el efecto de aquella algarada en el momento en que la conciliación era la primera de sus necesidades. Más valía dejar que renaciera la calma; entonces emprendería de nuevo su obra de pacificación, y algunas buenas comidas bastarían para reconquistarse a sus suscriptores.

No conocía bien a su enemigo. Saunders le siguió paso a paso por el *spardek*, donde aquél se refugiara y detrás de Saunders todos los pasajeros, sin excepción, irritados los unos y divertidos solamente los otros, como Roger y las americanas; pero todos aprobaban el espíritu, ya que no la forma, de la diatriba de Saunders.

—Sí, señor —prosiguió este último, metiendo en un rincón al infortunado administrador general y poniéndole su cuaderno bajo la nariz—; nosotros hallaremos en Londres sus compromisos de usted y los tribunales habrán de estimar en su justo valor sus excelentes bromas. Estableceré mi cuenta. Probaré que usted, por su tacañería, me ha obligado a gastar de mi bolsillo, sobre el precio de la suscripción, una suma total de veintisiete libras esterlinas, nueve chelines y cinco peniques que hubieran debido permanecer en mi bolsillo. Yo les referiré el baño de *Mr.* Lindsay, el alud de San Miguel, el almuerzo de Horta, el reumatismo de *Sir* Hamilton, el lumbago de *Miss* Blockhead... y los hoteles infectos y todas nuestras excursiones, todos nuestros paseos tan bien organizados, sin olvidar la última, esa insensata ascensión al Pico de Tenerife, ¡de la cual la mayor parte de sus pasajeros han regresado enfermos, y los más perseverantes no han encontrado más que pulgas!

—¡Bravo, bravo! —gritaron todos los oyentes, con una voz en

que palpitaba la venganza.

—Perfectamente, caballero —continuó Saunders, lanzado a todo vapor—. Yo haré todo eso. Pero, en espera de ello, no le callaré la verdad: nosotros hemos sido robados, caballero: no me importa decírselo.

La escena decididamente tomaba un mal cariz. Ante la violencia de su adversario y las frases por él empleadas comprendió Thompson que debía protestar.

Protestó.

—En verdad, caballero —dijo—, he aquí una cosa intolerable. Ya que, según dice, piensa usted dirigirse a los tribunales, espere, pues, que ellos pronuncien su fallo, y evíteme escenas del género de ésta. Desde la partida no he tenido disgustos más que con usted; si usted no hubiese estado aquí, todo el mundo se declararía satisfecho. ¿Qué es, pues, lo que usted pretende? ¡Por otra parte, yo no le conozco, *Mr. Saunders!*

—Me conoce usted, por el contrario, perfectísimamente —replicó Saunders.

—¿Yo?

—¡Usted!

El irreconciliable pasajero se plantó enfrente del administrador general.

—Mi nombre no es Saunders —dijo terminantemente.

—¡Cómo! —dijo Thompson, sorprendido, mirando a su adversario.

—Mi nombre es Baker, caballero —exclamó éste, alzando su largo brazo hacia el cielo.

—¡Baker!

—Sí, señor, Baker, director de una agencia de viajes, que no tiene relación con la suya, a Dios gracias.

Nada había hecho prever aquel golpe teatral. Después de lanzar una exclamación de sorpresa, los pasajeros se detuvieron con los ojos clavados sobre Baker, que esperaba en una actitud agresiva el efecto de su revelación.

Esta revelación, que, a juicio de su autor, debiera dejar a Thompson petrificado de asombro, produjo un cambio totalmente opuesto. El administrador general cobró ánimos.

—¡Baker! —repitió burlonamente—. ¡Todo se explica ahora...!

¡Cuándo pienso que yo concedía alguna atención a sus incesantes recriminaciones,...! ¡Pero todo se reduce sencillamente a una vulgar competencia!

Y Thompson agitó su mano con una desdenosa despreocupación...

No la agitó mucho tiempo. Baker —le conservaremos para lo sucesivo su verdadero nombre—, Baker había tomado una actitud verdaderamente feroz, que heló la naciente alegría del imprudente administrador general.

—Aquí —dijo Baker con gran frialdad—, aquí yo Soy un pasajero como todos los demás, y tengo, como ellos, el derecho de afirmar que he sido robado.

—¿Pero por qué está usted aquí? —objetó Thompson exasperado—. ¿Quién le obligaba a venir?

—¡Ah, ah! —respondió Baker—. ¿Cree usted, pues, que nosotros nos vamos a dejar arruinar tranquilamente...? ¿Para qué he venido aquí...? Para ver... Y he visto. Yo sé ahora lo que ocultan las rebajas insensatas que hacen los farsantes de su calaña. Después, sí, yo he contado con otro placer,... Usted conocerá sin duda la historia de aquel inglés que seguía a todas partes a un domador con la esperanza de ver que sus fieras le devoraban... Pues bien: a mí... me sucede lo mismo.

Thompson hizo un gesto de espanto.

—No hay más que una diferencia entre aquel inglés y yo... y, es ¡que yo deseo poner personalmente mis dientes en ello...! Si no me contuviera, ¿sabe usted, caballero, que *boxearía*?

Un torrente de «¡bravos!» sonó en torno de ambos campeones. Excitado por esos clamores, Baker tomó la posición clásica y dio un paso hacia adelante.

Bien hubiera querido Thompson dar otro paso hacia atrás; más ¿cómo atravesar la barrera humana que le cercaba por todas partes?

—¡Señores, señores! —suplicaba en vano.

Y Baker, que continuaba avanzando, iba tal vez a pasar de las palabras a la acción.

De repente, una violenta conmoción sacudió el buque, y un silbido ensordecedor se produjo en la máquina.

Todos, incluso ambos beligerantes, permanecieron mudos de estupefacción; al silbido habíanse mezclado gritos de angustia, y

por la claraboya y las mangas de aire de la máquina un espeso vapor se elevaba.

La hélice se detuvo.

¿Qué había pasado?

El capitán Pip, el primero, habíase precipitado al lugar del peligro; iba a bajar la escalera de hierro que conducía a la máquina cuando un fogonero salió sobre cubierta y echó a correr gritando; otro le siguió, luego un tercero; todos, por fortuna, sanos y salvos.

Uno, empero, faltaba; pero pronto se le vio aparecer, sostenido, llevado más bien por *Mr. Bishop*. Aquél parecía bastante malparado; con graves quemaduras por todo el cuerpo, lanzaba gemidos lastimeros.

Cuando el hombre estuvo extendido sobre cubierta fuera de los ataques del vapor, que continuaba difundiéndose con gran ruido, enderezóse Bishop, pudiéndose ver entonces que también él estaba profundamente abrasado en el pecho y en la cara; no parecía, sin embargo, prestar atención a ello, y volviéndose hacia el capitán esperó sus preguntas:

—¿Qué hay, caballero? —preguntó éste con una voz tranquila.

—Un accidente. Ya se lo dije, comandante; nada nuevo es posible hacer con cosas viejas; la caldera ha cedido hacia la base, afortunadamente, y ha apagado los fuegos.

—¿Es reparable el accidente?

—No, comandante.

—Está bien, caballero —dijo el capitán Pip, quien, en tanto que los pasajeros, bajo la dirección de *Mr. Flyship*, socorrían a ambos heridos, subió a su puesto y mandó con su entonación ordinaria.

—¡Larguen el aparejo! ¡Atención a los focos!

Después, lanzando una mirada sobre Bishop y el fogonero, a quienes se transportaba desvanecidos a los camarotes, volvióse hacia *Artimón*, al que ningún acontecimiento podía alejar de su puesto reglamentario.

El capitán miró a *Artimón*, y *Artimón* miró al capitán. Cambiada aquella mirada simpática, el primero bizqueó de la manera reservada para las más memorables circunstancias, y habiendo escupido en el mar con circunspección:

—¡Por la barba de mi madre —dijo, al fin—, nos encontramos en una peripecia, caballero!

CAPÍTULO XXII

A LA DERIVA



El día siguiente, 12 de junio, a las ocho de la mañana, el capitán Pip bajó del puente, donde había pasado la noche, e hizo una visita a *Mr. Bishop* y al fogonero herido. Ambos iban mejorando.

Tranquilizado por esta parte, el capitán penetró en su camarote, y con mano tranquila escribió en el libro de a bordo:

«Día 11 de junio. Levamos anclas a las diez de la mañana. Salida de La Orotava de Tenerife (Canarias) con destino a Londres (Inglaterra). Modificada la ruta directa según órdenes del armador. Proa al Oeste. A mediodía doblada la punta de Teño. Rumbo al Sur. A la una y media rumbo al Sudoeste, dejado Gomera a estribor. A las cinco costeadada isla de Hierro. Rumbo al Sur, un cuarto al Oeste. A las seis y media doblada la punta Resigna de la isla de Hierro (Canarias). A las ocho, frente al puerto de Naos, a cinco millas de la costa, la caldera ha cedido a tres pulgadas por encima del fondo, ocasionando la extinción de los fuegos. *Mr. Bishop*, primer mecánico, herido en la cara y en el pecho, sube con un fogonero desmayado y con graves quemaduras. Declara irreparable el accidente. Largado todo el trapo. Hechas señales reglamentarias. A las ocho y media virado de bordo. Llegada la noche, lanzados cohetes, sin resultado. A las nueve virado de bordo. A medianoche virado de bordo.

»Día 12 de junio. A las dos virado de bordo. A las cuatro virado

de bordo. Al despuntar el día vista la isla de Hierro, a veinte millas al Norte. Sondeando, sin encontrar fondo. Continuamos derivando impulsados por alisios del Nordeste. A las nueve, hallándome a unas treinta millas de la isla de Hierro, me he dejado llevar. Puesto proa al Sur, un cuarto al Oeste, haciendo rumbo a las islas de Cabo Verde».

Habiendo puesto punto final, el capitán se tendió en el lecho y se durmió tranquilamente.

Por desgracia, no todos los pasajeros del *Seamew* poseían aquella serenidad de alma que permitía al valiente capitán Pip referir en términos tan breves y sencillos unos tan singulares acontecimientos. La víspera, por la noche, había faltado muy poco para que se declarara el pánico y se hubiesen tomado al asalto las lanchas, como si fuese inminente el naufragio del malhadado navío.

Todo, sin embargo, se había calmado, gracias a la sangre fría del comandante, en quien se tenía instintivamente una general confianza.

Durante, empero, una gran parte de la noche los pasajeros habían permanecido en el *spardek* comentando las circunstancias del accidente y discutiendo sus consecuencias probables. En aquellos grupos no se hallaba ciertamente Thompson en olor de santidad. Así, pues no tan sólo había atacado a sus suscriptores en el bolsillo, sino que hasta ponía su vida misma en peligro. Con una inexcusable inconsciencia habíales económicamente embarcado — las frases de Bishop eran aplastantes a este respecto— en un buque viejo, fuera casi de servicio, que se destrozaba antes de terminar el recorrido. Ahora se explicaban las rebajas sucesivas consentidas por la agencia y por las que tan gran número de cándidos se habían dejado seducir.

He aquí un incidente que Baker podía apuntar en su cuaderno. Era indudable que eso le valdría una respetable indemnización, si alguna vez llegaba a estar en condiciones de apelar a los jueces de Inglaterra.

Por de pronto, en efecto, se hallaban muy lejos aquellos jueces, y el Océano, insensible a los argumentos más sólidos y mejor aducidos, rodeaba por todos lados al desamparado buque.

¿Qué iba a resultar de todo aquello? ¿Hacia qué punto de los mares sería arrastrado aquel *steamer* desarmado, aquel buque a la

deriva?

No obstante, cuando se vio al capitán Pip en su puesto mandando las maniobras con tranquilidad; cuando el *Seamew*, con todas las velas desplegadas, hubo reemprendido la marcha y puesto la proa sobre la costa meridional de la isla de Hierro, desaparecida en la noche, los ánimos comenzaron a tranquilizarse. Al día siguiente, sin duda, se estaría al abrigo en alguna caleta del derrumbadero y los turistas podrían embarcarse en uno de los paquebotes ordinarios.

Poco a poco fue quedándose vacío el *spardek*. Todo dormía en el *Seamew* cuando el timonel señaló la medianoche. Con un sueño agitado, sin embargo, y al despuntar el día, los pasajeros reaparecieron sobre cubierta, sin faltar uno. ¿Cuál no sería su disgusto al descubrir a cerca de veinte millas al Norte la isla de Hierro donde ellos pensaban tomar tierra?

Fue preciso para que recobraran ánimos el que vieran al capitán Pip continuando, como si no hubiera pasado nada, su eterno paseo por el puente. Pero volvieron a angustiarse al ver que la tierra iba alejándose más y más a medida que el tiempo transcurría.

Preguntábanse lo que aquello quería decir. Sintieron un gran alivio cuando el capitán Pip hizo rogar a los pasajeros que se reuniesen en el gran salón para oír una comunicación que había de hacérseles.

En un segundo encontróse el salón lleno y resonando en él conversaciones muy animadas, que cesaron súbitamente a la entrada del capitán.

En pocas palabras expuso éste la situación con toda claridad.

El *Seamew*, privado de su máquina, no podía contar más que con su velamen; pero un yate a vapor no se halla dispuesto en condiciones para una navegación de esa índole, pudiendo ofrecer al viento tan sólo una insuficiente superficie de tela. Allí donde un velero marcharía más o menos fácilmente aprovechando el viento, un yate a vapor se ve obligado a marchar a la deriva, sin poder dirigirlo como se quisiera.

El capitán, aunque sin ilusiones, había intentado, no obstante, aquel esfuerzo, único que podía acercarle al archipiélago de las Canarias. Toda la noche se había maniobrado con objeto de ganar terreno contra los alisios del Nordeste. Conforme a sus previsiones,

el buque había derivado mucho, y tanto más cuanto que se veía arrastrado al propio tiempo por una corriente de cerca de dos nudos por hora, que, rama desgajada del *Gulf-Stream*, sigue del Norte al Sur la costa occidental del África.

En semejantes condiciones hubiera resultado insensato el obstinarse. Más valía aprovecharse de la corriente y del viento para ganar lo más rápidamente posible un puerto de refugio.

Dos destinos se le ofrecían: las posesiones francesas del Senegal o las islas de Cabo Verde. El capitán había elegido estas últimas, según explicó a su auditorio; la distancia era la misma, y de este modo evitaba la costa de África, cuya aproximación era peligrosa con un barco en semejantes condiciones y con tan débiles medios de acción.

No había, por otra parte, de qué inquietarse. La brisa era buena, y en aquella región de los alisios debía considerarse como muy probable el que se mantuviera así. No se trataba, pues, al fin y al cabo, más que de una prolongación del viaje, sin que sus riesgos se hubiesen aumentado de modo considerable.

Terminando su discurso, el capitán saludó; y luego, habiendo maniobrado de suerte que el buque tomase nuevo rumbo, ganó su camarote, y antes de dormirse hizo en el diario de a bordo la obligada narración de los acontecimientos que acababan de desarrollarse.

En cuanto a los pasajeros, habíalos dejado verdaderamente deprimidos. Un gran silencio invadía el salón, poco antes tan bullicioso.

Al propio tiempo que sus administrados, había recibido Thompson la comunicación del comandante. Ciertamente que todo lo que sucedía, sucedía por culpa del administrador general. Todos se hallaban de acuerdo respecto a este particular. Presentaba, no obstante, un aspecto tan abatido, que nadie tuvo valor de hacerle el menor reproche. ¿Qué era él a la sazón sino un náufrago como todos los demás?

En medio de aquel profundo silencio estalló de súbito una alegre carcajada. Alzaron todos la frente y contemplaron con gran extrañeza a Roger de Sorgues, propietario de tan intempestiva alegría.

Celebraba éste sinceramente aquellas renacientes peripecias y no

advirtió la sorpresa de sus compañeros.

—¡Bendito sea Dios, mi querido señor! —dijo, dando golpecitos amistosos sobre la espalda de Thompson—. ¡Qué viajes tan divertidos se hacen en las agencias inglesas...! ¡Partir para las Canarias en un buque de vapor y abordar las islas de Cabo Verde en un barco de vela...! ¡He ahí un buen chasco, si los hay en el mundo!

Y Roger, comunicando su irresistible alegría a las dos pasajeras americanas, subió con ellas al *spardek*, mientras en el salón comenzaban a soltarse las lenguas; su risa había sacudido los nervios.

Mejor que las más enérgicas exhortaciones, mejor que los consejos más prudentes, aquella alegría había confortado los ánimos. Se llegó a considerar con más tranquilidad aquella travesía suplementaria, sin llegar, empero, hasta el bullicioso optimismo del alegre oficial francés.

Fuerza es convenir en que la situación justificaba ampliamente aquel resto de inquietud. No era un sencillo paseo el que iba a emprender el *Seamew*. Entre la isla de Hierro y la primera isla del Cabo Verde quedaban por franquear unas 720 millas marinas, que, a la velocidad de cinco nudos que le daban de consuno la corriente y su reducido velamen, exigirían, cuando menos, ocho días de navegación. Y en ocho días, ¡qué no podría sobrevenir en el caprichoso dominio de Neptuno!

No obstante, como la desesperación no les hubiera servido de nada se resignaron. Poco a poco el buque recobró su habitual fisonomía, y la vida siguió su curso normal, cuya monotonía venían a romper las comidas a hora fija.

La cuestión de las comidas había adquirido una nueva importancia: los turistas las multiplicaban como se multiplican en el tren, más por hacer algo que por apetito. Thompson dejaba hacer, y hasta, por una cobardía cuya imprudencia iba a serle bien pronto demostrada, favorecía aquella distracción, sin que lo supiera el capitán Pip, con Ja quimérica esperanza de obtener el perdón.

Van Piperboom, de Rotterdam, apreciaba muy particularmente aquella distracción. Incorporado al administrador general, había oído la explosión y escuchado la comunicación del capitán Pip. ¿Comprendía la obligación en que éste se viera de modificar el rumbo? Sus miradas, que más de una vez se habían dirigido a la

brújula y al sol, permitían suponerlo así. En todo caso, la inquietud, si es que la experimentaba, le dejaba intacto el apetito, pues continuaba mostrándose gran apreciador de las combinaciones culinarias. Su estómago era insondable, ya que hacía honor a todas las comidas, que se habían multiplicado bastante.

Simétricamente a este abismo sin fondo, el bebedor Johnson nadaba en una beatitud más completa aún tal vez Gracias a incesantes esfuerzos, había llegado al punto de que la embriaguez total va a convertirse en una enfermedad, y él se mantenía en aquel punto delicado, mediante sabias combinaciones. Había renunciado a sus extraños paseos por el *spardek*, donde sólo muy de tarde en tarde se le veía. Casi siempre estaba durmiendo, y no se despertaba más que con objeto de beber la cantidad precisa para volver a dormirse de nuevo. Del accidente que había transformado al *Seamew* en velero, de la nueva dirección que se había tenido que adoptar, no sabía absolutamente nada, y aun cuando lo hubiese sabido, no habría experimentado ninguna emoción. ¿Podría él hallarse en tierra más borracho que sobre aquel buque, bien provisto de alcoholes variados, lo que daba la sensación deliciosa de hallarse en una taberna?

Pero el más feliz de a bordo era, como siempre, Absyrthus Blockhead, aquel tendero honorario a quien la Naturaleza concediera un tan hermoso carácter. Cuando se produjo el accidente, acababa precisamente de experimentar una alegría muy real. Por primera vez, desde muchos días antes, sus hijos y él habían podido entrar en relaciones con una silla sin lanzar un grito de dolor. Congratulábanse los tres de aquel agradable cambio, cuando el silbido del vapor les hizo abandonar prematuramente una posición cuyo hábito habían perdido.

Cierto que Blockhead compadecía entonces a los dos heridos; cierto que experimentó alguna inquietud relativa a las consecuencias del suceso; pero una especie de satisfacción vanidosa por correr un riesgo tan considerable se mezcló pronto a su angustia. Cuando el capitán Pip hubo modificado definitivamente el rumbo, entonces ya fue otra cosa. La idea de visitar un cabo verde lanzó a Blockhead en un océano de hipótesis.

Hasta allí, al menos, no escatimaría a la común desgracia el socorro de sus luces. Se dedicaría como mejor pudiese a activar la

reducida marcha del buque. En primer lugar, sugirió al capitán Pip la idea de aumentar el velamen, ofreciendo al viento todos los manteles y servilletas del *Seamew*. No habiendo obtenido éxito esa proposición, Blockhead no desistió y puso personalmente en práctica sus teorías.

Desde la mañana a la noche podía vérselo sentado a popa, con su mujer, su hijo y sus hijas, desplegando pacientemente al soplo de la brisa sus pañuelos como pequeñas velas. Después, cuando se habían fatigado de aquel monótono ejercicio, se levantaban, y alineándose en una fila muy correcta, soplaban, hasta faltarles el aliento, en el velamen del *Seamew*.

Si Blockhead hubiese poseído los conocimientos de Arquímedes, habría sabido que para obrar útilmente sobre un cuerpo cualquiera es preciso disponer de un punto de apoyo exterior a ese cuerpo. Pero Blockhead no era Arquímedes, y no dudaba de que el viaje se hubiese sensiblemente abreviado por aquellos meritorios esfuerzos, que constituían el encanto y la alegría de sus compañeros de viaje.

Fuese a fuerza de inflar así los carrillos, fuese por cualquiera otra razón, lo cierto es que al tercer día un horrible dolor de muelas obligó a Blockhead a cesar en aquella desleal competencia a Bóreas. En menos de dos horas su mejilla derecha se hinchó de un modo sorprendente, dando a su propietario el más extraño aspecto del mundo. Gracias a esta extraordinaria fluxión, dejó Blockhead de ser la diversión de a bordo; y los compañeros, privados del espectáculo de sus experiencias náuticas, cambiaron simplemente de placer.

Pero ¿cómo era que *Miss Mary* y *Miss Bess* prestaban concurso a su respetable padre? ¿Habían, pues, olvidado su deber? ¿Habían renunciado a arrancar a Tigg de las garras de la muerte?

Sí; fuerza es confesar que ambas hermanas habían renunciado.

¡Ah, no sin dolor y sin lucha aquellos dos ángeles de la caridad habían renunciado a la misión que su amor al prójimo las había impuesto! Por desgracia, fuéles preciso reconocer que una nueva guardiana se había definitivamente encargado de retener sobre la tierra a aquel alma pronta a tender el vuelo.

¿Qué había pasado en aquella ascensión al Teide, en la que un cruel lumbago las había impedido tomar parte? *Miss Mary* y *Miss Bess* lo ignoraban, pero podían hacer constar los resultados de aquel paseo. Desde entonces *Miss Margaret Hamilton* tenía decididamente

la cuerda en la mano, y tras muchas, pero vanas tentativas, las dos amables hermanas habían tenido que declararse vencidas.

Sin embargo, no se habían desinteresado del todo del desesperado sobre quien inútilmente habían hecho caer el maná de su abnegación, y pronosticaban que Tigg, privado de su socorro, iba a ser presa de los más crueles acontecimientos.

—¡Ya lo verás, querida mía —exclamaba *Miss Mary* con aire sombrío—, le sucederá alguna desgracia!

—Se matará, querida mía —afirmaba *Miss Bess* excitada.

No parecía hallarse próxima, por lo menos, la realización de esta profecía. Por el momento, Tigg, adoptado por la familia Hamilton, daba muestras de la más bochornosa ingratitud hacia sus dos ángeles guardianes, y *Miss Margaret Hamilton* no parecía muy disgustada por lo flaco de su memoria.

El padre de ésta se mostraba menos satisfecho; algo faltaba para el equilibrio de su vida. Desde que el *Seamew* se había colocado tan por completo fuera del programa del viaje, no había ya reclamaciones posibles, y esa situación pesaba al amable *baronet*.

En vano había recurrido a Baker. Este último, habiendo quemado sus naves, no podía ya hacer nada. Ambos conspiradores hallábanse reducidos a rumiar sus antiguos rencores hasta el día, lejano aún, en que, de regreso en Londres, les fuera posible entablar reclamaciones, para las cuales hallarían seguramente numerosos aliados entre los pasajeros tan mal servidos.

En espera de ello, el tiempo transcurría, y la resignación era remplazada por una sombría tristeza. A medida que la travesía se prolongaba, iba poco a poco renaciendo la inquietud.

No faltaban, con todo, a bordo naturalezas afortunadas cuya robustez y viril alegría nada podría abatir, ni caracteres bien templados a quien ningún riesgo podría quebrantar. ¿No eran de los primeros Roger y Dolly? ¿No habían debido ser clasificados entre los segundos los de Alice y Roberto?

Pero también sobre éstos parecía que se hubiese posado una fatalidad, y la sorda tristeza del cuarteto resaltaba aun en medio de la general tristeza.

Entre Alice y Roberto crecía de día en día una mala inteligencia que no se hallaba en vías de desvanecerse, ya que ni uno ni otro quería dar el primer paso para ello.

Roberto, revestido de su excesivo orgullo, nada había hecho para profundizar el asunto desflorado en la cima del Teide, y Alice, juzgando que ella había dicho bastante, se resistía a decir más. Ambos suponían haber sido mal comprendidos, y por orgullo permanecieron encerrados en una situación dolorosa y sin salida.

Sus relaciones se resentían del malestar de sus almas. Roberto, traduciendo voluntariamente a la letra los reproches que Alice les hiciera, la dejaba muy poco, pero evitaba quedar a solas con ella, y si Roger se alejaba, no tardaba en imitarle, sin que Alice hiciese un movimiento para retenerle a su lado.

Veía Roger esta frialdad y sufría por ello pese a su amor personal, que de día en día aumentaba, y su alegría natural estaba ensombrecida.

Aquellos cuatro personajes, que cada uno a su modo hubieran debido aportar a sus compañeros un precioso socorro moral, eran, por el contrario, los más infortunados.

No del todo, sin embargo. A Thompson le correspondía verdaderamente esta supremacía. Por muy inconveniente y ligero que sea, hay, no obstante, circunstancias cuya gravedad no puede dejar a nadie indiferente. Ahora bien: en una de ellas se encontraba Thompson. ¿Cuánto tiempo exigirían las reparaciones de la maldita máquina? Durante aquella imprevista parada, de su incumbencia sería el cuidar de los pasajeros y de la tripulación, cerca de cien personas en total. Aquello era un desastre, la ruina de sus esperanzas, una pérdida enorme, en lugar del beneficio esperado.

Y todo ello sin contar los procesos de que sería objeto al regreso. No era una broma de Baker. Aquel accidente que ponía en peligro la vida de sus pasajeros; aquel retraso considerable que comprometía sus intereses, suministraría a sus enemigos una base sólida. Thompson veía ya pasar ante él el espectro de la quiebra.

No obstante, si nada podía intentar contra los hechos consumados, ¿no podía, al menos, mejorar el porvenir? ¿No podía, agasajando a sus pasajeros, evitar, cuando menos, algunas de las temidas reclamaciones?

Pero esa esperanza se estrellaba contra la tristeza de a bordo. Aquellos descontentos se trocarían en enemigos cuando se hallasen seguros en tierra firme. En vano hizo Thompson toda clase de tentativas. Invitó a Roberto a dar una conferencia; nadie acudió.

Organizó un verdadero baile, con pasteles y champaña; el piano resultó desafinado, y una violenta disputa se produjo entre los que querían dormir y los que querían danzar.

Thompson renunciaba a todo, cuando una nueva prueba vino para acabar de abatirle.

El buque, que al abandonar a Tenerife debía dirigirse a Londres al vapor, y no a las islas de Cabo Verde a la vela, sólo había embarcado víveres para siete días. Nadie pensaba en ello, y Thompson se vio acometido de una atroz desesperación cuando el 17 de junio, a las diez de la mañana, vino *Mr. Bistec* a anunciarle que si el régimen no se modificaba, aquella misma noche no quedaría ya ni un pedazo de pan a bordo del *Seamew*.

CAPÍTULO XXIII

COMO UNA LÁMPARA QUE SE EXTINGUE



Era aquélla una grave complicación para pasajeros y tripulantes, que comenzaban a poder ser llamados náufragos.

¿Qué resultaría si el viaje se prolongaba? ¿Habría de llegarse a una nueva edición de la *Medusa*, a comerse los unos a los otros?

Semejante hipótesis no era verdaderamente inaceptable. Algunas miradas que se posaban sobre el monumental Piperboom, hacían evidente que esa idea había germinado ya en más de un cerebro.

¡Infortunado holandés...! Ser comido, debe seguramente resultar sumamente doloroso; pero ¡cuánto más doloroso debe resultar el ser comido sin saber por qué!

Piperboom, no obstante, debía tener al menos algunos débiles vislumbres de la situación. Por sus pequeños ojos cruzaban chispas de inquietud, cuando se vio precisado a abandonar la mesa, que súbitamente había resultado menos abundante.

Mejor informados, sus compañeros de viaje no soportaban con más facilidad el nuevo y frugal régimen.

Cuando el capitán Pip, puesto al corriente por Thompson, hubo transmitido a los pasajeros la infausta nueva, un concierto de desesperación había en primer término estallado. Con pocas frases, dichas con gran tranquilidad, procuró tranquilizarlos.

La situación era clara y despejada: quedaban víveres para una comida confortable. Y bien; en vez de una comida confortable, se harían cuatro que lo fuesen menos; he ahí todo; y de esa suerte se

llegaría hasta la noche del 18 de julio. De allí a entonces se habría seguramente descubierto tierra, y hasta probablemente se habría llegado a ella.

La energía del jefe prestó algo de valor a la tropa. Resolvieron armarse de paciencia. Pero ¡cuán tristes se hallaban todos los semblantes! ¡Cuán melancólicos aquellos turistas que habían partido en tan hermosas condiciones!

Sólo en Baker era perfecta la satisfacción; con un placer sin límites veía él que de día en día iba cayendo en lo desastroso el viaje de la agencia Thompson. ¡Hacer morir a las gentes de hambre! Eso resultaba delicioso; que uno o dos pasajeros llegasen en efecto a morir, y su felicidad sería completa. ¡He ahí lo que hubiera sido verdaderamente decisivo!

Pero aun cuando las cosas no llegasen a tal extremo, juzgaba ya a su adversario definitivamente destrozado, y con un gesto seco, que interrumpían frecuentes y mudos soliloquios, tachaba el nombre de Thompson en la lista inglesa de las agencias de viajes económicos.

En cuanto al riesgo que personalmente corría, Baker no parecía preocuparse de él. ¿Tenía, pues, un talismán contra el hambre aquel inglés vengativo y atrabiliario?

El 17 transcurrió bajo el imperio del nuevo régimen. Aquello, después de todo, no pareció en extremo cruel. Pero los estómagos medio vacíos hacen los cerebros menos sólidos, y la desmoralización continuó realizando su obra entre los pasajeros.

El 18 comenzó de una manera lúgubre. No se hablaban, se evitaban, huían los unos de los otros; la vida toda se hallaba concentrada en los ojos vueltos hacia el Sur, en el que ninguna tierra aparecía.

En el almuerzo se comió el último trozo de pan. Si la tierra no se hallaba a la vista antes de la noche, la situación resultaría en realidad de las más graves.

En el transcurso de este día hubo una distracción de naturaleza a propósito para interrumpir el general fastidio; y esta distracción — un poco cruel acaso — fue, como siempre, Blockhead quien la proporcionó.

El desventurado tendero honorario no estaba decididamente de suerte. Cuando iban a faltar los últimos víveres, no podía él gozar ni

siquiera de lo que quedaba. El instrumento necesario para ello se quebraba en su mano, o, más exactamente, en su boca.

Así, pues, ¡qué deseo de transformarse en aquilón! No se curaba la fluxión que aquel capricho le valiera; lejos de ello, aumentaba de día en día, hasta adquirir proporciones absolutamente fenomenales.

A fuerza de sufrir, Blockhead no pudo más. Fuese a encontrar a Thompson, y con un tono que el dolor exasperaba, pidióle que le calmara los dolores. ¿No hubiera debido haber un médico a bordo?

Thompson miró con aire de tristeza al nuevo enemigo de su reposo. ¡Hasta aquél, ahora! ¿Qué golpe podría reservarle ya el porvenir?

Eran, con todo, tan evidentes los sufrimientos de Blockhead, que Thompson quiso intentar, al menos, darle satisfacción. Después de todo, no era preciso ser doctor para sacar una muela; para semejante tarea es apto cualquiera que sepa manejar unas pinzas, y hasta, en rigor, unas tenazas. Ahora bien: ¿no había a bordo toda una categoría de gentes para quienes eran familiares esos instrumentos? Y Thompson, con la mejor buena fe del mundo, conducía al enfermo hacia el puesto de los desocupados maquinistas.

Uno de ellos se propuso a sí mismo, sin vacilar, para llevar a cabo la anhelada operación. Era un gran mocetón, de piel roja, rojos cabellos, con unos músculos hercúleos; no cabía duda de que tendría puños suficientes para desembarazar a Blockhead de su muela de un solo tirón.

Pero una cosa es un tornillo, y una muela es otra; de ello adquirió experiencia el improvisado terapeuta: armado de unas enormes tenazas, tuvo que hacer tres tentativas, en medio de los alaridos ensordecedores del paciente, instalado sobre cubierta en pleno sol y sólidamente sujeto por dos robustos marineros.

Las múltiples contorsiones del desdichado tendero honorario no habrían dejado de provocar las risas de sus pocos caritativos compañeros en otras circunstancias. Así es el hombre; el sentido de lo cómico es en él más delicado que el sentimiento de la piedad; la risa brota antes de que la compasión se despierte. Pero en la situación actual, Blockhead pudo mostrarse todo lo grotesco que quiso. Apenas si algunas leves sonrisas siguieron a Blockhead, que, libre al fin, corría hacia su camarote, cogiéndose el carrillo con

ambas manos.

Pese a su mal, las facultades admirativas no se hallaban, sin embargo, extinguidas en él por entero. Ser operado por un maquinista, con ayuda de una gran tenaza, a bordo de un buque desamparado, he ahí una cosa que no era a buen seguro banal; y ahora que había terminado, Blockhead no estaba disgustado por ser el héroe de semejante aventura; por eso tuvo fuerzas para reclamar su muela, que más adelante constituiría un recuerdo palpable de aquel extraordinario viaje. Fuéle, pues, entregada su soberbia muela, y Blockhead, después de contemplarla con emoción, la colocó con gran cuidado en su bolsillo.

—La conservará contra usted —dijo amablemente Baker a Thompson, que acompañaba a su aliviado pasajero.

Blockhead en lo sucesivo podía comer.

Por desgracia, era demasiado tarde. Nada absolutamente había ya que comer a bordo del *Seamew*.

La tarde de aquel día memorable que consumó la ruina de la despensa, consiguióse aún, husmeando por los rincones más ocultos, descubrir algunos restos de vituallas, merced a las cuales pudieron sostenerse. Pero era positivamente por última vez. El buque había sido visitado de arriba abajo, recorriendo en todos sentidos, y si la tierra no parecía en breve plazo, podría salvar a los ataques del hambre a la tripulación y a los pasajeros.

Así, pues, ¡con qué ávidas miradas fue sondeado el horizonte del Sur!

Todo en vano. El sol, al ocultarse el día 18, continuó cortando una circunferencia impecable que no rompía ningún perfil sólido.

No era posible, sin embargo, hallarse lejos de las islas de Cabo Verde; era inadmisibile un error del capitán Pip. No se trataba, por consiguiente, más que de un retraso; era seguro que durante la noche llegaría a descubrirse la tierra.

La suerte lo había decidido de otro modo. Para colmo de desdichas, la brisa se debilitó al ponerse el sol y no dejó de disminuir de hora en hora; antes de medianoche había completa calma. El *Seamew*, fuera de estado de gobernar, para dirigirse a tierra sólo podía contar con la débil corriente que lo empujaba.

En la región de los alisios son bastantes raros los cambios de dirección del viento. Sin embargo, a fuerza de avanzar hacia el Sur,

el *Seamew* se había acercado notablemente al punto en que la brisa deja de ser tan constante. Muy poco al Sudeste del archipiélago de Cabo Verde los alisios desaparecen definitivamente, mientras que a igual latitud persisten en medio del Océano; en esta región sólo soplan con cierta regularidad de octubre a mayo; en diciembre y enero reinan los vientos del Este, secos y abrasadores; junio, julio y agosto constituyeron la estación de las lluvias, y el *Seamew* debía considerarse feliz por haberse librado de ellas hasta entonces.

Ante aquel nuevo contratiempo que le infligía la suerte, Thompson tuvo la veleidad de mesarse los cabellos. En cuanto al capitán Pip, buen adivino sería quien hubiese logrado conocer sus impresiones. Apenas si por un simple fruncimiento de cejas autorizó a *Artimón* a suponer que experimentaba algún disgusto por aquel contratiempo.

No por permanecer oculta era menos real la inquietud del capitán. Toda la noche permaneció sobre cubierta. ¿Qué medio había de llegar a tierra, cuando fuese señalada, con aquel buque sin alma que ni siquiera gobernaba ya?

El alba del 19 no iluminó más que una vasta llanura líquida, sin un islote, sin un peñasco. Aquel día fue verdaderamente penoso. Desde la mañana a la tarde los estómagos, mal satisfechos la víspera, fueron proclamando progresivamente su hambre...

Si los flacos y los débiles soportaban bastante bien el incipiente ayuno, para los pasajeros robustos constituyó un verdadero sufrimiento. Piperboom, entre ellos, hacía notar por su cara de desfallecimiento. La víspera no había él traducido su pesar más que por una indefinible mirada comprobando el mutismo de la campana y la ausencia de todo preparativo para la comida. Pero cuando al día siguiente pasaron las horas sin que la campana llamase para el primero ni para el segundo almuerzo, no pudo más. Fuese al encuentro de Thompson, y con ayuda de una enérgica pantomima hízole comprender que se moría de hambre.

Habiéndole demostrado Thompson, por medio de ademanes, su impotencia, el holandés cayó en el abismo de la desesperación.

¡Cuan menos desgraciado era el esponjoso Johnson!

El alcohol no faltaba a bordo del *Seamew*. ¿Y qué importaba que no se pudiera comer con tal de que se pudiera beber?

Ahora bien: Johnson bebía de una manera prodigiosa y su

perpetuo embrutecimiento le hacía inaccesible al miedo.

No tenía Baker semejante remedio a su disposición y, sin embargo, parecía hallarse igualmente de excelente humor. Hasta presentaba un semblante tan risueño, que Roberto, hacia mediodía, no pudo dejar de expresarle su extrañeza.

—¿No tiene usted hambre? —le dijo.

—¡Permita usted! —respondió Baker—. No tengo «ya» hambre. Hay una pequeña diferencia.

—Cierto —aprobó Roberto—. Y yo le agradecería vivamente que tuviera usted la bondad de indicarme el medio de no tenerla «ya».

—El más sencillo de todos. Comer de la manera ordinaria.

—¿Comer...? Pero ¿qué?

—Voy a enseñárselo —contestó Baker, arrastrando a Roberto a su camarote—. Por lo demás, hay bastante para dos.

No para dos: había allí para diez. Dos enormes maletas llenas de vituallas diversas; he aquí lo que pudo ver Roberto, después de jurar un absoluto silencio.

—¡Cómo! —exclamó, admirando una tal previsión—. ¿Había pensado usted en eso?

—Cuando se viaja bajo el pabellón de la agencia Thompson es preciso pensar en todo —respondió Baker con aire profundo, invitando a Roberto a que usase de sus riquezas.

No aceptó éste más que para aportar su botín a las dos pasajeras americanas, que hicieron los honores con largueza en la seguridad de que su proveedor providencial habría ya tomado su parte.

Los demás pasajeros, privados de tal socorro, encontraban el tiempo sumamente largo. Así, pues, ¡qué grito de alivio y consuelo, hacia la una aproximadamente de la tarde, cuando la voz de «tierra» se oyó al fin desde lo alto del palo de mesana!

Creyéronse salvados y todas las miradas se dirigieron hacia el puente. El capitán no se hallaba en su puesto. Un pasajero corrió a llamar a la puerta del camarote del comandante, pero el comandante no estaba en él, así tampoco en ningún sitio de popa.

Comenzaba aquello a resultar inquietante. Muchos turistas se extendieron por las diversas partes del buque llamando al capitán a grandes voces. Durante aquel tiempo circuló, sin que nadie supiera cómo, la nueva de que un marinero enviado a la cala había visto que en ella existían tres pies de agua.

Aquello entonces fue una locura; todos se precipitaron hacia las lanchas, insuficientes para tanta gente. Pero el capitán al alejarse había dejado órdenes terminantes.

Chocaron contra los marineros que custodiaban los botes y la ola humana fue irresistiblemente rechazada. Comenzaron a proferir injurias y maldiciones contra Thompson y el capitán Pip, cuya testarudez reducía a la nada los postreros medios de salvación.

Tampoco Thompson estaba allí. Al observar el giro que tomaban las cosas se había encerrado prudentemente en cualquier rincón y allí esperaba en seguridad que pasase la tormenta.

Por lo que hace al capitán, se hallaba, como siempre, cumpliendo con su deber.

Apenas tuvo noticia de la nueva complicación, había acudido a la cala, y en aquel instante estaba procediendo a su examen, cuyo resultado nada tenía de tranquilizador.

En vano exploró cuidadosamente la cala de un extremo al otro; nada había en la carena; no existía, propiamente hablando, ninguna vía de agua que, con más o menos dificultades, hubiese sido posible cegar; pero más bien las había por centenares. Si por ningún punto penetraba el mar en abundancia dentro del buque, se filtraba, en cambio, gota a gota por mil diversos sitios. Era evidente que con los repetidos choques de las olas se habían abierto las costuras del casco, y el *Seamew* se moría sencillamente de vejez.

Ante aquello nada había que hacer, y el capitán, escuchando el murmullo del agua, no pudo dejar de reconocerse desarmado. Eso no obstante, cuando pocos instantes después subió al *spardek*, tenía su aspecto tranquilo, y con voz serena ordenó a la tripulación que se pusiese a las bombas.

Después de todo, la situación no era desesperada. La tierra estaba cerca y había razón para creer que las bombas manejadas con ardor llegarían a achicar el agua y hasta a dejar la cala en seco.

Menester fue renunciar a esa esperanza. Pronto, frecuentes sondajes demostraron que el mar iba ganando terreno, pese a todos los esfuerzos, subiendo unos cinco centímetros por hora. Por otra parte, la tierra, visible siempre, no parecía que se hallase más cerca. El sol se ocultó antes de que la lejana nube hubiese dejado de ser una nube.

Nadie durmió aquella noche. Febrilmente se esperaba la salida

del sol, que, por fortuna, asoma en el horizonte bien temprano en el mes de junio.

Antes de las cuatro distinguíase una tierra baja y arenosa, coronada por un monte de mediana altura, a unas diez millas al Suroeste. Dada la poca elevación de su punto culminante, el Pico Martínez, aquella isla que el capitán designó con el nombre de isla de la Sal no pudo ser vista el día antes más que desde unas veinte a veinticinco millas a lo sumo.

Debía, pues, haber decrecido de manera singular la corriente que arrastraba al *Seamew*. En todo caso, por débil que fuese, aquella corriente iba directa hacia la costa, y poco a poco, a razón de un nudo aproximadamente por hora, se llegaba al mediodía a la distancia de una milla de una punta que el capitán denominó punta Martínez, cuando la corriente, cambiando súbitamente de dirección, corrió de Norte a Sur, al propio tiempo que se duplicaba su velocidad.

Era en verdad tiempo de que la tierra resultara hallarse tan próxima. El agua a la sazón llegaba hasta dos metros y veinte centímetros en la cala.

Bajo la influencia de las mismas causas que le habían conducido hasta allí, no tardaría el buque en varar en algún punto de la costa, sin riesgo, a causa de aquél tan hermoso tiempo, aquella gran calma y aquel mar de aceite.

Pues, no. El *Seamew*, verdadera tabla perdida, corría paralelamente a la costa sin acercarse a ella. Siguiendo la corriente que lo empujaba, iba contorneando todas las sinuosidades, doblando todas las puntas, manteniéndose a la invariable distancia de una milla.

A cada instante se echaba la sonda; su respuesta era siempre la misma, no había fondo. Imposible, por consiguiente, echar el ancla. El capitán se mordía los bigotes, presa de la sorda rabia de la impotencia.

Verdadero suplicio de Tántalo, la salvación estaba allí al alcance de la mano, pero siempre, no obstante, inaccesible.

No era que el aspecto de la isla fuese tentador. Ni un árbol, ni un trozo de verdura. En toda la extensión que abarcaban las miradas no se descubría más que arena.

A medida que se iba avanzando hacia el Sur, la costa se

rebajaba; la isla se hacía plana y de una espantosa aridez.

Hacia las tres y media se derivó al largo de Pedra de Lume, bastante buen anclaje, y donde se balanceaban algunos barcos de pesca. En vano se hicieron señales de socorro. Nadie respondió, y viose desaparecer a Pedra de Lume.

Dos horas después se doblaba la punta Este, y un suspiro de esperanza brotó de todos los labios a bordo del *Seamew*. A favor de un remolino, el buque había hecho un gran movimiento hacia la costa, de la que sólo la separarían unos quinientos metros, a lo sumo.

Por desdicha, el movimiento se detuvo, lo mismo que había empezado, sin que se supiese por qué, y el *Seamew* continuó costearo la isla de la Sal, cuyos más nimios pormenores aparecían con claridad.

A tan poca distancia se hubieran podido dar voces, si se hubiese mostrado algún ser humano. Pero nada vivía en aquel desierto. No se tenía ante los ojos otra cosa que una verdadera estepa, que justificaba ampliamente la expresión del viajero inglés, llamando a la isla de la Sal una tumba de arena. Baja, gris, siniestra, aquella landa se extendía casi al nivel del mar, defendida contra la resaca por un cinturón de arrecifes.

El *Seamew*, siguiendo con una velocidad uniforme su implacable ruta, rodeó la bahía que se abre después de la punta Este. Antes de una hora habría doblado la punta del Naufragio, y después se hallaría de nuevo en el mar, en el mar profundo y libre.

De pronto, el hombre que sondeaba en las serviolas gritó:

—¡Veinticinco brazas...! ¡Fondo de arena!

El capitán dio un salto de alegría sobre el puente. Era evidente que el perfil submarino se elevaba; que aquello continuase un instante y sería posible anclar.

—¡Haced que preparen el ancla, Flyship! —dijo al segundo con voz tranquila.

Todavía un cuarto de hora siguió el *Seamew* el hilo de la corriente, al paso que la sonda no cesaba de acusar profundidades constantemente más reducidas.

—¡Diez brazas...! ¡Fondo de arena! —gritó, al fin, el hombre de las serviolas.

—¡Anclad! —ordenó el capitán.

La cadena corrió por el escobón y luego el *Seamew*, proa al Norte, permaneció inmóvil.

Inmóvil, ciertamente, y sin el más leve movimiento de balanceo sobre aquel mar tranquilo; un lago lo habría estado menos.

Pero otro peligro amenazaba a los turistas de la agencia Thompson. El buque que los llevaba huía bajo sus pies. El agua, que llegaba a la sazón a mitad de la cala, subía poco a poco y pronto se hallaría la cubierta al nivel del océano.

Era preciso apresurarse a ir a buscar un refugio en tierra firme.

Sin embargo, gracias al socorro de las bombas, el *Seamew* podía flotar durante muchas horas aún, no habiendo, por ende, extraordinaria prisa en abandonarlo.

Se pudo proceder a un desembarco metódico, sin atropellos ni precipitaciones. Hubo tiempo de vaciar y desocupar los camarotes. Nada se dejó olvidado, ni aun los más insignificantes objetos. Aun antes de ponerse a salvo las personas, se dieron el gusto de poner a salvo las cosas.

A las siete y media de la tarde todos los pasajeros habían llegado sanos y salvos a la orilla. Puestos en fila ante sus amontonados equipajes, ligeramente asombrados de la aventura, contemplaban un poco tontamente el mar, sin hallar una sola palabra que decirse.

Después de haber dejado el último su buque como exigen los reglamentos marítimos, el capitán Pip, con *Artimón* sobre sus talones, estaba con los marineros convertidos en sus iguales por el abandono del navío. También él contemplaba el mar, aun cuando un observador superficial hubiera podido engañarse fácilmente. Jamás había bizqueado el capitán de manera tan excesiva, y jamás había pasado su nariz tan mal cuarto de hora.

Desde que se habían abandonado las bombas, el buque se hundía con mayor rapidez. En media hora había el agua cubierto las claraboyas de los camarotes; después, fue subiendo... subiendo...

Exactamente a las ocho y veinte minutos, en el instante preciso en que el sol tocaba el horizonte del Oeste, fue cuando el *Seamew* se hundió por completo.

Sin drama, sin agonía, desapareció tranquilamente en el agua, que se cerró sobre él con molicie. Un instante antes se le veía; luego no se le vio ya: he ahí todo.

Los turistas miraban, enclavados en la orilla. No podían llegar a

tomar aquello en serio; como dice el poeta, aparecían estúpidos.

Partir alegremente para las Canarias, y llegar a un banco de arena en el archipiélago de Cabo Verde, era para estar asombrados. Si hubiesen tenido tempestades que combatir, si su buque se hubiera estrellado contra los arrecifes... Pero no, nada de eso había acontecido. La naturaleza no había cesado de mostrarse benévola; cielo azul, brisa suave, mar clemente; ningún triunfo había faltado en su juego. En aquel momento, particularmente, hacía el más hermoso tiempo del mundo...

Y, sin embargo, ellos estaban allí...

¿Se había oído hablar nunca de un naufragio semejante? ¿Podría imaginarse algo más absurdo?

Y los turistas continuaban ante el mar, con la boca abierta; y, no sin razón, se juzgaban un poco ridículos.

CAPÍTULO XXIV

EN EL QUE THOMPSON SE TRANSFORMA EN ALMIRANTE



La noche transcurrió bastante bien para los pasajeros del *Seamew*. A falta de los desaparecidos lechos, la arena elástica se mostró muy favorable al sueño.

Eso no obstante, la primera luz del alba despertó a los más indolentes. Todos en un instante se levantaron, ansiosos de conocer lo que debían temer o esperar de las circunstancias.

Con una mirada pudieron apreciar la verdad: por todas partes la más absoluta soledad. Ante ellos, el mar, sin una vela. Por encima del agua surgía el extremo de los mástiles del *Seamew*, cuyo cadáver estaba enterrado veinte metros más abajo en su húmeda tumba.

Del otro lado, un desierto que entristecía el ánimo. Habían ellos tocado tierra en una punta estrecha, ligada por el Norte a una tierra desolada, y rodeada por el mar de los otros tres lados, no era aquello más que una lengua de arena, apenas de una milla de anchura.

—¿Qué socorros podrían esperarse de un país semejante? Preguntábenselo con angustia, sin encontrar respuesta satisfactoria.

Afortunadamente, el capitán Pip velaba por todos.

Tan pronto vio en pie a sus pasajeros, los reunió en torno de él y tomando la palabra expuso brevemente la situación.

Era muy sencilla.

A consecuencia de circunstancias sobre las cuales no convenía

insistir, se había ido a parar a la costa Sudoeste de la isla de la Sal, casi a la extremidad de la punta del Naufragio. No ofreciendo ningún recurso la isla de la Sal, tratábase de hallar lo más pronto posible los medios de dejarla.

Por el momento, el capitán había acudido a lo más urgente. Según sus instrucciones, Morgand, acompañado del contraatastte, había partido hacia una hora para el faro elevado en la extremidad de la punta del Sur, a poca distancia del teatro de la catástrofe. Allí recogerían informes y se procurarían víveres ambos emisarios. No había que hacer otra cosa que esperar su regreso.

La comunicación del capitán hizo recordar a sus oyentes que se estaban muriendo de hambre, de lo que se habían olvidado un tanto en el desorden moral en que la aventura les sumiera. Una palabra bastó para despertar el apetito, al que nada había ido a calmar desde hacía cincuenta horas.

Era, no obstante, preciso armarse de paciencia, ya que no había otro medio; resignáronse, pues, los turistas a dar paseos por la playa, y lentamente fueron deslizándose las horas. Por fortuna, el tiempo continuaba espléndido y el cielo límpido, bajo la influencia de una fresca brisa del Noroeste, que se hacía más fuerte de hora en hora.

Hasta cerca de las ocho no regresaron Roberto y el contraatastte de su expedición, escoltando una carreta, arrastrada por una mula y conducida por un cochero negro.

El cargamento de la carreta, compuesto de las más diversas vituallas, monopolizó en el instante la atención general.

Hubo atropellos, teniendo que intervenir Thompson para que la distribución de los víveres se hiciese en buen orden. Por fin, cada uno recogió su parte, y durante largo tiempo reinó un perfecto silencio, turbado solamente por el ruido de las mandíbulas.

Piperboom, en especial, estaba soberbio. Con un pan de cuatro libras en una mano, y toda una pierna de carnero en la otra, subía y bajaba sus antebrazos con la regularidad de una máquina de vapor. A pesar de su ansia personal, los compañeros del holandés quedaron paralizados de admiración y extrañeza viendo aquel engullir mecánico. «Va a ponerse enfermo», pensó temerosamente más de uno.

Pero Piperboom se preocupaba muy poco del efecto que

producía. Sus manos continuaban el imperturbable vaivén, disminuyendo progresivamente y de concierto el pan y el enorme trozo de carnero, llegando a desaparecer a un mismo tiempo. Frotóse entonces las manos Piperboom y encendió su vasta pipa, sin parecer hallarse preocupado ni molesto en lo más mínimo.

Mientras los pasajeros y tripulantes satisfacían su apetito, el capitán, por mediación de Roberto, celebraba una conferencia con el indígena propietario de la carreta.

No fueron muy tranquilizadores los informes obtenidos.

La isla de la Sal no es en cierta manera más que una estepa de 233 kilómetros cuadrados en la cual, menos de un siglo antes, no vivía ningún ser humano. Afortunadamente para los náufragos, un portugués, cincuenta años antes, tuvo la idea de explotar las salinas, a las que debe la isla su nombre y aquella industria había atraído a un millar de habitantes aproximadamente. Los unos eran pescadores y los otros, que constituían la mayoría, eran obreros de las salinas; pero no se habían agrupado lo suficiente para llegar a formar una ciudad. No obstante, al borde de la bahía Mordeira, excelente anclaje sobre la costa Oeste de la isla, algunas casas habían formado ya una aldea. En esa aldea, distante apenas quince kilómetros, era donde se hallarían socorros, si los había.

Habiendo recibido estos informes, Thompson marchó en el acto con el indígena al objeto de reunir vehículos bastantes para conducir personas y equipajes.

Mientras llegaban, los pasajeros tuvieron que comenzar de nuevo sus paseos de la mañana. Pero ahora la satisfacción de los estómagos desataba las lenguas, y cada uno de ellos dio rienda suelta a sus pensamientos e impresiones.

Los unos estaban tranquilos; aquéllos, tristes; los de más allá, furiosos.

Hecho excepcional: la cara de Absyrthus Blockhead no expresaba, como de costumbre, una satisfacción sin límites.

Sí; el respetable tendero honorario estaba melancólico, preocupado, cuando menos, lanzando miradas a todas partes, como si hubiese perdido algo. Al fin no pudo resistir más, y dirigiéndose a Roger de Sorgues, que le inspiraba una confianza especial:

—¿No es verdad, caballero, que nosotros nos encontramos en el archipiélago de Cabo Verde?

—Sí, señor —respondió Roger, sin saber dónde querría ir aparar.

—Entonces, caballero, ¿dónde está el cabo? —exclamó Blockhead con explosión.

—¿El cabo...? ¿Qué cabo?

—El Cabo Verde. ¡Pardiez! No todos los días tiene uno ocasión de ver un cabo verde; y yo quisiera enseñar éste a Abel.

Reprimió Roger a duras penas una violenta gana de reír.

—¡Ay, señor! Fuerza será que usted tenga que lamentarlo —dijo, tomando un aspecto triste y desolado—. Abel no verá el Cabo Verde.

—¿Por qué? —preguntó Blockhead, abatido.

—Está en reparación —dijo fríamente Roger.

—¿En reparación?

—Sí; su color comenzaba a desteñirse, y se le ha transportado a Inglaterra para volverlo a pintar.

Blockhead miró a Roger con aire indeciso; pero éste mantuvo heroicamente su seriedad, y el tendero honorario quedó entonces totalmente convencido.

—¡Ah! —dijo solamente con tono de lamento—. ¡En verdad, caballero, que tenemos nosotros bien poca suerte!

—¡En efecto! —aprobó Roger, escapando, en tanto que su compañero volvía junto a los suyos.

En medio de los furiosos, naturalmente, hacíanse notar Baker y Hamilton. En verdad que todo se declaraba en su favor. ¿De dónde provenían todas aquellas desgracias, sino de la avaricia y de la ligereza de Thompson? Era ésa una tesis irrefutable. Así, pues, el grupo que rodeaba a Baker contaba con la mayoría de los pasajeros. A todos les predicaban la guerra para el día en que, por fin, se estuviese en Inglaterra, y sus belicosas diatribas no dejaban de hallar eco.

Había él tropezado en Johnson con un aliado inesperado; este pasajero, tranquilo hasta entonces, parecía ahora arrebatado por el furor, gritaba más alto que el mismo Baker, vomitaba injurias contra Thompson y su agencia, y repetía hasta la saciedad el juramento de llevar a Thompson ante todas las jurisdicciones inglesas.

—Este borracho hidrófobo y geófobo está exasperado por haber tenido, quisiera o no, que venir a tierra —dijo, riendo, Roger, que

observaba de lejos el grupo en ebullición.

Sobre Roger no podían causar impresión ni la cólera ni la tristeza; su buen humor se sobreponía a todo; hubiera estado alegre en una batalla, lo estaría hasta en el momento de morir. Estáballo, por ende, en aquella isla desnuda, donde la suerte le había arrojado.

Su observación había hecho reír a Dolly.

—¡Pobre señor! —dijo—. ¡Cómo debe de sufrir por el desorden que reina en el servicio!

—Es el único que tiene el derecho de quejarse —afirmó seriamente Roger—; en él, al menos, se comprende. ¡Pero los demás...! ¿Qué mal puede causarles todo esto? Por mi parte, encuentro este viaje totalmente delicioso. He ahí a nuestro barco de vela convertido en submarino, y espero con impaciencia el momento en que se convierta en globo.

—¡Viva el globo! —dijo Dolly batiendo palmas.

—El globo me parece muy improbable —hizo observar con melancolía Roberto—. El fin del *Seamew* marca el de nuestro viaje. Ahora vamos a dispersarnos, según los medios que se nos ofrezcan para regresar a Inglaterra.

—¿Por qué dispersarnos? —respondió Alice—. Thompson repartirá, según creo, a sus pasajeros, y nos embarcará a todos en el primer paquebote que salga.

—Los pasajeros, seguramente —replicó Roberto—; pero la tripulación y un servidor de ustedes, ya es otra cosa.

—¡Bah, bah...! —dijo Roger—. Esperemos, antes de preocuparnos, a que se haya encontrado el paquebote, y en el cual creo yo bien poco; sería demasiado sencillo. Me atengo al globo, que me parece infinitamente más probable.

Hacia la una de la tarde volvió Thompson, llevando consigo una veintena de carretas de todos modelos, pero uniformemente tiradas por mulas y guiadas por negros. En seguida se comenzó a cargar los equipajes.

El administrador general se mostraba menos abatido de lo que pudiera suponersele en semejantes circunstancias. Su buque perdido, la repatriación de cerca de cien personas que pagar de su bolsillo; había en ello bastante para entristecer al hombre más jovial; Thompson, sin embargo, no parecía sumamente contristado.

Es que la desgracia no dejaba de ofrecer algunas

compensaciones. Sí bien la obligación de atender a los gastos de un centenar de pasajeros constituía un gran disgusto, la pérdida total del *Seamew* era, por el contrario, una gran fortuna. Bien asegurado en compañías de reconocida solvencia, ya se encargaría Thompson de que el viejo buque fuese pagado como si hubiera sido nuevo. El naufragio, de esa suerte, resultaría una fructuosa operación, y el administrador general no dudaba de que obtendría al fin y al cabo un importante beneficio.

La agencia se embolsaría sin remordimientos ese beneficio. Vendría a aumentar la suma, bastante redondeada ya, que una infatigable economía había permitido guardar en aquella bolsa de cuero que Thompson llevaba en bandolera desde que habían llegado a tierra. En aquella bolsa se habían encerrado los 62 500 francos entregados por los pasajeros, incluso el medio billete del joven Abel, a la salida. Desde entonces, verdad es, algunos billetes —bien pocos después de todo— habían salido de ella, para el carbón, las excursiones de los pasajeros y los gastos de a bordo. Quedaba ahora que pagar a la tripulación y los empleados, entre los cuales se encontraba Roberto Morgand. Thompson iba a cumplir aquella formalidad tan pronto como se llegase a la aldea, donde, por pobre que fuese, siempre se hallarían tintero y plumas, la suma que entonces quedara sería muy respetable, y a ella se añadiría más tarde el beneficio del seguro.

Poco después de las dos pusieron en camino los turistas, en carruaje los unos y a pie los otros. Por aquel suelo arenoso, tres horas se necesitaron para llegar a la bahía Mordeira. Algunas casas, cuyo conjunto apenas si merecía el nombre de aldea, alzabase, en efecto, allí sobre la costa del Norte.

En esa parte de la isla la naturaleza tenía un aspecto menos siniestramente árido. El terreno mostraba algún leve verdor y varias rocas rompían la monotonía del arenoso suelo.

Apenas llegaron, Thompson, instalado en un miserable albergue, procedió al arreglo que decidiera. Cada uno recibió lo que se le debía, ni más ni menos, y Roberto en algunos minutos se encontró con una riqueza de 150 francos.

Durante ese tiempo, los pasajeros, errando por la playa, examinaban el mar con inquietud. Roger tenía razón al permitirse abrigar dudas respecto al paquebote en situación de partir; ni un

buque se hallaba anclado en la bahía de Mordeira, en que sólo se balanceaban algunos barcos de pesca. ¿Qué iba a suceder si tenían que prolongar su permanecía en tan miserable aldea, y en medio de una población negra, en la cual todavía no se había descubierto un solo representante de la raza blanca?

Experimentaron algún alivio cuando vieron reaparecer a Thompson, a quien rodearon en el acto, preguntándole con impaciencia respecto a la decisión que había tomado.

Pero Thompson no había tomado ninguna, según confesó ingenuamente, añadiendo que le faltaban las bases más rudimentarias para tomar un partido. Roberto, conocedor afortunadamente de su «Guía», pudo procurarle algunas sumarias indicaciones, y Thompson escuchó con un placer completamente nuevo aquellos informes que ya no le costaban nada.

El archipiélago de Cabo Verde, según explicó Roberto a su auditorio, se compone de gran número de islas o de islotes divididos en dos grupos distintos. Las islas de San Antonio, San Vicente y San Nicolás; los islotes de Santa Lucía, de Blanco y de Raza, dispuestos casi en línea recta, de Norte a Sur, constituyen el primer grupo. Las dos islas de la Sal y de Buenavista forman el segundo con las islas de Maio, Santiago, Fogo y Brava, más los islotes Rombos.

Toda vez que era imposible permanecer durante algún tiempo en aquella miserable isla de la Sal, convenía saber, en primer término, si había algún paquebote que hiciera pronto escala allí. En caso negativo, lo único que cabía hacer sería el procurar ganar alguna otra isla mejor servida en aquellos barcos de pesca que allí se encontraban anclados.

Entonces se trataría de elegir con discernimiento cuál era la isla preferible.

—Deberíamos ir a San Vicente —decidió Roberto sin vacilar.

Esta isla, en efecto, aunque no es la más grande del archipiélago, ha monopolizado y monopoliza aún el comercio, siendo muchos los buques que hacen escala en su capital. Puerto Grande, cuya población flotante es veinte veces mayor que la local. En aquel puerto, magnífico y muy frecuentado, no transcurrirían veinticuatro horas sin que se ofreciera ocasión de volverse a Inglaterra.

Consultado el capitán, confirmó las aseveraciones de Roberto.

—Tiene usted razón, en efecto —dijo—. Por desgracia, dudo de

que sea posible llegar a San Vicente con las barcas que estamos viendo. Con este viento del Noroeste, se necesitarían muchos días. Creo que debemos tratar de ganar una isla que se encuentre en la dirección del viento.

—Santiago, entonces, sin duda alguna —dijo Roberto.

Aun cuando menos comercial que San Vicente, no por eso deja de ser Santiago la mayor isla del archipiélago, con su capital, Praia, que es además un excelente puerto. También allí se encontrarían todas las facilidades precisas para repatriarse, y en cuanto a la distancia, apenas si había diferencia. La única objeción era la insalubridad de esa isla, que le ha valido el sobrenombre de *La Mortífera*.

—¡Bah! —dijo Thompson—. Nosotros no pensamos establecernos allí. Un día o dos nada significan; y si nadie se opone...

Ante todo, no obstante, convenía dilucidar la cuestión relativa al paquebote; pero en aquel país semisalvaje, que no tenía trazas de contar con gobernador o con alcalde, no se sabía a quién dirigirse.

Por consejo del capitán, Thompson, escoltado por todos sus compañeros de infortunio, abordó a un grupo de indígenas que contemplaban con curiosidad a los náufragos.

Aquéllos no eran negros y sí tan sólo mulatos, producto del cruzamiento de colonos portugueses y antiguas esclavas; por su traje se les reconocía como marineros.

Tomando Roberto la palabra en nombre de Thompson, se dirigió a uno de aquellos mulatos y le preguntó si en la isla de la Sal había algún medio de partir para Inglaterra.

El marinero caboverdiano movió la cabeza; no existía semejante medio. Durante la estación de los alisios, de octubre a mayo, no faltan los buques, de vela en su mayor parte, en la bahía de Mordeira. Pero en aquella época del año había partido ya el último con su cargamento de sal y muy probablemente no llegaría ningún otro hasta el mes de octubre siguiente.

Resuelto este punto de una manera tan terminante, no se podía vacilar. Los marineros parecieron hallar muy natural el proyecto de ganar otra isla. Sus barcas eran sólidas y en caso necesario habrían hecho más largo viaje. En lo que concernía a San Vicente, fueron por unanimidad de la opinión del capitán.

—¿Y Santiago? —insinuó Roberto.

Al escuchar aquel nombre los marineros cambiaron entre sí una mirada. Antes de responder, se tomaron tiempo para reflexionar; algo les preocupaba, que no confesaban.

—¿Por qué no? —dijo al fin uno de ellos—. Eso depende del precio.

—Ese asunto compete al señor —dijo Roberto señalando a Thompson.

—Perfectamente —declaró éste cuando le hubo sido traducida la respuesta del mulato—. Si el capitán y usted quieren acompañarme, ese marinero nos enseñará las barcas que pueden proporcionarnos y al propio tiempo discutiremos las condiciones del viaje.

Menos de una hora después todo se hallaba arreglado. Para el transporte de los náufragos y sus equipajes el capitán había elegido seis barcas, sobre las cuales juzgaba que era posible arriesgarse sin imprudencia. De común acuerdo, se había fijado la partida para las tres de la mañana, a fin de viajar todo lo posible dentro del día.

Tratábase nada menos que de franquear ciento diez millas y debía contarse con un mínimo de diecisiete horas de travesía.

Nadie, por lo demás, protestó. Se tenía prisa por abandonar aquella isla desolada.

Embarcáronse los equipajes. En cuanto a los pasajeros, después de una grosera comida, pasaron el tiempo como pudieron. Los unos se pasearon por la playa, y los otros trataron de dormitar tendidos en la arena. Ni uno siquiera quiso aceptar la hospitalidad demasiado rudimentaria que aquellas gentes podían ofrecerles.

El momento de la partida halló a todo el mundo en pie. Cada uno ocupó su puesto y las seis barcas, largando sus velas, doblaban rápidamente la punta de las Tortugas. Como se ve, Thompson ascendía en graduación. De comodoro se transformaba en almirante.

Una hora después de la partida dejábase a babor la punta Sur de la isla de la Sal, y a los rayos del sol naciente asomaba Buenavista en las lejanías.

Por una casualidad, muy rara en aquella época del año, el cielo se mantenía obstinadamente puro. Un viento bastante vivo, que soplaba del Noroeste, hacía correr con velocidad a las seis embarcaciones.

A las ocho de la mañana se cruzó frente a Buenavista; era ésta una tierra baja, de aspecto tan árido como el de la isla de la Sal; un simple banco de arena con algunos picos de basalto en el centro.

Algunas horas más tarde comenzó a dibujarse en el horizonte la cima de San Antonio, pico culminante de la isla de Santiago. Aquel punto, elevado unos 2250 metros, fue saludado con los «¡hurra!» de los náufragos, a los que indicaba el término, lejano todavía, del viaje.

Aun cuando más próxima, la isla de Maio, mucho más baja que Santiago, no apareció sino después de ésta. Las dos de la tarde eran cuando se descubrieron sus costas arenosas.

Era una nueva edición de la isla de la Sal y de Buenavista; no más que una playa de arena, sobre la que reverberaban los rayos del sol; apenas si podía creerse que tres mil criaturas humanas viviesen en aquella landa, tan por completo infecunda.

Cansados de contemplar aquella monotonía de tristeza, los ojos se dirigían hacia el horizonte del Sur, donde continuaba perfilándose rápidamente Santiago. Sus rocas cortadas, sus derrumbaderos de basalto, sus barrancos cubiertos de vegetación, recordaban un poco el aspecto de las Azores, y, relativamente a la desolación de los arenales, se encontraba agradable aquella salvaje costa, que antes se juzgaba tan fastidiosa.

A las ocho de la noche se dobló la punta Este, en el momento de encenderse el faro que la corona. Una hora más tarde se distinguió el fuego de la punta de Tamaso que cierra por el occidente el Posto de Praia. Cerca de una hora después penetraban las embarcaciones en el agua más tranquila de la bahía, en cuyo fondo brillaban las luces de la ciudad.

No fue hacia estas luces adonde se dirigieron los marineros caboverdenses, sino que anclaron a una distancia bastante grande de la ciudad.

Roberto se extrañó de ello. Informado por su «Guía», no ignoraba que existe un desembarcadero sobre la orilla occidental. Pero fue inútil cuanto dijo. Por una u otra razón, los mulatos persistieron en su proyecto y comenzaron el transbordo de las personas y de las cosas por medio de chalupas que conducían las dos embarcaciones de los equipajes.

Sucesivamente fueron llevados los pasajeros a un pequeño

peñasco situado al pie del promontorio que termina la punta oriental de la bahía.

Según pudo discernir Roberto por las indicaciones de su *beadeker*, era éste el antiguo desembarcadero, abandonado hoy por completo, y se extrañó más y más del capricho de los transportadores.

La resaca rompía contra aquel peñasco y el desembarque, en medio de aquella oscuridad, de todo tuvo menos de fácil. Hubo más de una caída sobre el resbaladizo granito que las olas pulimentaban desde hacía siglos, y muchos viajeros tomaron un baño involuntario. Poco después de las once la totalidad de los náufragos se hallaba en tierra.

Con un apresuramiento singular, que daba mucho que pensar, las chalupas regresaron a su sitio. Menos de diez minutos después las seis barcas aparejaban, se lanzaban a alta mar y desaparecían en la noche.

En todo caso, si allí había algún misterio, no era tiempo ni lugar de meterse en averiguaciones e intentar comprenderlo. La situación de los pasajeros reclamaba al presente toda su atención. No podían dormir al raso, y, por otra parte, ¿cómo transportar sus cajas, sus maletas, sus baúles, que obstruían la orilla? Preciso fue que el capitán interviniese de nuevo. Conforme a su decisión, dejáronse los equipajes bajo la custodia de dos marineros, y los demás náufragos se pusieron en camino, dirigiéndose a la ciudad, muy distante todavía.

¡Cuán cambiada la brillante columna que Thompson dirigiera en otro tiempo con tan perfecta maestría! Aquello no era más que un rebaño desordenado buscando fatigosamente su camino por aquella costa desolada, erizada de piedras y cubiertas por una espesa noche.

Camino pesado y áspero hasta para los mejores caminantes. Durante más de una hora se siguió un sendero apenas trazado, hundiéndose los pies hasta el tobillo en la arena; luego hubo que subir por un camino escarpado...

Largo tiempo hacía que había sonado la medianoche cuando los turistas, agotados y al cabo de sus fuerzas, se vieron por fin rodeados de casas. En medio de aquel desierto de sombra y de silencio, el hallar suficiente alojamiento para tan gran número de personas constituía un verdadero problema.

Tomóse el partido de dividirse en tres grupos. Uno, bajo la dirección del capitán, comprendía a los tripulantes del difunto buque. El segundo, dirigido por Thompson, contó, naturalmente, a Baker entre sus miembros. El tercero, al fin, se confió al poliglottismo de Roberto.

Este último, cuando menos, al que se habían incorporado Roger y las dos americanas, no tropezó con molestias para encontrar hotel. En pocos minutos Roberto descubrió uno a cuya puerta llamó de manera capaz de despertar a los más obstinados durmientes.

Cuando el hotelero entreabrió su puerta, la vista de tan numerosos clientes pareció llenarle de estupefacción.

—¿Tiene usted habitaciones que proporcionarnos? —preguntó Roberto.

—¿Habitaciones? —repitió el hostelero como si estuviera soñando—. ¿Cómo han venido ustedes aquí?

—Como suele venirse; en barco —dijo Roberto con impaciencia.

—¿En barco? —repitió el portugués en el colmo de la admiración.

—Sí, en barco —afirmó Roberto con enojo—. ¿Qué tiene esto de extraordinario?

—¡En barco! —exclamó nuevamente el hotelero—. No se ha alzado, sin embargo, la cuarentena.

—¿Qué cuarentena?

—¡Eh! ¡Por Cristo...! La de la isla, a la que hace un mes que no ha abordado ningún buque.

—¿Qué ocurre, pues, aquí? —preguntó Roberto.

—Una violenta epidemia de fiebre perniciosa. Sólo en la ciudad mueren más de veinte personas por día, en una población de cuatro mil almas.

—¡Por fortuna no estaremos aquí mucho tiempo!

Movió el portugués la cabeza de un modo poco tranquilizador.

—Por el momento voy, si ustedes gustan, a enseñarles sus habitaciones —dijo irónicamente—. Creo que no las dejarán tan pronto. Por lo demás, ustedes mismos verán mañana que cuando se llega a Santiago hay que quedarse en él.

CAPÍTULO XXV

EN CUARENTENA



En verdad que tenían mala suerte los infortunados suscriptores de la agencia Thompson!

Sí, una epidemia de las más mortíferas asolaba a Santiago y suprimía, desde un mes antes, toda comunicación con el resto del mundo. A decir verdad, la insalubridad es el estado ordinario de aquella isla, denominada, con razón, «La Mortífera», como Roberto, antes de partir de la isla de la Sal, advirtiera a sus compañeros. La fiebre es allí endémica, y en tiempo normal causa numerosas víctimas.

Pero la enfermedad local había tomado entonces una extrema virulencia y había revestido un carácter pernicioso que no la es habitual. En presencia de los estragos que causaba, el Gobierno se había conmovido, y para arrancar el mal de raíz no vaciló en cortar por lo sano.

La isla entera sufría, de orden superior, un riguroso interdicto. Cierto que los buques conservaban el derecho de anclar en ella; pero a condición de no abandonarla hasta el fin, imposible de prever, de la cuarentena y de la epidemia. Concíbese, pues, que los paquebotes se hubiesen alejado de semejante atolladero, y, en realidad, antes de la llegada de los administrados de Thompson ni un solo buque había penetrado en la isla durante los treinta días anteriores.

Así se explicaba la vacilación de los pescadores de la isla de la

Sal, cuando se les habló de Santiago; así se explicaba su fuga inmediata tras el nocturno desembarco. Al corriente de la situación, no habían querido, ni perder por un excesivo escrúpulo el beneficio del viaje, ni verse retenidos muchos días lejos de sus familias y de su país.

Los pasajeros estaban aterrados. ¿Cuántas semanas tendrían que permanecer en aquella maldita isla?

No obstante, toda vez que no había más remedio, fuerza era acomodarse a la situación. ¿Había que esperar...? Pues se esperararía matando el tiempo como cada uno pudiera.

Los unos, como Johnson y Piperboom, habían vuelto sencillamente a su vida habitual y parecían encantados. Un restaurante para el uno y una taberna para el otro constituían su felicidad; y eso no faltaba en aquella ciudad.

No hallaban sus compañeros los mismos placeres en la prisión que el capricho de la suerte les impusiera. Absolutamente aplanados, hipnotizados por temor al contagio, la mayor parte permanecían día y noche en sus habitaciones, sin atreverse siquiera a abrir las ventanas. Esas precauciones parecían tener buen éxito. Al cabo de ocho días, ninguno de ellos había sido atacado. En cambio, se morían de fastidio y aburrimiento, aspirando a una liberación que nada aún hacía presentir.

Otros eran más enérgicos, y no hacían ningún caso de la terrible epidemia. Figuraban entre éstos los dos franceses y sus amigas americanas. Juzgaban, con razón, que era peor el miedo.

En compañía de Baker, que tal vez en el fondo de su corazón anhelaba estar de veras enfermo, a fin de tener un nuevo pretexto para recriminar a su rival, salían, iban y venían, como si se hallaran en París o en Londres.

Desde la llegada a Santiago apenas si vieran a Jack Lindsay, que más que nunca persistía en su vida solitaria. Alice, preocupada con otros ciudadanos, no pensaba siquiera en su cuñado. Si alguna vez surgía ante ella su imagen, rechazábala incontinenti: la aventura del «Curral das Freias» palidecía, perdía importancia al correr del tiempo. En cuanto a algún nuevo ataque, tranquilizábala por completo la profunda seguridad que tenía en la protección de Roberto.

Éste, por el contrario, acordándose de la emboscada de la Gran

Canaria, pensaba con frecuencia en el enemigo, que, en su interior, creía que ya una vez le había atacado. La inacción del adversario no le tranquilizaba sino a medias, y velaba con gran cuidado, conservando una sorda inquietud.

Jack durante ese tiempo seguía la pendiente fatal. Imprevedida, su acción del «Curral das Férias» sólo había sido un puro reflejo sugerido súbitamente por una ocasión inesperada. Y, no obstante, el aborto de esa primera tentativa había tocado en su alma el despecho en odio, que, después de la intervención de Roberto, estaba mezclado de miedo y alejado a la vez de su natural objetivo. Por un instante, al menos, Jack Lindsay se había olvidado de su cuñada por el intérprete del *Seamew*, hasta el extremo de prepararle una emboscada, a la que no debía escapar, aunque hubiera penetrado por el otro camino.

La resistencia de Roberto y la heroica intervención de Blockhead habían hecho fracasar una vez más sus proyectos.

Desde entonces Jack no hacía diferencia entre sus dos enemigos. Englobaba a Alice y Roberto en el mismo odio, exasperado por los fracasos sucesivos que experimentara.

Si estaba inactivo, era a causa de la vigilancia de Roberto; pero si se hubiera presentado una ocasión propicia, Jack, que había ya rechazado todo escrúpulo, no habría vacilado en desembarazarse de aquellos dos seres, cuya pérdida le aseguraría su venganza y su fortuna. Pero sin cesar se estrellaba contra la obstinada vigilancia de Roberto, y de día en día iba perdiendo la esperanza de encontrar la ocasión favorable en medio de una ciudad populosa.

La ciudad de Praia no puede, por desgracia, ofrecer muchos recursos al desocupado turista. Encerrada entre dos valles, está edificada sobre una meseta que, terminándose en un brusco promontorio de cerca de ochenta metros, llega hasta el mar.

El carácter marcadamente Africano que la ciudad de Praia posee en más alto grado que los demás centros del archipiélago, constituye su única curiosidad para el viajero europeo. Sus calles, atestadas de cerdos, De aves de corral y de monos; sus casas, bajas y embadurnadas de vivos colores; su población negra, en medio de la cual se ha implantado una importante colonia blanca, compuesta en su mayoría de funcionarios, todo ello constituye un espectáculo original y nuevo.

Pero al cabo de algunos días, el turista, harto de aquel exotismo, sólo raras distracciones encuentra en aquella ciudad de 4000 habitantes.

Cuando ha recorrido el barrio europeo, con sus calles amplias y bien arregladas, rodeando la vasta plaza de Opelourinho; cuando ha contemplado la iglesia y el palacio del Gobierno; cuando ha visto el ayuntamiento, la cárcel y el hospital, por fin, se ha terminado el ciclo; sin inconveniente podría entonces cerrar los ojos. A esta sazón es cuando el fastidio se apodera del turista.

Los dos franceses y sus compañeros no tardaron en llegar a este punto, y si no el fastidio, inerte contra cerebros y corazones ocupados, sí encontraron al menos un relativo no saber qué hacerse.

Poco a poco los paseos fueron remplazados por largas estancias frente al mar, llenando el ruido de sus olas los silencios de Alice y de Roberto, y cortando a la vez las gozosas pláticas de Roger y Dolly.

Sobre éstos, en todo caso, no había hecho seguramente presa la melancolía. Él accidente, la desaparición del *Seamew*, después la cuarentena actual, nada había podido enturbiar su alegría.

—¡Qué quiere usted! —decía con frecuencia Roger—. ¡Me divierte eso de ser caboverdiano! ¡Qué nombre tan estrafulario! *Miss Dolly* y yo nos hacemos muy bien a la idea de convertirnos en negros.

—Pero ¿y la fiebre? —decía Alice.

—¡Un embuste! —respondía Roger.

—¿Y su licencia, que va a expirar? —replicaba Roberto.

—¡Fuerza mayor! —contestaba el oficial.

—¿Mas su familia, que le espera en Francia?

—¿Mi familia...? ¡Mi familia está aquí!

En realidad, Roger estaba menos tranquilo de lo que aparentaba. ¿Cómo no había de pensar con angustia en el riesgo que todos corrían en aquel país infectado, en aquella ciudad con su población diezmada? Pero era de esas privilegiadas naturalezas que tratan de no ensombrecer el hoy con los miedos del mañana; y el hoy no dejaba de tener encantos a sus ojos. Vivir en Santiago, habríale sinceramente agradado, siempre que viviese como entonces en la intimidad de Dolly. No se había dicho entre ambos ni una palabra precisa y terminante, pero estaban seguros el uno del otro. Sin

habérselo dicho nunca, se consideraban como prometidos.

Nada menos misterioso que su conducta. Se leía en sus almas como en un libro abierto, y nadie podía ignorar la existencia de unos sentimientos tan evidentes, que habían ellos juzgado superfluo el expresarlos.

Mr. Lindsay, espectadora más interesada que los demás, no parecía preocuparse de aquella situación. Permitía a su hermana usar de aquella libertad americana de que ella misma se había beneficiado en su época. Tenía fe en la naturaleza sincera y virginal de Dolly, y Roger era de esos hombres que inspiraban la más absoluta confianza. Dejaba, pues, Alice que el idilio siguiera su curso, segura de que un matrimonio lo coronaría al regreso, como el desenlace lógico y previsto de una historia muy sencilla.

¡Pluguiese al cielo que ella poseyese en su alma la misma paz y la misma seguridad!

Entre Alice y Roberto una íntima mala inteligencia persistía. Una falsa vergüenza helaba las palabras en sus labios y sus corazones alejábanse de la explicación franca y precisa que hubiera podido devolverles la tranquilidad.

No tardaron en resentirse de su turbación moral sus relaciones exteriores. Si no se evitaban, era porque eso no se bailaba en poder suyo. Pero, perpetuamente arrastrados el uno al otro por una invencible fuerza, apenas se hallaban cara a cara sentían alzarse entre ambos una barrera, de orgullo para el uno y de desconfianza para la otra. Cerrábanse entonces sus corazones, y no cambiaban más que palabras frías, que prolongaban el lastimoso *quid pro quo*.

Roger asistía descorazonado a aquella ruda guerra. Algo mejor, en verdad, había él augurado del resultado de su *tête-à-tête* en la cima del Teide. ¿Cómo no se habían explicado del todo de una vez y para siempre en aquel minuto de emoción, en medio de aquella naturaleza inmensa, cuya grandeza habría debido anular, por comparación, el pudor sentimental de la una y la enfermiza altivez del otro?

Todas aquellas dificultades, que él juzgaba un poco pueriles; todas aquellas discusiones sostenidas consigo mismo, no podían ser admitidas por la franca y abierta naturaleza del oficial, que hubiera amado a una mendiga o a una reina con la misma tranquila sencillez.

Al cabo de ocho días de aquella tácita e insoluble querella, juzgó el espectáculo insoportable y resolvió, como suele decirse, tirar de la manta. Con un pretexto cualquiera llevóse una mañana a su compatriota a la Gran Playa, completamente desierta a la sazón, y sentado sobre un peñasco entabló una explicación definitiva.

Mr. Lindsay había salido sola aquella mañana. La explicación que Roger quería imponer a su compatriota, quería ella tenerla consigo misma, y con ese paso indolente que da la distracción de la voluntad, habíase dirigido también, un poco antes que los dos amigos, hacia aquella Gran Playa, cuya soledad la agradaba.

Cansada de su paseo, se sentó al azar, y apoyando la cara en la palma de la mano se puso a soñar, contemplando las olas.

Un ruido de voces la sacó de aquella meditación. Alice reconoció en los dos interlocutores a Roger de Sorgues y a Roberto Morgand. Intrigada, *Mr. Lindsay* escuchó.

Roberto había seguido a su compatriota con la indiferencia que, a pesar suyo, ponía en muchas cosas. Anduvo mientras a Roger le plugo, y se sentó cuando Roger le expresó ese deseo. Pero éste conocía el medio de excitar la atención de su indolente compatriota.

—Sí —decía el oficial—. Hace un calor satánico en este país... ¿Qué dice usted a esto, mi querido Gramond?

—¿Gramond...? —repitió para sí Alice, admirada.

Roger seguía diciendo.

—¿Estaremos aquí aún por mucho tiempo?

—No es a mí a quien hay que preguntarlo —respondió Roberto, sonriendo levemente.

—No es esta mi opinión, porque si la estancia en esta isla no tiene nada de seductor para nadie, debe ser particularmente desagradable para *Mr. Lindsay* y para usted.

—¿Por qué eso?

—¿Renegaría usted, pues, de las confidencias que me hiciera cierta tarde, costeanando las Canarias?

—Jamás. Pero no veo...

—Puesto que usted ama a *Mr. Lindsay* y está firmemente decidido a no decírselo, creo que la estancia en este peñasco Africano ni para ella ni para usted debe de tener grandes atractivos.

—Mi querido Sorgues —dijo Roberto un tanto conmovido—. Usted sabe lo que yo pienso, conoce mi situación y los escrúpulos

que ella me impone.

—¡Vaya! —interrumpió Roger—. Es intolerable ver como se hacen ustedes desgraciados, cuando todo en el fondo es tan sencillo. Yo no puedo darle consejos, pero ¿por qué no se muestra usted como en realidad es: alegre, amable, enamorado, puesto que la ama? Mírenos a Dolly y a mí. ¿Tenemos aspecto de enamorados de melodrama?

—Usted le habla a su gusto —observó Roberto con amargura.

—Pues, bien..., marche usted de frente..., suba usted a la habitación de *Mr. Lindsay* y cuénteles toda la verdad sin rodeos. ¡Vamos, hombre, que no se morirá usted por eso! Veremos lo que ella le contesta.

—Es que no estoy autorizado para plantear esa cuestión...

—¿Por qué? Por esa tontería de la fortuna... En vano se ha disfrazado usted con otro nombre; usted volverá a ser marqués de Gramond cuando le convenga, y ¡los marqueses de Gramond no andan todavía tirados por el arroyo, que yo sepa!

Roberto estrechó la mano de su compatriota.

—Todo lo que usted me dice, mi querido Sorgues, me prueba una vez más hasta qué punto es mi amigo... Pero, créame usted, vale más callar acerca de este asunto: nada obtendría usted de mí. No ignoro que se halla muy admitido ese cambio de que usted me habla. Sin embargo, ¿qué quiere usted?, esos negocios no me agradan.

—¡Negocio, negocio! Eso se dice pronto —dijo Roger, sin mostrarse convencido—. ¿Dónde ve usted un negocio, desde el momento que no le guía ningún pensamiento de interés?

—Sí, pero *Mr. Lindsay* no lo sabe. He ahí el punto delicado.

—¡Y bien, mil carabinas! Tómese usted la molestia de afirmárselo. Suceda lo que quiera, será preferible a que se haga usted así tan desventurado, sin hablar de la misma *Mr. Lindsay*.

—¿*Mr. Lindsay*...? Yo nada hago...

—¿Y si ella, no obstante, le amase? ¿Ha pensado usted en ello? Ella, después de todo, no puede ser la primera en hablar.

—He aquí que ya por dos veces me ha hecho usted esa objeción —respondió tristemente Roberto—. Fuerza es creer que la juzga muy poderosa. Si *Mr. Lindsay* me amase, cambiarían, en efecto, las cosas. Pero no me ama, y no tengo la fatuidad de creer que llegue a

amarme alguna vez, sobre todo no haciendo, como no hago, nada con ese objeto.

—Tal vez por lo mismo... —murmuró Roger entre dientes.

—¿Dice usted...?

—Nada...; o, a lo sumo, digo que padece usted de una ceguera prodigiosa, si no es voluntaria. Por lo demás, *Mr. Lindsay* no me ha encargado que le revele su manera de ver. Pero admita usted por un momento que los sentimientos que antes la supuse sean en efecto los suyos. Para que usted lo creyese, ¿habría de ser preciso entonces que ella misma viniese a decírselo?

—Tal vez no fuese eso bastante —dijo tranquilamente Roberto.

—¡Cómo...! ¿Hasta después de eso se atrevería usted a dudar?

—Exteriormente, me sería imposible —dijo Roberto con melancolía—; pero en el fondo del alma me quedaría una angustia muy cruel. *Mr. Lindsay* me está obligada, y para almas como la suya esas deudas son más sagradas que las demás. Creería yo que su amor podía no ser otra cosa que un delicado disfraz de un reconocimiento demasiado vivo.

—¡Incorregible obstinado! —exclamó Roger, contemplando a su amigo, con ojos rebosantes de admiración—. Confieso que me sería imposible argumentar de tal suerte contra mi placer. Para volver más ligera su lengua de plomo, habrá que esperar al final del viaje. Tal vez entonces la pena de perder a *Mr. Alice* será más fuerte que su orgullo de usted.

—No lo creo.

—Ya lo veremos. Por el momento —añadió Roger, levantándose— declaro que esta situación no puede durar. Me voy ahora mismo al encuentro del capitán Pip, a ver si hallamos algún medio de largarnos de aquí. ¡Qué diablo! En la rada hay barcos, y en cuanto a los fuertes portugueses, jeso es una broma que ya resulta banal!

Alejáronse ambos franceses por el lado de la ciudad seguidos por las miradas de Alice, de cuyo semblante había desaparecido toda señal de fastidio. Conocía la verdad y esa verdad no la desagradaba. Sabía que era amada, amada como toda mujer querría serlo, por sí misma y sin que un pensamiento extraño alterase la pureza de ese sentimiento.

Alegría más viva aún; podía desprenderse de la violencia que de tanto tiempo antes la paralizaba el alma. Ciertamente, sí, que no había

esperado las revelaciones que acababa de sorprender para sentirse arrastrada hacia Roberto Morgand; para estar segura, sólo por las apariencias, de que éste ocultaba algún misterio del género del que acababa de tener noticia de un modo algo irregular. Los prejuicios, empero, del mundo poseían tanto poder, que su inclinación la había procurado hasta entonces menos placer que tristeza. Amar al cicerone-intérprete del *Seamew*, aunque fuera cien veces profesor, parecíale una caída muy cruel a la rica americana; y desde la partida de Madeira la lucha entre su orgullo y su corazón la había lanzado a un perpetuo descontento de sí misma y de los otros.

Ahora, la situación se simplificaba. Ambos se hallaban al mismo nivel.

Único punto que continuaba siendo delicado: quedaban por vencer los escrúpulos un poco excesivos de Roberto. Pero de esto apenas se inquietaba Alice. No ignoraba ella cuánta fuerza de persuasión posee naturalmente una mujer amante y amada. Por otra parte, no era aquella isla el lugar de las palabras decisivas; antes de que ese momento llegase, ¿quién sabe si no habría pagado Alice de un modo o de otro su deuda de reconocimiento, y reconquistado así a los ojos de Roberto la independencia de su corazón?

Hizo Roger como había dicho. Comunicó en el acto su proyecto de fuga al capitán; e inútil es decir si el viejo marino acogió ávidamente aquella idea. Ciertó; todo era preferible a permanecer en aquella isla maldita, donde había, a su juicio, el «mal de tierra». Deseó tan sólo poner a Thompson y a los demás pasajeros en la confidencia, y era verdaderamente eso demasiado justo para que Roger pudiera pensar en oponerse a ello.

El asentimiento fue general y unánime. Los unos, cansados de aquella ciudad demasiado visitada; aterrados los otros por la abundancia de fúnebres cortejos, que veían desde sus ventanas, todos se hallaban al cabo de su valor y de su paciencia.

Fue, no obstante, estimado superfluo el pedir la opinión de dos de los pasajeros. A bordo del futuro buque se cuidaría de colocar en abundancia de comer y de beber; ¿para qué entonces consultar a Johnson y a Piperboom?

Decidida la marcha, tratábase de realizarla.

Sí, según hiciera observar Roger, había, en efecto, barcos anclados en la rada; esos barcos eran poco numerosos.

Tres veleros, en junto, de 700 a 1000 toneladas; y aun éstos parecían muy deteriorados a los ojos de los menos inteligentes. Todos los buques en estado de navegar se habían lanzado evidentemente al mar antes de la declaración de la cuarentena, y no habían quedado en el puerto más que los buques fuera de servicio.

Por otra parte, no debía perderse de vista que la partida, caso de resultar posible, tenía que hacerse de un modo misterioso. Ahora bien: ¿cómo podría disimularse el embarque de un centenar de personas, así como el del material y los víveres necesarios para tantos pasajeros?

Había ahí un problema muy difícil. El capitán Pip ofreció resolverlo, y diósele carta blanca.

¿Cómo se las compuso? No lo dijo. Pero el hecho fue que al día siguiente por la mañana poseía ya un amplio conjunto de informes que comunicó a los náufragos reunidos en la Playa Negra, y en particular a Thompson, a quien correspondía el principal papel en la obra de repatriación.

De los tres barcos anclados en rada, dos eran buenos para ser quemados; en cuanto al último, llamado *Santa María*, era seguramente un buque viejo, pero utilizable todavía. Podía fiarse de él sin gran temor para un viaje bastante corto al fin y al cabo.

Después de visitar de cabo a rabo el buque, habíase el capitán arriesgado a tantear el terreno con el armador, y su tarea no resultó difícil.

Deteniendo la cuarentena por completo el comercio de la isla, durante un tiempo indeterminado, el armador había acogido con placer las semiconfidencias del capitán. Podíase, pues, esperar obtener de él condiciones relativamente suaves.

En cuanto a la resolución que se adoptara, el capitán declaró que quería abstenerse de dar el menor consejo. No disimulaba que se correría cierto peligro embarcándose en tales condiciones, por poco que se tuviese que sufrir algún temporal; a cada uno le correspondía elegir el riesgo que le pareciese menos temible: riesgo de la enfermedad o riesgo del mar.

A este respecto, el capitán hizo tan sólo observar que la imprudencia estaría notablemente disminuida si se evitaba el golfo de Gascuña, desarmando el barco en un puerto de España o de Portugal. De esa suerte, la mayor parte de la travesía se haría en la

región de los alisios, donde los temporales son bastante raros. Finalmente, en su nombre personal, el capitán votó por un pronto embarque, y juró que prefería el riesgo del mar a la certidumbre de morir de fiebre o de fastidio.

La deliberación no fue larga.

Por unanimidad se decidió la partida inmediata y el capitán quedó encargado de hacer los preparativos.

Éste aceptó el mandato y se comprometió a estar listo en cuatro días.

Antes, empero, convenía tratar con el propietario del buque, y ese cuidado incumbía a Thompson. Pero en vano se buscó por todas partes al administrador general. Thompson, momentos antes presente, había desaparecido.

Después de haber dado curso a su indignación, los turistas decidieron transmitir a uno de ellos los poderes del general tráfuga, y delegarle cerca del armador para tratar de la adquisición en las mejores condiciones posibles. Baker fue, naturalmente, el elegido, por su experiencia en los negocios, en aquella clase de negocios sobre todo.

Aceptó Baker sin dificultad sus nuevas funciones y partió en seguida, acompañado del capitán.

Dos horas más tarde se hallaba de regreso.

Todo estaba arreglado, convenido y firmado. Por seis mil francos se tendría derecho al buque hasta Europa. El armador tomaría ulteriormente las disposiciones que estimase convenientes para deshacerse de aquel buque, de cuyo regreso no tenían, por ende, que preocuparse. Tampoco había que inquietarse por la tripulación; el estado mayor y los hombres del *Seamew* consentían todos en tomar su servicio, sin otro salario que la alimentación y el pasaje. Debían tan sólo proceder a algunos arreglos interiores, y el embarque de víveres suficientes para un mes de navegación. En todo esto estarían eficazmente ayudados por el armador de la Santa Marta, que con cualquier pretexto haría proceder a las reparaciones por sus propios obreros, y proporcionaría en secreto los víveres necesarios, que los marineros ingleses transportarían a bordo durante la noche.

Aprobadas por todos aquellas disposiciones, la asamblea se disolvió y el capitán se puso en seguida a la faena.

Eran, pues, cuatro días en que debían armarse de paciencia. En tiempo ordinario eso no es nada; pero cuatro días parecen inacabables cuando vienen en pos de otros ocho de terror o de fastidio.

Mr. Lindsay y sus compañeros habituales, libres de la presencia de Jack, que permanecía invisible, continuaron sus paseos en torno de la ciudad de Praia. Alice parecía haber vuelto a su feliz equilibrio de los primeros tiempos del viaje. Bajo su dulce influencia, aquellos paseos fueron otras tantas partidas de placer.

No había que pensar en excursiones serias por el interior de la isla, que sólo se halla cruzada por raros y malos caminos. Pero los alrededores inmediatos de la ciudad de Praia eran accesibles, y los cuatro turistas los visitaron en todos sentidos.

Un día fue consagrado a la ciudad de Ribeira Grande, antigua capital de la isla y del archipiélago, destruida en 1712 por los franceses. Ribeira Grande, más insalubre aún que Praia, no ha conseguido alzarse de sus ruinas desde aquella época, y su población no ha cesado de decrecer, habiendo llegado en la actualidad a una cifra insignificante. Oprímese el corazón al cruzar por las desiertas calles de la ciudad decaída.

Durante los otros días se recorrieron los numerosos valles que rodean la capital. En aquellas campiñas, mal cultivadas, habita una población exclusivamente negra, a la vez católica y pagana, en medio de las vegetaciones de su país de origen, que no son más que palmeras, bananeros, cocoteros, tamarindos, a cuya sombra se alza una multitud de casas africanas, que en ninguna parte se agrupan lo bastante para constituir una miserable aldea.

En esos cuatro días últimos pareció abandonar a los pasajeros el encanto que les había protegido contra la epidemia. El 2 de julio dos de ellos, Blockhead y *Sir* Hamilton, despertaron con la cabeza pesada, la boca pastosa y sufriendo dolorosos vértigos. Un médico llamado inmediatamente pronosticó un caso grave de la fiebre reinante. Aquello fue causa de terror entre los demás... Cada uno de ellos dijo para sí: «¿Cuándo me llegará a mí el turno?».

El día siguiente era el fijado para la partida.

Desde por la mañana los turistas, con gran sorpresa de su parte, apenas si pudieron reconocer el país en que despertaban. El cielo era de un amarillo de ocre; apenas si se adivinaban los indecisos

contornos de los objetos a través de una bruma especial que vibraba en el aire abrasador.

—No es más que la arena arrastrada por el viento Este —respondieron los indígenas consultados.

En efecto; durante la noche el viento había cambiado, pasando del Noroeste al Este.

¿Modificaría aquel cambio de viento los proyectos del capitán Pip?

No, puesto que aquella misma tarde anunció la terminación de los últimos preparativos, y declaró que todo se hallaba dispuesto para aparejar. Los pasajeros, por su parte, estaban también dispuestos. Desde que se resolvió la partida, cada día había salido de sus hoteles respectivos alguna parte de su equipaje, que los marineros durante la noche transportaban a bordo de la *Santa María*. Tan sólo las maletas vacías quedaban en las habitaciones cuando se las dejó definitivamente, y no era posible llevarlas; pero era eso un contratiempo leve.

—Por otra parte —había declarado Baker—, será preciso que Thompson nos pague las maletas con todo lo demás.

Admitiendo que Thompson debiese efectivamente sufrir las múltiples condenas con que le amenazaba Baker, debía creerse probable que tales condenas se pronunciarían en rebeldía. ¿Qué había sido de él? Nadie hubiera podido decirlo. No se le había vuelto a ver desde el instante en que, por la fuga, se evadió de la obligación onerosa de repatriar a todo el mundo.

Nadie, además, se preocupaba de él. ¡Ya que tanto le gustaba Santiago, se le dejaría allí, y... nada más!

Furtivo, el embarque tenía que ser forzosamente nocturno. A las once de la noche, momento fijado por el capitán, todos, sin una defección, se hallaron reunidos en la Playa Negra, en un sitio donde las rocas atenuaban la resaca. El embarque comenzó en el acto.

Hamilton y Blockhead fueron conducidos los primeros a bordo de la *Santa María*, después de haber estado a punto de ser abandonados en Santiago. Un gran número de sus compañeros se hablan declarado contra la idea de llevar a los dos enfermos que serían causa de infección para los sanos. Fueron vanos los esfuerzos hechos por Roger y las dos americanas para que no fuesen abandonados. Pero el capitán Pip declaró que no se encargaría de

dirigir el buque si uno sólo de los náufragos quedaba atrás.

Hamilton y Blockhead dejaban, pues, con los demás las islas de Cabo Verde, sin tener siquiera conciencia de ello. Desde la víspera había empeorado considerablemente su estado. Su inteligencia se extraviaba en un perpetuo delirio, y parecía muy dudoso que se les pudiera llevar hasta Inglaterra.

Muchos viajes se necesitaron para transbordar a todo el mundo con los dos únicos botes de la *Santa María*, Nada más rudimentario que la instalación apresuradamente improvisada. Si las señoras no tuvieron que lamentarse demasiado por sus camarotes exiguos, pero pasables, los hombres tuvieron que contentarse con un vasto dormitorio, dispuesto como se pudo, en la cala.

Los diversos convoyes se sucedieron unos a otros sin incidentes. Nadie en la isla parecía haber advertido aquel éxodo. Sin dificultad llegaron los botes por última vez a la *Santa María*. Baker, en su puesto de portalón, tuvo entonces una gran sorpresa. Confundido entre los demás pasajeros, haciéndose tan chiquito como podía, Thompson acababa de saltar sobre cubierta.

CAPÍTULO XXVI

EN EL QUE THOMPSON, A SU VEZ, TIENE QUE SOLTAR SU DINERO



—¡S r. Thompson! —gritó Baker con una alegría feroz.

Era real y verdaderamente Thompson en persona, pero un poco corrido, fuerza es confesarlo, a pesar de su extraordinario aplomo. En la lucha entre su miedo y su avaricia, ésta había sucumbido, por fin. Pacientemente había esperado la partida, y aprovechándose de la noche se había unido al último convoy.

—¡Mr. Thompson! —repitió Baker, mirando a su enemigo como el gato al ratón—. ¡No esperábamos nosotros tener el disgusto de verle! ¿Tendremos, pues, el fastidio de regresar con usted a Inglaterra?

—En efecto —respondió Thompson—; pero pienso pagar mi pasaje —añadió precipitadamente, esperando desarmar así a su implacable adversario.

—¡Cómo! —dijo Baker—. ¡Eso resulta muy extraño!

—¿Extraño?

—Sí. Usted no nos ha habituado hasta ahora a semejantes maneras. ¡En fin...! Nunca es demasiado tarde para obrar bien. Veamos; ¿qué precio vamos a ponerle, mi querido señor?

—El precio que a todo el mundo, supongo yo —dijo Thompson con angustia.

—He ahí la dificultad —dijo Baker con tono bonachón—; nosotros no tenemos tarifa, Aquí donde usted nos ve, formamos

todos una sociedad mutua, una cooperativa, como suele decirse, y en la cual cada uno pone su parte. Usted... usted es un extraño... ¡Es menester crear para usted una tarifa especial y personal...! ¡Esto es muy delicado!

—No obstante —murmuró Thompson—, me parece que seis libras esterlinas...

—¡Eso es muy poco! —repuso Baker con aire soñador.

—Diez libras...

—¡Bah...!

—Veinte libras..., treinta libras...

Continuaba Baker moviendo negativamente la cabeza, y parecía realmente muy pesaroso al verse obligado a rechazar ofertas tan tentadoras.

—Pues bien: cuarenta libras —dijo, por fin, Thompson, haciendo un esfuerzo—. Lo mismo que yo les llevé a ustedes para conducirles...

—¡A Cabo Verde! Y muy a pesar nuestro —terminó Baker, en cuyos ojos brillaba una malicia infernal—. ¿De modo que usted cree que por cuarenta libras...? ¡Bueno...! ¡Vaya por las cuarenta libras...! No es bastante, evidentemente; yo hago un mal negocio... Pero ¡el diablo me lleve...! ¡No sé negar a usted nada...! Si, pues, tiene usted la bondad de entregarme esa suma...

Thompson, suspirando, sacó del fondo de su bolsa los billetes exigidos, que Baker contó por dos veces con una maravillosa insolencia.

—La cuenta está bien, me apresuro a reconocerlo. Por otra parte, ¿qué tiene eso verdaderamente de extraordinario? —dijo, volviendo la espalda a su compañero, que corrió a elegir un sitio en el dormitorio común.

Durante esta discusión la *Santa María* había largado sus velas e izado el ancla bordo. A la una de la mañana, mediante una brisa del Este bien establecida, salió sin inconveniente ni dificultad de la bahía de Praia. Ante ella se extendía el mar libre.

Sucesivamente los pasajeros fueron dirigiéndose a su puesto. Uno de los primeros, Thompson, se había extendido sobre el colchón que se había reservado, y ya iba a entregarse al sueño, cuando sintió que una mano se apoyaba en su espalda. Abriendo los ojos con sobresalto, distinguió a Baker, inclinado hacia él.

—¿Qué sucede? —preguntó Thompson medio dormido.

—Un error, o más bien un malentendido, mi querido señor. Siento mucho tener que molestarle, pero no me es posible obrar de otro modo cuando le veo que sin ningún derecho se acuesta sobre ese colchoncillo.

—¡Yo he pagado mi puesto, me parece! —exclamó Thompson con mal humor.

—¡Su pasaje, querido señor, su pasaje! —rectificó Baker—. Me sirvo de su propia expresión. No confundamos los términos, si le parece. Pasaje no quiere decir puesto o sitio. Yo debo única y exclusivamente transportarle a usted, y yo le transporto. Pero no estoy en manera alguna obligado a procurarle lecho. Los colchones están fuera de precio en Praia, y si usted quiere disfrutar de éste, me veré obligado a exigirle un ligero suplemento.

—¡Pero esto es un robo! ¡Se me ha tendido aquí una emboscada! —gritó Thompson encolerizado, alzándose y dirigiendo en torno suyo miradas extraviadas—. ¿Y qué cantidad pretende usted arrebatarme para permitirme dormir?

—Me es imposible —dijo sentenciosamente Baker— dejar de contestar a una pregunta formulada en términos tan escogidos. ¡Veamos...! Sí..., en rigor... Sí, por dos libras puedo alquilarle ese colchón. Es un poco caro, no lo niego; pero en Santiago los colchones...

Thompson alzó los hombros.

—Eso no vale las dos libras, pero poco importa... Voy a entregarle las dos libras, y queda entendido que mediante esa suma se me dejará tranquilo para toda la travesía.

—¡Para toda la travesía...! ¿Piensa usted eso...? ¡Para toda la travesía...! Palabra, señores, este *gentleman* está loco —repuso Baker, alzando los ojos al cielo y tomando por testigos a los demás pasajeros, que, incorporados, asistían a aquella escena, que salpicaban de irresistibles carcajadas...—. Son dos libras por noche, mi querido señor... ¡Por cada noche, entendámonos!

—¡Por cada noche! ¿Y sesenta libras, por consiguiente, si este viaje dura un mes...? ¡Pues bien: sépalo usted, señor mío; yo no pagaré semejante cosa! La broma no resulta —respondió Thompson, volviendo a tenderse de nuevo.

—En ese caso, caballero —declaró Baker con imperturbable

flema—, voy a verme en la precisión de echarle fuera.

Miró Thompson a su adversario y vio que no lo decía de broma. Baker alargaba ya sus largos brazos.

En cuanto a esperar un socorro de los espectadores, ni pensarlo. Contentos ante aquella venganza inesperada, no le harían ningún caso.

Thompson prefirió, cediendo, evitar una lucha cuyo resultado no era dudoso. Se levantó, sin añadir una palabra, y se dirigió Lacia la escala. Antes de poner el pie en el primer escalón, creyó, no obstante, conveniente protestar.

—Cedo a la fuerza —dijo con dignidad—; pero protesto enérgicamente contra el tratamiento que se me ha infligido. Hubiera debido prevenírseme que mis cuarenta libras no me aseguraban la libertad de dormir con tranquilidad.

—Pero la cosa cae por su propio peso —replicó Baker, que parecía bajar de las nubes—. No, en verdad; sus cuarenta libras de usted no le dan derecho a dormir sobre los colchones de la sociedad, como no se lo dan para beber en los vasos o comer en la mesa de la sociedad. ¡Pasaje, creo yo, no quiere decir ni significa colchón, mantel, vino y Bistec! Si usted quiere, esas cosas tendrá que pagarlas, y ¡todo eso es terriblemente caro en los tiempos que corren!

Y Baker se tendió indolentemente sobre el colchón que acababa de conquistar, mientras que Thompson, desfallecido, subía a tientas los peldaños de la escala.

El desventurado había comprendido.

Sin esfuerzo se creerá que durmió mal. Pasó la noche entera en buscar algún medio de escapar a la suerte que le amenazaba. No halló ninguno, a pesar de su espíritu inventivo. Neciamente se había dejado coger en un callejón sin salida.

Thompson acabó, no obstante, por tranquilizarse, pensando cuan poco probable era que Baker realizase sus amenazas hasta el extremo. Era evidente que sólo se trataba de una broma, desagradable, sin duda; pero una simple broma que cesaría por sí misma en breve plazo.

Esas consideraciones optimistas no tuvieron, empero, el poder de devolver a Thompson calma bastante para permitirle conciliar el sueño. Hasta la madrugada, sin dejar de pensar en las

probabilidades que tenía de salvar a la vez su vida y su bolsa, estuvo paseando sobre cubierta, velando como los hombres de cuarto.

Mientras Thompson velaba, los demás pasajeros de la *Santa María* dormían a pierna suelta el tranquilo sueño de las conciencias en paz. El tiempo se mantenía bastante bueno, a pesar de lo seco de aquel viento del Este, que hinchaba las velas del barco, haciéndolo avanzar con rapidez.

Al ser de día, Santiago quedaba a más de veinte millas al Sur.

En aquel momento se pasaba a poca distancia de la isla de Maio; pero nadie, excepto Thompson, estaba allí para contemplar aquella tierra desolada.

No sucedía lo mismo cuando, cuatro horas más tarde, se cruzó, aunque menos de cerca, frente a la isla de Buenavista. Todos entonces estaban levantados a bordo de la *Santa María*. Todas las miradas se dirigieron hacia la ciudad de Rabil, ante la cual esta vez se descubrían claramente algunos buques anclados. Buenavista se perdía a su vez en el horizonte cuando la campana llamó para el almuerzo.

Baker, promovido a administrador de aquel viaje de regreso, había dado libre curso a sus tendencias, al orden y al método. Quería que a bordo de la *Santa María* las cosas marchasen como a bordo de cualquier paquebote, y la puntualidad en las comidas era a sus ojos lo esencial. Aun cuando fuesen contrarios a sus gustos y a los usos de la marina, había conservado el horario adoptado por su predecesor. Por sus órdenes, la campana sonaría como antes, a las ocho, a las once de la mañana y a las siete de la tarde.

A pesar, no obstante, de sus deseos, no era posible que hubiese una mesa correcta. Apenas si el comedor era suficiente para una docena de comensales. Fue, pues, cosa convenida el que cada uno se acomodase como mejor pudiese, sobre la toldilla o sobre el puente en grupo, por medio de los cuales circularía el antiguo personal del *Seamew*, convertido en personal de la *Santa María*.

Este inconveniente, por lo demás, no dejaba de tener sus encantos. Aquellas comidas al aire libre tomaban una apariencia de jira campestre. En caso de mal tiempo, ¿abríanse refugiado en el dormitorio del entrepuente? Pero la lluvia no era de temer cuando se hubiesen abandonado los parajes del archipiélago de Cabo Verde.

En el curso de aquel almuerzo, del que Thompson no participó en modo alguno, el capitán Pip hizo una proposición inesperada.

Habiendo reclamado atención, recordó, en primer término, sus reservas tocante a los riesgos de semejante viaje en un buque como el *Santa María*. Añadió luego que, ante la responsabilidad enorme que pesaba sobre él, se le había ocurrido el pensamiento de acudir, no a la costa española o portuguesa, sino simplemente a la ciudad de San Luis, en el Senegal. No había creído, con todo, deber proponer aquella combinación a causa del viento Este que había comenzado a soplar, haciendo aquella travesía casi tan larga como a una de las Canarias o a un puerto europeo. Pero, a falta de San Luis, ¿no se podría ir a Porto Grande, de San Vicente...? Así, antes de la noche todo el infundo se hallaría en tierra, con la seguridad de hallar un paquebote.

La comunicación del capitán Pip produjo tanto más efecto, cuanto que hasta entonces no acostumbrara a emplear palabras inútiles. Preciso era, pues, que juzgase serio el peligro para haberse aventurado en tan largo discurso.

En su calidad de administrador-delegado, Baker fue quien ocupó la tribuna.

—Sus palabras, comandante, son graves. Pero precisemos y díganos francamente si considera usted irracional el viaje que hemos emprendido.

—Si tal hubiese sido mi pensamiento, yo se lo hubiera comunicado desde el principio. No; este viaje es posible, y, sin embargo..., con tanta gente a bordo...

—En fin —interrumpió Baker—, si usted no llevase consigo más que a sus marineros, ¿sentiría tanta inquietud?

—Seguramente que no, pero no es lo mismo. Navegar es nuestro oficio, y nosotros tenemos nuestras razones...

—También nosotros tenemos las nuestras —dijo Baker—. Aunque no fuese más que la de los fondos que nos ha hecho emplear en este buque la codicia de quien hubiera debido pagar por todos. Hay también otra más seria; la cuarentena que pesa sobre la isla de Santiago, que acabamos de abandonar. A la hora presente la *Santa María* se halla tal vez señalada a todas las islas del archipiélago, y estoy seguro de que se opondrían a nuestro desembarco, tanto más cuanto que no poseemos patente limpia y

que tenemos dos enfermos a bordo. Si, a pesar de todo, llegásemos a tomar tierra, sería para sufrir una prisión real esta vez; es decir, infinitamente más rigurosa que aquella de la que acabamos de ser víctima en Santiago. Puede objetarse que lo mismo sucederá en Portugal y en España. Por otra parte, entonces habremos llegado ya al término, y eso nos dará valor. En tales condiciones, yo voto por la continuación del viaje comenzado, y creo que todo el mundo es aquí de mi opinión.

El discurso de Baker obtuvo, en efecto, un asentimiento unánime, y el capitán Pip se contentó con responder por un gesto de aquiescencia.

La solución, sin embargo, no le satisfacía más que a medias, y quien le hubiera escuchado aquella tarde, habríale oído murmurar con aire preocupado al fiel *Artimón*:

—¿Quiere usted conocer mi opinión? ¡Pues bien: esto es una peripecia, caballero, una verdadera peripecia!

El problema, por lo demás, no dejó de resolverse pronto. Hacia las dos de la tarde la brisa fue volviéndose progresivamente al Sur, y la *Santa María* comenzó a caminar viento en popa. El retorno era imposible; la única ruta abierta en lo sucesivo era la de las Canarias y de Europa.

A las cuatro y media se pasó ante la isla de la Sal, que nadie dejó de contemplar con emoción. Todos los anteojos se dirigieron hacia aquella tierra, a cuyas orillas llegara a morir el agotado *Seamew*.

Poco antes de la noche se perdió de vista aquella última isla del archipiélago de Cabo Verde. Nada en lo sucesivo rompería el círculo del horizonte hasta el momento en que se hiciera conocimiento con las islas Canarias, que era asunto de tres o cuatro días, si la brisa actual se mantenía. No había, en suma, que quejarse de aquella primera jornada. Todo había resultado bien, y de esperar era que la buena suerte continuase.

Uno sólo de los pasajeros tenía el derecho de hallarse un poco menos satisfecho, y para designarle no es preciso que se le indique por su nombre de Thompson. Para la comida del mediodía habíase él procurado un plato, y lo presentó audazmente a la distribución general. Pero Baker vigilaba, y el plato había quedado vacío.

Habiendo Thompson intentado durante el transcurso de la tarde relacionarse con *Mr. Bistec*, con la esperanza de que éste no se

atrevería a resistir una orden de su antiguo jefe, chocó de nuevo con Baker, que le vigilaba con incansable celo.

Decididamente, el asunto iba resultando verdaderamente serio.

Muriéndose de hambre, comprendió al fin Thompson que era preciso ceder, y se decidió a ir al encuentro de su impasible verdugo.

—Caballero —le dijo—, me muero de hambre.

—Me felicito de ello —respondió flemáticamente Baker—. Porque eso habla muy alto en favor de su estómago.

—Basta de bromas, si le parece —dijo brutalmente Thompson, a quien el sufrimiento sacaba de sus casillas—; y tenga usted la bondad de decirme hasta qué punto piensa llevar ésta de que me está haciendo víctima.

—¿De qué broma quiere usted hablar? —preguntó Baker, simulando una profunda meditación—. No creo haber tenido la menor broma con usted.

—¿De modo —gritó Thompson— que piensa, usted en serio dejarme morir de hambre?

—¡Caramba...! ¡Si es usted el que no quiere pagar!

—Está bien, pagaré. Ya arreglaremos nosotros esta cuenta más adelante...

—Con las otras —aprobó Baker con tono amable.

—Dígnese, pues, decirme a qué precio se me asegurara la libertad de dormir y de comer hasta el fin del viaje.

—Desde el momento que se trata de un total —dijo Baker, con importancia— la cosa se simplifica extraordinariamente.

Sacó un cuaderno y comenzó a volver las hojas.

—¡Veamos...! ¡Hum...! Ha entregado usted ya una cantidad de cuarenta libras... Eso es... Sí... ¡Hum...! ¡Perfectamente...! Pues bien; trátase solamente de pagar un pequeño suplemento de quinientas setenta y dos libras, un chelín y dos peniques, para tener derecho a todas las ventajas de a bordo, sin excepción.

—¡Quinientas setenta y dos libras! —exclamó Thompson—. ¡Eso es una locura! Antes que sufrir semejante exigencia, apelaré a todos los pasajeros. ¡Qué diablo! ¡Ya encontraré un hombre honrado entre todos ellos!

—Puede preguntárselo —propuso Baker con amabilidad—. Le aconsejaré antes, sin embargo, que examine cómo he obtenido esta

suma. El flete de la *Santa María* nos ha costado justamente doscientas cuarenta libras; hemos tenido que emplear doscientas noventa libras y diecinueve chelines en la adquisición de los víveres necesarios para la travesía, y, por fin, el arreglo del buque nos ha hecho gastar ochenta y una libras, dos chelines y dos peniques; o sea, en total, seiscientos doce libras, un chelín y dos peniques, de la cual, según le dije, he deducido las cuarenta libras que ya había usted entregado. No creo que contra petición tan justa pueda usted obtener el apoyo de aquéllos a quienes ha despojado... Eso no obstante, si usted lo desea...

No, Thompson no abrigaba ese deseo, y así lo hizo comprender con un gesto. Sin intentar una resistencia, de antemano inútil, abrió su preciosa bolsa y sacó un fajo de billetes, que volvió a guardar con cuidado después de entregar la cantidad exigida.

—Todavía queda bastante ahí —dijo Baker, mostrando la bolsa.

Thompson sólo contestó con una pálida e indefinible sonrisa.

—¡Pero no por mucho tiempo! —añadió el feroz administrador, mientras que de los labios de Thompson desaparecía la sonrisa que se dibujara—. Pronto tendremos que arreglar las cuentecitas que nos son personales.

Antes de dejar a su implacable adversario, quiso Thompson, al menos, ganarse algo con su dinero. A bordo de la *Santa María* había vuelto a encontrar al fiel Piperboom, y el holandés, como si la cosa hubiera sido de evidente legitimidad, se había incrustado de nuevo en aquél a quien persistía en considerar como el gobernador de la errante colonia. Por todas partes pasaba Thompson a aquella sombra triple de sí mismo, y la obstinación del enorme pasajero comenzaba a fastidiarle extraordinariamente.

—Así, pues —dijo—, ¿queda entendido que yo tengo los mismos derechos que todo el mundo, que soy un pasajero como los demás?

—En absoluto.

—En ese caso, hágame usted el favor de desembarazarme de ese insoportable Piperboom, del que no puedo desprenderme. Cuando era yo administrador general tenía que soportarle; pero ahora...

—¡Evidentemente, evidentemente! —interrumpió Baker—. Por desgracia, yo tampoco soy administrador... Fuera de eso, nada le será a usted más fácil —añadió el implacable burlón, subrayando las palabras— que el *hacer comprender* a Mr. Van Piperboom cuánto

le fastidia.

Thompson, pálido de cólera, tuvo que retirarse con aquel viático, y, a partir de ese instante, cesó Baker de prestarle la menor atención.

Al levantarse el día 6 de julio tuvieron los pasajeros la sorpresa de ver a la *Santa María* casi inmóvil. Durante la noche la brisa había amainado poco a poco, y al ser de día una calma inmensa se había extendido sobre el mar y la *Santa María* conservaba sus velas deshinchadas, golpeando contra los mástiles y arrollándose a ellos.

A pesar de la satisfacción que todos experimentaron al observar que había mejorado el estado de Hamilton y de Blockhead bajo la influencia de los aires puros del mar, fue aquél un día muy triste.

Aquella imprevista calma representaba una prolongación del viaje. Sin embargo, más valía tener poco que demasiado viento.

Hubiérase podido creer que no era ésta la opinión del capitán Pip. Algo anormal hallaba el valiente marino, cuyas miradas se dirigían constantemente hacia el horizonte del Oeste, de donde venían las ondulaciones que sacudían la *Santa María*.

Demasiado al corriente de los tics y de las manías de su estimable comandante para no comprender su misterioso lenguaje, los pasajeros miraban también aquel horizonte del Oeste, sin llegar a descubrir nada en él.

Allí, como en todas partes, el cielo era del más puro azul, sobre el cual no aparecía la nube más insignificante.

Tan sólo por la tarde apareció allí un ligero vapor que fue agrandándose poco a poco pasando del blanco al gris y del gris al negro.

A las cinco, el sol, descendiendo, se ocultó tras aquel vapor, tiñéndose en seguida el mar de un siniestro color de cobre. A las seis la nube fuliginosa había cubierto ya la mitad del cielo, cuando se oyeron las órdenes del capitán, mandando amainar velas sucesivamente.

La atmósfera, no obstante, estaba tranquila, aunque nada de tranquilizador tenía aquella calma demasiado profunda.

En efecto; justamente a las ocho la racha de viento llegó como un rayo acompañada de torrentes de agua. Se inclinó la *Santa María* hasta el punto de hacer creer que iba a zozobrar, y luego comenzó a cortar las olas, súbitamente agitadas.

El capitán entonces invitó a todo el mundo a que se fuera a dormir. Nada había que hacer entonces sino esperar.

Hasta la mañana, en efecto, la *Santa María* permaneció a la capa, y los pasajeros se hallaron fuertemente sacudidos en sus lechos. La tempestad, por desgracia, no mostró durante la noche ninguna tendencia a decrecer. Muy al contrario, pareció redoblar en violencia a la salida del sol.

Durante todo aquel día no cesó de ir en aumento la furia del temporal. Era indudable que se tenía que luchar contra uno de esos ciclones capaces de asolar comarcas enteras. Antes de mediodía, las olas, que se habían hecho monstruosas, comenzaron a agitarse con furia.

La *Santa María* tuvo que sufrir más de un golpe de mar.

El capitán, no obstante, se empeñaba en capear el temporal. Pero hacia las siete de la tarde en tales proporciones se agravó el estado del viento y de las olas, y los mástiles comenzaron a oscilar de un modo tan amenazador, que juzgó imposible mantenerse más tiempo a la capa; y comprendiendo que sería una locura el obstinarse, resolvió huir viento en popa ante la tempestad.

En la situación en que se encontraba la *Santa María*, pasar de la capa al viento en popa, o viceversa, constituye siempre una maniobra delicada. Entre el instante en que el buque presenta su roda a las olas, y aquél en que ha tomado bastante velocidad para que resbalen bajo su coronamiento, hay forzosamente uno en que las recibe de costado, y si la ola en este momento es bastante fuerte, el buque será arrollado. Importa mucho, pues, vigilar el mar y aprovecharse de una momentánea calma. La elección del momento propicio es del mayor interés.

El capitán Pip cogió él mismo la barra, en tanto que la tripulación entera se hallaba dispuesta a la maniobra. Haciendo girar rápidamente el timón y mandando al propio tiempo cargar las velas, consiguió que la maniobra tuviese el más completo éxito.

Bajo el impulso de la vela de mesana, que presentaba al viento su vasta superficie, la *Santa María* en algunos segundos comenzó a hender las olas con la velocidad de un caballo al galope.

La nueva posición del buque corriendo el temporal viento en popa, y sucediendo al mantenerse a la capa, constituyó para los pasajeros un reposo relativo, cuya dulzura apreciaron en sumo

grado, y juzgaron considerablemente atenuado el peligro.

El capitán era de opinión contraria.

Huyendo de aquella suerte hacia el Este, el capitán calculaba que se alcanzaría la costa de África antes de haber andado trescientas cincuenta millas. Y trescientas cincuenta millas no son mucho ni tardan mucho en franquearse a la velocidad que el viento imprimía a la *Santa María*.

Durante toda la noche estuvo velando el capitán. Pero el sol salió el 8 de julio sin que se hubiesen realizado sus temores; por todas partes el horizonte estaba libre. El capitán esperó haberse equivocado en su estima, y suspiraba por una racha de Norte que le permitiese ir, costara lo que costase, a San Luis de Senegal.

Por desgracia, esa racha no llegó, y el viento permaneció fijo en Oeste-Noroeste, y la *Santa María* continuó corriendo como un expreso hacia la costa de África.

Puestos al corriente de la situación por indiscreciones de algún individuo de la tripulación, los pasajeros compartían ahora las angustias del capitán y todos los ojos buscaban en el Este aquella costa hacia la que corría el buque.

Sólo a las cinco de la tarde fue cuando se descubrió ésta por babor de proa; poco a poco fue dibujándose más al Sur, y disminuyó rápidamente la distancia que la separaba de la *Santa María*.

El capitán, solo sobre la toldilla, miraba con toda su alma aquella costa baja, arenosa, limitada en último término por dunas y defendidas por una barrera de arrecifes.

Enderezóse de pronto, y, habiendo escupido al mar con violencia, dijo dirigiéndose a *Artimón*.

—¡Dentro de media hora estaremos allí; pero, por la barba de mi madre, nos defenderemos, caballero!

Luego, habiendo parecido que *Artimón* aprobaba vivamente, el capitán mandó, en medio de los aullidos del mar y del viento:

—¡Toda la barra a babor...! ¡A largar el foque!

La tripulación se lanzó a cumplir ésta y las sucesivas órdenes del capitán. Diez minutos más tarde, la *Santa María*, vuelto a la capa, se esforzaba fatigosamente por separarse de la costa.

El capitán jugaba entonces su última carta. ¿Daría resultado y permitiría ganar la partida? Así pudo creerse al principio.

En efecto; pocos instantes después de haber cesado el buque de

correr viento en popa, la mar y el viento manifestaron alguna tendencia a apaciguarse.

Por desgracia, cayendo en el extremo opuesto, el viento, poco antes tan furioso, no cesó de ir atenuándose por grados. En pocas horas la *Santa María*, atrozmente sacudida por el mar agitado aún, viose inmovilizada en la tranquilidad de la atmósfera, que ni siquiera un soplo agitaba.

De ese cambio tan brusco dedujo el capitán que se hallaba en el centro mismo de la tempestad, y no dudó de que renacería en un plazo más o menos largo. En espera de ello, aquella calma hacía el velamen inútil. La *Santa María* no gobernaba ya; no era más que una tabla perdida que el mar iba poco a poco llevando hacia tierra.

A las siete de la tarde encontrábase la orilla a menos de cinco encabladuras: a trescientos metros del coronamiento, las olas se estrellaban con rabia contra la barra de arrecifes.

Es raro el poder aproximarse tanto a la tierra de África. Debía estarse agradecido a la casualidad, que, por mal que se presentase, había conducido al menos la *Santa María* a uno de aquellos raros puntos en que la sucesión inmensa de los bancos de arena ha sido interrumpida por las corrientes y los remolinos. No era posible, sin embargo, ir más lejos; el fondo subía rápidamente. La sonda lanzada incesantemente no acusaba más que una veintena de brazas.

El capitán resolvió anclar a todo evento.

Tal vez, aferrándose con tres anclas, se lograra hacer frente a la tormenta cuando ésta surgiera de nuevo.

Era, en verdad, muy improbable. ¡Cuántas probabilidades, en cambio, de ver rotas las cadenas, arrancadas las anclas! Aquello, no obstante, constituiría una esperanza, y un hombre enérgico no debía menospreciarla.

Iba el capitán a dar la orden de anclar, cuando un incidente inesperado vino a cambiar la faz de las cosas.

Súbitamente, sin que nada hubiese anunciado tan extraño y sorprendente fenómeno, la mar comenzó a hervir en torno de la *Santa María*. No eran ya olas; el agua entrechocaba en una especie de embates monstruosos.

A bordo del buque habíase alzado un grito general de terror. Sólo el capitán permaneció impassible. Sin perder el tiempo en

buscar las causas del fenómeno, esforzóse en aprovecharse de él... El remolino empujaba la *Santa María* hacia la costa.

Precisamente ante la rada un estrecho canal rompía la barrera de arrecifes, más allá de la cual aparecía una balsa tranquila... Si era posible llegar a ella podría considerarse como muy probable la salvación.

En aquel puerto natural la Santa Marta, sujeta al suelo por sus anclas, resistiría seguramente al retorno previsto del temporal; luego, tan pronto como hubiese vuelto definitivamente el buen tiempo, tomaría el largo, saliendo por el mismo camino.

Púsose el capitán mismo al timón y dirigió el buque hacia tierra. Hizo ante todo desocupar el puente y la toldilla de la multitud que los llenaba. De orden suya, todos los pasajeros tuvieron que refugiarse en el interior.

Hecho esto, el capitán se encontró con el espíritu más libre y sereno.

Bajo la mano de su dueño, la *Santa María* penetró en el canal... lo franqueó...

El capitán iba a gritar: ¡Anclad!

No tuvo tiempo.

Una ola enorme, gigantesca, colosal se había formado en el mar y aquel corcel del Océano en tres segundos alcanzó el buque.

Si éste la hubiera recibido de través, habría quedado deshecho, destruido, reducido a la nada, disperso en impalpables trozos. Pero, gracias a la maniobra del capitán, presentaba la popa a la prodigiosa onda, y aquella circunstancia fue la salvación.

La *Santa María* se vio arrebatada como una pluma, en tanto que una tromba de agua caía sobre el puente; luego, llevada por la cresta tumultuosa, corrió hacia tierra con la velocidad de una bala. A bordo todo se hallaba en la mayor confusión. Los unos, sosteniéndose como podían, retenidos por la maniobra; invadidos los otros por el agua hasta el comedor, tripulantes y pasajeros habían perdido el juicio. El capitán Pip, firme en su puesto, vigilaba sobre el buque y su mano no había soltado la barra, a la que se aferraba en aquel desorden de los elementos. Tan pequeño, en medio del furor grandioso de la naturaleza, su alma la dominaba aún, y su voluntad soberana guiaba hacia la muerte al revuelto buque. Nada escapó a sus miradas, que ningún estrabismo

debilitaba a la sazón. Vio a la ola llegar a los arrecifes, estrellarse contra ellos, encorvarse y subir al asalto de la orilla, en tanto que las cataratas del cielo, abriéndose de repente, mezclaban con las de la tierra el diluvio de sus aguas. En la cima de la montaña de espuma la *Santa María*, como un bravo buque, se había arrebatado ligeramente. Un choque espantoso detúvola en su carrera.

Hubo un horroroso crujido; todo quedó roto y trastornado a bordo. Un formidable golpe de mar barrió la cubierta de punta a cabo. El capitán, arrancado de la barra, fue arrojado desde lo alto de la toldilla. Con un solo golpe vinieron abajo los mástiles con todos sus aparejos.

En un instante había quedado la catástrofe consumada y la *Santa María* —lo que de ella quedaba al menos— permaneció inmóvil en la noche, bajo un verdadero diluvio, mientras en torno de ella renacía la tempestad, rugiendo.

CAPÍTULO XXVII

EN EL QUE NO SE HACE MAS QUE CAMBIAR DE CARCELEROS



Era el 9 de julio. Cerca de un mes antes, según el programa de la agencia Thompson, debiera haberse pisado el suelo de Londres. En vez de las animadas calles, de las casas sólidas de la vieja capital de Inglaterra, ¿qué se veía?

Limitada de un lado por un océano de olas agitadas, y del otro por una no interrumpida cadena de dunas estériles y tristes, una simple banda de arena se alargaba hacia el Norte y hacia el Sur.

En medio de esa banda de arena, casi en el centro de su anchura, se alzaba un buque, masa de informes despojos, llevado por una inconmensurable potencia a doscientos metros del mar.

La noche había sido dura para los turistas náufragos. Andando a tientas entre una espesa sombra, apenas si habían logrado defenderse de la lluvia, de la cual sólo a medias les abrigaba el entreabierto puente.

Muy afortunadamente, el viento no había tardado en despejar el cielo, y habíales sido posible conciliar por algunos instantes un sueño, interrumpido por sus silbidos decrecientes.

Sólo al llegar el día pudieron apreciar toda la extensión del desastre. Era éste verdaderamente inmenso, irreparable.

Entre el mar y el buque había más de doscientos metros. Semejante distancia, que el mar había podido hacerle franquear en algunos segundos, ¿qué potencia humana sería capaz de salvarla?

Los más profanos y extraños a las cosas de la mecánica y la navegación perdieron en seguida toda esperanza de volver a utilizar la *Santa María*.

El buque, además, no existía; no era ya un buque, era un casco inútil.

El choque habíalo partido en dos. Todo había sido arrancado sobre cubierta; asientos, chalupas, botes y hasta los palos.

Tal fue el espectáculo que se ofreció a los ojos de los pasajeros, sumiéndoles en un abatimiento desesperado.

La impasibilidad del capitán Pip fue, como de costumbre, lo que les devolvió algo de valor y de esperanza.

En compañía de Bishop, completamente curado ya de sus heridas, paseábase tranquilamente por la playa desde la salida del sol. En pocos momentos ambos paseantes viéronse rodeados del círculo silencioso de los pasajeros.

Un relámpago de satisfacción brilló en sus ojos al ver que nadie faltaba. La casa quedaba destruida, pero sus habitantes se hallaban a salvo, y tan feliz resultado era, en gran parte, debido a su previsión. Si hubiese tolerado que permaneciesen sobre cubierta, ¿cuántas víctimas no habría causado la caída de los mástiles?

Terminado el llamamiento, el capitán expuso brevemente la situación en que todos se encontraban.

Por uno de esos extraños efectos que los ciclones provocan con tanta frecuencia, la *Santa María* había sido arrojada sobre la costa de África, de tal suerte, que debía considerarse irrealizable ponerla de nuevo a flote. Véanse, por consiguiente, obligados a abandonarla y a empezar por tierra un viaje cuyo resultado era bastante problemático.

La costa de África tiene, en efecto, una deplorable reputación, y fuerza es reconocer que la tiene muy bien merecida.

Entre Marruecos, al Norte, y el Senegal, al Sur, se extienden los 1200 kilómetros del Sahara. Aquél a quien su mala estrella hace abordar en un punto cualquiera de esa extensión arenosa, sin agua y sin vida, tiene además que temer a los hombres, que vienen a añadir su crueldad a la naturaleza. A lo largo de esas playas inhospitalarias merodean las bandas de moros, cuyo encuentro es peor que el de los animales feroces.

Importaba, pues, saber a qué distancia de un país civilizado

había arrojado el viento a la *Santa María*. De esta cuestión dependía la pérdida o salvación de los náufragos.

Para hallar la solución era menester que el capitán procediese a hacer observaciones solares, que determinarían la posición exacta en que habían naufragado.

A las nueve logró el capitán hacer una primera observación y una segunda a mediodía.

Inmediatamente puso en conocimiento de todos el resultado de sus observaciones. Se hallaban un poco al sur del cabo Mirik, entre los 18° 37' de longitud Oeste y los 19° 17' de latitud Norte.

¡A más de trescientos cuarenta kilómetros de la costa septentrional del Senegal!

La caída de un rayo no hubiera producido mayor estupor. Durante cinco minutos el más profundo silencio reinó entre los náufragos. Las mujeres no lanzaron un grito; aniquiladas, dirigían sus miradas hacia los hombres, de los cuales, padres, hermanos o maridos, esperaban la salvación.

Pero la palabra de esperanza y aliento no se pronunciaba.

La situación era demasiado clara en su dramática sencillez para que nadie se forjara ilusiones sobre la suerte que les estaba reservada... ¡Trescientos cuarenta kilómetros que franquear...! Necesitaríanse diecisiete días lo menos, admitiendo que una caravana en cuya composición entraban mujeres, niños y enfermos, hiciese veinte kilómetros diarios por aquel piso de arena.

Ahora bien: ¿era probable que, sin tener ningún mal encuentro, se pudiese seguir durante diez y siete días un litoral, cruzado de ordinario por tantas partidas de merodeadores?

En medio de la desolación general, alguien exclamó de pronto:

—Lo que es imposible para cien personas, puede hacerlo un hombre solo.

Era Roberto, que había pronunciado estas palabras dirigiéndose al capitán.

—Uno de nosotros —continuó Roberto— podría partir como explorador. Si nos encontramos a trescientos cuarenta kilómetros de San Luis, antes de San Luis está Portenderck; y entre el Senegal y ésta factoría se extienden bosques de gomeros por los cuales patrullan con frecuencia las tropas francesas. Hasta allí hay, a lo sumo, ciento veinte kilómetros, que un hombre, poniendo en

tensión todas sus fuerzas, puede recorrer en dos días. Durante esos dos días, nada se opone a que los demás comiencen a seguir lentamente el litoral. Con un poco de suerte puede reunirse el emisario con sus compañeros en cuatro días. Yo me ofrezco desde este momento para realizarlo.

—¡Por la barba de mi madre! ¡Así habla un caballero! —exclamó el capitán Pip estrechando calurosamente la mano de Roberto—. A todo ello, sólo una objeción tengo que hacer, y es que ese viaje me corresponde a mí de derecho.

—Es un error, comandante —repuso Roberto.

—¿Y por qué? —preguntó el capitán frunciendo las cejas.

—En primer lugar —respondió tranquilamente Roberto—, existe la cuestión de la edad. Donde yo resistiré, usted sucumbirá.

Él capitán movió afirmativamente la cabeza.

—Además, su puesto se halla entre aquéllos para quienes es usted el guía, el sostén natural. Un general no se coloca en las avanzadas.

—No —dijo el capitán, estrechando de nuevo la mano de Roberto—; pero envía a sus soldados escogidos. Partirá usted, por consiguiente.

—Dentro de una hora me pondré en marcha —declaró Roberto, que comenzó a hacer en seguida sus preparativos.

Roger de Sorgues propuso acompañar a Roberto; pero éste se negó, rogando a su amigo velase por Alice, a quien juzgaba particularmente en peligro, sin extenderse en más explicaciones.

Roberto se dispuso inmediatamente para la marcha; recogió las provisiones que se le prepararon, se armó convenientemente y casi le faltó valor cuando se despidió de *Mr. Lindsay*.

No profirió ésta ninguna frase de temor o de pena. Pálida y temblorosa, tendió la mano firme y resuelta a aquel que tal vez iba a morir por todos.

—¡Gracias! —díjole tan sólo—. ¡Hasta luego!

Y en su voz había algo más que una esperanza: había un deseo, había una orden.

—¡Hasta luego! —respondió Roberto, enderezándose, con la súbita certeza de obedecer.

Los naufragos, permaneciendo en torno de la *Santa María*, siguieron largo tiempo con los ojos al valeroso correo.

Viósele alejarse por la playa, y saludar una última vez con la mano... Algunos instantes más tarde desaparecía tras las dunas que bordeaban la costa.

—Me hallaré aquí dentro de cuatro días —había afirmado Roberto.

Cuatro días después era el 13 de julio. Pero no podía esperarse aquella fecha al abrigo del buque, que hacía inhabitable su inclinación.

El capitán, mientras se esperaba el regreso de Roberto, ordenó improvisar un pequeño campamento sobre la playa con la ayuda de las velas de la *Santa María*, Antes de la noche, los náufragos pudieron refugiarse en el interior de las improvisadas tiendas preparándose para pasar la noche, mientras marineros armados montaban la guardia, que iría relevándose cada tres horas.

El sueño, no obstante, tardó en llegar en el transcurso de aquella primera noche sobre la playa erizada de peligros. Más de uno se quedó hasta el alba con los ojos abiertos en la oscuridad, el oído atento, escuchando el menor ruido.

Para *Mr. Lindsay* la noche transcurrió en perpetua angustia. Al dolor que experimentaba había ido a mezclarse una nueva inquietud, motivada por la inexplicable ausencia de su cuñado.

Al principio no había ella concedido ninguna importancia a esa desaparición, muy singular no obstante, pero luego pasado el tiempo, había concluido por extrañarse de ella. En vano buscó entonces a Jack por entre la multitud de pasajeros y tripulantes. No había podido encontrarle.

En medio de la sombra y del silencio de la noche, Alice no podía apartar su espíritu de aquella sorprendente desaparición; en vano quería desecharlo; aquel extraño suceso se imponía a su atención, y algo más fuerte que ella, asociaba invenciblemente en su temor, que iba en aumento, los nombres de Jack y Roberto.

La noche pasó sin incidente, y desde primeras horas de la madrugada todo el mundo se hallaba en pie.

Habiendo sido la primera en levantarse, pudo Alice comprobar en seguida la exactitud de sus sospechas. Uno tras otro fue contando £ los náufragos.

Decididamente, Jack Lindsay no se encontraba entre ellos.

Alice guardó silencio acerca de aquella ausencia que la

atormentaba. Preocupados por otros cuidados, no apercibiéronse los demás náufragos de la tan inexplicable desaparición.

En el transcurso de aquel día procedióse a la descarga de la *Santa María*. Poco a poco las cajas de bizcochos y de conservas se alinearon sobre la playa donde fueron dispuestas en una especie de trinchera. Había, en efecto, resuelto el capitán Pip que se aguardase allí el regreso de Roberto Morgand. Si admitía que fuera posible llevar consigo víveres bastantes para el recorrido, no había, por el contrario, encontrado ninguna solución para el problema del agua; y esta insuperable dificultad había dictado su resolución.

Si al cabo del tiempo fijado por el mismo Roberto no se hallaba éste de regreso, entonces habría que adoptar un partido enérgico. Hasta entonces las cajas de víveres y los toneles llenos de agua o de alcohol constituirían una muralla, apoyada en el mar por sus dos extremidades, y a cuyo abrigo una tropa tan numerosa no tendría que temer una sorpresa. Todo el día se pasó en aquellos transbodos y aquellos preparativos.

La inclinación de la *Santa María* complicaba mucho el trabajo y duplicaba la fatiga de los trabajadores. El sol se ocultó cuando la última tienda de campaña se elevó en medio de una trinchera sin solución de continuidad.

Comprobada la seguridad de la noche pasada, el capitán Pip ordenó que tan sólo dos hombres montaran guardia durante la noche, relevándose cada hora. Él mismo inició la primera en compañía de su fiel *Artimón*.

Una hora después era reemplazado por el segundo, quien, a su vez, sería reemplazado una hora más tarde por el contramaestre.

Antes de retirarse al abrigo de la muralla de cajas, el capitán echó en torno una última mirada. Nada insólito aparecía; el desierto se hallaba tranquilo y silencioso, y *Artimón* no manifestaba, por añadidura, ninguna inquietud.

Después de recomendar a su segundo la mayor vigilancia, el capitán penetró en la tienda, donde reposaban ya muchos pasajeros, y, dominado por la fatiga, se durmió en el acto.

Hacía aproximadamente unas tres horas que el capitán dormía cuando fue despertado por su perro que se le había abalanzado encima mientras lanzaba agudos ladridos, como queriendo avisar a su amo de un inminente peligro. De un salto el capitán Pip se puso

en pie y se dispuso a seguir a *Artimón* fuera de la tienda, pero no tuvo tiempo.

El capitán sintió como le empujaban por la espalda, y al caer vio a sus compañeros, capturados por una banda de moros, cuyos albornoces les hacían asemejarse a una invasión de fantasmas.

CAPÍTULO XXVIII

EN EL QUE LA EXCURSIÓN DE LA AGENCIA THOMPSON LLEVA TRAZAS DE ADQUIRIR INSOSPECHADAS PROPORCIONES



Roberto Morgand siguió, con paso regular y ligero, el camino del Sur, rodeando las dunas más altas y franqueando las demás. A fin de darles valor, había disimulado algo la situación verdadera ante sus compañeros; pero no se equivocaba. Era preciso atravesar ciento sesenta kilómetros antes de llegar al radio de la influencia francesa.

Ciento sesenta kilómetros, a una marcha persistente de seis kilómetros por hora, representan tres días de viaje y de esfuerzos, a razón de diez horas diarias De andar.

Roberto resolvió hacer aquel mismo día las diez horas de marcha. Habiendo partido a las tres de la tarde, no se detendría hasta la una de la madrugada, para volver a partir al amanecer. De esta suerte ganaría veinticuatro horas.

El sol declinaba en el horizonte. Una fresca brisa soplaba del mar, estimulando el ardor del valeroso joven, que hacía cinco horas que continuaba su marcha.

Antes de una hora se haría de noche, y la marcha entonces sería suave sobre aquella arena firme que ofrece al pie un elástico punto de apoyo.

En torno a Roberto se hallaba el desierto con toda su punzante tristeza. Ni un pájaro, ni un ser animado en aquella inmensidad que

su mirada podía de tiempo en tiempo recorrer hasta el horizonte, según las expansiones y depresiones caprichosas de las dunas. Sobre aquella extensión, árida y triste, sólo algunas palmeras indicaban la vida latente de la tierra.

La tempestad había cesado y del cielo caía la majestad de la noche; todo era tranquilidad y silencio; ningún ruido, salvo el del mar que cantaba al romper sus olas en la playa.

De pronto, detúvose Roberto. Ilusión o realidad, el silbido de una bala hizo vibrar el aire a dos centímetros de su oreja, seguido de una detonación ahogada en la grandeza de aquella playa sin eco.

De un salto Roberto se volvió, y a menos de diez pasos de él, llegado hasta allí a favor del tapiz de arena que ahogara sus pasos, vio a Jack Lindsay que le apuntaba, con una rodilla puesta en tierra.

Sin perder un instante lanzóse Roberto sobre aquel asesino, sobre aquel cobarde. Un choque detuvo su impulso, un dolor vivo le mordió en la espalda, y como una masa inerte cayó hacia adelante, hundida la cara en la arena.

Realizada su obra, Jack Lindsay huyó con rapidez. Ni se tomó siquiera la molestia de ir a asegurarse de la muerte de su enemigo. ¿A qué ni para qué? En semejante desierto, muerto o herido, ¿no era lo mismo? De todas suertes, el emisario de los náufragos no llegaría a su objetivo y el socorro no acudiría.

Haber detenido al correo de sus compañeros de infortunio era algo, pero no era todo. Para que Jack Lindsay llegara a convertirse en dueño de uno de ellos era preciso que todos cayesen en su poder.

Jack Lindsay desapareció tras las dunas, dispuesto a proseguir su obra comenzada ya.

Roberto —muerto o herido— yacía sobre la arena. Desde que cayó en aquel sitio una noche ha transcurrido; el sol ha descrito en el cielo su curva diurna, hasta su caída en el horizonte; después una segunda noche ha comenzado, que ya se termina, toda vez que un vago resplandor enrojece el cielo por el Oriente.

Durante aquellas largas horas ni un solo movimiento ha llegado a decir si le queda a Roberto un soplo «de vida. Por otra parte, aunque viva, el sol, cruzando sobre él por segunda vez, va seguramente a señalar su último día. Pero algo se ha movido junto al cuerpo inmóvil. Un animal se agita, araña y remueve la arena sobre la que reposa el semblante de Roberto. Así el aire puede

llegar libremente hasta los pulmones, si éstos conservan la facultad de respirar.

Roberto lanza algunos gemidos confusos e intenta luego levantarse: un cruel dolor en el brazo izquierdo le hace caer de nuevo contra el suelo.

Ha tenido, no obstante, tiempo de reconocer a su salvador.

—¡*Artimón*! —suspiró, próximo a desvanecerse de nuevo.

Al oírse llamar por su nombre. *Artimón* respondió con ladridos delirantes. Se multiplica, se apresura; su lengua mojada y tibia se pasea por la cara del herido, desembarazándola de la amalgama de arena y de sudor acumulada en ella.

La vida afluye ahora en el corazón de Roberto. Al propio tiempo, renace el recuerdo de las circunstancias de su caída.

Con precauciones esta vez renueva su esfuerzo, y pronto hele de rodillas; arrástrase luego hasta la orilla del mar, y la frescura del agua acaba de reanimarle.

El día avanza. A costa de mil fatigas logra entonces desnudarse y examina su herida. La bala ha venido a aplastarse en la clavícula, sin romperla, y cae a la primera tentativa. Sólo la presión violenta de un nervio ha sido la causa del espantoso dolor, y el desvanecimiento no se ha prolongado más que por la pérdida de sangre y la disminución de la respiración, producida por la arena. Con lucidez Roberto comprende todo esto y, metódicamente, venda la herida, cubriéndola con su pañuelo, que moja en agua salada. Una flexibilidad relativa ha vuelto ya al miembro herido. Si no fuera por la debilidad. Roberto estaría en situación de volver a emprender la marcha.

Es preciso vencer aquella debilidad, y Roberto procede en el acto a hacer su primera comida, que comparte con *Artimón*.

Pero *Artimón* sólo a regañadientes parece aceptar el alimento que se le ofrece. Va y viene, agitado por una evidente inquietud. Su compañero se extraña, al fin, de aquellas actitudes insólitas.

Coge al perro en sus brazos, le habla, le acaricia... y, de pronto, advierte un papel colocado en el collar del animal.

«Campamento invadido. Hechos prisioneros por los moros. — Pip».

He ahí la terrible nueva que Roberto conoce, tan pronto como ha abierto el billete.

¡Prisioneros de los moros...! ¡También Alice, por consiguiente!
¡Y Roger, y Dolly!

En un instante ha empaquetado Roberto el resto de sus víveres. No hay tiempo que perder, debe marchar; marchará.

El alimento ingerido le ha devuelto las fuerzas, que decuplica la voluntad.

—¡*Artimón*! —llamó Roberto, presto a partir.

Pero *Artimón* no está allí, y Roberto, mirando en torno, no descubre más que un punto imperceptible que se aleja, disminuyendo, a lo largo del mar. Es el perro, que, cumplida su misión, marcha a dar cuenta de ella a quien tiene derecho a pedírsela. La cabeza baja, la cola entre las piernas, corre, sin una parada, sin una distracción, con toda la velocidad de sus patas hacia la idea fija, hacia el amo.

—¡Valeroso animal! —murmura Roberto, poniéndose en marcha.

Maquinalmente echa una mirada a su reloj y advierte con sorpresa que está parado a la una y treinta y cinco... ¿De la noche o de la tarde? Recuerda, no obstante, muy bien, que le había dado cuerda poco antes del traidor ataque de Lindsay. Su pequeño corazón de acero ha debido, pues, latir durante una noche y un día enteros, y tan sólo a la siguiente noche es cuando ha cesado el tictac. Ante aquel pensamiento, siente Roberto que gotas de sudor corren por su frente. Así, pues, ¡había estado inmóvil durante cerca de treinta horas! Caído en la tarde del 9 de julio, era en la mañana del 11 cuando se había despertado. ¿Qué iba a ser de todos los que esperaban en él?

Pero ésa era una nueva razón para apresurarse, y Roberto apretó el paso después de poner su reloj en hora con el sol, que indicaba aproximadamente las cinco de la mañana.

Marchó de ese modo hasta las once, concediéndose luego un breve descanso, y durmió con un sueño reparador, puesta la cabeza a la sombra de unas palmeras. Aquel sueño hízole mucho bien. Cuando despertó, a las cuatro, sintióse enérgico y fuerte como antes. Volvió a partir, y hasta las diez de la noche no se detuvo.

Llevaba andadas doce horas de marcha, durante las cuales franqueó setenta kilómetros, por lo menos.

Al día siguiente vuelve a empezar, y siempre sin detenerse. Pero

este día es más duro que la víspera; la fatiga acomete al valeroso caminante. Por accesos violentos asáltale la fiebre, y su herida le hace sufrir cruelmente.

Tras su descanso a mitad del día, apenas puede volver a ponerse en marcha; va, no obstante, dejando atrás los kilómetros, cada uno de los cuales añade un suplicio al precedente.

Por fin, al crepúsculo, masas sombrías aparecen. Es la región de los gomeros. Llega Roberto a aquellos árboles, cae agotado al pie de uno de ellos y se duerme con un sueño profundo.

Al despertar, el sol se ha elevado ya sobre el horizonte. Es el día 13 de julio, y Roberto se reprocha el haber dormido tan largo tiempo. Es tiempo perdido que hay que volver a ganar.

Pero ¿cómo ganarlo con aquella debilidad que le aplasta? Sus piernas están flojas, su lengua seca, pesada su cabeza. Le devora la fiebre. Su brazo está inmovilizado por la inflamación de la espalda... ¿Qué importa...? ¡Marchará de rodillas, si es preciso!

A la sombra del gomero donde había caído rendido la víspera, Roberto forzó a su estómago a aceptar el alimento que rechazaba. Era necesario comer para estar fuerte, y con firmeza devoró su último trozo de bizcocho y bebió su última gota de agua.

En lo sucesivo no se detendría hasta haber alcanzado el fin.

Son las dos de la tarde. Habiendo partido a las seis de la mañana. Roberto prosigue sin tregua su interminable camino. Desde hace largo tiempo comprende que se va debilitando y que apenas si avanza un kilómetro por hora... ¡No importa...! Marcha siempre resuelto a luchar mientras le quede un soplo de vida.

Pero he ahí que la lucha resulta ya imposible. Los ojos del desdichado pestañean, y todo un calidoscopio danza ante sus delicadas pupilas. Los latidos de su corazón disminuyen en fuerza y pierden su ritmo regular. El aire falta a sus pulmones. Roberto se siente resbalar poco a poco a lo largo del gomero, contra el que se ha apoyado desesperadamente.

En tal momento —es, sin duda, una alucinación de la fiebre— cree ver pasar bajo la enramada una tropa numerosa. Los fusiles brillan. La blancura de los cascos refleja los rayos del sol.

—¡A mí! —murmura Roberto que cae al suelo definitivamente vencido.

Aquel momento en que Roberto sucumbía de esa suerte sobre la

devoradora tierra africana, era precisamente el mismo que al partir había fijado para su regreso. Los náufragos no habían olvidado la cita que les diera, y contaban las horas esperando la salvación.

Ningún cambio notable se había verificado en su situación desde que habían caído en poder de los moros. El campamento continuaba en su sitio, cerca de la *Santa María*.

Cuando el capitán Pip comprendió la nueva desgracia que les hería, no intentó una resistencia inútil. Dócilmente se dejó amontonar con todos los demás en un grupo confuso que rodeaba un triple círculo de africanos armados.

Ni aun se encolerizó contra los dos marineros de guardia que al ocurrir la sorpresa tan mal habían cumplido su misión. El mal estaba hecho. ¿De qué hubieran servido las recriminaciones?

El capitán Pip se preocupó única y exclusivamente de ver si en aquella situación desesperada podría hacer algo útil por la salvación general. Ocurriósele en seguida que sería conveniente instruir a Roberto de los últimos acontecimientos, si había medio de lograrlo. Ahora bien, ese medio tenía a su disposición el capitán, y resolvió emplearlo sin tardanza.

En la sombra, emborrónó un papel y lo colocó en el collar de *Artimón*, sobre cuyo hocico depositó gravemente un beso. Luego, habiéndole hecho oler un objeto perteneciente a Roberto, le indicó la dirección del Sur, excitándole con la voz.

Partió *Artimón* como una flecha, y en menos de un segundo desapareció en la noche.

Gran sacrificio hacía con ello el pobre capitán. ¡Exponer así a su perro! Mejor habría querido exponerse a sí mismo. No había, empero, vacilado, juzgando indispensable poner en conocimiento de Roberto unos sucesos que modificarían tal vez sus proyectos.

No importa. Las últimas horas de la noche fueron penosas para el capitán, cuyo pensamiento corría con su perro a lo largo de las playas batidas por el Atlántico.

Al ser de día se vio toda la extensión del desastre. El campamento estaba asolado, las tiendas deshechas, las cajas de la trinchera, abiertas, dejaban ver su contenido.

Todo lo que pertenecía a los náufragos hallábase reunido en un montón, que representaba en lo sucesivo el botín del vencedor.

Fuera del campamento el espectáculo era más triste todavía.

Sobre la arena dos cuerpos tendidos se destacaban vivamente, y en aquellos dos cadáveres el capitán reconoció, suspirando, a los dos marineros de guardia, y a quienes se alegró entonces de no haber acusado en su interior. En medio del pecho de ambos, casi en el mismo sitio, un puñal estaba clavado hasta el mango.

En cuanto el día avanzó algo más, hubo cierta agitación entre los Africanos. Pronto uno de ellos, el *cheik* sin duda, se separó de los demás y se dirigió al grupo de los náufragos. El capitán salió en seguida a su encuentro.

—¿Quién eres tú? —preguntó el *cheik* en un mal inglés.

—El capitán.

—¿Eres tú el que mandas a esas gentes?

—A los marineros, sí —contestó Pip—. Los demás son pasajeros.

—¿Pasajeros? —repitió el moro con aire indeciso—. Lleva contigo a los que te obedecen. Quiero hablar a los demás —prosiguió tras un silencio.

Pero el capitán no se movía.

—¿Qué quieres tú hacer de nosotros? —se atrevió a interrogar con calma.

—Pronto lo sabrás —dijo—. Vete.

El capitán, sin insistir más, obedeció la orden. Él y sus hombres formaron un grupo separado del de los turistas.

El *cheik* pasaba lentamente por en medio de éstos y les interrogaba con una extraña insistencia. ¿Quién era...? ¿Cómo se llamaba,...? ¿Cuál era su país...? ¿Cuál su fortuna...? ¿Habría dejado familia tras él...? Era un verdadero cuestionario que repetía sin cansarse, y al que cada uno respondía a su capricho diciendo los unos tranquilamente la verdad, amplificando otros su situación social y haciéndose otros más pobres de lo que eran en realidad.

Cuando llegó el turno a las pasajeras americanas, Roger respondió por ellas, y creyó obrar bien dándoles la mayor importancia posible. A su juicio ése era el medio mejor de salvar su existencia. Pero el *cheik* le interrumpió a las primeras palabras.

—No es a ti a quien hablo —dijo sin brutalidad—. ¿Son acaso mudas esas mujeres?

Roger permaneció un instante callado.

—¿Eres tú su hermano...? ¿Su padre...? ¿Su marido?

—Ésta es mi mujer —creyó poder permitirse afirmar Roger,

designando a Dolly.

El moro hizo un gesto de satisfacción. —¡Bueno!— dijo—. ¿Y ésta?

—Es su hermana. Ambas son grandes damas en su país.

—¿Grandes damas? —insistió el moro, para quien tales palabras parecieron desprovistas de significación.

—Sí, grandes damas: reinas.

—¿Reinas?

—En fin, su padre es un gran jefe —explicó Roger, faltar ya de imágenes.

Esta última pareció producir el efecto deseado.

—Si... General, general —tradujo libremente el moro, con aire satisfecho.

—¿Y cuál es el nombre de la hija del gran jefe?

—Lindsay —respondió Roger.

—¡Lindsay! —repitió el moro, que por una razón misteriosa parecía complacerse en la consonancia de esas sílabas—. ¡Lindsay...! ¡Bueno! —añadió, pasando Roger de Sorgues y a sus protegidas.

El prisionero siguiente no era otro que Thompson. ¡Cuán disminuido de su importancia estaba el infortunado administrador general!

—¿Qué llevas tú ahí? —le preguntó el *cheik* bruscamente.

—¿Aquí...? —balbució Thompson.

—Sí..., ese saco... ¡Trae! —mandó el moro, echando mano a la preciosa bolsa que Thompson había conservado en bandolera.

Instintivamente hizo éste un movimiento hacia atrás. Dos Africanos se lanzaron sobre él en seguida, y Thompson viose aliviado en un instante de su querido fardo, sin que se atreviese a llevar más lejos una resistencia inútil.

El *cheik* abrió la bolsa conquistada, y brillaron de placer sus ojos.

—¡Bueno...! ¡Muy bueno! —exclamó.

Absolutamente aniquilado, su prisionero estaba muy lejos de ser de la misma opinión.

A continuación de Thompson, como era de suponer, Van Piperboom, de Rotterdam, mostraba su vasta corpulencia. No parecía conmovido. Tranquilamente reducía a humo enormes cantidades de tabaco, abiertos curiosamente sus pequeños ojos

sobre los alrededores.

Contempló el *cheik* durante algún tiempo con una evidente admiración.

—¿Tu nombre? —preguntó al fin—. *Ik begryp niet wat...* El *cheik* prestó oído atento.

—¿Tu nombre? —insistió.

—*Ik ben de Herr Van Piperboom mit Rotterdam* —repitió Van Piperboom, que añadió melancólicamente—: *Overigens waartoe dien hit.*

El *cheik* alzó los hombros y continuó su tarea, sin dignarse responder al gracioso saludo del incomprensible holandés.

La repetición de las mismas preguntas no le cansaba; las hacía a todos, escuchando atentamente las respuestas. Ninguno escapó a su paciente investigación.

No obstante, fuese por una inexplicable distracción, fuese de propósito deliberado, hubo uno a quien no se le interrogó, y éste era Jack Lindsay.

Alice, siguiendo con la mirada la fila de los náufragos, había tenido la sorpresa de descubrir a su cuñado. Confundido con los demás, observó con inquietud que no se le sometió a la regla común.

La ausencia real y efectiva de Jack Lindsay, su retorno, la indiferencia del *cheik* moro, aquel conjunto de hechos produjo en el ánimo de Alice una turbación que sólo reuniendo toda su energía alcanzó a dominar.

Terminado el interrogatorio, retirábase el *cheik* entre los suyos, cuando el capitán Pip le cortó audazmente el paso.

—¿Quieres decirme tú ahora lo que piensas hacer de nosotros? —preguntó de nuevo con una flemática calma que nada era capaz de arrebatarle.

El *cheik* frunció las cejas, y luego, habiendo reflexionado, movió indolentemente la cabeza.

—Sí —dijo—. A los que puedan pagar rescate les será devuelta la libertad.

—¿Y los demás?

—¡Los demás...!

Con un gesto señaló el moro el amplio horizonte.

—La tierra de África —dijo— necesita esclavos. Los jóvenes

tienen la fuerza y los viejos la sabiduría.

Hubo entre los náufragos una explosión de desesperación. Así, pues, la muerte o la ruina: he ahí lo que les esperaba.

En medio del general abatimiento, Alice conservaba intacto un valor que fundaba en su confianza absoluta sobre Roberto. Llegaría éste a las avanzadas francesas, y a la hora señalada libraría a sus compañeros de naufragio. Sobre este punto no abrigaba la menor duda.

Indudablemente, pues, no habría sido su confianza tan completa ya si se hubiese hallado en el lugar del capitán Pip.

Hacia las ocho de la mañana, éste, con una alegría inmensa que oculto cuidadosamente, había visto volver a *Artimón*, cuyo regreso había pasado tan inadvertido como la partida.

Artimón, por lo demás, demostrando un instinto extraordinario, en vez de lanzarse a la carrera como un loco, había rondado largo tiempo en torno del campamento antes de deslizarse cautelosamente dentro de él.

El capitán alzó ávidamente el perro en sus brazos, y bajo la intensa emoción que le oprimía el ánimo, gratificó al inteligente animal con la misma caricia con que le confortara a la partida, y a la cual no le habituara hasta entonces. Con una mirada habíase cerciorado de la desaparición del billete, llegado, por consiguiente a su destino, y había sacado de este hecho conclusiones favorables a los resultados de la aventura.

Una reflexión, empero, vino a amargar su alegría. Habiendo partido a la una y vuelto a las ocho de la mañana, había, por lo tanto, empleado *Artimón* siete horas en franquear, a la ida y a la vuelta, la distancia que separaba a los náufragos de Roberto Morgand. Éste, pues, tras día y medio de viaje, había andado treinta kilómetros a lo sumo. Hasta allí un misterio a propósito para turbar el espíritu mejor equilibrado, misterio del que el capitán no quiso dar cuenta a sus compañeros.

Éstos, reconfortados poco a poco, volvían lentamente a acariciar la esperanza que al alma humana no abandona más que con la vida, y los días 12 y 13 de julio se pasaron bastante bien.

Los moros emplearon estos días en vaciar por completo la *Santa María* y hasta en desmontar del buque todo lo que era desmontable, y que, constituyendo para ellos un tesoro, fue amontonado sobre la

playa para ser llevado después por la tropa.

Terminóse este trabajo el 14 de julio, y los moros entonces se entregaron a una serie de preparativos que anunciaba una próxima partida.

Al día siguiente, sin duda, sería preciso abandonar la playa, si antes no habían sido libertados.

Aquel día 14 pareció muy largo a los desventurados náufragos. Según su promesa, Roberto debía hallarse de regreso desde la víspera. Aún contando con todas las dificultades de semejante viaje, el retraso comenzaba a resultar anormal. A excepción del capitán, que se había guardado de dar sus razones y dejaba que sus compañeros explorasen el horizonte del Sur, todos se manifestaban sorprendidos, y no tardaron en irritarse y acusar a Roberto. ¿Por qué, después de todo, habría de haber regresado? Ahora que se hallaba probablemente en seguridad, hubiera sido bien necio en exponerse a semejantes riesgos.

El alma de Alice no conocía aquella ingratitud ni aquella debilidad. ¡Roberto hacer traición! Eso no se discutía siquiera... ¿Muerto...? Esto sí... tal vez... Pero inmediatamente algo protestaba en ella contra la posibilidad de semejante hipótesis, y encontraba más firme su confianza inquebrantable en la felicidad y en la vida.

No obstante, todo el día 14 transcurrió sin dar la razón a su optimismo, y lo mismo sucedió con la siguiente noche.

Salió el sol el 15 de julio sin que se hubiera modificado en nada la situación de los náufragos.

Al alba los moros habían cargado sus camellos, y a las siete de la mañana dio el *cheik* la señal de partida. Un pelotón de jinetes en la vanguardia y los demás colocados en dos filas; fue preciso resignarse a obedecer.

Entre la doble fila de sus carceleros, prisioneros y prisioneras marchaban a pie, en una sola línea, unidos unos a otros por larga cuerda que rodeaba los cuellos y sujetaba las muñecas.

Toda evasión en aquellas condiciones era imposible, aún admitiendo que el desierto que les rodeaba no hubiera constituido una barrera suficiente.

El capitán Pip, que marchaba a la cabeza, detúvose resueltamente, y dirigiéndose al *cheik*:

—¿Adónde nos lleva usted? —le preguntó con firmeza.

Por toda respuesta, el *cheik* alzó su látigo y golpeó a su prisionero en el rostro.

—¡Marcha, perro! —exclamó.

El capitán, cuya sangre empezó a correr, no se movió. Con su aire flemático repitió la pregunta.

Alzóse de nuevo el látigo. Pero contemplando el enérgico rostro del que le interrogaba, y después la larga fila de los prisioneros que tenía que conducir, y cuya sublevación no habría dejado de proporcionarle serios contratiempos, bajó el *cheik* el arma amenazadora.

—¡A Tombuctú! —respondió, mientras el capitán, satisfecho, consentía en emprender la marcha.

CAPÍTULO XXIX

¡EN PAZ!



Tombuctú...!

Es decir, a aquella ciudad en la que parecen centralizarse todos los misterios del África enigmática; a aquella ciudad cuyas puertas han sido infranqueables durante muchos siglos, y que pocos meses más tarde debían, no obstante, abrirse ante las columnas francesas.

Pero el moro no podía prever el porvenir y llevaba sus prisioneros al centro legendario de todas las transacciones del desierto, al gran mercado de esclavos.

En realidad, era muy poco probable que los condujese él mismo a su destino. Los merodeadores que infestan las costas del Atlántico rara vez se alejan a tanta distancia del mar. Era muy verosímil que la partida de moros, como sucede ordinariamente, vendería a medio camino sus prisioneros a alguna caravana de tuaregs, bajo cuya custodia se terminaría el viaje.

Este pormenor, por lo demás, tenía una muy insignificante importancia para los desdichados náufragos. En todo caso, tenían que franquear más de 1500 kilómetros, y semejante recorrido exigiría, cuando menos, dos meses y medio. De los que partían, ¿cuántos llegarían a término?

La primera jornada no pareció, naturalmente, demasiado penosa. Estaban descansados, y el agua era abundante y sana. Pero no sucedería lo mismo cuando la sucesión de leguas hiciera sangrar los fatigados pies; cuando para calmar la sed, aumentada por aquel

sol de fuego, no se tuviera más que un agua corrompida y distribuida con tacañería.

Hamilton y Blockhead, cuando menos, no conocerían aquellas torturas y escaparían a ellas por la muerte.

Mal curados aún de su fiebre, apenas entrados en convalecencia, faltóles la fuerza desde el principio. Ya por la mañana habían experimentado gran fatiga en hacer la jornada, y se habían dejado caer como masas inertes en el momento de la siesta. Pero por la tarde ya fue otra cosa; sus miembros fatigados se negaron a todo servicio, y al cabo de pocos kilómetros fuéles imposible dar un paso más.

A partir de ese momento, un martirio incesante comenzó para ellos y para sus compañeros. Cayendo casi a cada paso, se levantaban para volver a caer. A la noche, en el momento del alto definitivo, asemejábanse más a cadáveres que a criaturas vivientes, y nadie dudó de que el día siguiente dejara de ser el último para ellos.

Afortunadamente, los demás náufragos soportaban mejor la prueba.

A la cabeza, según se ha dicho, marchaba el capitán Pip, un poco desorientado en medio de aquellas dunas semejantes a ondas que un buque no hubiera podido romper con su roda. ¿Continuaba esperando el capitán? Era probable, porque un carácter de tal temple en ninguna circunstancia podía ser accesible a la desesperación. Su semblante, tan firme y frío como de costumbre, no suministraba ninguna indicación acerca del particular. Su aspecto habría bastado para alentar y dar valor al corazón más cobarde.

La herida del latigazo se había secado al sol.

Muchos habríanse dejado arrebatar por la cólera, pero no era ésta la característica del capitán; El primero entre sus marinos, caminaba con un paso firme como su ánimo, y con sólo verle, sentíanse los demás contagiados de su energía y de su esperanza tenaz.

Desde su último diálogo con el *cheik*, no había pronunciado veinte palabras, y aún esas raras confidencias habían sido dirigidas exclusivamente al fiel *Artimón*, que, con la lengua fuera, marchaba al lado de su amo.

—¡*Master!* —había dicho simplemente al principio el capitán con una voz llena de ternura, que el perro había sabido discernir perfectamente.

Luego, media hora más tarde, el capitán se había mostrado algo más explícito.

Después de haber bizqueado previamente de una manera espantosa y escupido con menosprecio en la dirección del *cheik*:

—¡*Master!* —había formulado con el tono más afirmativo posible —: ¡nos hallamos en una peripecia, por la barba de mi madre!

Y *Artimón* sacudió sus largas orejas, como forzado a una sensible aprobación.

Después el capitán no había vuelto a abrir la boca. De tiempo en tiempo, el hombre miraba al perro, y el perro miraba al hombre; he ahí todo. Mas ¡por cuántos discursos no valían aquellas miradas!

Cuando hicieron un alto, *Artimón* se sentó frente a su amo en la arena. Y éste compartió con su perro su mísera pitanza y la poca agua que le fue entregada.

En pos del capitán seguían el estado mayor, la tripulación y los sirvientes del difunto *Seamew*, en una clasificación que nada tenía de jerárquica. ¿Qué pensaban éstos? En todo caso, subordinaban sus opiniones personales a las del comandante, que tenía la carga de pensar por todos. Mientras el jefe tuviera confianza, ellos no desesperarían. La orden de obrar, si había de darse, les hallaría dispuestos, cualquiera que fuese el momento en que llegara.

Al último tripulante sucedía el primer pasajero, al que seguía la larga fila de sus compañeros.

Las mujeres, en su mayor parte, lloraban o se quejaban en voz baja, sobre todo las esposas y las hijas de Hamilton y de Blockhead, asistiendo como asistían impotentes a la agonía de sus padres y de sus maridos.

Los hombres se mostraban más firmes, por lo general, traduciendo cada uno su energía en la forma particular de su carácter.

Si Piperboom tenía hambre, Johnson tenía sed; si el reverendo Cooley buscaba en la oración un socorro eficaz, Baker, por el contrario, no dejaba de mascullar las más terribles amenazas. En cuanto a Thompson, desolado el ánimo, pensaba única y exclusivamente en la bolsa que le había sido arrebatada.

Roger hallaba aún fuerzas para la ironía. Colocado cerca de Dolly, se esforzaba por levantar el ánimo de la joven, haciéndola reír con el contagio de una alegría heroicamente simulada.

En primer lugar, abordando su asunto habitual, había bromeado ampliamente sobre lo imprevisto de aquel inverosímil viaje. En el fondo, ¿había algo más cómico que el espectáculo de aquellas gentes, que salieron a darse unas vueltas por Madeira y llevaban ahora trazas de convertirse en exploradores del Sahara?

Como pareciera que Dolly no apreciaba el valor de aquella broma, Roger, empeñado en hacer olvidar a la joven las tristezas del camino, había penetrado a velas desplegadas por el vasto campo del chiste y la agudeza.

¿Cómo hubiera podido Dolly conservar su tristeza y desaliento? ¿Era posible que la situación fuera realmente grave, cuando Roger se burlaba tan donosamente de ella? Le bastaba, por otra parte, mirar a su hermana para que se disipasen sus últimas inquietudes.

Alice no bromeaba, porque no era ése su modo de ser; pero en su rostro brillaba y resplandecía la serenidad de su alma. A pesar de la partida de la caravana, a pesar del tiempo que transcurría, a pesar de todo, ella no dudaba de la liberación. Sí, la salvación llegaría; Roger tenía razón al afirmarlo, y todo aquello no era sino prueba de que no duraría mucho.

Sostenida por estos dos voluntarios, Dolly no se descorazonó; y cuando, al llegar la noche, se durmió al abrigo de una tienda, que el *cheik*, por motivos sólo de él conocidos, había hecho preparar para sus dos prisioneras, abrigaba la certidumbre de despertarse libre.

El alba, no obstante, la despertó prisionera. Los salvadores esperados no habían llegado durante la noche, y comenzaba un nuevo día, que iba a poner nuevos kilómetros de arena entre los naufragos y el mar.

Sin embargo, con gran extrañeza suya, no se les dio la señal de la partida a la hora de la víspera. El sol se elevó sobre el horizonte y alcanzó el cenit sin que se hubiera hecho preparativo alguno entre la escolta.

¿Cuál podría ser la imprevista prolongación del alto? A este respecto eran lícitas todas las suposiciones; pero tan sólo Alice poseía los elementos de una hipótesis plausible.

Despierta la primera, había visto aquella misma madrugada a

Jack Lindsay en conferencia con el *cheik*. Escuchando éste con esa calma particular en los orientales, hablaba Jack, poniendo en su discurso toda la animación de que su carácter sombrío era capaz. Era evidente que trataba de probar algo. En aquella actitud el *cheik* y él parecían ser los mejores amigos del mundo, por inverosímil que fuese, Alice tuvo el presentimiento de que habían tenido relaciones anteriores.

Y en verdad que su perspicacia no la engañaba. Sí, el *cheik* y Jack Lindsay se conocían.

Después de haber visto caer a Roberto, Jack, que, no pudiendo prever la intervención de *Artimón*, consideraba a su enemigo como muerto, habíase apresurado a proseguir la realización del plan que formara.

Ese plan era de una monstruosa sencillez.

Toda vez que le estaba vedado atacar aisladamente a su cuñada, muy bien protegida en medio de sus compañeros, sin exponerse él mismo a las represalias, heriría a todo el mundo. Había comenzado, en consecuencia, por suprimir a Roberto, y luego, habiendo de ese modo hecho imposible la llegada de todo socorro, habíase aventurado por el desierto en busca de aliados.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Antes de finalizar el día siguiente, asaltado de improviso por una decena de moros, había visto como se le arrastraba ante el *cheik*, con el que ahora se hallaba conversando, y reducido a una cautividad que colmaba sus votos.

Aquel Ulad-Delim, que comprendía un poco de inglés, había tratado en seguida de interrogar a su prisionero en esta lengua, y Jack respondió de muy buen agrado a esas preguntas.

Dijo su nombre, Jack Lindsay, añadiendo que a poca distancia se encontraba un gran número de europeos, y entre ellos su propia mujer, la cual, sumamente rica, pagaría de muy buen grado un fuerte rescate por la libertad de ambos.

Puestos de esta suerte sobre la pista, los moros habían asaltado el campamento, y Roger, con buena intención, había, en suma, confirmado los primeros informes suministrados por Jack Lindsay.

Así se explicaba la satisfacción del *cheik* al escuchar el nombre de una de sus prisioneras y la seguridad de la riqueza de su familia. Así se explicaba también que hubiese concedido bastante confianza en las afirmaciones de Jack para que por las observaciones de éste

prolongara el alto durante un día entero.

Pacientemente Jack Lindsay se dirigía a su objetivo. Haber hecho caer la caravana en manos de los moros, no podía serle provechoso más que si conseguía recobrar personalmente su libertad.

Habíase, pues, arriesgado a demostrar al *cheik* lo ilógico de su conducta. Habíale hecho observar que, si llevaba a todo el mundo hasta Tombuctú, nadie podría entregarle los rescates. En lo que concernía particularmente a su mujer, capaz de entregar por sí sola una suma considerable, ¿cómo habría de procurársela si no podía comunicar con América o Europa? ¿No era preferible que uno de los pasajeros, y con preferencia él, Jack Lindsay, marchase en seguida escoltado hasta las posiciones francesas, donde le sería fácil embarcarse? Apresuraríase entonces a reunir el rescate de su mujer, y al propio tiempo, los de los otros náufragos, y luego volvería a un sitio fijado de antemano para entregar las sumas recogidas, a cambio de la libertad de todos.

Jack Lindsay había hecho valer por todos los medios esas observaciones, muy justas en realidad, y había tenido el gozo de verlas bien acogidas. El *cheik* decidió que se permanecería en reposo todo aquel día, que ocupó en fijar los rescates de sus diversos prisioneros.

Jack Lindsay tocaba su objetivo. Guardaríase muy bien de reunir los rescates; los náufragos, se las arreglarían como pudieran. Por lo que a él hace, se contentaría con marcharse tranquilamente a América, donde más pronto o más tarde llegaría a hacer reconocer la defunción de su cuñada, y a heredarla, por consiguiente, aunque fuese a costa de algunas... irregularidades, que con su habilidad sabría hacer inofensivas.

Cierto que la idea de dejar tras de sí tantos posibles acusadores, y que podían llegar a ser acusadores terribles si alguno de ellos lograba recobrar la libertad, no le sonreía más que a medias; pero no tenía la elección de los medios. Además, guardados por los Africanos feroces y por el desierto, más feroz aún, ¿escaparía jamás alguno de los prisioneros?

Una última dificultad alzábase, con todo, ante Jack. Si quería partir sin estorbos, era absolutamente preciso que su partida tuviese lugar con el asentimiento general. El *cheik*, en efecto, iba a informar

a los náufragos de la cifra en que había fijado los respectivos rescates, y decirles el nombre del emisario elegido. Debía, pues, Jack desempeñar hasta el fin la comedia del sacrificio, hacer promesas de circunstancias, aceptar las cartas de todos para echar al agua en la primera ocasión aquella correspondencia inútil.

En esto seguramente no habría dificultad, pues Jack estimaba con justa razón que sus compañeros no tenían ningún motivo para sospechar de él más bien que de cualquier otro.

Por desgracia, juzgaba el asunto un poco menos sencillo y algo más espinoso al pensar en su cuñada.

También era necesario el consentimiento de ésta. Hasta constituía en realidad el consentimiento principal. ¿Conseguiría obtenerlo Jack Lindsay?

«¿Y por qué no?», se decía... Y, sin embargo, al acordarse de la manera cómo Alice había rehusado el nombre que le ofreciera... pensando en la escena del «Curral das Freias», una inquietud le asaltaba.

Entre su cuñada y él era en todo caso necesaria una explicación... No obstante, su vacilación era tal, que durante todo aquel día de reposo fue dilatando el instante de hora en hora.

Caía la tarde cuando, decidiéndose de repente a acabar de una vez, franqueó, por fin, el umbral de la tienda en que Alice había encontrado refugio.

Hallábase Alice sola a la sazón. Sentada en el suelo, apoyada la mejilla en la mano, soñaba, apenas iluminada por una rudimentaria lámpara de aceite, cuya luz, envuelta en humo, no alcanzaba a alumbrar las paredes de la tienda.

Al oír a Jack, se enderezó bruscamente y esperó luego a que éste quisiera darle la explicación de su visita.

Pero Jack se encontraba sumamente embarazado, y no sabía de qué modo entrar en materia. Durante algún tiempo permaneció silencioso, sin que Alice hiciera el menor esfuerzo para ayudarle a vencer su indecisión y a dominar su angustia.

—Perdone, Alice, que la importune —dijo, por fin, Jack—. Tengo que comunicarle algo muy importante.

Persistió Alice en su silencio, sin manifestar la menor curiosidad.

—Habrà usted notado que la caravana no ha proseguido hoy su marcha —continuó Jack, con una timidez que iba en aumento—, y

sin duda se habrá usted extrañado de ello. Igualmente sorprendido me hallaba yo, cuando el *cheik* ha venido esta noche a exponerme las razones de su conducta.

Al llegar a este punto hizo Jack una pausa, esperando una palabra de aliento y estímulo, que no llegó.

—Según usted sabe —prosiguió—, los moros han asaltado nuestro campamento con un exclusivo propósito de lucro. Su objetivo, mucho menos que de reducirnos a esclavitud, es el de obtener fuertes rescates de aquellos que se encuentren en condiciones de entregarlos. Pero es preciso que podamos nosotros procurarnos esos rescates, y he aquí por qué ha decidido el *cheik* permanecer aquí el tiempo necesario para enviar hasta las posesiones francesas a uno de nosotros, elegido por él; el cual, en nombre de los demás náufragos y en el suyo propio, reuniría las sumas exigidas e iría a entregarlas a un punto fijado de antemano cambiándolas por los prisioneros.

Inútilmente hizo Jack una nueva pausa, con objeto de provocar una interrupción.

—¿No me pregunta usted —sugirió— quién es de entre todos nosotros el que ha sido elegido por el *cheik* para el desempeño de esta misión?

—Espero que usted me lo diga —respondió Alice, con voz tranquila, que no logró, empero, tranquilizar a su cuñado.

—En efecto —dijo, sonriendo con esfuerzo.

Juzgó, no obstante, que no sería superfluo alguna explicación preliminar.

—Debe usted pensar —prosiguió— que la atención del *cheik* ha recaído muy especialmente sobre Dolly y sobre usted, en vista de lo que dijera *Monsieur* de Sorgues. El hecho de haberles proporcionado esta tienda, bastaría, si fuese necesario, para convencer a usted de ello. Es, por consiguiente, su rescate el que habrá de ser más fuerte, y el que el *cheik* tiene interés en recibir. Por otra parte, le ha llamado poderosamente la atención la semejanza de nuestros apellidos. Yo he creído obrar bien permitiéndome una mentira análoga a la de *Monsieur* de Sorgues. Brevemente, Alice, a fin de tener mayores facilidades para la defensa de usted, y aun cuando esto no sea cierto desgraciadamente, he dicho al jefe que era su marido de usted.

Después de haber pronunciado estas palabras, esperó Jack un signo de aprobación o de desaprobación. Alice no hizo ni uno ni otro. Escuchaba pura y simplemente, esperando la conclusión. Era, pues, preciso llegar, por fin, a aquella conclusión.

—Yo —prosiguió, tras un instante, Jack— he quedado altamente sorprendido ante los resultados de mi mentira. Tan pronto como tuvo conocimiento de los pretendidos lazos que nos unen, pensó el *cheik*, y en esto no se equivoca, que yo pondría en la salvación de usted mucha mayor abnegación que la que habría de poner en ella cualesquiera otro de nuestros compañeros, y me eligió inmediatamente para marchar a reunir los rescates exigidos.

Quemadas sus naves, Jack respiró más libremente. Alice no había hecho el menor movimiento de protesta.

El asunto indudablemente marchaba por sí solo y sin tropiezos.

—Espero —continuó con su voz tranquila y firme— que no desaprobará usted la elección del *cheik*; y que consentirá usted en confiarme las cartas y las firmas necesarias para procurarme las cantidades que deberé traer.

—No le entregaré esas cartas —dijo Alice fríamente a su cuñado.

—¿Por qué?

—Por dos razones.

—Tenga usted la bondad de decírmelas —repuso vivamente Jack—, y discutámoslas como buenos hermanos, si usted quiere.

—En primer lugar —declaró Alice pausadamente—, sepa usted que soy del todo opuesta al envío de un mensajero en estos momentos. Paréceme que usted se olvida de que *Mr. Morgand* ha partido en busca de socorros.

—Ha partido, pero no vuelve.

—Volverá —afirmó Alice, con tono de invencible certidumbre.

—No lo creo —repuso Jack, con una ironía en la voz que no supo disimular.

Sintió Alice invadido el corazón por una súbita angustia. Con un esfuerzo enérgico se sobrepuso a esa debilidad, y en pie ahora, cara a cara de su miserable cuñado:

—¿Qué sabe usted? —dijo.

Sorprendióse vivamente Jack del cambio producido en su cuñada, y batióse prudentemente en retirada.

—Nada, evidentemente —balbuceó—, nada... No son más que

presentimientos... Pero, para mí, estoy persuadido de que Morgand, haya o no tenido éxito en su tentativa, no volverá, y no tenemos tiempo que perder para tratar de reconquistar nuestra libertad con nuestros solos recursos.

Alice había vuelto a adquirir toda su tranquilidad.

—No estoy muy distante de creer —dijo lentamente— que posee usted, en efecto, informes particulares acerca del viaje heroico que para la salvación común ha emprendido Morgand...

—¿Qué quiere usted decir? —interrumpió Jack con temblorosa voz.

—Puede, por ende, suceder —prosiguió imperturbablemente Alice— que tenga usted razón y que Morgand haya encontrado la muerte en su tentativa. Me permitirá usted, no obstante, ser de distinta opinión. Por mi parte, hasta que el tiempo transcurrido me haya probado mí error, tendré en su regreso una fe inquebrantable.

El calor con que había pronunciado Alice estas últimas palabras, ponía bien claramente de manifiesto que acerca de ese particular sería irreductible.

—¡Sea! —concedió Jack—. No veo, por otra parte, en qué ni por qué la posibilidad del regreso de *Mr.* Morgand ha de ser un obstáculo a la combinación que se me ha propuesto. ¿Qué inconveniente puede haber en poner de nuestro lado dos probabilidades en vez de una?

—Creo haber dicho a usted —replicó Alice— que yo tenía que formular dos objeciones contra su proyecto. No le he dicho aún más que la primera.

—¿Cuál es, pues, la otra?

—La segunda objeción —dijo Alice, enderezándose en toda su estatura— es que censuro y condeno formal y terminantemente la elección del mensajero. No solamente no favoreceré su partida de usted, entregándole las cartas que me pide, sino que me opondré a ello con todas mis fuerzas, comenzando por reducir su mentira a la nada.

—Verdaderamente, Alice —insistió Jack, que se había vuelto lívido viendo sus planes destruidos—, ¿qué motivo tiene usted para conducirse así?

—El mejor de todos: la convicción en que me hallo de que no volverá usted.

Jack, descubiertas sus intenciones, intentó hacer un último esfuerzo.

—¡Qué espantosa acusación, Alice! —exclamó, tratando de poner dolor y reproche en su voz—. ¿Qué le he hecho yo a usted para que de este modo sospeche de mí?

—¡Ay! —respondió tristemente Alice—. ¡Yo rae acuerdo del «Curral das Freias»!

¡El «Curral das Freias»! Así, pues, Alice había visto, y desde entonces, advertida, había podido leer como en un libro abierto en el alma perversa de su cuñado.

Comprendió éste en el acto que la partida estaba perdida. No intentó una justificación, de antemano inútil. Todo su corazón de cieno le asomó a los labios.

—¡Sea! —exclamó—. Pero no comprendo que tenga usted el aplomo de reprocharme lo del «Curral das Freias». Sin mí, ¿hubiera sido usted salvada por un joven guapo, como en las novelas?

Alice, indignada, no quiso descender a contestar a su venenoso insultador. Limitábase a despedirle con el ademán cuando una voz se alzó de pronto en el umbral de la tienda, que la luz de la lámpara dejaba en una sombra incierta.

—No tema usted nada, señora —decía—; yo estoy aquí.

Alice y Jack se habían vuelto temblando del lado de aquella voz decisiva, firme y tranquila, y de pronto ambos lanzaron un grito, grito de felicidad para Alice, rugido de furor para Jack, cuando el inesperado visitante penetró en el círculo de la luz.

Roberto Morgand estaba ante ellos.

¡Roberto Morgand vivo! Jack perdió la razón en el exceso de su cólera.

—¡Eh! —balbuceó, paralizada su lengua por la rabia—. ¡Es el mismo guapo joven! ¿En qué puede interesar una discusión de familia al cicerone Morgand?

Roberto, siempre tranquilo, dio un paso hacia Jack Lindsay; pero entre ambos hombres se interpuso Alice.

Con un gesto altivo impuso silencio.

—El señor marqués de Gramond tiene el derecho de conocer todo cuanto hace relación a su mujer —dijo ella, mirando fijamente a su impotente cuñado.

—¡He aquí un marquesado bien súbito! —dijo éste, siempre a

medias, burlonamente—. ¿Es, sin duda, en Tombuctú, donde piensa usted volverse a casar?

Un súbito pensamiento cruzó por su espíritu. Si Roberto estaba allí no debía hallarse solo. El campamento había indudablemente caído en poder de los franceses, conducidos por él, y lo que había anunciado Alice dejaba, por lo tanto, de ser una quimera para trocarse en realidad.

Ante ese pensamiento, una ola de furor asaltóle de nuevo; llevó la mano a su cintura y la retiró armada con aquel mismo revólver de que se sirviera para intentar cometer el anterior asesinato.

—¡Todavía no es usted marquesa! —gritó, apuntando el cañón a Roberto.

Pero Alice velaba.

De un salto habíase lanzado sobre Jack Lindsay; con una fuerza decuplicada se colgó a su brazo y consiguió desarmarle.

El tiro, no obstante, partió; pero la bala, desviada, se perdió, atravesando el techo de la tienda.

—¡En paz! —dijo Alice con una sonrisa de triunfo, arrojando el revólver, humeante aún, a los pies de Roberto.

Al tiro de Jack otros tiros respondieron inmediatamente. Un huracán de balas cruzó el aire, y numerosos gritos estallaron, mezclados con juramentos en muchos idiomas.

Jack Lindsay se tambaleó. Francesa o árabe, una bala había penetrado en la tienda y herido de muerte al miserable. Apenas tuvo tiempo de llevarse ambas manos al pecho, cuando rodó por el suelo.

Alice, imposibilitada de comprender nada de lo que acontecía, volvióse hacia Roberto con una pregunta en los labios. Los sucesos no le dejaron tiempo de formularla.

Como una tromba, la tienda fue arrasada, pasando sobre ella un turbión de hombres dando alaridos de terror, y cogida por Roberto, que desapareció en seguida en la sombra, hallóse, al fin, en medio de las demás mujeres de la caravana. Todas estaban allí incluso Dolly, que estrechó a su hermana en sus brazos.

Pronto, por lo demás, volvió Roberto, seguido del capitán, de Roger de Sorgues y de todos los demás náufragos.

¿Faltaba alguno? Sólo al día siguiente sería posible asegurarse de ello.

Media hora más tarde, después de haber reunido a sus hombres, colocado sus centinelas y tomadas todas las debidas precauciones contra un retorno ofensivo del enemigo, un oficial francés se acercaba en último término. Con la alegre sonrisa de la victoria en los labios saludó a las damas con un gesto circular, y adelantándose directamente hacia Roberto:

—Los moros han sido dispersados, mi querido señor —dijo alegremente.

Pero sin esperar las muestras de un agradecimiento bien natural, habíase apartado.

—¡Toma, Sorgues! —exclamó al descubrir a Roger—. ¿Está usted aquí?

—¿Cómo va, mi querido Beaudoin? —respondió Roger—. ¿Y por qué no había de estar yo aquí?

—Es cierto —respondió filosóficamente el oficial francés encendiendo un cigarro.

CAPÍTULO XXX

CONCLUSIÓN



Con el asalto victorioso de los franceses se termina, en realidad, la historia del viaje tan bien organizado por la Agencia Thompson y Cía.

Cierto que hasta San Luis el camino fue duro y penoso. No obstante, el botín conquistado a los moros permitió endulzarlo en grado sumo. En los odres y sobre los camellos que hablan quedado en poder de los vencedores, pudo fácilmente transportarse toda el agua de la *Santa María*, y a medida que esa agua se agotaba dar reposo a las mujeres y a los enfermos.

En esas condiciones de relativa comodidad no tardaron Hamilton y Blockhead en recobrar su salud habitual y en volver a ostentar sus caracteres respectivos: optimista el uno y gruñón el otro.

Entre los europeos, Jack Lindsay había sido muy felizmente la única víctima que había costado la rápida escaramuza.

Las circunstancias que rodearon su muerte permanecieron desconocidas y por eso no faltaron a *Mr.* Lindsay las muestras de sentimiento y pésame, y ésta recibió la expresión unánime de simpatía; de manera que el triste drama de familia continuó manteniéndose en el secreto.

Ningún otro turista había sido alcanzado por las balas de los moros, y el daño se redujo a dos soldados, tan ligeramente heridos, que en menos de tres días pudieron volver a prestar servicio.

Y no fue porque todos y cada uno hubiesen dejado de cumplir su deber. La caravana mal armada de los náufragos había aportado, por el contrario, bajo la dirección del capitán Pip, un apreciable concurso a la reducida tropa de soldados franceses. Todos se habían lanzado a lo más fuerte de la lucha: Roberto Morgand, Roger de Sorgues, Baker, Piperboom, el reverendo Cooley y hasta el aburrido y desesperado Tigg, cuyo ardor había sido particularmente notado.

¿Por qué defender tan calurosamente una vida que se juzga odiosa?

—¡Pardiez! —no pudo por menos de decirle Baker al día siguiente de la refriega—. Fuerza es confesar que golpea usted de firme, pese a que no tiene apego a la vida. ¡Era aquélla, no obstante, una tan excelente ocasión de acabar!

—Pero ¿por qué diablos no habría de tener apego a la vida? —preguntó Tigg, manifestando viva extrañeza.

—¿Lo sé yo? —respondió Baker—. No conozco las razones que pueda usted tener para ello. Pero creo que debía indudablemente tenerlas desde el momento en que se decidió a entrar en el Club de los Suicidas.

—¿Yo?

Baker, sorprendido a su vez, contempló a su interlocutor con más atención de lo que hasta entonces lo hiciera. Viose obligado a reconocer que aquellos labios carnosos, aquellos ojos rientes, aquel semblante de líneas regulares y bien equilibradas nada tenían de lúgubre.

—¡Ah! ¡Ah! —repuso—. ¿No es, sin embargo, exacto que usted había formado el proyecto de quitarse la vida?

—¡Nunca!

—¿Y no es usted miembro del Club de los Suicidas?

—¡Pero eso es una locura! —exclamó Tigg, mirando con inquietud a su interlocutor, a quien creyó atacado de enajenación mental.

Tranquilizóle éste en seguida, refiriéndole de qué manera y a consecuencia de qué circunstancias se había formado entre los turistas la opinión que él por su parte acababa de expresarle.

Tigg se rió enormemente.

—Ignoro —dijo, por fin— dónde ha podido inspirar su información el diario que diera la noticia, y no sé a quién podrá

designar la letra T. Lo que sí puedo asegurar es que no puede en modo alguno referirse a mí, a mí, que tengo por objetivo principal el de llegar a ciento diez años y aún más.

Divulgada aquella explicación por Baker, divirtió mucho a la caravana.

Tan sólo *Miss Mary* y *Miss Bess Blockhead* parecieron tomar la cosa a mal.

—¡Oh! Bien sabíamos nosotras que ese caballero... —respondió *Miss Mary* a su hermana, que le trajo la nueva.

—... Era un impostor —acabó *Miss Bess*, frunciendo desdeñosamente los labios.

Y ambas dirigieron una mirada desprovista de benevolencia hacia el antiguo objetivo de su afección; el cual en aquel mismo instante estaba entretenido con *Miss Margaret* en un animado aparte, asegurándole, sin duda, que no tendría odio a la vida más que en el caso de que no le fuera posible consagrársela.

Pero era muy poco probable que *Miss Margaret* le redujera a semejante extremo. Ninguna duda era posible abrigar viendo la manera alentadora como le escuchaba.

Salvo las señoritas *Blockhead*, todo el mundo era, por consiguiente, feliz en la caravana, cosa perfectamente natural cuando se ha estado en un trance tan apurado.

Roberto vivía sin separarse un ápice de Alice; Roger reía de la mañana a la noche con Dolly; Baker hacía chasquear alegremente sus articulaciones; el reverendo Cooley enderezaba al cielo acciones de gracias; Van Piperboom, de Rotterdam, comía.

Tan sólo dos semblantes permanecían tristes entre todos aquellos semblantes gozosos.

El uno paseaba su frente meditabunda por medio de sus compañeros, pensando en la desaparición de cierta bolsa que él lloraría eternamente.

El otro, privado de su ordinaria ración, extrañábase de no estar borracho, y pensaba que algo se había trastocado en el orden del universo, o que la tierra no daba ya vueltas.

Había allí para Thompson un negocio que intentar. Johnson habría, ciertamente, reemplazado la bolsa perdida por una provisión de los líquidos que tan queridos le eran. Por desgracia, la mercancía faltó al comerciante, ya que el jefe de la escolta francesa

no había comprendido el alcohol entre las cosas cuyo transporte juzgara necesario.

Debió, en consecuencia, privarse Johnson de sus bebidas favoritas durante los veinte días que se emplearon en llegar a San Luis.

Pero, en cambio, ¡cómo se desquitó! Apenas llegado a las primeras casas de la ciudad, abandonó a sus compañeros, y desde aquella noche cuantos le encontraron comprendieron que estaba recuperando concienzudamente el tiempo perdido.

Si no sin fatiga, aquel viaje de regreso se hizo también sin peligro, bajo la protección de las bayonetas francesas.

Ni un accidente siquiera digno de notarse señaló aquella marcha de trescientos cincuenta kilómetros a través del Sahara.

No faltaban los socorros en San Luis, y todo el mundo se esforzó en reconfortar a aquellos seres tan cruelmente probados.

Pero tenían prisa para volverse a su país y a sus ocupaciones, y pronto un cómodo paquebote condujo a los administrados de la agencia Thompson, así como a su infortunado administrador general.

Menos de un mes después de haber escapado tan felizmente a los moros y a los tuaregs, desembarcaban todos en seguridad, sanos y salvos, en el muelle del Támesis.

En aquel momento experimentó Thompson una verdadera satisfacción viéndose, al fin, desembarazado de Van Piperboom, de Rotterdam.

El plácido holandés, cuyas impresiones nadie podía alabarse de haber nunca conocido, «abandonó» a su administrador tan pronto como puso el pie sobre el suelo de Londres. Con su maleta en la mano, desapareció por la primera calle, llevándose consigo su misterio.

Y a imitación suya, fueron dispersándose los demás turistas, volviendo a sus placeres o a sus negocios.

El reverendo Cooley encontró intacto el rebaño de fieles que lloraba ya a su pastor.

El capitán Pip, seguido siempre de *Artimón*, volvió a su puesto reglamentario, Bishop, Flyship y los demás marinos no tomaron tierra más que para volver a partir muy pronto sobre la mar incierta, y *Mr. Bistec* y *Mr. Panecillo* no tardaron en volver a

ponerse al servicio de pasajeros, ora contentos, ora descontentos. Antes, no obstante, de reconquistar su libertad, el capitán Pip tuvo que recibir las acciones de gracias de los antiguos turistas del difunto *Seamew*.

No quisieron éstos abandonar a su comandante sin haberle expresado el reconocimiento por todo lo que ellos debían a su tranquilidad y firme energía.

Muy apurado el capitán, bizqueó de una manera sensible, jurando por la barba de su madre que *Artimón* habría hecho otro tanto. Salió, no obstante, un poco de su reserva al decir adiós a Roberto Morgand. Estrechóle la mano con un calor que, mucho mejor que largos discursos, ponía claramente de manifiesto en qué particular estimación tenía él al antiguo intérprete del *Seamew*, y Roberto quedó sumamente conmovido ante la ardiente simpatía de un tan excelente juez en materias de honra y de valor.

En lo que respecta a la familia Hamilton, había reconquistado toda su altanera tiesura al verse definitivamente en seguridad.

Sin decir una sola palabra a todas aquellas gentes que el azar igualitario mezclara un instante a su aristocrática existencia, *Sir* George Hamilton, *Lady* Evangelina y *Miss* Margaret apresuráronse a dirigirse hacia su comfortable residencia en un excelente carruaje, en el que Tigg fue invitado a tomar asiento, asiento que pareció ser aceptado muy gustosamente.

La suerte de aquéllos estaba muy claramente señalada.

Por el contrario, sola completamente se hallaba la familia Blockhead cuando desembarcó a su vez, después de que su jefe, rebosante de satisfacción, hubo estrechado cuantas manos se hallaban a su alcance.

Ningún representante del sexo feo en situación de casarse tomó asiento en el carruaje que la conducía a ella y a su equipaje. Aquella interesante familia llegó sola a su domicilio, y sola vivió en él; pasando *Mr.* Blockhead su tiempo en narrar a sus conocidos las incidencias del viaje en que había participado; *Mr.* Georgina se consagró a la educación de su hijo Abel, y las señoritas Bess y Mary encarnizadas en la persecución de un marido fabuloso. Pero esta caza se hace muy difícil. *Miss* Bess y *Miss* Mary han llegado hasta aquí desalentadas de esa difícil caza.

Llamado a Francia por la necesidad de dar explicaciones acerca

de la irregular prolongación de su licencia, Roger de Sorgues no hizo más de tocar en Inglaterra.

Salió de Londres el mismo día en que desembarcó, y algunas horas más tarde se hallaba en París.

Sin embargo, solicitó y obtuvo una nueva licencia que le fue concedida, pues, ¿puedese rehusar una licencia a quien va a contraer matrimonio?

Ahora bien: Roger se casaba. Así se había convenido en pocas palabras entre *Miss Dolly* y él, como una cosa perfectamente natural y lógica y que no requería ningún examen. La ceremonia tuvo lugar el 3 de septiembre. Pero también el mismo día cambió Alice su apellido por el de Roberto.

Desde ese momento aquellos cuatro corazones felices no tienen ya historia. El tiempo para ellos sigue su curso tranquilo, y el mañana trae una aventura semejante a la del ayer.

La marquesa de Gramond y la condesa de Sorgues han adquirido dos hoteles gemelos en la avenida del Bosque de Bolonia. Con frecuencia reviven en el recuerdo los acontecimientos diversos que precedieron a su matrimonio, y con mucha frecuencia hablan de ellos *tête-à-tête*.

En ello encuentran nuevas razones para amar a los maridos que han elegido sus corazones. En tales pláticas suenan muchas veces los nombres de sus compañeros de viaje y de infortunio. No es posible olvidarse por completo de aquéllos en cuya compañía se ha sufrido, y con algunos de entre ellos han conservado muy amistosas relaciones.

Cuatro años después de haber terminado el viaje de la agencia Thompson, dos de estos privilegiados llamaban al mismo tiempo a la hora de comer a la puerta del hotel de la marquesa de Gramond.

—¡Por la barba de mi madre, me alegro de verle a usted, *Mr. Saunders*! —exclamó uno de los dos visitantes.

—*Mr. Baker* no está menos satisfecho de encontrarse con el capitán Pip —rectificó el otro visitante, tendiendo amistosamente la mano al bravo comandante del difunto *Seamew*.

Era aquél, día de reunión familiar en el hotel de la marquesa de Gramond. El señor y la señora de Sorgues tomaron sitio en la mesa, a la que se sentaron el capitán Pip y *Mr. Baker*.

Hallándose ambos al corriente de los diversos episodios de la

historia del anfitrión y de su encantadora esposa, no estaban en manera alguna sorprendidos del lujo que rodeaba al antiguo intérprete de la agencia Thompson y Compañía.

Por lo demás, ambos habían visto demasiadas cosas en el transcurso de su existencia para admirarse fácilmente; y el capitán Pip, que conocía y sabía apreciar a los hombres, juzgaba al anfitrión muy digno de todos los favores de la fortuna.

—Era evidente que no fue aquélla la primera vez en que se sentaron en torno de tan hospitalaria mesa, que los criados servían discretamente. Nada embarazaba sus actitudes; antes, por el contrario, usaban de la franca libertad que conviene a unos amigos verdaderos.

Detrás de la silla del capitán habíase sentado tranquilamente *Artimón* sobre sus patas. Era aquél un lugar que le correspondía de derecho y del que ningún cataclismo hubiera podido alejarle.

Ni siquiera, por lo demás, se pensaba en ello, y el capitán no temía ni se privaba de alargarle, de cuando en cuando, algún selecto trozo, que *Artimón* aceptaba con mucha dignidad.

Artimón había envejecido, pero su corazón continuaba siendo joven. Sus ojos continuaban fijándose todavía tan inteligentes y tan vivos como siempre sobre los de su amo, cuyas confidencias seguía recibiendo, agitando sus largas orejas con un aire de profundo interés.

También él conocía perfectamente la casa en la que estaba invitado aquella noche. Muy cuidado y atendido por la dueña, que no echaba en olvido al salvador de su marido, respetado de los criados, apreciaba asimismo extraordinariamente la comida, y aprobaba con energía a su amo y amigo cuando éste le confiaba su proyecto de ir a darse una vuelta por París.

—¿De qué país, mi querido comandante, nos llega usted esta vez? —preguntóle Roberto durante la comida.

—De Nueva York —respondió el capitán, que, empleado en la *Cunard-Line*, se encontraba lleno de fastidio por la monotonía de las eternas travesías entre Inglaterra y América—. ¡Eso es diabólicamente aburrido, caballero!

—Uno de estos días nos encontrará usted allí —repuso Roberto—, pues las señoras de Sorgues y de Gramond desean iniciar nuevas travesías por mar. Están terminando de construirnos un yate de mil

toneladas en un astillero de El Havre. Y a este propósito quisiera preguntarle si usted podría indicarnos para capitán alguna persona de toda su confianza.

—No conozco más que uno —respondió Pip tranquilamente—. Es uno llamado Pip, que, según se dice, no es muy mal marino. Solamente que hay un inconveniente: ese Pip ha encontrado medio de casarse sin tomar mujer: con él hay que tomar su perro. Pero el pobre animal está viejo y no tiene ya para mucho —añadió dirigiendo a *Artimón* una mirada rebotante de melancolía.

—¿Cómo, capitán? ¿Consentiría usted? —exclamó Roberto.

—¡Sí, consiento! —afirmó el capitán—. Tengo ya bastante de buques de pasajeros. Es ésta una mercancía que molesta mucho. Y después, ir eternamente de Liverpool a Nueva York y de Nueva York a Liverpool..., ¡es una peripecia del diablo, caballero!

—¡Es, pues, cosa convenida! —dijeron a un tiempo Roberto y Roger.

—Sí —declaró el capitán—. *Artimón* tendrá con ustedes su hospital, a bordo del... ¿Han bautizado ya a su futuro yate?

—Sí —dijo Dolly—. En recuerdo del *Seamew*, mi hermana y yo hemos convenido en llamarle *La Moutte (La Gaviota)*^[4].

—¡Buena idea! —dijo irónicamente Baker—. ¡Ya les estoy viendo a ustedes camino de Tombuctú!

—Ya trataremos de evitar esa desdicha —replicó prontamente el capitán—. Pero, a propósito del *Seamew*. ¡A ver si adivinan a quién encontré en Londres nada menos que ayer!

—¡A Thompson! —exclamaron a coro todos los comensales.

—¡Justamente! A Thompson. Alegre, elegante, altivo, cubierto de alhajas, como en otros tiempos. ¿Tenía por consiguiente otra bolsa que el *cheik* no logró descubrir...? ¿O bien no ha realizado usted sus amenazas? —preguntó el capitán, volviéndose hacia Baker.

—¡No me hable de eso! —respondió éste—. Ese Thompson es un hombre infernal, que será la causa de mi muerte. Sí, he mantenido mis amenazas. Otros veinte pasajeros y yo hemos aplastado a este farsante con procesos que han sido ganados en toda la línea. Thompson, incapaz de pagar, tuvo que declararse en quiebra. Ha tenido que cerrar la oficina y su nombre ha sido borrado de la lista de las agencias de viajes. Pero mi satisfacción no ha sido completa.

A cada instante me encuentro yo al personaje ése en mi camino. No hace nada, que yo sepa, y, sin embargo, tiene aspecto de estar nadando en oro. Tengo la convicción de que tenía algún gato encerrado, y que yo he sido verdaderamente burlado.

Durante la diatriba de Baker ambas hermanas se miraban sonriendo.

—Esté usted tranquilo, mi querido *Mr. Baker* —dijo por fin Alice—. *Mr. Thompson* está completa y definitivamente arruinado.

—¿Y cómo puede vivir entonces? —insistió Baker con incredulidad.

—¡Quién sabe! —respondió Dolly, sonriendo—. Tal vez algún socorro que le haya dado algún pasajero reconocido.

Baker se echó a reír.

—¡Ya, ya! ¡He ahí un pasajero a quien yo tendría muchos deseos de conocer!

—Pregunte usted a Dolly —sugirió Alice.

—Pregunte usted a Alice —contestó Dolly.

—¡Ustedes...! —exclamó Baker en el colmo de la admiración—. ¿Habrían sido ustedes? Pero ¿qué razones han podido tener para acudir en ayuda de un tal farsante? ¿No se burló bastante de ustedes y de todos los demás? ¿No faltó cínicamente a todas sus promesas...? ¿No estuvo a punto de hacernos morir en varias ocasiones aplastados en San Miguel, de la fiebre en Santiago, abrasados por el sol o fusilados por los moros en África...? En verdad, no veo qué es lo que pueden ustedes imaginar deberle.

—¡La felicidad! —dijeron a un tiempo las dos hermanas.

—Si su viaje hubiese estado mejor organizado, ¿sería yo condesa? —preguntó Dolly sonriendo.

—¿Y yo marquesa? —añadió Alice, dirigiendo a Roberto una profunda mirada, que le fue devuelta al momento.

Nada halló Baker que contestar. Sin embargo, pese a las razones que se le habían dado, estuvo descontento, se veía claramente. Con dificultad perdonaba a sus amigos el haber atenuado con su caridad sentimental una vergüenza que habría deseado fuese más completa.

—¡He ahí a las mujeres! —gruñó, al fin, entre dientes.

Guardó todavía silencio, mascullando palabras confusas. Era evidente que no podía tragar aquella nueva que acababa de dársele.

—¡No importa! —dijo al fin—. ¡He ahí una extraña aventura!

¿Qué piensa usted de todo ello, comandante?

El capitán, bruscamente interpelado, se turbó. Sus ojos divergieron por la emoción; levemente, si se quiere, pero incontestablemente bizqueó.

Un hábito llama al segundo, y un segundo al tercero. Habiendo bizqueado, el capitán se pellizcó delicadamente la punta de la nariz; habiendo satisfecho esta segunda manía, la tercera se imponía a su vez, y dióse la vuelta con la idea de escupir en el mar con finura. Pero el mar se hallaba un poco lejos, y un espeso tapiz ostentaba en su lugar flores verdes sobre fondo blanco. A la vista de aquello el capitán se aturdió, perdiendo por completo la noción de las cosas.

En vez de contestar a Baker, juzgó prudente dar parte de sus sentimientos al solo y único *Artimón*. Inclínose, pues, hacia el perro, bajo las miradas alegres de sus amigas.

—¡Por la barba de mi madre; es ésta una diabólica peripecia, caballero! —dijo sentenciosamente al buen animal, que de una manera aprobatoria sacudía de antemano sus orejas.



JULES GABRIEL VERNE. Escritor francés, conocido en los países de lengua española como Julio Verne. El 8 de febrero de 1828 nació en Nantes este gran escritor, geógrafo de países fabulosos, creador de personajes enigmáticos, inventor de islas misteriosas y de originales máquinas, que con sus extraordinarias novelas inició a varias generaciones en el amor a la ciencia.

Tal vocación por lo extraordinario y lo fantástico no se advertía en Julio Verne cuando niño. Alumno estudioso y serio, no mostraba el afán de aventuras de otros chicos de su edad. Dotado de extraordinaria memoria, hizo con aprovechamiento sus primeros estudios, y luego marchó a París para cursar la carrera de abogado, profesión que ejercía su padre en Nantes.

Terminada la carrera, no demostró ninguna afición a ella. Su amistad con Alejandro Dumas y otros autores dramáticos había despertado en él la afición a ese género literario, y tenía escritas algunas obras como *La Conspiration des poudres*, *Un drame sous la Régence* y *Les Pailles rompues*, comedia en verso esta última, primera que estrenó (1850) y que sólo se representó una docena de veces, en el *Gymnase*. Luego estrenó *Douce jours de siècle*, comedia en tres actos, en el *Vaudeville*.

Nombrado secretario del *Théâtre Lyrique*, continuó sus ensayos dramáticos con no mucho éxito, hasta que, interesado por la aerostación, escribió *Cinco semanas en globo* (1863), su primera novela científica.

El gran éxito que obtuvo con ella le animó a continuar este género de literatura y firmó un contrato exclusivo con su editor, J. Hetzel, comprometiéndose a proporcionarle dos obras anuales durante veinte años, o cuarenta en un breve espacio de tiempo, por lo cual recibiría 20 000 francos anuales o 10 000 por volumen. El éxito de las obras siguientes fue tal, que su editor hubo de mejorarle cinco veces el contrato.

Sucesivamente publicó, entre otras muchas, *Viaje al centro de la tierra* (1864); *De la tierra a la luna* (1865); *Las aventuras del capitán Hatteras* (1866); *Los hijos del capitán Grant* (1868); *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870) (que le valió ser coronado por la Academia Francesa); *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873); *El doctor Ox* (1874); *La isla misteriosa* (1875); *Miguel Strogoff* (1876); *Las Indias negras* (1877); *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros* (1878); *Un capitán de quince años* (1878); *Las tribulaciones de un chino en China* (1879); *El rayo verde* (1882) y *El archipiélago en llamas* (1884).

El mayor mérito de este gran novelista científico son sus anticipaciones, sus previsiones geniales, nacidas de un cerebro enciclopédico. Todo lo que predijo en cuestiones de navegación (aérea y submarina), cinematografía, televisión, telegrafía sin hilos, etc., etc., y que se ha realizado en nuestros días, demuestra la variedad de una erudición y la riqueza de una imaginación que no han sido superadas.

Además, su obra, exaltadora del valor, del esfuerzo, de la energía y de la bondad, sin bajezas morales de ninguna clase, ha ejercido siempre una influencia extraordinaria en la juventud.

Julio Verne murió en Amiens, el año 1905.

Notas

[1] Sacerdote. < <

[2] Los tenderos honorarios son muy divertidos. ¡Sin duda alguna!

< <

[3] Señor. < <

[4] *Seamew* también significa en inglés Gaviota. < <